

INSUA

GALICIA

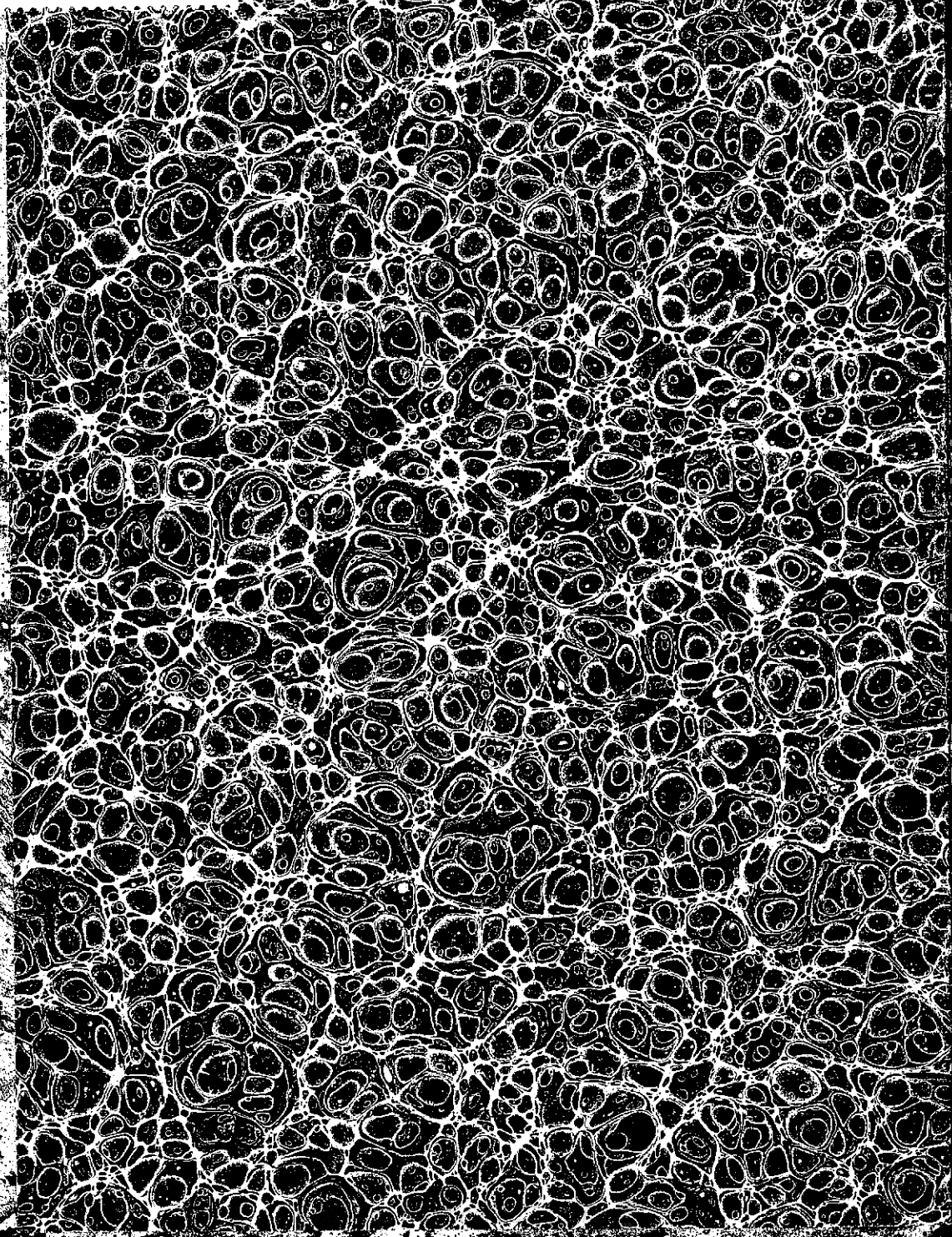
CONTEMPORAN

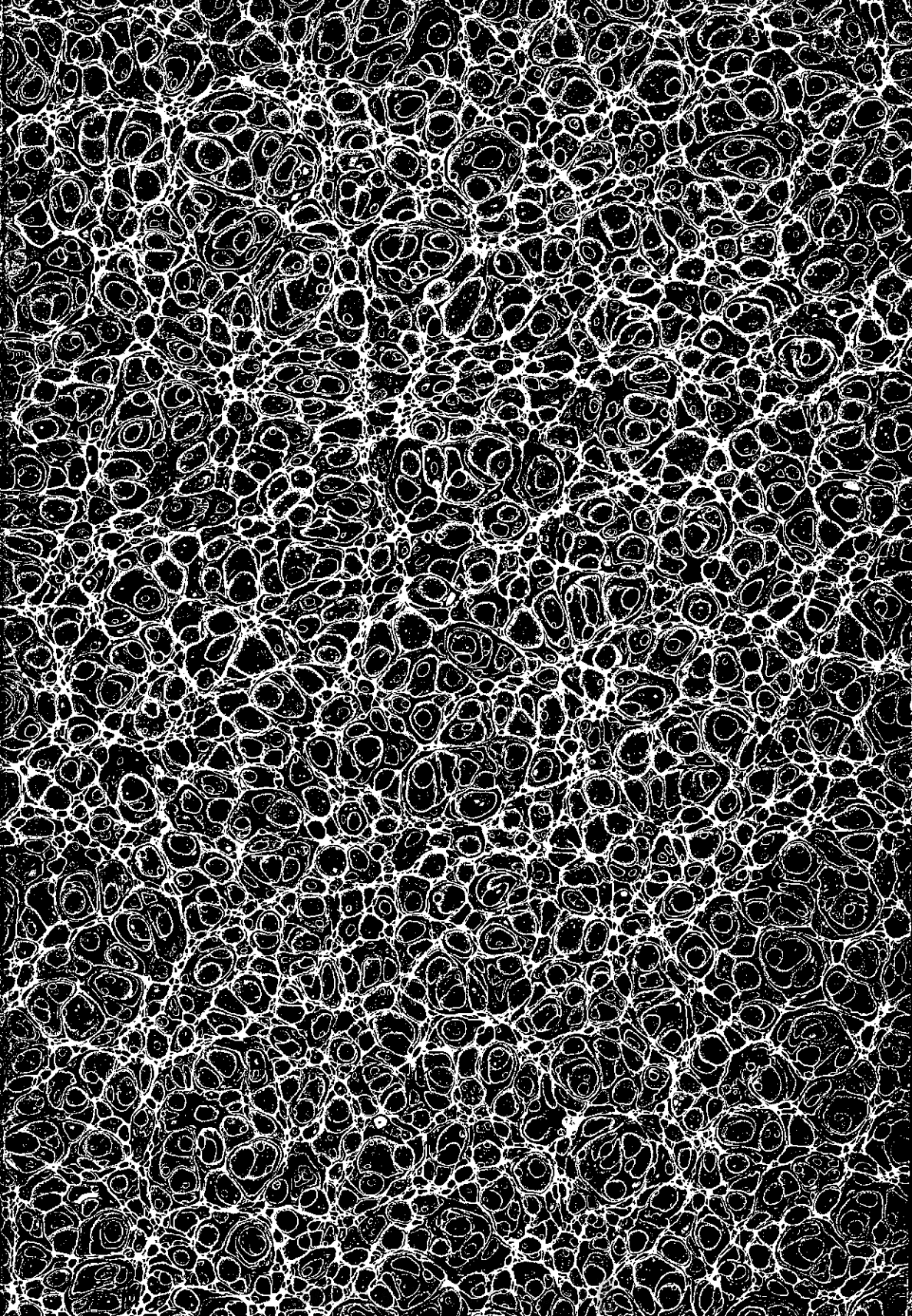
2

3303

2

33037





Biblioteca de La Propaganda Literaria.

GALICIA
CONTEMPORANEA

(PÁGINAS DE VIAJE)

POR

Waldo A. Insua.

HABANA.

LA PROPAGANDA LITERARIA.

(Premiada en varias Exposiciones)

IMPRENTA — ESTEROTIPIA — GALVANOPLASTIA — LIBRERÍA.

Zulueta 28, entre Virtudes y Animas.

1889

OBRAS DE VENTA

EN

La Propaganda Literaria,

ZULUETA 28.

Precios en oro, con descuento de 25 p^o, menos en los que llevan asterisco. (*)

Gran Carta Geográfica de Galicia, presentada en 1834 á S. M. la Reina doña María Cristina por su Secretario de Estado D. Domingo Fontán. Director que fué del Observatorio Astronómico de Madrid, Diputado á Cortes, individuo de la Academia de la Historia y de la Sociedad Geográfica de París. Doce hojas que miden unas tres varas en cuadro; es demasiado conocida para que necesite nuestra descripción, cuanto menos nuestros elogios. Está en ella contenida la vida de un sabio. Su publicación, hace 30 años, le abrió las puertas de todas las sociedades científicas de Europa. Inició con mucha actividad la serie de trabajos de su especie en que se ocupa la generación actual, y hasta hoy nadie ha podido mejorar la obra del eminente gallego. Agotada la edición, los pocos ejemplares que se han podido adquirir, se venden á..... \$34-00

Efemérides de Galicia, por Arturo Vazquez. Este interesante libro ha tenido que luchar con muchos obstáculos, gran parte de los cuales ha vencido con su perseverancia é inteligencia, pudiendo presentar en él innumerables efemérides que hasta la fecha permanecían ignoradas, tomadas todas ellas de los archivos eclesiásticos y municipales, y sobre todo de la sala de manuscritos de la Biblioteca Nacional, riquísima colección, en cuyo examen ha invertido el autor una parte no pequeña de su vida. Un tomo..... \$0-62

Espiñas, Follas é Flores, versos gallegos de Valentín L. Carvajal. Tercera edición, que forma un elegante volumen en 8^o; contiénense los dos *ramiños*, que tan justa fama valieron al poeta orensino, y que, escritos en el dulce dialecto é inspirados en las bellezas y amarguras de Galicia, producen y producirán siempre honda impresión en el alma de todos los gallegos. Su precio..... \$0-75

Guía del viajero en Orense y su provincia, por Arturo Vazquez. Contiene: topografía, estadística, historia, arqueología, bellas artes, agricultura, industria, establecimientos de enseñanza y beneficencia, establecimientos balnearios, guía civil, judicial, eclesiástica y militar, sociedades, fondas, casinos, tarifas de ferrocarriles y diligencias, etc., etc. Un t. . . \$0-50

En las orillas del Sar, poesías en verso castellano de Rosalía Castro de Murguía. Es el último libro publicado por la inspirada poetisa gallega, cuya muerte lloran las letras patrias. En él ha depositado la cantora de los dolores y las tristezas de Galicia toda la exquisita ternura de su corazón. Tiene el sello característico de las melancólicas rimas de Becquer. Un tomo en 4^o..... \$1-62

JOVELLANOS. Datos para su biografía, por Don Julio Somoza. Su retrato, hecho por Goya.—Arbol genealógico: facsimil de su firma: su escudo, su escribanía, su sillón: su sepulcro en Gijón: sumonumento en Oviedo.—Obras métricas.—Memorias familiares.—Extracto (inédito) de los Diarios que escribió.—Testamento.—Documentos reservados. El tomo, de 250 páginas, edición de 1885..... \$2-00

Album pintoresco, geográfico, estadístico, histórico y descriptivo de la ciudad departamental marítima del Ferrol y sus inmediaciones, por D. José Baamonde y Ortega. Para que este libro ofrezca novedad por su forma y por su parte pintoresca ilustrada, reuniendo la historia, la estadística y la descripción más minuciosa de la ciudad del Ferrol, perpetuando las glorias de la patria en la parte á que la publicación se refiere, el autor ha tomado sus apuntes de los datos más fehacientes, y el dibujante ha copiado del natural los edificios más notables de la ciudad, arsenales é inmediaciones. Un grueso tomo apaisado, con innumerables láminas..... \$8-50

La bruja de Sabarey, novela fantástica, original de D. José Baamonde y Ortega. Hace algunos años apareció al pie del muro de una huerta próxima á la pintoresca aldea llamada de Sabarey, á tres leguas de Lugo, una hermosa joven, muerta al parecer por estrangulación, cuyos cabellos perfumados, manos pulidas, delicado talle y aire distinguido, denotaban que pertenecía á una persona de importancia. Este crimen, ignorado por la justicia, ha dado pie al autor de esta obra para escribir la presente novela. Un tomo..... \$0-50

Pablo Gomez, novela por Ramón Segade Campoamor..... \$1-25

Diccionario Gallego. El más completo en términos y acepciones de todos los publicados hasta el día, con las voces antiguas que figuran en códices, escrituras y documentos antiguos, términos familiares y vulgares y su pronunciación, para la escuela de diplomática, anticuarios, jueces, abogados, escribanos, párrocos y otras personas á quienes es indispensable su frecuente uso, por D. Juan Cabeiro Piñol. Un tomo empastado..... \$2-50

De Madrid á Oporto, por Modesto Fernandez y Gonzalez. Un tomo 8^o..... \$1-75

Aires d'a miña terra. Colección de poesías gallegas, por Manuel Curros Enriquez. Segunda edición íntegra, aumentada con algunas inéditas.—Un resumen histórico, con el texto de la excomunión fulminada contra el libro por el Obispo de Orense, la defensa del autor y su

GALICIA CONTEMPORANEA.

Registrado al folio 11 núm. 120 del Li-
bro Correspondiente.

Habana 26 Mayo 1891.

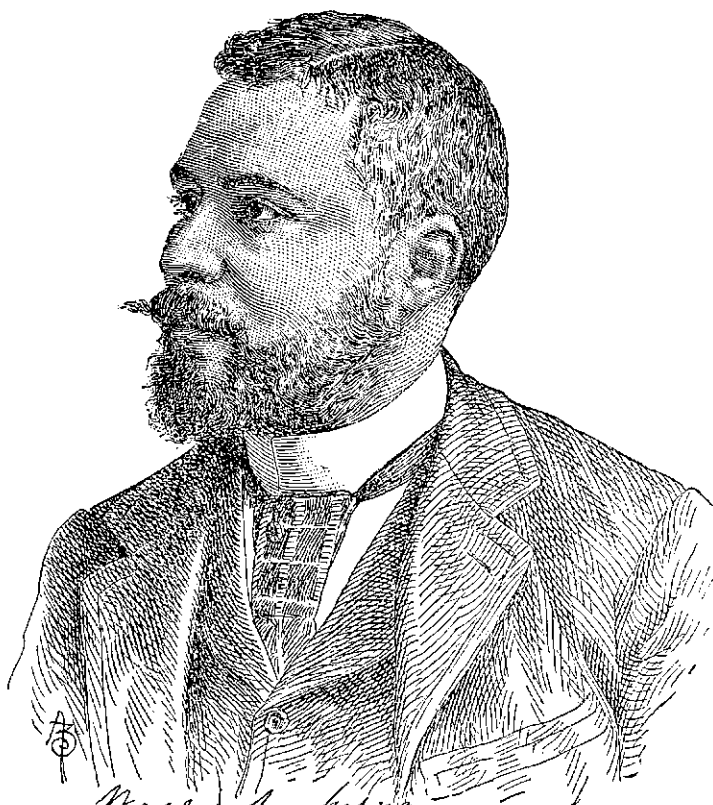
Exto 13^{no}

El Director

D. Veyras

El Bibliotecario

Pedro Ortiz



*Maestro A. Jusua
Director de "El Eco de Galicia"*



11

Biblioteca de la Propaganda Literaria.

GALICIA
CONTEMPORANEA

(Páginas de viaje)

POR

WALDO A. INSUA.



HABANA.

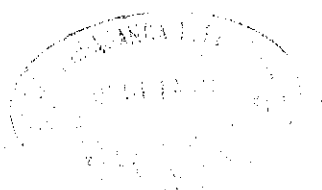
LA PROPAGANDA LITERARIA.

(PREMIADA EN VARIAS EXPOSICIONES.)

Imprenta. • Estereotipia. • Galvanoplastia. • Libreria. • Papeleria.

Zulueta 28, entre Virtudes y Animas.

1889.



[Handwritten signature]

ES PROPIEDAD.

◀DEDICATORIA▶

Al Centro Gallego de la Habana.

Institución grandiosa por los fines que persigue, por los bienes que dispensa y por los progresos que realiza; refugio y templo de todas las almas enamoradas de Galicia, en donde se conserva viva, é toda hora, la llama del sagrado fuego y básie de la serena regeneración provincial, para unir mi nombre, por toda la eternidad, al suyo.

©Waldo A. Snsua.

Al lector.

“Ciego será quien no vea ahora que Galicia aspira á su total redención.”

Murguía.—Historia de Galicia.—Tomo III.
—Pág. XXVII.

No es éste un libro de importancia, llamado á resolver un problema que afecte de momento á un pueblo ni siquiera una obra literaria que cumpla una misión en el arte: es algo menos; es simplemente el conjunto de impresiones recibidas, de observaciones hechas y de notas tomadas al rápido volar de los trenes y al precipitado galopar de las diligencias durante un viaje delicioso por la tierra gallega después de una ausencia de doce años.

*No sé si este ligero resumen de la vida moderna de Galicia agrada-
rá á todos: sentiríalo con todo mi corazón si así no sucediese, que no
me ha gustado nunca herir susceptibilidades ni contribuir á matar
creencias; pero ante la realidad cruel de las cosas, á la vista de los
hechos tangibles, descarnados y abrumadores ¿sería lícito callar,
esconder entre hipérbolos criminales la desventura que marchita y
abate á nuestra patria?*

*Creo que es hora de decir toda la verdad, de no enga-
ñarnos con una ficción que envuelve un fondo de horror y de
amargura, de obligar á los hombres que cuidan de los destinos de
nuestras provincias, á que cumplan con su deber.*

*Yo cumplo el mío señalando el mal, indicando las fuentes de don-
de mana y presentando sin orgullo algunas fórmulas que concepió
salvadoras. ¡Ojalá que sepan recogerlas á tiempo los que pueden hacer
algo práctico y sirvan para contener esa deserción de nuestros hogares*

que se efectúa sin espanto ni asombro, como un hecho natural y forzoso y para ensanchar el nublado y mezquino horizonte de nuestra existencia provincial!

En las páginas de éste libro, escasas de gusto literario, frías y pálidas, hay que leer entre líneas: ahí está lo que no puede decirse, lo que está vedado al escritor que siente ansias de gritar y se le tapan la boca, que desespera por aniquilar al enemigo cruel y se le atan las manos; en una palabra, lo que condensa la aspiración y el anhelo de la patria. Tampoco podrá negarse su condición y colorido de actualidad: saturadas todavía por el perfume suavísimo de las flores gallegas, son fiel trasunto de la última palabra vertida en las grandes reuniones, en los suntuosos banquetes y en las famosas justas literarias; de la postrera nota dada por la prensa; de los nuevos adelantos y progresos alcanzados en aquellas provincias inolvidables, y de cuantos sucesos acaban de conmover á muy cerca de dos millones de almas. Tienen, sí, el sabor del día y reflejan la tibia luz de las recientes auroras.

Esta es mi obra: modesta ofrenda que consagro á la patria, humildísima violeta con que pretendo adornar su corona de perlas y brillantes; que no á todos es dado levantar en su honor monumentos como Murguía, el grande, el magnífico historiador moderno: con ella entrego á los que la aman, á esa causa noble que tantos defienden, mi alma y mi sangre; que es para el hombre, dura y amarga la vida, si no tiene una patria libre que adorar.

Habana 31 de Enero de 1889.

GALICIA CONTEMPORANEA.

(PÁGINAS DE VIAJE.)

I.

HOJEADA HISTORICA.

FUÉ Galicia, en las pasadas edades, un pueblo enérgico y activo, al cual, ninguna dominación llegó á vencer. Raza valiente y de grandes condiciones la primera que lo pobló, cuantas otras llegaron á sus costas y se extendieron por sus floridos valles, tuvieron que contemporizar con ella, admitir sus costumbres, sus dioses, no pocas veces su idioma, buscando así la más perfecta asimilación y la unidad más completa. Por donde quiera que se tienda la vista, vése en el país gallego dominando el tipo celta, que es el primitivo; y en los monumentos que se conservan á través de las edades, en los sepuleros, en los castros y en las propias costumbres, está patentizado el hecho de que ninguna emigración venció á los naturales que supieron transmitir con su fisonomía característica á sus descendientes, su condición generosa y noble. Explícase así que fenicios, griegos y romanos, que en épocas diferentes llegaron á Galicia, dejando huellas de su paso en la Coruña, Pontevedra, Noya y Lugo, que dieron vida á importantes y valiosas industrias, que arrancaron á la tierra ricos metales y al lecho de los rios el codiciado oro, que abrieron anchas vías de comunicación y fundaron hermosas ciudades, perdiesen más bien su condición de colonizadores al llegar á la tierra gallega, en vez de adquirir un dominio absoluto sobre los aborígenes.

No es cosa fácil al historiador concienzudo y serio fijar claramente quiénes sean los primeros pobladores de la dulce Suevia; que estos datos yacen en la penumbra inabordable de los pasados siglos, y mucho menos al que escribe sin pretensiones de hacer una obra duradera y de consulta: es, sin embargo, positivo y el testimonio de autoridades competentísimas así lo comprueba que, antes de que en nuestros mares se presentasen las primeras naves fenicias vivía ya, á lo largo de sus campos, en el corazón de sus montañas y en medio de los sombríos bosques de robles y castaños, una raza inteligente y trabajadora que tenía religión, idioma, poesía, música y sabias y prudentes leyes. Era esa raza la que, en una época ignota, partió del Asia, al desgajarse el árbol ariano y supo connaturalizarse de tal suerte con los aborígenes gallegos, que confundiendo en una misma aspiración, concluyeron por formar un sólo tipo. De esa raza sencilla, noble y trabajadora, heredamos los gallegos el espíritu laborioso de nuestro pueblo, la reflexión que lo caracteriza entre todos y la resistencia tenaz, y á veces dañina, á las innovaciones que no comprendemos ó no nos son simpáticas. También de ella nos viene la música melancólica y suave que forma el ritmo del *alalá* y el baile de la *muiñeira*, casto y gracioso, revelador de un carácter modesto y delicado en sus diversiones y plácemes.

Que los celtas poseían una civilización muy adelantada al aparecer entre ellos los fenicios, es punto que no admite duda: sábese que tenían cómodas viviendas, que explotaban la tierra para recojer el grano, que la horadaban para buscar el oro, con el cual labraban objetos de adorno, que cultivaban el lino del que se servían para fabricar sus vestidos, que honraban á sus muertos levantándoles túmulos, no exentos de arte, que practicaban ritos y ceremonias religiosas en lo más abrupto de las selvas y en las altas cimas de las montañas, sacrificando como los hebreos, blancos corderillos á sus Divinidades y, en una palabra, que formaban una nacionalidad con todas las condiciones indispensables para vivir largos años. Algunos historiadores—entre ellos Vicetto—llevan su entusiasmo por las cosas de Galicia hasta concederle una especie de monarquía céltica, colocando entre sus primeros reyes á Gall, del que hacen derivar el nombre de Galicia. La especie es aventurada y peligrosa porque nada hay que la justifique, en razón á que, ni las inscripciones halladas, ni los monumentos que por muchos siglos subsistieron, ni los nombres de lugares y cosas hablan con tanta elocuencia que pueda afirmarse la existencia de un reino prehistórico en cierto modo. No pecarán de poco patriótas los que tomen con parsimonia estos antecedentes históricos y antropológicos y se atengan.

para fijar orígenes y explicar nombres á la lingüística y á la marcha, que en las diferentes etapas del mundo han tenido las emigraciones; que poco vale exhibir un pasado, más que glorioso, fantástico, si los sucesos posteriores no responden á él y la crítica severa y recta puede prontamente derribarlo. Una cosa es innegable: que Galicia no suena en las historias de los pueblos sino después que los romanos entraron en ella: emprendida la conquista de España por los señores del mundo y en su poder la mayor parte del territorio, dirigióse á Galicia Décimo Junio Bruto con el propósito de castigar á lusitanos y gallegos que se mostraban rebeldes á la dominación y ásperos á la autoridad romana; debió alcanzar alguna victoria el general atudido cuando al llegar á la Metrópoli se le concedieron los honores del triunfo, merced señaladísima que raras veces se otorgaba, y se le permitió usar el pomposo dictado de *Gallaico*. De entonces data, en el verdadero sentido, la historia de nuestra patria y de esa época son las breves noticias que han podido recoger Strabon, Silio Itálico, Julio César y otros. Es posible que Galicia, como entiende Murguía, el historiador más eminente de nuestro pueblo, deba su bautismo á los romanos, que desde los primeros momentos de su irrupción llamaron *gallaicos* á sus moradores, por entender que provenían de una raza de idéntico abolengo á la que poblaba la Galia, hoy Francia, opinión que confirma Marcial diciendo "que la Galicia debe su nombre á la toga romana" y avalora la conducta de fenicios y griegos que prefirieron comerciar con los nuestros, tomarles su oro, su plata y sus estaños á darse tonos de conquistadores.

En esa *Gallecia*, que hay quien pretende que viene de *Gala*, que significa blancura en griego, y quien de *Galacie* hija de Hércules, desarrolló sus aptitudes privilegiadas una gran raza en la antigüedad, que pudo entablar relaciones de amistad con fenicios y griegos, permitiéndoles fundar ciudades como la Coruña y Pontevedra que son, ahora, en nuestros días, centros de progreso, de cultura y de civilización: una raza vigorosa y fuerte á la par que apacible y laboriosa que jamás renegó de sus Dioses, ni mistificó sus costumbres y que, á todas las invasiones tumultuosas y agresivas supo oponer la inespugnable muralla de sus pechos. Viriato, su más conspicuo representante, espantando á Roma con sus maravillosos triunfos sobre las legiones, haciendo temblar á los Cónsules que se obligaba por el pueblo-rey á hacer la guerra en Ibéria, resume todo el espíritu coita y condensa y encarna aquel valor y sublime entereza que fué el modo de ser de nuestros antepasados. Pudieron los acontecimientos sobrevenir de tal suerte, que esa raza y ese pueblo cayesen en una horrible decadencia, pero

¿quién nos negará la noble satisfacción de poder decir que los nuestros, si no los mejores, fueron de los primeros?

El túnel de Monte-furado, la abertura de la roca de San Juan da Cova, los puentes de Cesúres y de Bea, Iria y Lucus-Augusti al atestiguar la influencia románica en Galicia, prueban, que la entidad pátria no había perecido entre los nuestros y que, aparentando aceptar una dominación, no sin una protesta viva de cerca de doscientos años, atraían, para apropiársela, la civilización que entónces se imponía á todos los puntos conocidos del órbe. Previsión singular, que da una idea de cultura refinadísima en quienes, después del fragor de la batalla y aparte el odio que debían inspirarles los conquistadores, recogían sus elementos de progreso y con ellos mejoraban la condición material de su pueblo. Bien merece aplausos y bendiciones la raza que así se porta y que, en vez de doblarse ante la tiranía y bajar á la abyección del esclavo tiene alientos para subsistir después de la derrota y dar hermosas muestras de su afecto á la civilización. Los pueblos que de tal suerte obran y en éste sentido caminan á su objetivo, conservan en toda época y á despecho de todos los cálculos de escuela, su propia y legítima fisonomía y, aún atados fuertemente al carro de la centralización, tienen derecho á sentarse en el banquete de los pueblos libres. Débese á esta condición singular que, al cabo de tantos siglos, después de tantas catástrofes como la han herido, pueda hoy presentarse Galicia como un pueblo dotado de cuanto es necesario para prescindir de toda tutela bastarda y en aptitud de gobernar sus destinos y cumplir su misión humana en la tierra. Naciones hay, que, con menos elementos, con más antagónicos sentimientos íntimos, con razas enemigas y religiones encontradas tienen vida propia y son tan respetadas como los grandes imperios.

Y bien podemos decir, sin miedo á que nos contradigan, que nuestra raza céltica no tuvo por única cualidad saliente su amor á la libertad y á la independencia: es verdad que se opuso á las irrupciones y que solo transigió cuando aquel desbordamiento del siglo V trajo hasta sus valles á los Suevos que venían del centro de Europa, quizás de Suiza, pero seguramente de un país igual al gallego y con los cuales estableció en breve amistosas relaciones; es verdad indiscutible, más ¿quién podrá negar á nuestros abuelos su amor á las ciencias, á la poesía, á la historia y á las grandes controversias religiosas? Nadie seguramente. Paulo Orosio llevó á Roma, desde las orillas del Miño, su inspiración sublime; Idácio nacido cerca de aquellos lugares que habían hecho temblar al romano porque se les suponía vecinos al Letheo ó río del olvido, supo continuar sábiamente el cronicón de Eusebio,

escribiendo otras obras de valioso mérito; el gran Teodósio, el único emperador romano capaz de competir con Augusto, vió la luz también en nuestra pátria, y el brillo espléndido de nuestro cielo, siempre azul, fué su primera luz; Prisciliano, el temido heresiarca, aquel Obispo que hizo estremecer el naciente reino de Pedro con sus ideas gnósticas y subversivas al dogma, hasta tal punto que fué necesario cortar su lengua y anatematizar sus teorías, fué asimismo gallego, y tantos y tantos dieron prueba de su claro talento en Galicia que, enumerarlos sería tarea inacabable.

¿Por qué, pues, á la pátria de los Gelmirez, de los Fonseca, de los Recalde, de los Nodales, de los Feijóo, de los Sarmiento, de los Parodiñas y Mendez Nuñez, se miró con malos ojos y sobre ella cargaron todos los desdenes injustos de los favorecidos y todas las chacotas insustanciales de los desoocupados y juglares de la corte? La respuesta no es dudosa. Nuestros valientes de Medulio y de las Cassitérides degeneraron en sus descendientes, y, al esfuerzo heroico del siglo de Colón, en que estuvo á punto de triunfar la idea salvadora, sucedió un tan grande y avasallador decaimiento, que infiltrándose como un veneno mortal en todas las clases, determinó ese largo periodo de nuestra historia moderna, durante el cual, bien puede decirse que Galicia estuvo casi-muerta.

Las dos terceras partes del territorio pertenecían á la Iglesia: los conventos, las abadías, los curatos, las capellanías y los innumerables santuarios, ricamente dotados, vivían á espensas del trabajo perpétuo de nuestros labradores y en oblatas, pié de altar, ánimas benditas, sufragios y diezmos, ibase lo poco que dejaban los prebendados, que no cobraban á título de gracia sino escondiéndose en escrituras más ó menos apócrifas, que los hacían dueños y señores de inmensos terrenos. El Arzobispo de Santiago, hasta principios de éste siglo disfrutaba de una renta de más de doscientos mil duros anuales. En otro tiempo era señor de su Diócesis, administraba justicia, tenía vasallos y colonos y no falta quien asegure que usaba esclavos: las campañas del gran Gelmirez en favor de Alfonso VII hasta sentarse en el Trono de sus mayores, las luchas de los compostelanos con los normandos, y los grandes monumentos levantados en la católica ciudad, demuestran con sobrada elocuencia el poder de los Prelados de Santiago, superior á los de Toledo y en ocasiones capaces de competir con Roma. Cuando en algunas épocas tambaleó la silla de Pedro por las intrigas italianas, las ambiciones del imperio, los Pontífices pensaron que, caso de abandonar á Roma, era Santiago el pueblo que les convenía para dominar al mundo. ¿Cuál no sería en lo pasado su importancia!

Frente á la riqueza monstruosa del clero estaba la no menos importante de la nobleza. Las casas de Aranda, de Santa Cruz, de Monterrey, de Altamira, de Castro y Pardo de Cela disponían de tan grandes elementos y fuerzas, que les permitían vivir en sus castillos como pequeños monarcas, hostilizarse los unos á los otros, en guerras del córte italiano creado por César Borgia, y muchas veces resistir las órdenes de su Soberano, levantando contra él sus mesnadas. En nuestra historia han dejado siniestra memoria los Pedro Madruga, muerto en Portugal después de haber desolado á Galicia, los Alfonso de Ulloa, terrible perseguidor de las Hermandades galicianas y los Perez de Andrade, servidores incondicionales de la casa de Trastámara. Eran aquellos señores, verdaderos tiranos feudales que usaban de todos sus derechos y prerogativas, por criminales y vejaminosos que fuesen, y para ellos, la labor del siervo, no tenía ningun precio: considerábanlo como ligado á la tierra, que ellos habían usurpado y le habían entregado en feudo, y, dominados por las ideas entónces reinantes, como de naturaleza inferior á la suya. Fué preciso que pasasen trescientos años, que en el mundo se hicieran una revolución religiosa iniciada por Lutero, otra científica empezada por Galileo, otra geográfica llevada dichosamente á término por Cristóbal Colón; y que Gutemberg abriese en la roca viva de la ignorancia el camino á los amantes del saber, que Francia proclamase los derechos del hombre y España expulsase á los discípulos de S. Ignacio para que nuestro pueblo respirase y la raza oprimida, explotada y ofendida pudiese levantar la cabeza y mirar frente á frente á sus viejos amos. Gracias á los humanos adelantos de la nueva edad, el país gallego va recobrando su prestigio de antaño, aquel que atraía á griegos y fenicios, que seducía á árabes y normandos y que movió al terrible Almanzor á dejar sus negocios de Estado y su palacio de Córdoba, atravesar las cumbres del Pirineo Cantábrico y los abismos del Cebreiro para dar de comer á sus caballos en los altares de la Catedral de Santiago y llevarse á su patria, como trofeo de guerra, las campanas de la Santa Iglesia. No está lejano el día en que, completamente purificado de los viejos pecados, conocedor del ideal que debe perseguir con inquebrantable constancia, con bastante carácter para sobreponearse á los falsos halagos de los que le adulan para vivir á sus espensas, tornè á recobrar aquella hermosa independencia que tuvo con sus reyes suevos y más tarde, aunque en corto tiempo, con su Rey legítimo D. García.

¡Cuán dulce será para los espíritus enamorados de Galicia, de ese paraíso encantador en donde las flores embelesan la vista y las melancólicas armonías de sus bosques seculares embargan el oído, contem-

plarla libre y dichosa, con hogar bastante amplio para todos sus hijos, sin presenciar las desgarradoras escenas de despedida de los emigrantes y con vagar y calma para cultivar sus patriarcales costumbres, su poesía y su música típica y orijinal! Bien pueden entónces soplar vientos contrarios, que ya sabrán oponerles fuertes muros los dichosos.

Pelayo, el restaurador de la nacionalidad española, según el testimonio de muchos historiadores, hijo de nuestra ciudad de Tuy, buscó refugio para madurar sus planes en las asperezas de Covadonga. Unidos á él los nobles gallegos que no quisieron someterse á la dominación de los soldados de Muza, que fueron casi todos, dieron principio á aquella sublime odisea de ochocientos años, que lleva el nombre de reconquista, y que termina gloriosamente con la rendición de Granada echando, con sus esfuerzos, los cimientos de la pátria española. ¿Qué hubiera sido de Ibéria sin el brazo incansable de aquellos héroes desconocidos, de fisonomía tan expresiva y ruda, que, amedrentando á los árabes, les hizo volver á sus verjeles de Andalucía y de Valencia? ¿Sería hoy un pueblo culto y alcanzaría las espléndidas aureolas de Pavia y San Quintín, ó arrastraría la vida miserable y abyecta del imperio marroquí, de donde partieron aquellos que tanto tiempo lo dominaron? ¡Ah! Si la gratitud no fuese una vanalidad para ciertos corazones, otro sería el comportamiento de los españoles con Galicia.

Más, ¿qué importa? Correspóndenos la gloria á los galiegos de haber obtenido en el extranjero justicia á las cualidades que en los nuestros han resaltado en todo tiempo. Cuando D. Fernando de Castro, cansado de luchar contra los secuaces del fratricida de Montiel, herido en su corazón por los más horribles desengaños, perdidos sus cuantiosos bienes y desesperado de poder alcanzar alguna mejoría para su tierra gallega, ya que había perdido, infamemente asesinado, á su amigo y señor D. Pedro el Justiciero, llamó á las puertas de la Gran-Bretaña, abriéronsele de par en par, y cuando su cuerpo de gigante muerto, pero no vencido, buscó reposo en la madre tierra, una mano real, grabó sobre la losa de su sepulcro esta honrosa leyenda:

Aquí yace toda la lealtad Española.

Siglos después, un guerrero ilustre de ese nebuloso país, asombrado ante el valor incomparable de los soldados gallegos, á seguida de la victoria de San Marcial, que eclipsó la estrella de Napoleón, dijo en una orden del día memorable:

“Guerreros del mundo civilizado.

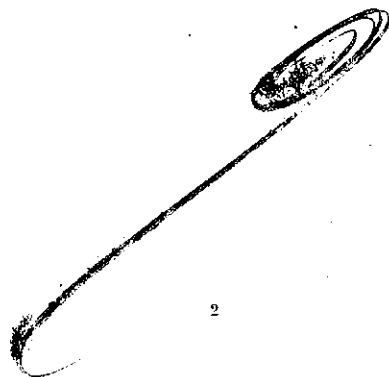
“Aprended á serlo de los individuos del cuarto ejército que tengo “el honor de mandar. Cada soldado de él merece con más justicia “que yo el bastón que empuño Españoles: dedícaos todos á imitar á los inimitables gallegos. ¡Distinguidos sean hasta el fin de los “siglos, por haber llegado su denuedo hasta donde nadie llegó! ¡Nación española, premia la sangre vertida por tantos Cides. Diez y “ocho mil enemigos con una numerosa artillería desaparecieron como “el humo, para que no os ofendieran jamás.”

Wellington supo hacer justicia á los nuestros, que ya habían derrotado á Ney en Puente San Payo. Era preciso que fuese general inglés para no emplear otro lenguaje y obscurecer la heroicidad gallega. Siempre nuestros hombres han sido los primeros llamados para el sacrificio y para la lucha y siempre se les ha postpuesto en el instante de las recompensas. ¿Quién recuerda hoy—y está bien cercano el hecho—que los que ayudaron á vencer en Callao á Mendez Nuñez, eran casi todos gallegos? ¿Quién mienta al propio Mendez Nuñez, que á duras penas alcanza una mediana estatua en Santiago? ¿Acaso Sanchez Barcáiztegui, víctima inmolada á la funesta deidad que agita de tiempo en tiempo, en guerra criminal, á la nación Española, merece alabanzas ni aniversarios á los hombres de esta época de bizantinismo, que solo se preocupan de escarceos políticos, de escaramuzas parlamentarias, de meditar traiciones y burlar sagrados compromisos? Todos yacen en insensato olvido y ni los timbres gloriosos del pasado, ni la moderación actual, ni las virtudes cívicas, ni la ciega libertad neciamente conservada, bastan para conmovér á los que siguen su oficio de verdugos y á traer sobre la tierra gallega, el bienestar por que suspira.

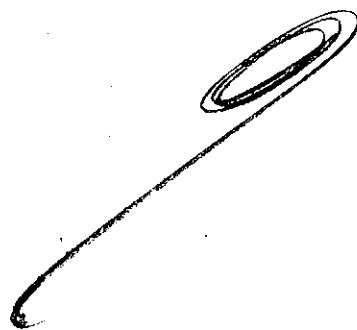
A su propio esfuerzo lo ha debido todo: nunca la mano extraña vino en su ayuda; antes bien procuró cortarle las vías de mejoramiento y secarle las fuentes de su natural riqueza. Si ha medrado, si ha levantado ciudades, engendrado industrias y cultivado artes y ciencias fué debido á su disposición y á sus aptitudes, no al favor metropolitano. Y, si en este doloroso criterio sigue inspirándose Galicia, si reniega de sus falsas creencias políticas y rompe en mil pedazos los nefandos dioses que venera, si sabe librarse de la bestial idolatría del caciquismo, eligiendo para que la defiendan en la prensa y en la tribuna, á los que viven de su amor purísimo, aún podrán lucir para ella días bonancibles y brillar sobre la cumbre de sus legendarias montañas y en la bella hondonada de sus verdes vailes el sol de las felicidades.

¡Ojalá que así suceda; y, ya que á nosotros no nos es permitido gozar de tanta dicha, el cielo quiera que podamos decir á nuestros hijos, para que bendigan nuestros nombres:

“Os entregamos una pátria libre, hacedla vosotros feliz y venturosa.” “Nosotros fuimos los siervos, sed vosotros dueños de vuestros hogares.”



LAS CIUDADES GALLEGAS.



LAS CIUDADES GALLEGAS.

LA CORUÑA.

MAYO 2 1888.

HÉME aquí en tierra gallega. Mi corazón late violentamente, como no estaba acostumbrado á latir, desde que hé pisado éste suelo hermoso, en que la vida adquiere nuevas y más suaves formas y el color del cielo toma tintes y tonos que no puede reproducir ningun pincel humano. Yo no sé si mi singular emoción nace del amor profundo é idolátrico que siento por todo lo que es gallego ó del efecto verdaderamente asombroso que produzco en el ánimo éste panorama celestial: como quiera que sea, no puede negarse la realidad de la sugestión de lo bello, agigantado á la vista de un paisaje superior en hermosura á los más celebrados de Suiza y de Italia.

Tengo en mi favor, para cohonestar éste raro deslumbramiento, de que me complazco en ser esclavo, un hecho evidentísimo y repetido aquí con una constancia digna de admiración: que cuantos llegan á la Coruña, bien de las Américas, bien de los países más ricos de Europa, quédanse subyugados á la vista del marco en que tan linda ciudad se encuentra colocada. ¿Que uncho, pues, que yo, eterno amante de la tierra gallegana, que vengo á ella sediento de acariciarla con mis ojos, de recrearme en todos sus encantos, de vivir, siquiera sea momentáneamente, su vida de poesía y de candor, me deje vencer por la emoción estética y declare mi pequeñez y la pequeñez de cuanto he visto y admirado, ante tanto esplendor y hermosura tanta? ¡Bien haya

esta sensación que adormece mi espíritu y me hace bendecir los pasados disgustos, las amargas horas de la navegación y las hondas penas y crucéisimos desengaños, que un larguísimo período de tiempo, fué creando en mi alrededor! ¡Bien hayan mil veces; que el placer de sentir el fresco ambiente de éste suelo, compensa cuanto queda en la bruma del pasado como un recuerdo impertinente del sufrimiento y del dolor!

Serían las seis de la mañana cuando los pasajeros del vapor *Ta-fayette* empezamos á divisar la Coruña: estaba como velada por plomizas nubes, y parecía una sultana que quiere esconder su rostro de serafín á las miradas indiscretas y profanas: la famosa torre de Hércules, tan cantada por la poesía de todos los tiempos, y á la cual atribuye la leyenda un origen casi-divino, dejó ver su esbelta silueta envuelta en gasas de tal; y detrás aparecieron, la bahía bella como un golfo, tranquila como un lago y azul como una concha marina, la vieja ciudad con sus edificios negruzcos y sus grandes cuarteles, sus fábricas y sus abigarradas galerías y poco después, mostraron sus formas correctas y raramente tentadoras los barrios de San Andrés, del Orzár y de Santa Lucía, en cuyo término, como una estrella perdida en el horizonte, levantaba sus egipcias torres la *Pullosa*, fábrica de cigarros á la cual ha dado nombre imperecedero una gran mujer coruñesa, la más notable de la presente época, la ilustre Emilia Paró Bazan. La gente de á bordo, á pesar del frío helado que hería sus rostros, asomábase á las bordas del vapor, ansiosa de contemplar espectáculo tan nuevo y sublime y no perder ni un detalle de aquella escena, en que no había más que un solo personaje, que era á la vez protagonista único, la madre naturaleza. Hubo gritos de entusiasmo, hurras estentóreos y exclamaciones de asombro, y bien puedo asegurar, sin temor de ser desmentido, que los extranjeros y españoles no gallegos, eran los que más ruidosamente expresaban sus agradables impresiones.

Hermosa es Cuba: su valle del Yumurí parece una sonrisa del cielo, y su mar, generalmente tranquilo y apenas rizado por los vientos, el baño de una Diosa mitológica; pero esta bahía, estas pequeñas eminencias que la rodean, estas vegas verdes-oscuras, que entrañan una variedad original que le dá el tono del mosaico y estas ensenadas y pequeñas penínsulas que se saludan al entrar en puerto, son superiores á toda ponderación y no tienen posible paralelo con tierras y paí-

sajes mundanos. Dios, el obrero infatigable y divino que no se ha cansado nunca de prodigar las excelencias de su labor al hombre ingrato y mezquino, parece haberse detenido aquí con amor y de su rápida detención ha nacido sin duda, la belleza exuberante que á mi me está deslumbrando como una visión ultra-humana y que, en estos coruñeses alegres y simpáticos, no engendra la más mínima impresión. ¿Cómo se conoce que han nacido entre tesoros y están acostumbrados á derrocharlos sin alcanzar su valor!

Debo hacer constar una verdad, desconocida en Cuba. El desembarque en éste puerto, no es tan difícil y peligroso como generalmente se supone ahí. Es verdad que, no bien fondea el barco, rodéanlo una turba de botes dirigidos por muchachos mal criados y viejos habladores y pediguñeos; pero ¿y nuestros guadañeros de la Habana, no son tan escandalosos como estos melosos marineros, que abruman al que llega con sus súplicas y ruegos, encaminados á la ganancia de algunos reales? Ciertamente es también que los carabineros son un tanto despreocupados (no me atrevo á decir groseros, porque la frase es dura) con los que van á desembarcar y que asaltan la nave fusil y sable en mano, como si se tratase de un abordaje, librando rudas batallas con los infelices que traen alguna mísera docena de pésimos vegneros; pero en cambio los jefes son atentos y respetuosos con los viajeros y ahorran los sinsabores consiguientes á la entrada en una ciudad marítima. Mis equipajes y los de tres ó cuatro amigos míos estaban despachados á las dos horas de haber pisado tierra y los tabacos, esa *mercancía* que es aquí el *coco* de los agentes aduaneros, previo el pago de los correspondientes derechos, también me fueron entregados el mismo día del desembarque, antes de la postura del sol.

En Cádiz, en Santander y en donde quiera que haya gente de mar de baja estofa, se atropella al viajero, se le burla indecorosamente y procura arrancársele los dineros que trae. Es fuerza, por tanto, no mirar con malos ojos éste puerto de la Coruña y borrar de la mente de los que salen de Cuba para la Península, las ideas erróneas que respecto al trato de estas autoridades marítimas y aduaneras se tiene. Siento verdaderamente no conocer los nombres de los señores Administradores de la Aduana y Rentas Estancadas de ésta capital para alabarlos como se merecen: han estado sumamente analíticos y afectuosos, robando al descanso las horas naturales para servir y despachar a los

mil y pico de habaneros que en estas playas dejaron los vapores *Lafayette* y *Cataluña*.

La fisonomía de la Coruña es, por todo extremo, alegre y risueña: sus calles están llenas de gente á toda hora y recuerdan á la Habana en los tranquilos y pacíficos días de Juéres y Viénes Santo: no cruzan por ellas otros carruajes que los de algún médico de nota (ví pasar el del ex-ministro republicano Sr. Pérez Costales), el *litpe* ó tranvía que va á la estación del ferrocarril y las antediluvianas carretas que arrastran escualidos y mansos bueyes. Y, á propósito: ésta mañana, desde el balcón de mi hotel de Europa, que está en la calle de San Andrés, la que sigue en importancia á la Real, ví pasar una carreta cargada de sacos de harina: de ella tiraban trabajosamente dos bueyes miserables, con los hijares hundidos y el cuello pelado: el yugo, pequeño y mal hecho, tenía por base la prominencia del morrillo. ¿Cómo no han comprendido estos campesinos que la fuerza del buey y de la vaca es mayor en el testud y que se les lesiona menos enyugándolos en ésta forma? Aquí venía de molde el establecimiento de una Sociedad Protectora de animales que obligase á los labradores y demás gente rural que hace uso, como fuerza locomotriz, del sufrido buey, á cambiar de procedimientos; porque verdaderamente se hace inconcebible y parece como una crueldad cometida á conciencia contra el animal más útil de la creación, éste sistema de acarreo que ni desarrolla más velocidad ni fuerza, ni favorece en nada á la víctima.

La lentitud con que el progreso se desarrolla en éste hermoso cuanto descuidado país, vése claramente en éste hecho que pasa desapercibido para todo el mundo, pero que lastima al excursionista que ha visto otros pueblos y otras costumbres agrícolas.

Las mujeres van elegantemente vestidas y llaman la atención por sus colores, que pasan del rojo al grana subido, y por su andar garboso y artístico: andan admirablemente, no tropiezan ni les sirven de estorbo las estrechas y plegadas faldas: con sus mantillas negras y admirablemente prendidas recuerdan á las sevillanas, á las cuales, pese á los andaluces, superan en hermosura. Los hombres son fornidos y de estatura más bien alta que chica: su complexión es fuerte y en sus rostros dibújase la vida exuberante y pródiga. No se ven caras pálidas ni anémicas, ni hombros altos que se confundan con las orejas: parecen todos los hombres que cruzan á paso ligero las bien empedradas calles, tipos italianos de los Abruzzos, ricos de salud y capaces de

conquistar un imperio. A los que llegamos del trópico; en donde la color no existe y la tisis marchita tantas fisonomias, nos admira sobremanera la vista de tanto rostro *colorado* y apenas sombreado por una suave palidez.

Las casas son altas, algunas de cinco pisos, con hermosas galerías de cristales, pintadas generalmente de blanco. La construcción es sencilla, pero tiene esbeltez y soltura: no se ven grandes dibujos arquitectónicos, ni predomina un estilo conocido, y, sin embargo, resulta un conjunto espléndido y encantador que agrada al viajero, aun habiendo visto las gigantescas y soberbias casas de New-York y las maravillas de París. La Coruña es una población que se parece á todas las grandes capitales, sin tener el movimiento ni la vida de ellas: el extranjero no puede aburrirse en su seno, por lo menos, durante un mes; porque, en mirar á las gentes que cruzan, en visitar el paseo de Mendez Nuñez, superior al parque Central de la Habana, el jardín del mismo nombre, que parece un jardín encantado, y en tratar de conocer á los asiduos paseantes de la calle Real, especie de Puerta del Sol de Madrid y acera del *Louvre* de la Habana, emplea todas las horas de ese mes.

No es posible en una carta dibujar la fisonomía exterior de la Coruña, ya que la íntima, aquella que tiene por base el espíritu, no es fácil cosa entreverla. Algo, sin embargo, he podido pillar, gracias á un amable y caballeroso jóven, el afamado médico Sr. Rodeiro, que está siendo mi *ciceroni* y ha levantado la punta del velo con que la hermosa matrona tapa su alma.

En otra ocasión trataré de éste punto, escabroso y difícil por lo que hay que decir y casi, casi conveniente en ocultar.

A la hora presente encuéntrase la ciudad sin diversiones: los teatros están cerrados y aunque para el principal se anuncia la venida de una compañía de ópera, la gente que presume de estar enterada de las cosas de bastidores, duda que esa *troupe* venga á distraernos una temporada de quince días.

El tiempo es primaveral: siéntese un ligero frío al amanecer y al caer la tarde que puede vencerse con un ligerísimo gabán; según me han asegurado, aquí no nieva nunca y fué un acontecimiento para la población, el levantarse una mañana del pasado invierno con las calles alfombradas de copos de blanca nieve: el clima es templado y el barómetro no baja nunca á diez grados bajo cero: lo que sí sorprende es,

que, entre el sol y la sombra, y en una misma calle, obsérvase una diferencia de más de cinco ó seis grados. Las pulmonías, al decir de los que conocen esto, son poco frecuentes y casi siempre triunfa de ellas el atacado.

¡País dichoso en donde todo parece dispuesto para hacer la felicidad de sus habitantes! Lástima que el carácter sea tan obstinado y terco y que las generosidades del alma no suban á la superficie, flotando siempre como el corcho. Día llegará, de ello estoy convencido, en que, los vicios que ha engendrado un pasado mezquino y estrecho, desaparezcan por completo y Galicia obtenga aquel vivir cómodo, honrado y bueno á que le dan derecho su historia, su laboriosidad y la inteligencia de sus hijos.

Lo que importa, lo que interesa, es que ese día llegue lo más pronto posible y que los que disponen de fuerza para dirigir la opinión cumplan con su deber.

Confíemos.

*
* * *

MAYO 5.

La primavera y las flores han aparecido, en amable consorcio, al asomar el mes de Mayo. Las nieves que cayeron sobre la tierra durante el crudísimo invierno pasado, detuvieron el germen de la planta, impidiendo á la flor, amiga del sol, que pudiera lucir sus galas y embalsamar la atmósfera con sus dulces y gratos perfumes.

Aún se ven, coronados de nieve, los altos picachos de las vecinas montañas: de allí, de aquellas cimas en donde refleja la luz con destellos que deslumbran, vienen todavía ráfagas heladas, que hieren los rostros y cortan los labios, haciendo pensar con fruición en las altas temperaturas del trópico; pero el sol dirige sus candescentes flechas sobre esas altivas coronas que Enero y Febrero han dejado como una muestra de su tiránico poder, y empieza el deshielo, que inundará de aguas bienhechoras el valle, en el que crecen, junto á la zarza mora el verde trébol y no lejos de la espléndida camelia jaspeada la humilde y simbólica violeta.

Tebo manda sus besos de Dios á Ceres, abatida por el frío, y al influjo de tan divinas caricias todo renace: canta el pájaro en la selva, vuelan en bandadas las abejas laboriosas, la calandria sube y sube hasta tocar las postreras lindes del espacio, las rosas abren sus pétalos y muestran orgullosas sus hojas, cúbrese de frutos los árboles y la vida material, la que ama el hombre de los campos, surge en todo

su poder, llevando alegría á los corazones y esperanzas de mejoramiento á las almas enfermas y desilusionadas. ¡Bendita primavera, que te presentas pródiga de bienes y de placidos ensueños! Eres, sin duda, el mensaje que el buen Dios manda á sus hijos, perdidos en sus afanes perpétuos, el nuncio de las venturas que se anhelan siempre y rara vez se encuentran, la renovación del pacto generoso celebrado entre el que todo lo puede y el hombre, su obra, el día primero de la creación.

Mi espíritu te saluda con amor respetuoso ¡oh bella primavera! y mis ojos te ven aparecer con inmensa alegría.

El movimiento comercial aquí, ha tomado un desarrollo notable y apenas concebible en una ciudad de tercer orden. Los derechos que se han cobrado en la Aduana durante el mes anterior, solamente por importación, han subido á los demás del año, en cien mil duros. Esto da una idea superior de la Coruña, que consume efectos por una cantidad respetable y que dispone de grandes recursos para permitirse todo linaje de comodidades. En buenos principios económicos sábase como cosa cierta, que no se puede consumir si no se produce, por lo menos, en igual proporción; porque el desequilibrio no podría sostenerse mucho tiempo y la ruina llegaría á la póstre si solamente se gastase y nadie cuidara de trabajar. Es, pues, un signo de vitalidad y de vitalidad creciente, éste que está dando la vieja ciudad de María Pita, presentando á la vista del transeunte una série de establecimientos de comercio, en los cuales se encuentran valiosas joyas de oro, perlas y brillantes; raros y caprichosos objetos de fantasía, de bisutería y de cerámica, telas inglesas del más puro tejido, juguetes ricos y espléndidos y esencias y perfumes, que no desdeña de su tocador ninguna dama de buen tono. La calle Real, vista á las ocho de la noche, presenta un aspecto delicioso: las tiendas están iluminadas exhibiendo sus mercancías, los cafés llenos de gente y dejando oír el ensordecedor ruido de sus constantes jugadores de dominó: la muchedumbre de empleados, militares, cadétes, modistas, y señoritas á mercear, concurriendo, paseando malamente y protestando contra el Municipio, que no discurre el medio de trasladar el paseo de Mendez Núñez á la estrecha calle de moda. Estos coruñeses son muy descontentadizos. Cualquiera pueblo se mostraría orgulloso de tener tan bellas casas, tan espléndidos jardines y paseos, cafés tan lujosamente amueblados, mujeres tan preciosas y cielo tan diáfano y claro; y sin embargo, los coru-

ñeses reniegan á toda hora de sus *paters conscripti* y no perdonan ocasión ni modo de burlarse de los señores que ocupan el edificio que tiene por vecina la iglesia de San Jorge. Es por demás alegre y sarcástico el carácter de estos hombres; y hacen gala de su despreocupación, no importándoles poco ni mucho que el ferrocarril á Santiago se construya por uno ú otro trazado de los patrocinados por las poblaciones rivales y soblevándose como las antiguas ciudades castellanas porque al Sr. Ministro de la Guerra se le ocurre mandar un regimiento de caballería á Compostela, acantonado desde hace tiempo en ésta capital.

Verdaderamente que sólo una genialidad hija de la idiosincrasia formada en una larga sucesión de generaciones, puede dar importancia á cosas de suyo triviales, mirando con desdén supremo, otras que entrañan interés de mayor cuantía. No sé quien ha dicho, que los coruñeses eran los "andaluces de Galicia;" quizás no sea exagerada la apreciación, porque, en éste pueblo y en sus habitantes hay mucho de Cádiz y Sevilla: cielo casi siempre despejado, sol que alumbra todos los días con más ó menos intensidad, alegría en los rostros y verbosidad inagotable en los labios: ojalá que su amor á la prosperidad material se manifestase tan desarrollado como en los españoles del Sur y la apatía no viniese, como un hálito envenenado, á malograr todos los proyectos beneficiosos, y todas las empresas útiles! Un pueblo que cuenta con tantos y tan importantes elementos, que posee un puerto tan ancho y abrigado, que en él pueden albergarse doscientas naves, que tiene en su seno una juventud ilustrada, inteligente y amante del progreso; en una palabra, que paga más de 150.000 pesos por derechos de importación, tiene el deber de intentarlo todo, interin no se coloque á la altura de los primeros de la nación.

¿Quién sabe el porvenir que el destino dépara á la Coruña? En las evoluciones sociales que están por desarrollarse, pueden presentarse fases nuevas y rumbos que ahora parecen un sueño; y si para entónces no están preparados los pueblos ¡qué tremenda responsabilidad para los que los dirigen! ¡qué cargos no se harán á los que hoy alientan rivalidades, fomentan insensatas ambiciones y dejan aucha vía á los apasionamientos immoderados!

En mi vida futura, de todo en todo ajena á esta linda ciudad, ya que mi estrella me marca el rumbo del continente nuevo; quizás ningún vínculo, más que el de la devoción y el de la gratitud, me ligue á ella: quisiera, sin embargo, que hasta mi humilde retiro de América, llegaran los ecos de alegría de un pueblo que se contempla dichoso y nada tiene que envidiar á los otros.

Gratas para mí fueran esas nuevas, y ningún placer, en las horas postreras de la existencia tuviéra, que más agradáse á mi alma y de tal manera adormeciése mi espíritu.

Un día no más de confianza y reflexión, y la torre llega al cielo.

Los historiadores no están acordes al fijar la fecha en que fué fundada la Coruña: aseguran unos, que hasta el siglo VIII no existió como ciudad, y otros, interpretando la leyenda de Hércules y Gerión como un signo de vida anterior, que data de las primeras expediciones griegas á nuestras costas del mar de Cantábría. La célebre tofre que lleva el nombre del vencedor del Minotauro ateniense, y que el marino busca con ansiedad en las oscuras y borrascosas noches de travesía para que le sirva de luminoso faro, dá á la brigantina ciudad cierto aspecto secular, que justifica la última de las opiniones. Es indudable que antes del siglo VIII de nuestra era, tenía ya vida propia la Coruña y vida importante, porque á su puerto llegaban las naves fenicias y griegas y á su abrigo practicaban sus rapiñas y su comercio romanos y normandos; en el mismo sello de antigüedad que se nota en muchos edificios de la vieja ciudad, vése el testimonio del pasado abolen-go, honroso y altivo, y digno de la belia y elegante fisonomía actual.

¿Es un nombre de mujer, el nombre de la Coruña, como pretende Florián de Ocampo? ¿El atrevido Alcides, aquel vencedor de dragones y justicia de bandidos, Quijote legítimo de las oscuras edades, es verdad que venía persiguiendo en Gerión, su víctima, al infame raptor de una mujer tierna y apasionadamente amada? ¿La historia de Elena, de Páris y de Menelao, engendradora de la tragedia troyana, tuvo en pequeño, desarrollo en estas agitadas playas gallegas? Nadie puede negar la versión, ni afirmarla tampoco: hay que dejar á la fantasia sus vuelos moderados, en cuanto se ligen á la posible realidad histórica y no perder de vista los principios etnológicos, palpables todavía si las viejas piedras se estudian prolijamente y las primeras capas de la corteza terréna se socavan.

Una cosa es indiscutible, que el nombre de la Coruña, ya sea el de una mujer, ya la variante de *Columnas*, suena en todas las historias de la Edad-Media, y que, á su bahía llegaban las flotas de todo el mundo marítimo, y en sus barcos alijeros y estrechos, los rubios depredadores que en las inhospitalarias costas de Scandinavia, soñaban con el vivir cómodo y regalado y con las amorosas caricias de un sol primaveral, para ellos siempre oculto y esquivo.

Su situación es magnífica: está en el vértice del ángulo formado por las dos costas ibéricas, la septentrional y la occidental, internándose en el rugiente mar á modo de espada estrecha y amenazadora: situada entre los $41^{\circ} 51' 30''$, $43^{\circ} 8' 0''$ latitud y los $3^{\circ} 8' 0''$, $5^{\circ} 32' 30''$ longitud occidental del meridiano de Madrid, es su temperatura benigna y de las más soportables de Galicia, no subiendo casi nunca el termómetro de 18 á 21 grados Reaumur ni bajando de 3 á 4 sobre cero. El cielo mírase continuamente despejado y sobre un fondo azul bajo, destácanse pequeñas nubes semejantes á grandes diges de nácar: la vieja calle del Parrote, en donde tiene sus palacios la nobleza coruñesa dá pase á la ría y entrada del puerto, no lejos del cual bátese, estrechado por fortísimos diques, el Orzán alborotado, en cuyas olas revueltas encontró término á sus angustias y pesares aquel sublime poeta galiciano, que tuvo por nombre Aurelio Aguirre, y que fué para su pátria como un sol resplandeciente que brilla un sólo minuto.

La Coruña puede dividirse así: la ciudad vieja en la que se levantan los oscuros edificios que ocupan la Audiencia, erección de los Reyes Católicos, el Archivo general de Galicia, á cargo de mi buen amigo D. Andrés Martínez, el entusiasta Director de la notable Revista titulada *Galicia*, la Capitanía General y el Gobierno Militar, mandados una y otro por los Sres. Sánchez Bregua y Ampudia; en ésta parte de la población existe también, y á la subida de la cuesta de la Amargura, la Colegiata de Santa María del Campo, aniquilada por los años, negruzca y verdosa por las yerbas que crecen en su escalinata y van cubriendo sus paredes con un vello repugnante: la ciudad nueva que empieza en el Riego de Agua y acaba en el Cantón Porlier, en cuyo seno está concentrada la vida moderna y tienen su asiento el Teatro Principal, las más importantes casas de banca, la Sucursal del Banco de España, la Aduana y la calle Real, nervio de la existencia comercial y el lugar más querido de los coruñeses; y el ensanche, tierra nueva robada al mar, en el cual se encuentran el jardín y el paseo de Mendez Núñez, la calle de Sánchez Bregua con espléndidos y altísimos edificios, las pescadería, el campo de la Estrada y el cuartel del Príncipe Alfonso.

Todas las tardes, cuando el sol ha perdido la fuerza de sus rayos, salen las niñas coruñesas á lucir sus tallos breves y esbeltos y sus pies diminutos y primorosamente calzados, al paseo que lleva el apellido del vencedor del Callao: en éste lugar, que formá un inmenso cuadrado dividido por calles paralelas, pasean todas las clases sociales con absoluta independencia unas de otras, y sin que se dé el caso de que las inferiores invadan las de las aristocráticas: la música militar,

en un *Kiosco* ó *templete*, que costó al Municipio cinco mil pesos, toca trozos de las óperas y zarzuelas más en boga y polkas y walses que las niñas de seis y diez años bailan con ruidosa algazára. Allí examínanse con curiosidad impertinente las *toilettes* de las señoras, apúntanse los defectos y fealdades de todas, coméntanse las últimas noticias escandalosas y los hombres zumban, como moscones insufribles, al rededor de un mundo femenino que se distingue por sus colores de rojomanzana y por la *justeza* de sus gabanes de abrigo. Y cuando la noche empieza y las sombras caen sobre las calvas frentes de *San Antón* y la *Palloza*, dirígense todos los paseantes á la calle Real, en donde se hace hora para ir á cenar la sabrosa merluza frita y la refrigerante ensalada de lechuga.

Buena vida ésta vida de la Coruña. ¿A qué hora se trabaja?—decíame una persona querida que me acompaña en mi escursión veraniega—porque aquí la gente está siempre en la calle. Y es cierto: nadie sabe cómo y cuándo trabajan los coruñeses; por la mañana al mercado, á medio día á la iglesia, á las tres de tiendas, á las cinco al paseo y á las siete á la calle Real; parece esto una romería perpétua, un domingo inacabable, una exposición de palmitos, adornados con elegantes capotas, tras de los cuales van las miradas lánguidas y amarteladas de los tenientes y de los empleados de la Diputación y del Gobierno Civil.—Recuerda la Coruña á la capital de la Monarquía en eso de vivir dulce y suavemente y como ella, alcanza el honor de ser odiada por los pueblos rurales, obligados á trabajar duramente para sostener los derroches y lujos de los señoritos de la ciudad.

Será otro día cuando hable de monumentos y plazas, de teatros y cuarteles y de ese temido peñasco nombrado *Marola*, del que decía el inolvidable Vicetto.

“Solitario de granito
vestido de blanca espuma,
destacado entre la bruma
que le envuelve sin cesar.”

Cuando ésta carta abandone la herculina ciudad para tomar el camino de Cuba, el notable orfeón EL Eco, que tantos aplausos lleva conquistados y tantos éxitos alcanzó el pasado año en Madrid, cantará

al pié de mi balcón: en ese honor grandísimo é inmerecido que me dispensa la Sociedad corai más importante de España, encontraré recompensa suficiente á todos mis pasados sufrimientos y estímulo más ardiente para seguir luchando, con nuevos y más fuertes bríos en favor de Galicia.

Es dulce, á la vuelta á la madre tierra, después de haber peleado con fé y ardimiento, sinó con éxito y fortuna, encontrar espíritus independientes y corazones generosos, estraños á las pequeñas rivalidades de localidad, que aplaudan la empezada obra; y consolador, por todo extremo, llegar á comprender que, á la póstre, no resultan estériles los desvelos por la pátria, cariñosa siempre con los hijos que han hecho de su amor un culto.

*
* * *

AGOSTO 10.

Tenemos un tiempo precioso: el sol, cansado de mostrarse esquivo con nosotros, extiende ahora sus ardientes y fúlgidos rayos sobre la madre-tierra, húmeda de las últimas lluvias que, al recibir tan ansiada caricia, despierta á la vida de la fertilidad y de la lozanía, empujando en su desarrollo al maíz, tan amado por el campesino, y dorando la incipiente uva que estuvo amenazada largos días por el *oidium* destructor y por el frío que parecía haberse enseñoreado de Galicia. Recobra ahora su aspecto seductor el campo y el verde esmeralda de los prados parece estenderse como una nota general á montes y collados, bosques y peladas cumbres. En los mismos resquicios de los altos muros brotan las flores silvestres, y la hiedra simbólica trepa por los árboles seculares, estrechándolos con abrazo de humilde enamorada é invade las enormes piedras de las elevadas cumbres. Pasan los rios suavemente, lamiendo sus orillas pintorescas con marcada adulación y los arroyos, que en el invierno bravearon insolentes, deslízanse tristemente, haciendo quizás comparaciones entre el apogeo pasado y la ruina presente.

Ya los labradores han segado el centeno y el trigo: en los campos véense los montículos ó *medas* de los codiciados cereales esperando la *malla* que habrá de desgranarlos y en las eras ó airas, que de ambas maneras puede llamarse la diminuta plaza de la casa de aldea, hácense los preparativos de ese hermoso día del verano, precursor de la fiesta y de la alegría, en el cual suenan por igual los recios golpes del *manle* y los atronadores gritos de los justadores y de los muchachos que

corretean sobre la rubia alfombra de centeno. Está ahora la tierra en todo su esplendor: exhala de su seno el suave perfume de la maternidad y su savia fecundante y reproductiva va por todas partes llevando gérmenes, alentando dormidas existencias y preparando en el mundo vegetal, misteriosas escenas de amor que acaban con el desenlace eterno: la vida multiplicada y asegurando la inmortalidad de la tierra.

Que el sol alegre es indiscutible: ante éste que nos alumbraba con fortísima y quemante luz, parecido al que disfrutamos a diario en Cuba, siéntese más júbilo en los corazones y en los rostros nótanse expresiones más plácidas y risueñas: los pueblecillos del interior están en continuada fiesta y á ellos asisten los campesinos amigos de olvidar las penurias del invierno y dar esparcimiento y solaz honestos al espíritu afligido. Van, con la *carabela* repleta de tortillas y jamón y la bota bien pausada y barrigona, y bajo la cariñosa sombra de los copudos castaños comen y bailan sin escándalo de mayor cuantía ni avería personal de verdadera importancia.

Hacen bien en divertirse: presto llegarán las obscuras tardes de Diciembre y con ellas el tétrico pensamiento en todo lo que abate el ánimo y sumerge el alma en piélagos de dolor: tienen estos días de calor y luz ¿por qué no han de aprovecharlos, si todo en la naturaleza tiende á la expansión?

A pesar de que los envidiosos de ésta hermosa ciudad coruñesa han propalado la falsa especie, de que en ella estaban haciendo ostragos la viruela y el tífus, es la cierto que la han invadido muchos viajeros y que fondas y hoteles están llenos de gente.

Y no será el aliciente de las fiestas, porque en el presente año pasarán por alto; vienen sin duda los viajeros á la Coruña por su clima delicioso, la frescura de sus alrededores y la bondad de sus aguas saladas. Todos los días, desde las cinco de la mañana hasta que el crepúsculo vespertino cae sobre la torre de Hércules, un larguísimo é inabarcable cordón de gentes cruza por la espaciosa calle de San Andrés deteniéndose un momento ante la obra suntuosa que será en breve *Intituto da Guarda* y llena la carretera de Riazor: van á bañarse á las lindas playas, que guarda siempre celoso y enfurecido el Orzán, y á recobrar la color perdida y la salud quebrantada en aquellas aguas perennemente batidas y saturadas de sales regeneradoras y confortativas. Por las noches, de ocho á once, esas mismas gentes invaden el paseo de Mendez-Núñez, ámplio y espacioso como un parque americano, y

vecino próximo de la bahía, en tanto la música ejecuta cadenciosas danzas, alegres jotas y marciales pasos-dobles.—Sentado uno en el salón central, por el cual pasean los elegantes y distinguidos de uno y otro sexo, y viendo tanta hermosa mujer, créese trasportado al Parque Central de la Habana en una de sus mejores noches de retreta.

Vaya si se gasta lujo en ésta Coruña: pocas señoras dejan de llevar brillantes en las orejas, en los prendedores y en las pulseras y ninguna se lanza á la calle sino con vestidos de ricas y costosas telas: quien caiga de repente en ésta población sin conocer lo interior de Galicia, pensará que se encuentra en la capital de una poderosa y acaudalada región: ¡tal es el aspecto deslumbrador que presenta! Explícase esto, sin duda, por la población flotante que tiene la Coruña, por el gran desarrollo que han tomado muchas de sus industrias y por los progresos de su comercio, que, unido todo, creale éste bienestar de que realmente puede envanecerse la capital de Galicia. ¡Ojalá se inspiraran en su ejemplo las demás ciudades y villas de nuestra patria y mejor y más halagüeña fuera su situación! Día llegará en que esto se realice, que no hay mal que cien años dure; y éste será el primero de nuestra redención.

Las fiestas de Vigo y Pontevedra atraen ahora toda la atención del país: allí están Pidal, fogoso orador católico y Echegaray dramaturgo de primer orden, para presidir sus certámenes. El Orfeón *Valverde* de Santiago y el de Lugo han ido á la primera de dichas poblaciones á tomar parte en los festejos; y la orquesta del *Circo de Artesanos* de ésta ciudad, que también había concurrido á las fiestas de Vigo con su Presidente el Sr. Quiroga á la cabeza; obtuvo, con una brillante ovación, el premio de honor.

El Orfeón *El Eco* no ha asistido a esos certámenes musicales, porque está preparándose para marchar á Barcelona, en donde, á pesar de que se presentan á disputar el premio concedido grandes masas corales belgas, francesas y catalanas, es casi seguro que alcanzará gran parte de la victoria. Por cierto que el Orfeón aludido está sumamente agradecido á nuestro querido *Centro Gallego* y, según la manifestación de su Presidente, que me ha dispensado el honor de visitarme, al *Centro* se deberá que *El Eco* pueda concurrir á la capital del Principado.

Mañana á las cuatro de la tarde inaugúrase el Lazareto de ésta ciudad, que tantos bienes ha de reportar no sólo á la Coruña sino á

todos los que vienen de América á desembarcar en su puerto, y á las siete celebraráse un banquete ofrecido por la Sociedad del Lazareto á la Comisión nombrada por el Gobierno para recibirlo y que preside el Sr. D. Teodoro Baró, ex-gobernador de ésta provincia y actualmente Director General de Beneficencia.

Al Sr. Baró, á quien principalmente deberá la Coruña tan importante mejora, tengo entendido que dará un modesto banquete la prensa de ésta Capital.

Como hé de asistir á todos estos actos, si la salud no me lo impide, ya escribiré largamente sobre ellos.

Atentamente llamado, hé visitado hace dos días en su hermoso palacio de la calle de Tabernas, á la ilustre novelista Emilia Pardo Bazán.

Para mejor ocasión dejo el relato de las riquezas artísticas y literarias que posee, tan hermosa mujer como ilustre literata, y el hablar de la impresión que produjo en mi espíritu su fascinadora palabra.

Ayer partió para Mondariz, en cuyas aguas va á curarse de los padecimientos que le engendra un trabajo titánico; y si cumple lo ofrecido estará aquí de vuelta antes de que yo salga para Madrid.

Por cierto que, dentro de uno ó dos meses, se pondrá á la venta su nuevo libro *De mi tierra*, que está acabando de imprimir el conocido editor de la Biblioteca Gallega, D. Andrés Martínez.

También verán la luz muy pronto dos tomos de poesías: uno de Posada y otro de Añón.

Unido todo esto á la cercana aparición del tomo 3.^o de la *Historia de Galicia* ¿habrá quién dude de la resurrección literaria de nuestra patria?

* * *

AGOSTO 18.

Las fiestas han terminado y los forasteros que vinieron atraídos por la inauguración del Lazareto y las corridas de toros están ya en sus casas. La Coruña ha vuelto á recobrar su aspecto ordinario, alegre

siempre con el ir y venir de las gentes, el cruzar de los vehículos, los melancólicos gritos de los vendedores y las lindas caras de sus mujeres. La calle Real llénase de gente de once á una y el paseo de Mendez Núñez atrae todas las noches una numerosa y florida concurrencia que va á oír música y respirar la cercana brisa marina.

La inauguración del Lazareto ha sido la nota saliente—en mi concepto única—de las fiestas: la llegada del Sr. Baró, Director de Beneficencia y Sanidad, que venia en nombre del Gobierno á recibir el edificio, y al cual acompañaba el académico y conocido crítico señor Cañete, fué acogida con entusiasmo y sirvió de pretexto para que tres mil personas se lanzásen á presenciar su desembarque en la estación del ferrocarril. Es el Sr. Baró una figura simpática, que ya conocían los coruñeses, de los cuales fué Gobernador al principio del gabinete del Sr. Sagasta, y por los que se interesó realmente protegiendo desde su elevado puesto la terminación del susodicho Lazareto. Los festejos que se le hicieron teníanlos ganados sobradamente; y ojalá que los pueblos no celebrasen otros actos, que los rectos y legítimos que se desprenden del agradecimiento por favores recibidos. El Lazareto en ésta ciudad representa para ella una mejora y una riqueza y para los gallegos de América un gran bien: ya no tendrán necesidad de ir á Santander: cualquiera que sea la época que salgan de la Habana, Buenos Aires, Brasil ó Veracruz podrán desembarcar aquí y hacer cuarentena en éste hermoso establecimiento, en cuya descripción no me detengo por ser larga y fatigosa y porque presumo que *EL ECO* publicará la que dió á conocer *La Voz de Galicia*. Puedo, sí, asegurar, que los departamentos son cómodos y elegantes, limpios y ascados los gabinetes, magnífico el *restaurant* y la perspectiva encantadora. Un puente de hierro con tres grandes puertas, una en cada extremo y otra en el centro, divide el Lazareto sucio del de observación y una muralla altísima, fuertemente labrada separa á ambos de la vecina tierra. No será fácil la comunicación cuando se prohíba y los que hagan cuarentena tendrán ante su vista un panorama tan bello y rico, un mar tan rumoroso y azul y un horizonte tan cargado de luz y de colores que se les pasarán los días como fugitivos minutos. Para los gallegos que tornan al pátrio hogar será éste un gran consuelo y siquiera la necesidad les obligue á una detención forzosa estarán en su tierra, oyendo el piar de sus pájaros y aspirando el perfume delicado de las flores.

Los Sres. López Trigo y Taivo, Presidente y Secretario respectivamente de la Sociedad constructora del Lazareto, merecen bien de la región gallega, que á toda ella favorecen los progresos de su bella capital, por lo rectamente que han desempeñado su cometido, por los

obstáculos que su firmeza ha vencido y que se oponían tenazmente á la implantación del Lazareto y por su actividad infatigable.

Fué la inauguración un acto solemnísimo al que asistieron seis mil personas: la bahía presentaba un aspecto deslumbrador con sus mil lanchas cargadas de gente y los altos picachos de Oza, en cuya falda se asienta el Lazareto, simulaban una romería con todas sus notas características. Aquella noche, la que vino inmediatamente después de la inauguración, celebróse un espléndido banquete de setenta cubiertos en honor del Sr. Baró, en el salón principal de la "Tertulia de Confianza". Pronunciáronse en él brindis entusiastas y calurosos por la prosperidad y bienestar de la herculina ciudad, que va al frente del progreso en Galicia, y yo tuve ocasión de felicitar á todos los coruñeses por su amor á los adelantos efectivos y materiales que engendran la comodidad y son garantía de la fácil existencia del obrero, felicitándome también de que mis paisanos del Nuevo Mundo pudiesen venir directamente á su país. El señor Baró resumió los discursos, entre los cuales brillaron los del general Sánchez Bregua y López Trigo, con una peroración dichosa, en la cual tuvo períodos verdaderamente elocuentes y conmovedores, concluyendo por declararse regionalista, idea á la que eran llamados por la voz de la naturaleza todos los que habían nacido á lo largo de esas costas turbulentas que están entre los cabos de Creus y Finistérre.

Al siguiente día la prensa coruñesa y los periodistas aquí residentes, obsequiaron con un almuerzo (modesto decía la invitación) al Sr. Baró, que resultó un banquete de primer orden. Comióse bien y alegremente, hablóse con gracia y corrección y no hubo más brindis que los del general Sánchez Bregua, que declaró que él fué quien dió cuerpo á la revolución de Setiembre, llevando á la prensa la idea política que bullía en el cerebro del ilustre Marqués de los Castillejos, y los del Gobernador Civil y del Sr. Baró que se felicitaron de pertenecer á la prensa, en la cual habían alcanzado nombre y posición. Concluyó el almuerzo en medio de mútuas espresiones de fraternidad y concordia; y justo es dar un aplauso á los que compusieron la comisión de organización del almuerzo, Sres. Martínez Salazar, Lafuente y Lombardero, por lo bien sentado que dejaron el pabellón de la prensa.

El Sr. Baró y su acompañante el Sr. Cañete, que en ambos banquetes tuvo graciosas ocurrencias y palabras galantes para celebrar el país gallego, en el que dijo entraba por vez primera, debieron marchar contentos del pueblo coruñés, que ha estado obsequioso y atentísimo

con ellos. A bien, que ésto no es nuevo aquí, en donde la hospitalidad se practica como en los buenos tiempos y hombres y mujeres tienen atrayente imán para arrastrar á su devoción á cuantos les visitan.

* * *

Ya lo habrán visto los lectores de EL ECO DE GALICIA: dos eminencias de la política española, un gran orador y un dramaturgo eminente, los Sres. Pidal y Echegaray, en sus discursos presidiendo los juegos florales de Vigo y Pontevedra, se han declarado regionalistas. Este pensamiento va arraigándose cada vez más en las conciencias y los hombres verdaderamente ilustrados, no ven en su desenvolvimiento y propaganda ningún peligro para la unidad nacional, ni el más insignificante gérmen revolucionario. Pudo el Sr. Núñez de Arce, poeta de exuberante fantasía, combatirlo en hora desdichada y presentarlo como un adversario de la integridad, olvidando su esencia y los principios que informan su nacimiento; pero, Murguía hace dos años, y ahora Pidal, el católico ferviente, y Echegaray, el Calderón de nuestro siglo, han demostrado que el regionalismo es una aspiración legítima y honrada á la que tiene derecho éste pueblo gallego, tan heroico y valiente, que desde los días de Medulio hasta los del Puente Sampayo ha tenido energías inconcebibles para oponerse á las irrupciones extranjeras, ya viniesen de Roma en forma de civilización, ya de Francia á pretexto de propagar las teorías revolucionarias. ¿Por qué á nosotros, que tenemos poetas del colosal valer de Rosalía Castro, Eduardo Pondal, Curros Enriquez y García Ferreiro, escritores tan notables como Murguía, Iglesia, López Ferreiro, Parga Sanjurjo y Díaz de Rábago, novelistas como E. Pardo Bazán, que con su última novela *La Madre Naturaleza* acaba de colocarse por cima de los Pereda, Valera y Alarcón, oradores como Juan Manuel Paz, Alfredo Vilas y Alfredo Brañas, pintores como Avendaño, Manuel Angel, Román Navarro y Alejandra Murguía, y escultores como los hermanos Brocos, por qué—repito—no ha de darnos dado amar lo nuestro, conservarlo, purificarlo de todo lodo ajeno, embellecerlo con más delicados y suaves tonos, y cuando sea compatible con la modestia que tan bien sienta á los pueblos y á los hombres, envanecernos noblemente? ¿Por qué no hemos de tener derecho á perpetuar los hechos máximos de nuestra historia, conservando de ésta suerte la fisonomía de un pueblo que ha cumplido la ley evolutiva marcada á toda sociedad humana y cuya personalidad se destaca vivida y luciente en el concierto universal? Nuestra finalidad

no está cumplida todavía; quedanos gran vacío que llenar y honrosa y elevada misión que cumplir; y ¿quién sabe?—como profetizó en su discurso de Vigo el Sr. Pidal—si Galicia, la tierra hermosa y dulce, que fué cuna de los que engendraron á Camoens, será el lazo de unión entre dos naciones de igual origen y tendencia unísona, divididas por las mansas aguas de un río gallego, constituyéndose de tal guisa, el gran imperio ibérico. Fué Galicia, en los aciagos días de la dominación árabe, baluarte inespugnable para las ánsias dominadoras de los descendientes de Muza y cuna de la independencia española: al abrigo de sus montañas levantaron sus tiendas los primeros guerreros de la reconquista y un Santo, adorado en todos los altares cristianos, buscó sepulcro para dormir sueño inacabable en el corazón de una de sus más floridas vegas ¿por qué no ha de ser la coyunda de amor, de paz, de concordia y de confraternidad entre España y Portugal? Quiera el cielo que el Sr. Pidal acierte, que ese río Miño, bordado de sauces y juncos sea por entero español y que, al amparo de éste poder real y prepotente que colocará á la gran pátria en condiciones de hacer valer su nombre como en los bellos días de San Quintín y Lepanto, podamos los gallegos conservar nuestros melancólicos cantáres, hablar nuestro mimoso y dulce idioma y recordar todas nuestras altivas tradiciones.

Todo cabe dentro de la unidad si hay buena fe, si se lleva en los labios la sinceridad, si el corazón no reniega de lo que el cerebro piensa; porque, en definitiva, ¿habrá pátria si no se tiene hogar?

* * *

Debe leerse *O' Divino Sainete*, poema en gallego de Curros Enriquez con ilustraciones de Manuel Angel, siquiera para ver hasta qué grado de belleza puede llegar nuestra poesía, si la interpreta un genio. Como azóte y escarnio de la religión—de la cual no es dable prescindir, quíralo ó no el Sr. Curros—es también modelo el supradicho poema cuyo interés no decae desde el primer verso al último.

Curros es un gran demoledor, destruye con una tenacidad que espanta, pero en los altares cuyos ídolos derriba ¿qué Dioses bien amados coloca? Es cosa hacendera y sencilla, incendiar, destruir, desbaratar; más ¿es tan fácil construir?

Léase, léase *O' Divino Sainete*, magistral remedo de la *Divina Comedia* de Dante Allighieri, con toques tan subidos y de tan marcado realismo; léase, que tan sublime extravío debe ser saludado con respeto.

AGOSTO 30.

Una de las últimas tardes de la pasada semana, acompañado de mi querido amigo el notable médico señor Rodeiro y de su distinguida familia, visité la célebre torre de Hércules. ¡Qué panorama tan espléndido se disfruta desde lo alto del antiguo faro! Cuando se han traspuesto los 241 escalones que conducen á la cúspide en donde todas las noches alumbrá á los navegantes rutilante y deseada luz y se tienden los ojos sobre el paisaje que queda á los piés, experimentáse singularísima emoción y siéntese uno pequeño ante tanta grandeza. Allí está el mar batiendo constantemente sobre las negras rocas de la *Marola*, como si quisiese castigar el imperio inacabable del fatídico gigante de granito; viene mansa y suavemente, en leves ondas que se irisan en copos de blanca espuma, lamiendo las verdes colinas de Peñaboa y saludando al paso los arruinados fuertes de Pradeiras y de Castelo Vello y de pronto enfurécese con rabias de serpiente acosada y estréllase contra aquella peña aislada, siniestra, tranquila en su inmovilidad de esfuge y desdeñosa para cuanto le teme y odia. Divisanse con sus tonos clarísimos, las rias de Sada, Ares y Ferrol de aguas bruñidas como la plata, las inaccesibles alturas de Prioriño, los incomparables alrededores de la ciudad, poblados de quintas y *chalets* modernos y la enseada del Orzán, en cuyas olas, enfurecidas á toda hora, tantos imprudentes ó descuidados encuentran sepultura. Centenares de botes pescadores, de lanchas ligeras y pequeñas embarcaciones cruzaban rápidamente por delante del faro, perdiéndose en el nublado del horizonte y gran número de gaviotas mojaban sus blancas alas en las salobres ondas, revoloteando después alegremente en el espacio. ¡Tarde hermosa era aquella!

Traía á la mente recuerdos de otra edad el monumento inmortal, enclavado en su asiento desde hace dos mil quinientos años, mudo testigo de tantas escenas heroicas y de tantos dramas de espantoso dolor. Los fenicios primero, habrían llegado hasta aquellas playas, ávidos de conquistas, de botín y de gloria; entónces aún no se levantaba la hermosa luminaria: después los griegos, los romanos, los normandos, todos habían traído sus hambres, sus ambiciones y sus anhelos de trocar sus nativas pátrias por ésta tierra singularmente bella y ante la energía de sus naturales marchaban aterrados, no sin dejar rastros de su paso y partículas de la civilización que poseían.

¿Quiénes fueron los artífices de la torre de Hércules? Es difícil la respuesta, porque los hombres conocedores de la antigüedad andan divididos en la opinión: creen unos que es á los fenicios á los cuales se debe el esbelto faro y otros atribuyen ésta gloria á los griegos, con los que enlazan el mito trágico que habla de la muerte de Gerion y del invencible Alcides, hijo de Júpiter. No faltan sabios eminentes que niegan ambos orígenes y no reconocen otros esfuerzos que los de los celtas connaturalizados con el país desde las más remotas edades y capaces de obras tan serias é importantes como la de la torre aludida. En estos días, sin embargo, los helenistas creen haber alcanzado un gran triunfo: según ellos, el Sr. Martincz Minguez, ilustrado periodista y temible conocedor de idiomas, dialectos y subdialectos griegos ha leído, como hasta hoy no había leído nadie, una inscripción que se encuentra al pié del faro. Por la nueva lectura venimos á descubrir que el director de las obras fué un hijo de Pontevedra, es decir, un gallego; pero como Pontevedra entónces era una colonia griega, deducen los helenistas, que griego era indudablemente el inteligente arquitecto. Sean semitas ó celtas los padres de la Coruña y su torre, es lo cierto que ambas son muy hermosas y dignas de atraer las innumerables flotas que hasta sus playas deliciosas han arribado y por cuya posesión tanta sangre fué derramada.

La torre está reconstruida desde 1789, reinando Carlos III, aquel buen Rey que gastó los millones ahorrados por Fernando VI, su hermano, en levantar arsenales, construir fuertes y combatir á los humildes discípulos de Loyola. Rey volteriano que como su abuelo, el temible emperador, no hubiera vacilado en aprisionar, y disponer rogativas en desagravio, al Santo Padre. Un capitán de navío de apellido Gianini, napolitano sin duda, fué el que dirigió las obras de revestimiento y construyó los dos salones de descanso que, ricamente tapizados y amueblados convidan al reposo al que se atreve á tan fatigosa ascensión. En uno de estos salones fué servido un *lunch* al Rey D. Alfonso XII, en su último viaje á Galicia y cuéntase que en tal ocasión, viéndose á tanta altura, exclamó sonriendo:

—“No cabe duda, soy el monarca que está más cerca del cielo.”

Efectivamente, algún tiempo después entregaba su alma á Dios, dejando atrás octogenarios como Guillermo, Emperador de Alemania, y Victoria, Reina de Inglaterra. ¡Contrastes de la humana existencia!

* * *

Con motivo de las fiestas del centenario de María Pita, que tendrán lugar el venidero año de 1889, inténtase celebrar aquí una exposición regional. *El Telegrama*, que es un periódico discreto y amante del progreso real de Galicia, ha emprendido con éste objeto una saludable campaña, al frente de la cual está un antiguo amigo y corresponsal de *El Eco*, el Sr. Faginas Arcuaz. Los ricos, los que disponen de dinero, los industriales, los obreros y aún las clases aristocráticas, que al fin van comprendiendo la necesidad de los modernos progresos, háense reunido en la Alcaldía para tomar acuerdos sobre la forma en que ha de llevarse á cabo la exposición, y como medida preventiva preparar el local en que deba instalarse. Quieren unos que se construya un palacio *ad-hoc* con los necesarios compartimientos para todas las instalaciones, de hierro y madera, y otros, ante la cortedad del tiempo, están por pedir al opulento capitalista Sr. Da-Guarda el hermoso edificio del instituto que está tocando á su término. Parece-me esto lo más acertado y práctico, porque ahorra dinero, trabajo y tiempo, del cual es preciso disponer para el arreglo de otros detalles de la mayor importancia.

Mucho honrará á la Coruña, si lo realiza, éste nuevo esfuerzo de su creciente vitalidad y las provincias gallegas deberánle gratitud eterna. La Coruña puede ostentar con justicia el título de capital de la región galaica, por los adelantos que en pocos años ha realizado. Con un puerto magnífico reforzado recientemente con el Lazareto de que ya tengo hablado, que la pone en fácil comunicación con los principales centros del Mediterráneo y con las ciudades del Nuevo-mundo, de donde tanta vida ha de venir á éste país, con una campaña incomparable en la que se dan toda clase de cereales, legumbres y hortalizas, desde el rojo tomate de purpúrea sangre hasta la delicada y tierna coliflor, con fábricas de cristal, de loza, de salazón, de cervezas y gaseosas, con importantes establecimientos de paños, sedería, lienzos, quincalla y bisutería, confortables y lujosos cafés y medianos hospedajes, puede, ciertamente, competir con cualquier ciudad española y sobrepasar en mucho á una, su rival de toda la vida, la vecina de Santander. Verdadero es que sus antagonismos injustificados con Santiago han entorpecido de alguna manera el desarrollo de la vida interior, tan necesaria en Galicia, pero á la hora presente parece que van de vencida las dificultades y que santiagueses y coruñeses se disponen á una transacción honrosa que vendrá no solo en favor de todos ellos sino del resto de la región.

Bien mirado ¿acaso la existencia de la monumental Compostela puede perjudicar la de la risueña *Brigantium*? Las dos tienen misión

diversa que cumplir: en una están los recuerdos gloriosos, la tradición saturada de poesía, la ciencia y las artes, la religión y la fé; en otra alumbra desde lo alto de la torre de Hércules la luz de la libertad comercial, atrae las naves que desembocan del Atlántico y del Mediterráneo y ofrece cómodo lugar de descanso á los modernos mercaderes del mundo. ¿Por qué no han de mirarse con amor de hermanas Santiago y la Coruña, si los disgustos de principios de éste siglo ya no tienen razón de subsistir? Pudieron un gobernante brutal y despótico y un prelado revoltoso y altivo arrancar á la Coruña su Capitanía General y su Audiencia, pero eso fué la obra de la inmoderación y del corto entendimiento y por eso no prevaleció más allá del sostenimiento de ciertas ideas. Hoy es ridículo pensar que esos hechos se reproduzcan y tanto estorbar la comunicación rápida entre los dos pueblos, como si ella pudiera traer ocupaciones militares y riesgos de invasión.

Es posible que ese certamen del trabajo, del arte, de la industria y de toda la vida gallega que ha de efectuarse para honrar la memoria de la vencedora de Drake, sirva de base para echar las cintas metálicas por las que debe deslizarse la mensajera de la paz, de la alegría y de la riqueza de los pueblos, la noble y potente locomotora. ¡Ojalá que así suceda y que entre gallegos no queden diferencias ni ojerizas para, unidas todas las voluntades y enlazadas todas las fuerzas, poder acometer la obra magna por excelencia, la regeneración moral, política, social, administrativa y económica de estas hermosas provincias.

Que los hombres políticos que vienen á veranear á nuestros campos, á respirar nuestras refrigerantes brisas y á estasiarse ante las bellezas de nuestro suelo, no tengan que decir otra vez con el Sr. Mellado, Director de *El Imparcial* de Madrid, refiriéndose á la emigración:

“¡Ah, señores, ésta tierra es hermosa y está llena de flores, y cuando de ella marchan sus hijos es porque hay muchas espinas debajo de las flores.”

A no marchar es á lo que debemos propender los gallegos, á quedarnos aquí, á dar nuevo impulso á las nacientes industrias, á metodizar y transformar los cultivos, y á vigorizar las producciones naturales, á todo esto es á lo que debemos aspirar; pero ésta aspiración es un sueño fantástico y la odiosa separación realizárase fatalmente mientras los rumbos políticos uo cambien de dirección y los que dirigen la cosa pública no impriman con fuerte mano la moralidad social, aquella moralidad que consiste en levantar la dignidad de los pueblos, dar seguridades y garantías á los hombres, cualesquiera que sean sus opiniones y creencias, si no lastiman al Estado constituyendo con arreglo al derecho político, cercenar todo dispendio inútil y supérfluo y abrir ca-

minos anchurosos y libres de todo estorbo al comercio, á la industria, á la agricultura y á las artes.

Yo puedo afirmar, con la mano puesta en el corazón que, si algún día (que no llegará) la voluntad de mis paisanos ó amigos me llevase á los lugares donde la suerte de la patria está en perenne debate, solo tendría fuerzas y aliento, para decir:—“Es menester acabar con los convencionalismos políticos, hay que poner término á los infructuosos combates de la oratoria, es indispensable acometer de pronto la tarea de las soluciones: reducción al *minimum*, de los presupuestos, libertad y franquicias al comercio nacional; protección á las industrias patrias, responsabilidad para los Diputados que voten leyes inconvenientes y contrarias á la riqueza pública. Levantémos el prestigio de ésta nación desventurada, seamos todos sus hijos metódicos y pareos en ideas que no lleven el sello característico de la utilidad económica, reforcemos los sólidos cimientos del gobierno que nos rija y acordémonos de esas clases obreras, enfermas de tanta burla, que marchan á millares á buscar consuelo en las purulentas aguas del socialismo.”

Eso diría sin cansarme nunca y ¿quién sabe? quizás las buenas almas comprendiesen á la póstre el yerro y sabrían enmendarlo.

Hace dos días, especialmente invitado por mi respetable amigo el Excmo. Sr. D. Gabriel Pita da Veiga, Comandante General de Arsenales del vecino Departamento, fuí á Ferrol. Mi objeto único, que era conocer los Arsenales, cumpliósese perfectamente. El inteligente y recto marino, con una amabilidad que nunca le agradeceré bastante, enseñóme todos los edificios del Arsenal y del Astillero, cuya vista me hizo sentir las más dulces y gratas emociones. ¡Qué talleres de carpintería y de herrería! ¡qué almacenes, qué tinglados, qué oficinas, qué varaderos, qué diques, qué salas de armas! Todo es allí grandioso y monumental y según me aseguró el Sr. Pita da Veiga, el Arsenal cuenta con elementos suficientes para construir tres cruceros á la vez. Actualmente está en el Dique de la Campana limpiando sus fondos el *Reina Regente* y en uno de los varaderos del Astillero, armándose el casco del que ha de llevar el nombre de nuestro Rey-niño. Cerca de tres mil operarios trabajan diariamente en las diferentes secciones en que se divide el Arsenal, los cuales, con los marinos que pernoctan en la capital del Departamento, forman la vida y la población ferrolana.

Como estuve un solo día en dicha ciudad y ese lo pasé en el Arsenal, apenas si he podido apereibirme de su fisonomía. Ví, sin embargo, su alameda, que me gustó mucho, el jardín en que está colocada la estatua del valiente marino Sanchez Barcáiztegui y crucé dos veces por la calle Real ó de Sinforiano, muy alegre y animada y llena de pre-

ciosos establecimientos, entre los que dominan los de juguetería. Algunas mujeres asomadas á las altas galerías parecieronme hermosas y en general dejéme muy grata impresión la marítima ciudad.

*
* *

LA TUMBA DE UN HÉROE.

Si el triste y prolongado cautiverio de Santa Elena no fué suficiente expiación al crimen de lesa humanidad que el gran conquistador del siglo intentó llevar á cabo con su dominación universal, nosotros, que aborrecemos por convicción filosófica las guerras, que tienden á destruir la vida latente de los pueblos y los héroes que, con sus instintos belicosos perturban la conciencia de todos los hombres, hubiéramos empezado éste escrito, lanzando una acusación sobre la frente de aquel afortunado artillero de Córcoga, que deslumbrado con sus victorias de Italia, de Alemania y del Egipto, se atrevió á pisar con sus caballos, la tierra sagrada que guarda las cenizas de los saguntinos, de Viriato, del Cid y de Gonzalo de Córdoba. Pero su desmedida ambición de mando; su hidrofobia de reinos y de imperios; sus temerarios proyectos de hacer del Universo una sola Francia, cayeron ruidosamente al suelo aquel lloviznoso día de Waterloo, y desde entónces, pobre y abandonado, perseguido constantemente por el ojo luminoso del verdugo inglés y pensando en las pasadas grandezas, pasó sus postreros días sufriendo tanto como deben sufrir los condenados que después de haber visto la belleza de los cielos, se encuentran de repente y condenados para siempre, en la horrible mansión de los infernos.

La sangre que regó los campos de Bailén y Rioseco; las víctimas inmoladas en Gerona y Zaragoza; la espantosa hecatombe del 2 de Mayo en Madrid, clamaban venganza al Altísimo, y es por eso por lo que Napoleón, usurpador en España como en todas las demás naciones del mundo, vió los tronos por él creados deshacerse como se deshacen los tronos de las comedias y de las tragedias, que no tienen otra vida que la efímera y precaria de la representación.

Quando los franceses, parodiando tristemente á los cartagineses, solicitaron la amistad de nuestra pátria, para introducir sus tropas, que iban á castigar una irrespetuosidad de nuestros hermanos de Portugal, estaban muy ajenos de pensar que aquellas *majas* y aquellos *chulos* de Madrid, de los cuales tenían noticia por el insigne Jovellanos, pudiesen morir con tanta bizarría ante la metralla de sus cañones

del Parque, no imaginaban que los nobles hijos de Zaragoza eran dignos émulos de los espartanos de las Termópilas, y que tenían á su frente un verdadero Leonidas en el inmortal Palafox, ni presumían que los valientes montañeses de Cotobad y de Puente Sampayo, que hacían de sus robles, cañones para pelear, descendían de aquellos fuertes galáticos que habían hecho temblar al Senado Romano y obligado á decir á Julio César que los visitara:—“*Suevorum gens est longe maxima et bellicosissima Germanorum Omnium.*”—“*Entre todos los germanos, es la nación sueva la más numerosa y guerrera.*”

Así pagaron tan caro su inaudito atrevimiento, y en siete años de cruel y asoladora guerra no pudieron adquirir otra cosa que el convencimiento cruelísimo de que los pueblos que aman su libertad y su independencia, antes se entregan á la muerte, que se dan á la esclavitud.

En esa gran epopeya no cupo pequeña gloria á Galicia, que fué una de las primeras regiones de España en dar el grito de alarma, como también fué una de las primeras en sentir las demasías y los atropellos de las tropas francesas. Un hombre del pueblo, el sillero Sinforiano López, cuyo nombre ha recogido la historia, fué el que en Ja Coruña, en 30 de Mayo de 1808, capitaneando las turbas populares, dió el primer grito de “¡Viva Fernando VII!” “¡Muera Murat!” Rotas las hostilidades en nuestras provincias desde éste momento, librárouse crudas y reñidas batallas, en las que no siempre, desgraciadamente, pudimos recoger los laureles de la victoria. Aunque por entonces subió á su mayor grado el entusiasmo en todas las clases y el amor á la patria se despertó en todos los pechos, no fué obstáculo á que tuviésemos que llorar pérdidas tan irreparables como las de Ríoseco, en donde el *Batallón de los Literarios*, compuesto exclusivamente de estudiantes de la Universidad de Santiago, colocado á la vanguardia del ejército español, halló casi en totalidad una muerte tan gloriosa como prematura.

Entre los generales ingleses que á las órdenes del duque de Wellington, vinieron á mandar divisiones á España que luchasen contra los franceses, hallábase el ilustre Sir Jhon Moore, uno de los más esclarecidos miembros de la aristocracia inglesa. Destinado á mandar un ejército de operaciones en Galicia, mostróse tan entendido militar y tan cumplido caballero, que si las huestes enemigas hubieron de comprender que era con un héroe con quien tenían que luchar, los naturales del país admirárouse al observar cómo castigaba con fuerte mano á sus tropas si se permitían atropellar ó tomar algo contra la voluntad de su dueño. Pocos generales, aún contando los españoles, merecen

más alabanzas que Sir Jhon Moore, que según dice un historiador, “su severidad llegó al punto de fusilar á cuantos criminales cogía *infra-gantis* manchando el uniforme inglés.”

Este distinguido general, que á principios de Enero de 1809, disponía de escasas fuerzas en relación con las que tenía el mariscal Ney, nombrado por el emperador gobernador de Galicia, después de una honrosa y difícil retirada, llegó á la Coruña á tiempo que los franceses se presentaban al otro lado del puente del Burgo. Aunque en un principio la prudencia aconsejase á Moore el embarque de sus tropas, fué por imposibilidad de hacerlo, fué por dar salida á uno de esos rasgos de valor, que á veces suelen tener un feliz resultado, es lo cierto que se contentó con mandar á bordo de los navíos ingleses surtos en el puerto de la Coruña, sus heridos y enfermos, la caballería desmontada y cincuenta y dos cañones, dejando solamente para combatir al enemigo ocho cañones ingleses y cuatro españoles.

Estrechado por Soult, que mandaba las tropas de Napoleón, tuvo Moore que presentar la batalla el día 16 de Enero, apostándose los unos y los otros en el Monte Mero, desde el río de éste nombre, conocido por el de río del Burgo, hasta el pueblo de Elviña. Dirigía el ala inglesa de éste lado Sir Daird Baird y la opuesta Sir Jhon Hope. La reserva mandada por Lord Paget, quedó á retaguardia del centro en Eyris, y en las alturas cercanas á las puertas de la ciudad permaneció el general Frassor

La batalla, que empezó á las dos de la tarde, fué tan terrible y sangrienta, que en las primeras horas cayó herido el general Baird.

Destrozados en un principio los franceses, pronunciáronse en retirada; más rehaciéndose al poco tiempo, acometieron con tanto brío á las tropas de Sir Jhon Moore, que cuando la noche sobrevino, herido éste de muerte por una bala de cañón en la clavícula, sólo tuvo tiempo de ordenar á su inmediato Sir Jhon Hope que embarcáse el ejército inglés, como así lo hizo durante la noche.

Cuentan, que ántes de espirar Sir Jhon Moore, pronunció estas palabras:—“Espero que el pueblo inglés quedará satisfecho; espero que mi nación sea justa conmigo.”—Y volviéndose á su amigo el coronel Anderson, exclamó: “Ya sabeis que siempre ha sido mi deseo morir de ésta manera.”

Muerto el general británico, un destacamento del regimiento número 9 le enterró, sin otra ceremonia, envuelto en su capote militar, al mismo tiempo que los cañones de ingleses, españoles y franceses le hacían en tan solemne ocasión los honores fúnebres.

Como Sir Jhon Moore pertenecía á la iglesia protestante y esto le

privaba de hallar sepultura en el cementerio católico de la Coruña, sus restos fueron enterrados en un pequeño terreno, en la ciudad vieja, sobre los que, pasado el tiempo, se levantó un sencillo monumento de piedra, justo tributo de cariño y admiración con que los gallegos han querido premiar sus virtudes y su heroísmo. En ese monumento leen los curiosos la siguiente inscripción:—“*Joannes Moore, Exercitus Britanica Dux, Praelio occisus. A. D. 1809*”

Aquel terreno desigual y pedregoso entónces, forma hoy el solitario paseo de San Carlos al cual no lleva la moda los ruidos de su imperio. Entre flores amarillosas y azules, girasoles y parietarias, cuidadas piadosamente por un viejo jardinero, descansa el héroe, que algunas veces debe escuchar en su tumba de mármol las francas careajadas, las alegres expresiones de los niños de la ciudad vieja, que allí van á jugar á la caída de la tarde.

Allí, visitado todos los días por los amantes de la tradición y oyendo á todas horas sencillas cantinelas, duerme el último sueño lejos de su patria el general inglés, que al entrar en los treinta años de la vida, el plomo francés le abrió las puertas de la muerte.

Descanse tranquilo en su alegre tumba el honrado defensor de la independencia española, que los coruñeses, nobles y leales, velan por él y nadie osará turbar su reposo sin antes apagar sus alientos.

SANTIAGO.

MAYO 11 DE 1888.

Estoy en Santiago, en la vieja y famosa ciudad compostelana, cuna de tantos hombres ilustres y asiento natural de tantos sabios, por su modestia oscurecidos; en aquella ciudad que un discípulo de Jesús eligió para su sepulcro y en la cual se levanta un templo suntuoso y sublime, que honra á sus piadosos autores y hace imperecedero el recuerdo de aquél cincel divino, que en el Pórtico de la Gloria, supo representar, con arte asombroso, toda la teodisea católica; ya estoy en la obscura ciudad de los tradicionales jubileos, de los dramas arzobis-pales, de las luchas de la inteligencia, de las procesiones magestuosas; en aquella ciudad que vió pasar por sus estrechas y tortuosas calles á Gelmirez, el reformador; á D. Pedro de Castilla, el Rey justiciero y apasionado; á las huestes perturbadoras de los Castros, de los Fernandez de Deza y Pedro Madruga; y que un día se despertó asombrada y abatida al sentir en su seno la infame caricia del agareno, de aquél terrible Almanzor, el más fuerte brazo del islamismo triunfante y envanecido.

Santiago ¡qué dulces memorias trae á mi mente! Los años juveniles vuelven á renacer de las frías cenizas del pasado; los antiguos compañeros, muertos ya ó perdidos para el trato de la intimidad en las abruptas montañas de apartadas aldeas, surgen un momento como fantasmas que se desvanecen de pronto, las alegrías escandalosas de otro tiempo llegan al corazón estremeciéndose de encontrarse viejo y feo y la tristeza, toma al fin posesión del alma, ante el convencimiento de la verdad de las transformaciones y de que, los caídos ya no pueden

levantarse y los que se conservan en pié están como las esfinges egipcias, ensayando eternamente una sonrisa disimuladora del dolor, que casi siempre se convierte en una mueca espantosa.

No ha variado Santiago: conserva su fisonomía de las pasadas edades: los edificios altos y severos, magestuosos y solemnes, las casas negras, mezquinas y oscuras, las calles estrechas, difíciles al viajero y siniestras en las altas horas de la noche: son éstas las calles que un tiempo se cubrían de cadenas, por las que merodeaba el *gallofo* temible y vengador, discurría el peregrino creyente y suspenso de la divina gracia y hacían entrada triunfal y gloriosa los vencedores de las *Navas*, para dar gracias al santo apóstol, jurado enemigo de los mahometanos.

Algo se ha infiltrado la vida moderna, que no es posible en estos tiempos de material progreso, sustraerse á ciertas leyes evolutivas; pero Compostela es todavía la ciudad de los Prelados revoltosos y batalladores, de los Canónigos eminentes y discutidores, de los maestros serios y sabios y de los estudiantes gritadores, entusiastas y capaces de todas las abnegaciones y de todos los sacrificios.

Los manes de los Lunas, Muzquiz, Fontau, Varela Montes, Rodil, Sanchez, Varela, Cociña y Mosquera, andan volando por éste cielo que parece sombrío, visto desde el fondo de las calles, é infiltrándose, á modo de sutil y aéreo elemento, en las almas jóvenes de los que llevan capa en vez de manto, nudoso bastón á guisa de espada y hongo de anchas alas á cambio del estinto chambergo ó ridículo bonetillo. ¿Cómo no ha de respirarse aquí el ambiente de las muertas centurias y absorberse ese polvillo de lo viejo, si todo permanece igual que en el siglo XVI!

Suenan las campanas con sus metálicas lenguas en constante movimiento; oyesse el acompasado y sereno toque del reloj, anunciando como en los buenos días de Doña Urraca, la hora en que se vive, que puede ser la primera de la muerte; cantan las vísperas los reverendos de la basilica y toca el órgano, con sus mil notas variadas, alegres unas veces como la alborada inmortal de nuestros campos, tristes otras como una elegía, pero siempre conmovedoras y tiernas; y todo lleva el propio compás de hace doscientos años y hasta lo nuevo parece como una vergüenza de ésta edad, como una innovación peligrosa, algo que pudiera tener semejanza con una estatua primorosa de Praxíteles, vestida con un traje confeccionado por el célebre Wolsr de París.

Y es que Santiago para ser admirado, para ser grande, para ser inmortal no necesita más que su pasado lleno de gloria: su Universidad, modelo de escuelas cuando la instrucción era tan difícil de propagar y la ignorancia pesaba sobre el mundo como una nube de dolores y abatimientos; su basilica, una de las primeras que la fé cristiana ha

levantado en honor de la religión, única consoladora del espíritu humano; su hospital, obra admirable de arte que hace inmortal la memoria de los Reyes Católicos, asesinos al fin de nuestras libertades regionales; y sus conventos que son el deslumbramiento del extranjero y el testimonio más elocuente de la piedad cristiana; todo hace de Santiago la primera ciudad histórica de Galicia, la grande, la ilustre, la hermana legítima de Atenas, por el saber que atesora, y de Roma por las preciosidades que contiene.

¡Salud, vieja y amada Compostela, cuna de mis primeras ideas; en donde tanto he soñado despierto y en donde tantas ilusiones albergó mi corazón! Al abrigo de tus viejos y negruzcos portales y mirando las altas ojivas de tu Catedral he abierto mi alma al amor purísimo de ésta región infortunada y á la obra de su redención he jurado consagrar la vida entera! Ahora, que he sentido nuevamente el calor de la nativa tierra, renacen vigorosas mis fuerzas para la futura lucha, complaciéndome en reproducir los sagrados juramentos, que, bien al contrario de los que pronunciaba Anibal, ante el cadáver de su padre, solo envuelven amor y aspiraciones inextinguibles de engrandecimiento.

—

Quando dejé aquella preciosa ciudad coruñesa, en donde tan dulce y grata fué mi permanencia y tan grandes como inmerecidos obsequios me fueron hechos—y de la cual he de ocuparme largamente, en el próximo mes de Agosto, cuando torne á vivir su vida alegre y expansiva—sentí hondo pesar al contemplar los montes escuetos y pelados que se iban presentando en el camino, las aldeas desiertas y los valles apenas cultivados por débiles mujeres y octogenarios abatidos y tristes: ¡qué soledad horrible! Apenas si las blancas madre selvas que perfumaban la atmósfera, las amarillas rosas del tojo que daban tonos suavísimos al paisaje y las dilatadas extensiones de verde trébol que formaban como sabanas de esmeralda, bastaban á borrar la desoladora impresión que causaba en el espíritu aquel espectáculo de abandono, de silencio, de aislamiento, jamás visto ni pensado, y revolador de la enfermedad incurable, que devora desde hace largos años, á la tierra bien amada.

No hay hombres: todos emigran, todos van camino de otros mundos más amantes del que trabaja ó piensa, en donde hay más sol y más generosidades, en donde la miseria no levanta su faz horrible y al apagarse la luz del día queda una esperanza en el corazón. ¡Cómo no han de irse los hombres y las familias enteras, si aquí no ganan para satis-

facer al fisco! Situación penosa, no concebible para los que llevan muchos años de ausencia y han perdido la memoria de las pasadas tribulaciones; situación que solo aprecian los que cruzan estos valles espléndidos, estos bosques misteriosos y estas gargantas entre las cuales corren arroyuelos de límpidas aguas que van fertilizando un terreno cansado ya de producir. Y en tanto no despierte el alma, aletargada por las pasiones, de los que mandan, mientras en su corazón no suene la hora de la piedad y de la conmiseración, será vano el llorar, inútil la queja y estéril el sacrificio de unos pocos: éste país seguirá su calvario de dolores y los adversarios de la emigración, los que la hemos combatido en la prensa, en la tribuna y en el libro con incansable tesón, ¿con qué derecho nos opondremos á una necesidad que reconoce por principio la defensa de la existencia?

Entré en Santiago cuando la tarde terminaba y el sol se escondía tras las altas y nevadas cumbres del Pedroso: veíase vagamente y entre nieblas, por los largos callejones que desembocan en la Fuente de San Antonio y por la ancha y espaciosa calle del Horreo el memorable *Pico-Sacro*, cantado por los poetas, y en cuya cónica cima parecen verse todavía los cortesanos de aquellos reyes suevos, que al ungirse, profesaban en la santa religión de la patria y juraban defenderla de todo ataque que pudiera menoscabar su libertad ó su independéncia.

Muchos y buenos amigos me esperaban en la administración de diligencias; pero, uno conocieron mis ojos entre todos, el Sr. Murguía, ese hombre eminente y el historiador más insigne no solo de Galicia sino de España, superior á Lafuente y á Toreno y solo comparable á Plutarco el viejo comentador de César, de Pompeyo, de Sila y de Cicerón.

Al estrecharlo contra mi corazón sentí algo desconocido que aún no había experimentado en Galicia: perecíme que abrazando al autor de *Los Precursores*, abrazaba realmente la tierra gallega que en él tomaba cuerpo y alma. ¿No era, al fin, la conjunción de todas las aspiraciones de la patria? ¿No era él quien había revelado las antiguas olvidadas grandezas, renovando las amortiguadas creencias? ¿En su lazo de amor con aquella mujer, que vive en nuestros corazones con vida inacábable, no supo unir, el hijo más notable de ésta tierra, la poesía con la tradición y la leyenda con la historia? Cuando sentí sobre mi pecho la blanca cabeza del historiador gallego, dí por bien pa-

sados todos los disgustos de una larga existencia de lucha y bendije la hora del regreso.

Perdónenme los demás distinguidos compañeros si hoy sólo ven mis ojos á Murguía, joven todavía por fortuna nuestra y en disposición de acometer obras importantes; otro día les consagraré mi humilde pluma, que deben ser conocidos en América los que aquí trabajan por levantar el espíritu regional y saben apreciar los esfuerzos de los que ahí tan alto colocan el pabellon gallego.

*
* *

JUNIO 20.

En el ex-convento de Santo Domingo, edificio notable de estilo entre románico y ojival, consagrado hoy á Hospicio, y en la capilla de la Visitación de su magnífica iglesia, levantaráse dentro de poco el *Mausoleo* en que descansen los restos de aquella insigne mujer, que fué la mejor amiga de las musas y el encanto de dos generaciones entusiastas y apasionadas por la dulce poesía gallega. Rosalía Castro, que ahora reposa en su amado cementerio de Andina, entre flores olorosas y cipreses melancólicos, guardada por el respeto y la admiración de los que la han visto nacer y saborearon en sus *Cantares* las primicias de su ingenio incomparable, estará dentro de poco bajo el techo artesonado de la bella iglesia y en lecho de fino y rico mármol de Italia.

Un artista que empieza su carrera triunfando en donde se presenta, que restaura las mejores obras del renacimiento dejándolas admirablemente perfectas, que hace sillerías del gusto más exquisito y muebles que asombran por su belleza artística, el Sr. Landeira, es el encargado de construir ese *Mausoleo*, que resultará un sepulcro espléndido, digno del genio á quien se consagra, y de ésta gran ciudad de Santiago, en donde tanto abundan los monumentos y las preciosidades arquitectónicas.

El Sr. Rábago, como Director de la Sociedad Económica, ha otorgado con el Sr. Landeira la escritura por la cual éste se obliga á que por terminada la obra el día 31 de Diciembre de 1889, en el precio de 5,883 pesetas 45 céntimos y lo demás que se recaudase en lo sucesivo. He visto el modelo del *Mausoleo*, que en otra carta prometo describir, y creo firmemente que el joven artista perderá dinero. Cójame que entra en ésta obra por respeto á la ilustre autora de *Follas Novas* y por amor al arte, y que difilmente cubrirá los gastos de los materia-

les: tiene ya encargados los mármoles á Italia y en Noviembre próximo comenzarán los trabajos.

No han dejado de surgir dificultades para llegar á éste resultado que puede estimarse dichoso, pero todas se han vencido gracias á los esfuerzos del Sr. Diaz de Rábago, gallego tan ilustrado como amante del brillo de su pátria, á las benevolencias del Sr. Murguía y á los desprendimientos, nunca bien alabados, del Sr. Landeira.

En el próximo mes de Julio, acompañado del sabio historiador gallego y de su hija Alejandra Murguía, pintora de gran porvenir, que tiene como sus padres, vinculado el talento y esclarecido el genio, visitaré el sepulcro de la gran poetisa y tendré la satisfacción de colocar sobre la lápida que la cubre, un ramo de violetas, la flor predilecta de la que tanto amó á los suyos y á su pequeña pátria: ese día, que será para mí de purísima emoción, recojeré las impresiones que reciba para trasmitirlas á mis buenos é inolvidables amigos de Cuba.

Nunca, una vez más lo digo, nunca debemos causarnos los que ahí tenemos, nuestra vida, nuestra familia y nuestras afecciones, de prodigar el bien á éste suelo, sumido en la desgracia por el caciquismo y la política infructuosa, y favorecer con nuestros humildes esfuerzos, á los que aquí piensan y colaboran diariamente en la obra de redención; quizá muchas mejoras se realicen con nuestra ayuda y adquieran forma real multitud de pensamientos salvadores que andan buliendo en los cerebros; ya que la fortuna nos coloca en condiciones de ser útiles á nuestros hermanos y á nuestra madre amantísima la pátria sueva, séamoslo sin vacilaciones ni dudas, con toda espontaneidad, que no caerá el beneficio en corazones desagradecidos.

* * *

Cuando ésta carta sea leída por los suscritores de *El Eco de Galicia*, estaráse imprimiendo en las prensas del Seminario Conciliar de ésta ciudad de Compostela, el tercer tomo de la *Historia de Galicia*. Si las promesas reiteradas que me han hecho el Sr. Murguía y el administrador de la imprenta aludida se cumplen, cuando yo, á mediados de Noviembre, retorne entre los míos, seré portador del primer ejemplar de ese tomo, para entregarlo como muestra de respeto y consideración profunda, en nombre de su autor, al generoso y nobilísimo *Centro Gallego*.

¡Vaya si puede estar orgulloso éste *Mecenas* ilustre! á él se deberá que el libro más importante de Galicia, el que ha de revelar su origen, sus creencias, sus tradiciones, su lengua y su historia legítima se

publique íntegro: á él y nada más, porque las corporaciones gallegas, con excepción de la de Coruña, apenas si atienden al viejo historiador que, consagrado á una labor de ocho horas diarias, no descansa para sostener á su numerosa familia. Creen algunos que es fácil cosa escribir un libro serio, sin el auxilio del constante estudio y de las obras afines á su índole: ¡qué error! Nadie, ni Victor Hugo, ni Lamartine, ni Castelar, ni Cánovas han escrito un artículo sin la consulta con otros autores.

Véase, si no, el final ó apéndice de las *Conferencias* sobre Rusia, leídas en el Ateneo por Emilia Pardo Bazán, que muestra la relación de cerca de treinta autores que tan distinguida escritora tuvo que leer y estudiar para confeccionar esa obra admirable. Y es menester no confundir la consulta con el plagio, que éste consiste en copiar íntegros los párrafos y negar la procedencia, y aquella en establecer comparaciones y hacer citas oportunas al caso. Y es también de sentido común no olvidar, que todos esos libros que se deben tener presentes al escribir, hay que comprarlos, porque aún siendo escritor, no se tiene el derecho de entrar, como en hacienda abandonada, en la estantería de los libreros. Y viene todo esto á cuento porque estoy persuadido de que Murguía gasta todos los años en libros y revistas de ciencias y artes mayor cantidad que la que puntualmente le abona la Diputación de la Coruña.

El tomo que se está imprimiendo es uno de los más interesantes de la obra: escrito hace más de 18 años, ha sido recientemente reformado, casi en totalidad, por su autor; éste halló nuevos y más interesantes datos en sus investigaciones en los Archivos de Simancas, de Madrid y la Coruña, hizo más amplios estudios históricos y sociológicos y con la madurez del genio que ha traspasado las lindes floridas de la juventud y compara y examina con circunspección y calma, saldrá á luz tan interesante libro.

Regocijense los socios del *Centro Gallego* de su proceder caballeresco y patriótico; regocijese aquel mi buen amigo Alfredo Nogueira, defensor incansable de los intereses del amado instituto, que no todos los días se puede tener la honra de dar la mano á hombres que vales tanto como Murguía.

*
* * *

JULIO 4.

El tiempo aquí esta lluvioso y frío. El verano no se ha presentado éste año en Galicia: hemos tenido granizadas en la pasada semana

y días de verdadero temporal en los últimos del finado Junio. En Orense han vuelto á perderse algunas cosechas y en Padron y en todo el Ulla está casi malogrado el vino: esto aflige, como es natural, á los pobres labradores que ven en perspectiva un nuevo año de miseria, al final del cual, sino á la muerte tendrán que rendirse á la necesidad de la emigración. Nada importa que el campesino no recoja la patata y la avena sembradas á costa de trabajos crueles y ansias desesperantes, que el maíz se pudra antes de salir á flor de tierra y que la vaca muera por falta de pastos; el agente de contribuciones llega á su puerta como el ángel exterminador y llévase, para satisfacer la sed del hidrópico Estado, lo que queda y lo mejor. Su condición de oprimido no acabará nunca: la redención generosa que ahorra la postrera degradación social, que rompe las cadenas de los míseros negros del Brasil, que llevará en cercano día la libertad á Marruecos, no existe para el hombre de los campos galaicos, porque es vasallo del Estado y siervo humilde de la tierra. ¡Infeliz! Si los que gastan miles de duros en banquetes para festejar la conquista de una cartera ó la llegada de cualquier Príncipe extranjero, viesen ésta necesidad espantosa en que viven los labradores, el pan que les sirve de alimento y la ruda faena que les embarga diariamente, tendrían que ser canibales para no indigestarse con los succulentos y sabrosos manjares, y seres desprovistos de todo sentimiento para no commoverse. No, no parecerán jamás bastante sombrías las tintas de éste cuadro doloroso; aunque el pincel muestre todo el lujo de lo amargo y apure la nota siniestra de la desesperación, no se llegará á las fronteras de la realidad, dentro de la cual viven muriendo las clases más útiles, las más honradas y las más sufridas. Es posible que éste malestar que se siente aquí en tan superlativo grado sea una enfermedad general: puede suceder que todo el organismo social padezca la anemia que engendra la prolongada y obligada dieta; entónces, menester es apelar á los reactivos que regeneran y enriquecen la sangre y trasforman, en corto tiempo, la constitución más averiada. Ojalá que así lo comprendan los que pueden y deben comprenderlo y que otra era de protección al trabajo, de franquicias al comercio y á la industria, de amor á la agricultura y de respeto á todos los que, en ese mundo humilde de la perenne labor, no cesan de aumentar la pública riqueza, sin que de ella les toque la más pequeña parte, sustituya á ésta en que solo vive el más audaz, triunfa el más fuerte y es vergüenza conservar los principios hidalgos y las creencias morales y salvadoras que nos legaron nuestros mayores.

Agítase aquí en Santiago la idea—iniiciada por el ilustrado Director de *Galicia Diplomático*--D. Bernardo Barreiro--de erigir un *Panteón de Gallegos Ilustres* en la iglesia de Santo Domingo, en el cual descansan para siempre los que, consagrados á la causa de levantar de su prostración á estas provincias, sepan olvidar sus conveniencias y medros personales ante las necesidades ciertas de la pequeña pátria. El mausoleo que vá á edificar el Sr. Landeira para guardar los restos de Rosalía Castro, parece que será la base del futuro *Panteón*, al cual irían, una vez construido, Aurelio Aguirre, Varela Montes, Casáres, Corze y otros.

Si la Sociedad Económica que preside un hombre ilustradísimo, el Sr. Rábago, no toma bajo su égida tal pensamiento, es casi seguro que no llegue á vías de hecho en todo lo que resta de siglo. Cuando se inició la suscripción en España para el mausoleo de la dulce cantora del Sar, á fin de aumentar la pequeña que pudo organizarse en Cuba, y con el producto de ambas acometer una obra digna de la fama de nuestra poetisa, después de año y medio de esfuerzos heroicos, apenas si llegaron á reunirse cuatrocientos pesos. ¿Como, dado un espíritu tal de apatía, puede pensarse en un monumento grandioso, que grandioso tendría que ser el *Panteón*, para responder á su levantamiento, que costaría muchos miles de duros?

Es de aplaudirse la idea del Sr. Barreiro, que á la postre va impresionando favorablemente los ánimos: pero quien debe recogerla y hacerla suya es la Sociedad Económica, obligada con todo lo que á Galicia honra é interesa y la única autorizada para solicitar subvenciones de las Diputaciones Provinciales y del mismo Gobierno. Si tan importante institución toma interés en ello, es presumible que se erija el *Panteón de Gallegos Ilustres*.

Los que no hayan visto la Alameda de Santiago desde 1878 no la conocen ahora, porque está completamente reformada. Paris es un bellissimo jardín, en el que crecen rojos claveles, blancas camelias, pensamientos que parecen hechos de los más finos y raros terciopelos, y los alrededores comprendidos en toda el área de la Puerta de Senra, San Clemente y la Herradura están convertidos en deliciosos *parterres*, guardados, con fidelidad á toda prueba, por los servidores del Municipio. En Paris está colocada la estatua del héroe del Callao. En el centro de éste viejo paseo y sobre un pedestal de mármol blanco-ergue su fisonomía de bronce el ilustre marino, mirando hácia el fir-

mamento con actitud de interrogación, igual que debió mirar desde el puente de la Numancia, aquel memorable día de Mayo de 1866. El escultor gallego Sr. Saumartin, es el autor de la estatua, que ha sido fundida en el Arsenal del Ferrol. En opinión de muchos inteligentes el lugar buscado para ese monumento hijo de la admiración de un pueblo, no es el más adecuado: resulta demasiado obscurecido y no dá á la estatua, de suyo lastimada por la pequeñez de la base, todo aquel brillo y soltura que fuera de desear. Mucho mejor estaria en el centro de la gran plaza del Hospital, en donde la vecindad de cuatro edificios de un valor artístico de primer orden, no empequeñecerían el que tiene la obra del Sr. Saumartin. Piensan algunos que en éste lugar, es en donde vivirá en bronce, aquella sublime cantora de nuestras soleadas regionales, que en sus *Cantares*, inmortalizó el habla gallega.

* * *

JULIO 27.

El día 29 del corriente quedó firmado el contrato por el cual, la imprenta del Seminario Conciliar de ésta ciudad, se compromete á dar listos y encuadernados, y en condiciones de ser puestos á la venta, el día 15 de Octubre próximo, mil quinientos ejemplares del tomo tercero de la *Historia de Galicia* por D. Mauuel Murguía.

Después de veinte años de silencio, el ilustre autor de *El Arte en Santiago*, vuelve á proseguir su obra inmortal, aquella que tanto necesita Galicia para conocer su pasado y fijar su porvenir social y humano y la única que habrá de levantar, á digna altura, el nivel moral de nuestra pátria. La trascendencia de éste hecho quizás no se aprecie hoy debidamente, que no son éstos tiempos de absorbente positivismo, los mejores para medir el alcance de ciertos sucesos que, si no influyen de pronto en el modo de ser de los pueblos, determinan fases nuevas y marcan rumbos desconocidos; pero es innegable que para Galicia se enciende un faro luminoso que alumbrará las penumbras que la envuelven, con la prosecución de ese libro glorioso que nos dá derecho á defender nuestras aspiraciones legítimas y honradas y á pensar sin sospecha en un regionalismo que mejore la difícil presente situación.

Todos los países que en la antigüedad han formado estado y han tenido su legislación, su idioma, sus costumbres y su particular tendencia, á pesar de las corrientes centralizadoras del siglo, aspiran noblemente á reconstruir su pasado y conservar aquellas tradiciones que sin lastimar ningún principio político pueden dar una idea exacta de su carácter y de su genio. Es un deseo justo que no debe pertur-

bar ninguna ficción gubernamental, porque á nadie perjudica ni hace daño, y que trae aparejados el amor sincero al pedazo de tierra en que se nace y el respeto á cuanto en su seno lleva un germen de progreso ó una idea de mejoramiento.

Creo firmemente que cuanto más se engrandece y encumbra el apasionamiento por la región nativa, cuando es más firme el propósito de darle vida amplia y espléndida, y extender á lo infinito, los limitados horizontes, más se dignifica y eleva la nacionalidad, á la cual va ligada aquella por los intereses, por la conveniencia y no pocas veces por la necesidad.

No se han persuadido, sin duda, de ésta verdad nuestras corporaciones públicas y particulares, que bien poco hacen en favor de esos trabajos de reconstrucción pátria, mirados con gran respeto en toda Europa, temerosas, tal vez, del estigma que los *nacionalistas* que nada meditan, pudieran arrojarles al rostro.

Irlanda reclamando el respeto á su derecho y á sus fueros por medios violentos y duros, es la prueba más elocuente de que no puede prescindirse en absoluto de las transacciones dignas con la aspiración local. Si ésta no menoscaba la integridad del territorio, si á su amparo no se alimenta un anhelo criminal, si solo pretende la mayor libertad administrativa y la independencia económica que consiste en regularizar las cargas y oponerse á toda dilapidación burocrática, es legítimo respetar esa aspiración y favorecer á cuanto sea posible, para que la desesperación no se apodere de los corazones y lo que pacíficamente podía ser arreglado, no reclame luego la odiosa intervención de Marte.

Galicia restaurando con la publicación de su *Historia*, cuanto forma su pasado honroso y altivo, digno de un pueblo que ha tenido existencia propia, coloca la primera piedra en el edificio de su regeneración y dá un paso gigantesco para llegar á aquel bienestar á que es acreedora por sus virtudes, su fecundidad y su admirable situación topográfica, que la convierte en el paraíso del viejo mundo.

El Sr. Murguía, cansado por los sufrimientos, que, como enemigos crueles, le han cercado constantemente, ofendido, justamente, por la indiferencia de los que debieran ayudarle y desalentado ante tanta irregularidad social que hace subir lo ínfimo, lo que nada dice ni representa, y obscurecer lo que vale, había pensado no descolgar jamás su pluma de historiador y condenar á sus compatriotas á carecer de historia. Afortunadamente el *Centro Gallego* ha sabido reparar la falta cometida con el preclaro escritor, y con aquella delicadeza que tanto seduce á los espíritus superiores, obligarle á continuar una obra,

que solamente sabrá apreciarse cuando esté ultimada, y las generaciones venideras, libres de las preocupaciones que á nosotros nos devoraran, toquen todas las dulces consecuencias de su publicación. Si ya nuestra querida Sociedad no tuviese fama universal y los esfuerzos de sus hombres no la hubiesen acreditado como verdadera protectora de las artes, de las letras y de todo saber humano; lo hecho con el señor Murguía haría su nombre imperecedero.

Solo así, trabajando por la resurrección de la pequeña patria, á la cual debemos vida y hacienda, identificándonos con sus deseos y facilitando medios para realizarlos, y viviendo, á despecho de la distancia, su vida de dolores y amarguras, es como se alcanza éste respeto cariñoso y esta admiración purísima que aquí obtiene nuestro *Centro* bien amado. Los egoísmos no fructifican, cualquiera que sea el terreno en que se siembren; en cambio ¡con qué lozanía y riqueza brotan las generosidades oportunamente esparcidas en la tierra!

¡Mil veces dichoso el *Centro Gallego* que sin desatender sus grandes necesidades puede contribuir, en primera línea, á la libertad de la tierra sueva!

*
* *
*

Gran satisfacción experimenté una de estas tardes en la Catedral. No fué la magestuosa belleza de éste templo cristiano la que me produjo ese dulcísimo placer espiritual que se extiende sobre el corazón como un bálsamo consolador y fortificante; y cuenta que hay mucho y bueno que admirar en la famosa basílica, fué la palabra de un sacerdote, para mí desconocido que, desde el púlpito se dirigía á un numeroso concurso de fieles y devotos.

Versaba su sermón, mejor dicho discurso, sobre los favores dispensados á España y particularmente á Galicia por la Virgen María y la gratitud, que por tal concepto, debía esta nación á la excelsa Emperatriz de los cielos.

Desarrolló el tema tan admirablemente, con tal lujo de imágenes y alegorías, esmaltó el discurso con frases tan bellas y poéticas, fué tan enérgico al recordar las desdichas de Galicia—de la que dijo ser hijo amantísimo,—mostróse tan regionalista y esperanzado respecto al porvenir de éste abatido suelo, que sentí honda conmoción en mi alma y no ví de aquella oración sublime la parte religiosa, sino lo que tenía de provincial, de gallega y de marcadamente local. ¡Cuánto agradecí al distinguido sacerdote sus profanos pensamientos! ¡Con qué maestría habló de nuestros bardos, de nuestras extintas creencias, de aquellos

valientes monarcas suevos que conservaron por más de dos siglos la libertad de los que hoy son nuestros entenebrecidos hogares!

Figuróseme que aquel público de beatas y rezadores no entendía al Sr. Portal—que éste es el nombre del Bossuet gallego—porque habló en un lenguaje propio de la Academia ó del Ateneo; más yo nunca lo pagaré cumplidamente la gratisima sensación que me hizo experimentar.

Dios se lo pague.

Los espíritus ligeros es posible que no den valor á éste hecho, y sin embargo, lo tiene en alto grado. El regionalismo honrado va ganando todos los corazones, va, insensiblemente, dominando todas las voluntades: hoy vive, como fuego sagrado, alimentado por el esfuerzo de algunos espíritus independientes y generosos: mañana penetrará en los templos, en los círculos, en las corporaciones y extenderáse, como el aceite, aplacando las terribles tormentas levantadas en un mar de esmeralda por los furiosos vientos de la centralización.

Complázcome en dar á conocer en Cuba un sacerdote eminente, una verdadera gloria gallega, en el lectoral Sr. Portal.

¡Cuántos—como éste dignísimo señor—viven oscurecidos en su hogar, que pudieran llevar al acerbo común las galas de su genio, las profundidades de su talento, la magia de su palabra y su amor leal á la causa de la pátria que todos veneramos!

Abriguemos la esperanza de que el Angel tutelar de Galicia tocará el alma de esos buenos hombres.

* * *

Las fiestas están celebrándose con toda pompa y solemnidad: millares de personas circulan por estas calles; los paseos están atestados y en templos y teatros no puede darse un paso; tal es la aglomeración de gentes.

Santiago tiene un aspecto delicioso; el sol, cansado al fin de mostrarse esquivo, alumbrá ahora con toda su fuerza, siempre tibia para los que estamos acostumbrados á ese sol de Cuba, y los negros edificios parece que se coloran con sus rayos y las altas torres de la Catedral dijérase que saludan al mensajero de la vida, al amante favorito de Ceres, al que sazona los frutos y despierta en los pajarillos los celos amorosos de que son héroes eternos.

En estos días de algazara y júbilo, en los que se olvidan sinsabores y recuerdos y á las ingratitudes se les cubre con túpido manto de crespón para no seguir sintiendo el horror de la vida, tiene Santiago

encantos propios y que le son congéneres; sus fuegos admirables, sus pascos, sus misas, sus procesiones, sus fiestas hípicas, sus actos literarios, todo contribuye á crear esa atmósfera de alegría y placer honesto de la cual saturáanse todos los cuerpos y viven todas las almas.

Los fuegos de artificio llamaron la atención por su variedad y hermosura: el pirotécnico de Orense D. Joaquín Pérez, presentó la noche del 25 un *Sol de Bengala* y un *Espejo de la Sultana*, que, tanto por las infinitas luces multicolores de que se componían, como por los cambiantes, formas y caprichosas combinaciones que afectaban, asombraron á todo el mundo. Cinco mil personas que llenaban la gran Plaza del Hospital, aplaudieron entusiasmadas, cuando las piezas de fuego del Sr. Pérez fueron quemadas; y los viejos santiagueses aseguraron que no habían visto nunca cosa igual ni parecida.

En la Catedral hubo la tradicional función. El Sr. Obispo de Orense ofició de Pontifical y el Sr. Gobernador de la Coruña, siguiendo una antigua y piadosa costumbre, presentó al santo Apostol, la ofrenda de la nación, leyendo con tal motivo, una sentida alocución.

El Sr. Pardiñas Sanjurjo, Alcalde de la ciudad, tuvo la amabilidad de invitarme para esta solemnidad, como antes me había invitado para que presenciara los fuegos desde los balcones del Consistorio, y allí tuve ocasión de ver otra vez el incensario, famoso por más de un concepto, volar de nave á nave, y esparcir su humo, suavísimo y aromático, sobre la inmensa muchedumbre de fieles que poblaba la Catedral. Es un momento sublime aquél en que el órgano preiudia sus notas más tiernas y melódicas, las voces de los sacerdotes se elevan al cielo en cántico arrobador y dulcísimo y el *bota fumeiro* se columpia gigantescamente, dejando tras sí olas de incienso: vienen entónces á la mente pensamientos de otra edad y ante los ojos pasan los caballeros de Pedro el Cruel, aquel Fernán Pérez, sacrilego pero digno defensor de su honra, los soldados de Doña Urraca, nunca causados de pelear y las huestes del gran Gelmírez, dispuestas siempre á defender la ciudad querida y el templo venerado.

Son otros ahora los peregrinos y devotos, otras las ideas y nuevos los tiempos; pero es el mismo el lugar de las muertas escenas y afectada propia forma y gravedad de aquellos oscuros días.

La campana del reloj, que pesa 25,000 libras, la octava del mundo, igual á la de nuestra Señora de París, estuvo tocando el 24 desde las doce hasta la una en punto. Es esta una costumbre antiquísima, que se sigue fielmente y que sorprende á todos los viajeros.

La feria tradicional del Apóstol no estuvo muy animada y el ganado alcanzó poco valor. Las carreras de caballos efectuáronse en el campo

de Santa Isabel, antigua plaza de toros, con gran concurrencia y escasos incidentes; los paseos é iluminaciones en la Alameda y la Herradura de una perspectiva deliciosa:

La exposición de ganados que se efectuó en San Clemente, inauguróla mi amigo Alfredo Vilas, quien pronunció un discurso como él sabe hacerlo, elocuentísimo. La distribución de premios por la Sociedad Económica, á los alumnos de las diversas escuelas, presidióla el señor don Ramiro Rueda, Vicepresidente de dicha Sociedad y catedrático de Derecho penal de esta Universidad, por indisposición del señor Rábago, que en estos instantes atraviesa por el dolor de haber perdido uno de sus jóvenes hijos, por cierto de inteligencia de primer orden; en ese acto demostró el señor Rueda su profundo talento, su elocuencia reconocida y su amor á los progresos de éste país. El gobernador de la provincia asistió á la ceremonia.

En el teatro también tuvo lugar el certámen del periódico "El Ciclón;" dióse un accésit á la única poesía premiada, que resultó ser de un fraile de uno de los conventos de ésta ciudad, y varios premios de escultura, arquitectura, música, gaitas y grupos de aldeanos.

El señor Vincentí que presidía el certámen, nombró reina del mismo á la señorita doña Ramona Pardiñas, hija del Alcalde, la cual hizo uso con mucha gracia y finura de su imperio de una hora; pronunciando despues el señor Vincentí un elocuente discurso, del que enviaré un extracto á esa: carece de tonos regoinales, lo que me duele verdaderamente, pero rebosan en él ideas generosas y conceptos nacionales que nunca miramos sin respeto los más amantes de la pequeña pátria gallega.

Esta noche dará un gran baile de etiqueta el "Casino de Santiago" y mañana se efectuará en los salones del "Recreo Artístico é Industrial," que ha sido decorado con muy buen gusto, un concierto-baile.

Y mañana también, pueden ya darse por terminadas las fiestas, aunque los prográmas las hagan durar un día más. Las gentes empiezan ya á desfilar y el primero de Agosto parecerá Santiago un Cementerio.

Es posible que antes de mi salida para la Coruña, visite la casa solariega de Rosalía Castro, aquél poético lugar en que nacieron *Follas Novas*: si esto se efectúa, ya diré, desde allí, que impresión me en mi espíritu el templo de la musa.

* * *

CARLO MAGNO EN SANTIAGO.

I

La historia de la Edad Media no refleja vivamente los colores de la verdad: nacida de crónicas y leyendas torpemente escritas, en las cuales, el apasionamiento individual figura en primer término y la crudeza es nota saliente y dominadora, no se encuentra en sus páginas esa precisión en las fechas ni esa claridad en los acontecimientos que resalta en la de la antigüedad.

Es más fácil discurrir sobre las guerras griegas y persas, analizar los progresos de los contemporáneos de Sócrates, Alcibiades y Platón y establecer los grados de rebajamiento moral á que descendió el imperio romano en los tremendos días de Calígula, Galba y Othon, que fijar definitivamente los sucesos que se desarrollaron desde el siglo V. al XV.

¡Mil años de perpétuas batallas! ¡Mil años de gritos, protestas, persecuciones y crímenes odiosos!

Una cosa era grande entónces: la soberbia de los poderosos y la abyección de las clases inferiores.

II

Aún cuando la historia de Carlo MágnO, escrita por su yerno Eginhardo, no menciona el viaje á Santiago de tan feliz conquistador. Turpín, obispo de Reims y célebre cronista del siglo VIII, dedícale sendas páginas en su crónica, que no falta quien suponga apócrifa y escrita trescientos años después de su muerte.

Sea ó no verdadera la historia del obispo Turpín, háyase escrito al comenzar el año 800 ó en 1200 como aseguran algunos eruditos, es innegable que revela la importancia que había adquirido la gran ciudad gallega y que la fama de su Santo Apóstol llegaba á todos los pueblos católicos.

Hé aquí como en la vieja leyenda del obispo de Reims, se trata de la visita hecha á Santiago por Carlo Magno:

—“Después de haber conquistado la Inglaterra, la Galia, la Lorena, la Borgoña, la Italia, la Bretaña y un sin número de ciudades del uno al otro mar, fatigado de tantas guerras, trató Carlos de disfrutar de algún reposo. Pero mientras tenía fijos los ojos inútilmente en el cielo, vió una línea de estrellas que se dirigía desde el mar de Frisa al través de la Germania y la Italia por la Francia y la Aquitania, pasan-

do por la Gascuña, la Blussa, la Navarra, y la España hasta llegar á Galicia donde estaba oculto el cuerpo del bienaventurado Santiago. Hacia varias noches que contemplaba Carlos éste espectáculo, cuando el Santo Apóstol se le apareció, lamentándose de que, después de tantas conquistas, no hubiese pensado en redimir de los sarracenos la Galicia; añalió que Dios le había elegido para tal empresa, y que el camino estrellado significaba cabalmente el ejército que él debía guiar á fin de destruir la raza infiel y asegurar aquel viaje á los peregrinos.

“Carlos marchó pues, y sitió á Pamplona; pero ésta, al cabo de tres meses de cerco, sólo cedió cuando las oraciones del Rey hicieron que se desmoronaran las murallas. A favor del mismo milagro fueron conquistadas otras muchas ciudades y cuatro que Carlos maldijo permanecieron siempre despobladas.

“Por todas partes eran derribados los ídolos, á excepción del *Salamead* en Al-Andalus, que Mahoma había fabricado, empleando un arte mágico tal que una legión de demonios impedía su destrucción: todo cristiano que se aproximaba á él corría peligro de morir; y si un pájaro se posaba encima, espiraba al instante. Figuraba á un gigante con la clava en la mano, y se decía que en desprendiéndose esta arma habría nacido el mortal que debía someter la España á la ley de Cristo. Cayó efectivamente la clava y los sarracenos fueron ahuyentados.

“Carlos, después de reparar á Santiago, volvió á Francia, edificando muchas iglesias é instituyendo abadías.”

Sigue la crónica aludida refiriendo las aventuras del victorioso Emperador y las hazañas de sus paladines, los renombrados Oliveros y Roldán, asegnrando que, reconquistada otra vez Galicia de poder de los infieles, *reunió en Compostela un Concilio é hizo que Turpin consagrarse la basílica de Santiago, mandando que todo el que poseyese una casa en Galicia ó en España, pagase á aquél cuatro dineros al año, con lo cual quedaría libre de toda esclavitud.*

Como se observa, por lo copiado de la leyenda del sabio obispo Turpin, dos fueron las veces que Carlo Magno penetró en Galicia, librándola de la dominación árabe y restituyendo á la Basílica de Compostela la libertad y franquicias de que tantos años ha disfrutado.

¿Será todo ello verdad?

¿Las embajadas habidas entre Alfonso el *Casto* y Carlo Magno antes de la rota de Roncesvalles, tendrían por objeto dar efectivamente honrosa mansión al cuerpo del guerrero santo, descubierto en el Burgo de los Tamariscos por el obispo de Iria Flavia, el piadoso Teodomiro, y abrir una vía cómoda y espedita que facilitase la peregrinación á Compostela de los guerreros y devotos del Norte y Medio-día de la Europa católica?

Posible es; y al hecho dan visos de realidad las relaciones de amistad que hubo entre los dos Reyes, la existencia del camino que desde Francia conducía á Santiago, conocido ya á mediados del siglo VIII y la opinión de muchos historiadores, entre ellos Florez, que afirman, que Carlo Magno tomó gran parte en el descubrimiento del cuerpo del Apóstol y en la construcción de su Iglesia.

El nombre de Galicia figura en todas las altas empresas de los siglos medios: la influencia de su apóstol, declarado Patrono de España y protector de todos los cristianos, era proverbial, y no se cita una batalla dada á los agarenos, en donde no se presumiese la aparición de su jurado enemigo, caballero sobre blanco y fogoso alazán.

Por algo se llamó á Compostela segunda Roma católica, y se creyó en aquella época, que en vida ó en muerte, era indispensable visitar el sepulcro de su Apóstol milagroso.

Hoy que la fé ha perdido la cándida sencillez de los primeros días, no se conciben sucesos como el de que nos habla Turpín, y se encuentra de buen tono negarlos.

Por nuestra parte, dejando á un lado todo lo que la leyenda encierra de inverosímil, como la existencia del idolo *Salamead*, la del gigante Ferragut y otras muchas fantasías de que está poblada, creemos que el dicho de Turpín merece crédito y que Carlo Magno, penetró con sus tropas en Galicia, para adorar á nuestro Apóstol y aumentar las riquezas de su incipiente Basílica.

La misma desastrosa batalla de Roncesvalles que impidió la conquista de España por la Francia, pensamiento que acariciaba Carlo Magno desde la toma de Pamplona, viene á atestiguar y á confirmar su viaje á Galicia. Aquel encuentro de los francos con los vascones, no con los árabes, muchos de ellos aliados de Carlo Magno, fué su primer derrota y la garantía de la independencia de nuestra patria; y esto es de tal suerte positivo, que la amistad entre el Rey Alfonso el *Casto* y el Emperador concluyó para siempre, después de la hecatómbe de los Pirineos. Carlo Magno que para entrar en Galicia tuvo que atravesar toda la Península, enamorado sin duda de sus bellezas innumerables y alucinado por la riqueza de su suelo, pensó en su conquista; pero los habitantes de la Vasconia, los invencibles euskaros acostumbrados á su hermosa independencia, opusieron á sus pretensiones la indomable fiereza que los caracterizaba y que ostentaron energicamente en ocasión tan memorable.

La estancia de Carlo Magno en Santiago debe estimarse como verídica, lo cual no deja de ser honroso para Galicia, que desde los nublados días de la Edad Media, atraía con su fama, á los más grandes hombres de la tierra.

ORENSE.

I.

ORENSE, JULIO 7 DE 1888.

Ayer, á las cinco de la tarde, cuando el sol alumbraba con sus rayos más rojos y benignos, pasé, con la rapidez del relámpago, por frente al puente *San Payo*, en donde, un día como hoy, demostró la raza gallega que no había olvidado sus honradas y heroicas tradiciones; sentí singularísima impresión al divisar aquellas piedras negras y amarillosas, testigos mudos de una hazaña gigantesca, solo comparable á las que realizaban los griegos vencedores de Jerjes, y por un efecto, sin duda casual, de la luz solar que producía el rojo al refractar sobre las tranquilas ondas, parecióme que éstas corrían tintas en sangre todavía como en aquellas lúgubres horas que siguieron á la rota de Ney, el mariscal más valiente de aquel hombre sin igual que hacía reyes de sus soldados. Cruel era entónces la situación de la patria; el trono de San Fernando había caído hecho pedazos y era pulverizado por los cascos de los caballos de Magenta; la libertad, apareciendo de improviso al amparo del águila francesa, deslumbraba como un astro excesivamente luminoso los ojos acostumbrados á las lobregeces inquisitoriales, y el honor nacional andaba á merced de los galos que se complacían en herirlo, llevándose nuestros cuadros, joyas valiosísimas de nuestros templos y destruyendo aquello con que no podían cargar; todo era desolación, horror y pánico, parecía una tempestad formidable estallando sobre un pueblo y aminorando sus alientos, engendradora de la cobardía; bajo tales penurias con que el instinto iba sobreponiéndose al sentimiento pátrio, fueron á la lucha aquellos oscuros campesinos de Arcade y Redondela, y enseñando á los franceses á morir, enseñáronles también á vencer.

¡Gloria á aquellos mártires oscuros, para los cuales la historia no ha escrito una sola página!

Napoleón lo dijo: por ellos tienen patria los españoles.

* * *

¡Qué panorama tan espléndido, variado, rico y hermoso el que riegan el Ulla y el Miño, estos dos ríos esencialmente gallegos, en cuyas riberas parece condensarse toda la poesía de nuestra región! Todos los paisajistas antiguos y modernos, cuantos han buscado la gloria en el arte que inmortalizó á Poussin y los que han hablado de Nápoles y de Suiza como de la conjunción de lo bello y de lo real, quedarían asombrados si contemplasen estas tierras que riega la ría Arosa; valles de una hermosura incomparable, como los de Lages y Cordeiro, montes pelados y cuajados de piedras enormes como los de Carril á Pontevedra, hondonadas, que de solo mirarlas producen el vértigo y castros formados por una sucesión de evoluciones geológicas que admiran por su esbeltez y elegancia, tal es el paisaje que encuentra el viajero curioso desde que abandona á Santiago y cruza las poéticas laderas del Ulla hasta encontrar el Miño. Es preciso ir de pié constantemente en el wagón, porque no hay nadie, por más refractario que sea á las bellezas de la tierra, que no desee disfrutar de esa dulcísima sensación que produce lo que no tiene igual y supera á todo lo soñado.

No debe sorprender á nadie que se hagan en éste momento histórico, elogios de Galicia, por aquellos mismos que antes la miraban con desdén irritante; cuanto se diga será poco ante la realidad de su virginal hermosura y la pureza de su cielo y de su ambiente.

Cuando el tren, en su marcha vertiginosa, cruzó el puente de Redondela, presencié el espectáculo más deslumbrador de mi vida: la villa queda abajo, en el fondo, como en la base de una sima, y el monstruo de hierro pasa, como un condor que cierne sus alas en el espacio, por el elevadísimo viaducto, dejando ver, en proporciones de un pequeño encantador, los edificios, los hombres y los árboles; hay que recojer la imaginación para comprender todo el efecto de esta maravilla moderna, absorber la poesía que se desprende de ese peligro diario que arrostran indiferentes los más timoratos y bendecir después el siglo en que vivimos, que tales empujes ha dado al saber humano y con tan ligera despreocupación ha sabido dar solución á los más intrincados problemas.

No hay en todo el trayecto de Pontevedra á Orense, un lugar que no tenga su encanto especial: las montañas cortadas á pico unas veces, otras convertidas en suavísimas laderas, en las cuales crece el

pino altivo, la encina secular y forman infinitas glorietas los emparra- dos cubiertos de pámpanos y racimos en comienzo, no aminoran la majestad de los valles, cuajados de frutales y hortalizas y de un ver- dor que no desmerece al verde de los trópicos.

Cuando pasé por Salvatierra, villa famosa en nuestras luchas re- gionales, ví, sobre los viejos muros de su feudal castillo, porción de niños que saludaban con gritos y apóstrofes á los viajeros: parecióme aquello la protesta viva de lo pasado, una bandada de espíritus de otra edad, malignos unos, atrabiliarios otros, evocados por el ruido formi- dable del tren al deslizarse por los rails; pero el Miño, tranquilo siem- pre, apenas rizado en su superficie, hizome olvidar á Salvatierra: creí verle melancólico y triste, avergonzado de encontrarse entre dos pue- blos de un mismo origen, de casi idéntica historia, de habla parecidísi- ma y divididos, sin embargo por los intereses políticos. Un pájaro blanco y azul pasó dos veces, en menos de diez segundos, de España á Portugal, y las alas que habia mojado en aguas de nuestra pátria, sacudiólas sobre aguas de la de Camoens. ¡Tan cerca y tan lejos! Bien pudieran los estadistas, esos dioses muy amados, meditar sobre esta aberración geográfica y, dando garantías de moralidad y toleran- cia á los pueblos, hacer fácil su unidad. ¡Cuánto más poderosa no fué España y qué diferente la condición de estas provincias del No- roeste!

* * *

Serían las diez de la noche cuando llegué á Orense. En la esta- ción de Rivadabia esperábaume ya el Sr. Paz Novoa, uno de los litera- tos más notables de nuestra pátria, abogado famoso y amante sincero de la democracia; el Sr. Pereiro Rey, banquero riquísimo y al cual tan- tas atenciones debe el *Centro Gallego* de esa ciudad, por la diligencia y acierto con que supo repartir las sumas que le fueron enviadas en Julio y Agosto del pasado año; el Sr. Sas, jóven médico muy intelligen- te y querido, de vastísima instrucción y compañero mio de los alegres días de la juventud, y los señores Hermida y Fernández Alonso, dis- cretísimos escritores, bien conocidos en Cuba por muchos de sus tra- bajos que ha publicado *El Eco*, y en tan buena y para mí honrosa compañía, hice mi entrada en la famosísima ciudad de las Burgas.

Orense es una ciudad hermosa, bien construida y sumamente ven- tilada, á pesar de las altas montañas que la rodean. Hasta ella llega- ron un día las tropas del árabe Abdul-Azis, ganosas de extender sus conquistas, pero fueron rechazadas enérgicamente por sus habitantes,

aquellos que algunos centenares de años después, arrojaron al Pozo Maimón al terrible Obispo Alonso.

Su calle del Progreso es ancha y espaciosa y á lo largo de la misma están el Gobierno civil, edificio elegante y sólido y el Hotel Cuanda, uno de los mejores de Galicia: hay casas de dos y tres pisos con bonitos y esbeltos balcones, y en las fachadas de muchas osténtanse escudos reveladores del abolengo nobiliario de sus moradores.

El Instituto, que pude examinar con detención, gracias á la amabilidad del Sr. Macias, ilustrado sacerdote que hace tan buenos versos como sermones y es autor de un libro que ha publicado la *Biblioteca Gallega*, titulado *Elogio del P. Feijóo*, es un pedazo robado al Seminario por quien podía hacerlo: tiene un gabinete de historia natural, otro de física y otro de geografía muy bien montados: una biblioteca con excelentes obras antiguas, entre las cuales hay un *Códice* del siglo IV, admirablemente escrito, y una sala de dibujo, á la cual concurren más de trescientos alumnos.

El Liceo de Artesanos es una sociedad lujosamente amueblada, con salones espléndidos para baile, juegos y café: en él mandan los caballeros, y á pesar de su título, parece respirarse en su seno aristocracia, refinamiento y distinción.

Algo más abajo de la calle que ocupa el Liceo y al pie del Instituto, está la plazuela, en cuyo centro se levanta la estatua del gran Feijóo: es un monumento notable que honra á Orense, una de las estatuas, en su género, más bien acabadas de España. El Sr. Pereiro Rey tan patrióta, tan humanitario y tan amante de éste pueblo, es quien, á costa de sacrificios y amarguras, ha levantado ese clásico monumento, que al rendir homenaje á uno de los hombres más eminentes del pasado siglo, extirpador de errores y fustigador de supersticiosos, pone de relieve la cultura de esta buena ciudad que tiene oradores tan ilustres como Paz Novoa, de palabra elocuente, viva, armoniosa y centellante; poetas tan sublimes como Alberto García Ferreiro, que guarda en su alma todas las ardientes protestas de Tirteo, y escritores como Alonso y Cid, que colocan el pabellón literario de Orense á una altura de primer orden.

¡Gloria y honor al respetable patricio que vive dispensando el bien á sus conciudadanos y al cual está obligado por lazos de eterna gratitud el *Centro Gallego!*

* * *

Antes de cerrar ésta carta diré dos palabras de la manifestación que en mi honor ha hecho la ciudad de Orense: el sábado diéronme se-

renata la música popular y el Orfeón "La Unión": ayer fui obsequiado con un banquete regio al cual concurrió cuanto tiene de distinguido y respetable la ciudad orensana. A mi derecha estaba el Sr. Gobernador Civil, á la izquierda el Sr. Perez Bobo, Alcalde Municipal; seguían después los señores Paz Novoa, Pereiro Rey, Perez Placer, Fernández, Taboada, Hermida, Temes, Sas y otros, hasta un número de más de sesenta, cuyos nombres siento verdaderamente no recordar. Cuando empezaron los brindis, que se inauguraron con la lectura de una hermosa poesía de García Ferreiro, que me honra escesivamente, el pueblo invadió el local del banquete y aplaudió con frenesí á uno de los primeros de nuestros poetas regionales.

Después hubo discursos elocuentísimos saturados de amor á Galicia y de gratitud al instituto que ha constituido una segunda patria en Cuba, sobresaliendo el del Sr. Paz Novoa: y yo dije lo que sentía mi corazón, *que todos los festejos que recibía no los aceptaba para mí, que no los merecía, sino para el "Centro Gallego", que condensa todo el sentimiento patrio en América.*

II.

Una de las cosas que más seducen al viajero, que por vez primera visita á Orense, es el aspecto de sus alrededores. Nada más variado ni poético: montes de prodigiosa pendiente por los cuales trepa, y adquiere desarrollo inusitado, la vid; suavísimas laderas, valles deliciosos y hondas y profundas cañadas. Las flores brotan por doquier, en los jardines, en los intersticios de las puertas, en las ranuras de los muros, y á poco que se descuiden los encargados de la pública limpieza, en las mismas calles; un clima delicioso favorece ésta prodigiosa vegetación fecundando, de modo poco usual en Galicia, cuanto la tierra recibe, pólen, fruto ó planta. Es una ciudad rica y generosa la vieja ciudad orensana: gástase con facilidad el dinero y es cosa común hallar en su seno poderosos hacendados, riquísimos comerciantes y hábiles y acomodados industriales que viven con todo el *confort* de la presente época. Sus vinos afamados, de agradable y delicioso *bouquet*, de gusto verdaderamente rico son la mayor y más espléndida riqueza de la comarca, y cuando la peste ó el granizo no vienen como una plaga infame á destruir la cosecha del labrador; á la hora de la vendimia guárdanse muchas y muy rubias piezas de oro. Alegres y amables sus habitantes, no parecen tocados de esa tristeza que es peculiar á los gallegos, y dijérase al verles dispuestos para toda obra ya piadosa, ya artística ó meramente de distracción, que tienen algo del aseado espí-

ritu del mediodía. Quieren pasar dulcemente las horas de la vida consagrados á su labor diaria sin alimentar grandes ambiciones, ni sentir jamás las punzantes amargas de la envidia. Independientes por abo-lengo, libres de toda tutela, bastándose á sí propios ¿cómo no vivir contestos y felices?

Su carácter aparentemente despreocupado no los hace indiferentes al progreso de las artes, de la ciencia y de la industria.

Poseen templos de primer orden, tienen monumentos notables, son dueños de ricas industrias y albergan sabios eminentes y poetas que pueden contarse entre los primeros. No descuidan su misión civilizadora, y de esa ciudad ilustre parte, no pocas veces, la nota literaria para toda la región gallega.

¿Quién ha olvidado que allí vive, encastillado en su hogar, que hermo-sea y alegra una dulce compañera, Alberto García Ferreiro, el poeta más genial y de más atrevidos vuelos que presenta hoy el Parnaso gallego? ¿No ha salido de su seno, para esparcir los raudales de su musa destructora y socialista por el mundo, el sombrío y burlador Curros Enriquez? ¿No está allí, arrimado al yunque de sus dolores, Valentín Lamas, pinchándose el corazón con sus quebrantos, pero acrecentando el tesoro de la poesía patria? Y el obrero de la prensa, el Girandín galiciano, el simpático Luciano Cid ¿no justifica con su actividad, con su ingenio y consecuencia, las altas cualidades del hombre orensano?

Yo amo á Orense con leal y sincero amor, y quisiera para ese pueblo, cuya historia nobilísima se pierde en las más oscuras edades, todas las felicidades y venturas de que puede disfrutarse en la tierra. ¿Por qué no las tiene? por qué los mejores proyectos malógranse algunas veces? Yo lo sé: porque los que valen, los que aman con pasión idolátrica á su ciudad están en la penumbra, indebidamente olvidados ó justamente resentidos.

¿Que hace Orense que no levanta al puesto eminente que merece ocupar á Juan Manuel Paz? Cualquiera nación de importancia, Francia por ejemplo, tendriase por dichosa de tener un hijo de tanto valor moral y lo empujaría por el sendero de las causas justas y de los empeños nobles para que un día sirviese con su inteligencia y su honradez á su patria: los que gobiernan y mandan en Orense piensan quizás de otro modo; empuñan en desconocer al hombre ilustre, en aparentar que su personalidad no refleja en lo exterior como un sol y esto, seguramente, engendra muchas de las pesadumbres que de tiempo en tiempo agobian á los orensanos, no tan perfectamente dirigidos como se merecen.

Una de las personalidades más apreciadas en la ciudad de las burgas, tanto por su clarísimo talento como por sus virtudes cívicas y domésticas es el Sr. D. Manuel Pereiro Rey. ¡Con qué modestia realiza las acciones más trascendentales y meritorias! ¡Qué fino tacto para cumplir con el deber y no dejar rastros de disgusto en ningún corazón! ¡Qué frase tan sencilla, persuasiva, y á la vez profunda, usa en todas sus conversaciones!

Fué Alcalde de Orense durante cinco ó seis meses: hizo en beneficio de sus habitantes más que ningún otro; en su época arregláronse las calles y los paseos, los jardines volvieron á lucir sus más bellas y olorosas flores, las atenciones municipales cubriéronse debidamente y la moral administrativa fué la nota más culminante; pero despertáronse las ambiciones y rivalidades á su alrededor y él, que había ido al municipio casi obligado, tuvo la delicadeza de retirarse antes de hacerse acreedor á una censura.

A tan distinguido Señor débese que en la plazuela de Isabel la Católica se levante la hermosa estatua del P. Feijóo. Los disgustos que ha tenido que arrostrar para conseguir que tan notable monumento sea hoy orgullo de los orensanos y admiración de los viajeros no son para contados: su perseverancia, su entusiasmo silencioso, y su fortuna propia pudieron más que todas las encubiertas hostilidades de sus envidiosos y el eminente filósofo gallego, vive, reproducido en bronce, vida inacabable y sagrada. La estatua es, verdaderamente, un modelo de arte. Emilia Pardo Bazán hále consagrado entusiastas palabras de encomio y Emilio Castelar dijo, "que era una de las mejores de España." Sobre una base de tres escalinatas, levántase un elegante pedestal de granito con medallones de mármol negro á cada lado, y encima descuella la inmortal figura del sabio benedictino en actitud piadosa, con un libro—su Teatro-Crítico—en la mano derecha y recogida la izquierda, con la cual estruja un pergamino, alguna órden de la Inquisición tal vez, que le mandaba no escribir:—su mirada es tranquila, su fisonomía dulce, y á poco que se fije en ella el curioso parece verle sonreír: ¡tan maravilloso sello de naturalidad supo imprimir el artista á aquél rostro de bronce!

Una gran verja de hierro sirve de guarda á la plazuela en que está colocada la estatua, de cuya puerta, hasta hace pocos meses, conservó la llave el Sr. Pereiro Rey. Desde las altas ventanas del Instituto es de donde se ve con más perfección la estatua. Desde allí la contemplé yo, gracias á la amabilidad del secretario del establecimiento Sr. D. Marcelo Macías, virtuoso sacerdote y poeta tiernísimo y amoroso, digno de los buenos tiempos de Lope y Calderón, en que la musa se

unía en estrecho lazo, no tenido por criminal ni reprobado, con el servidor del altar.

Tiene Orense su Catedral, uno de los mejores templos de la cristiandad y el segundo de Galicia: su arquitectura es severamente gótica con el gusto predominante en el siglo XIII: el autor del *Pórtico de la Gloria* de Santiago parece haber llevado su inspiración á Orense, pues en su notable iglesia hay también un riquísimo *Pórtico* que representa la gloria con todos sus ángeles, arcángeles y serafines, obra destruida en parte, como lo está su nave principal y sus muros interiores por una lechada de cal, neciamente dispuesta para cubrir la bella obscuridad de las piedras. La capilla del Cristo semeja una pagoda india; hay en ella esceso de oro y relumbró y sin la tiniebla que parece reinar perpetuamente en su recinto, que apaga mucho el color chillón de los relieves, no sería posible admirar las bellezas que indudablemente atesora. Pero lo que más llama la atención en esta capilla, repleta de ofrendas y regalos de los piadosos creyentes y devotos, es la imágen del Crucificado: cuando el jóven acólito que la cuida, descorre la rica cortina de tisú, bordada de oro y pedrería y asoma la nublada y entristecida faz del hijo de María, con su luenga barba negra, de un brillo deslumbrador, su mirada caída y dolorosa y su actitud de mártir sublime é inconcebible, siente el espectador cierta rara emoción que se manifiesta por un escalofrío y una como gana de llorar y besar los ensangrentados pies del Hombre-Dios

Hacen bien en creer lo que creen los campesinos gallegos: si aquel Cristo no obra milagros, embargando y sometiendo á su dulce imperio los corazones ¿quién podrá obrarlos?

La musa popular reuniendo lo que tiene de más notable y grandioso Orense, ha dicho:

“Tres cosas hay en Orense
Que no las hay en España,
El Santo Cristo, la Puente
Y la Burga hirviendo el agua.”

La historia cuenta que la santa imágen fué llevada á Orense en 1330 por el Obispo D. Vasco Pérez Mariño que la adquirió en Finisterre; y la leyenda que el cabildo la encontró una mañana de invierno en la Catedral, sin poder averiguar que mano bondadosa la había colocado allí.

La Catedral guarda varios tesoros sepulcrales: en ella descansan los restos de la milagrosa Santa Eufemia; los de San Facundo y San Primitivo; y llama la atención la tumba de D. Pedro Quevedo y Quintana, célebre en la historia de principios de nuestro siglo, cuyo nicho construyó en Roma el escultor Sola.

Otras muchas iglesias tiene Orense, mereciendo especial mención las de Santa María la Mayor y Santísima Trinidad. Los principales conventos han sido ocupados por el Gobierno. En uno de ellos, en el de Jesuitas, hállase instalado el Instituto, de que es Director el ilustrado filósofo y sociólogo Sr. D. Juan Sieiro: posee magníficos y espléndidos gabinetes de física é historia natural y un pequeño y bien cuidado jardín botánico. La biblioteca cuenta cerca de dos mil volúmenes, entre los que se encuentran libros y códices de valioso mérito y documentos referentes á la historia gallega de la mayor importancia. Dos figuras ilustres, los Sres. Mosquera y Saco y Arce, han pertenecido al cuerpo docente del Instituto y en la Sala de Sesiones del Claústro, ha colocado una mano cariñosa, sus retratos.

El puente y las burgas llaman la atención del viajero en Orense: aquél por su grandiosa magnitud y éstas por la rara propiedad que ofrecen sus aguas. Construido el puente por los romanos, según algunos historiadores, en tiempo del Emperador Trajano, mide 1,319 piés, de largo por 18 de ancho: bajo sus siete arcos deslízase tranquilamente el caudaloso Miño, lamiendo las riberas de la ciudad, esmaltadas de árboles frutales, de abedules y de juncos, hasta confundirse con el Sil. Las burgas que son tres grandes manantiales de agua hirviente, conservan siempre una temperatura de 54½ grados Reamur: su composición química es la del carbonato de sosa mezclado con el gás ácido carbónico y su sabor bastante agradable; empléase éste líquido para todos los usos domésticos, haciéndose así un gran ahorro de combustible.

El difunto Rey Alfonso cuando hizo su visita á Orense, tuvo el capricho de ver desplumar un pollo en la Burga de arriba, que dando admirado de la facilidad y rapidez con que la operación fué ejecutada.

El edificio del nuevo Instituto, empezado hace muchos años, está esperando que la juventud orensana, lleve á la Diputación y al Municipio sus entusiasmos y sus levantados propósitos, para ser nuevo ornamento de la población.

El Liceo reúne todo lo bueno que tiene Orense en la literatura, en el foro, en la enseñanza, en la banca y en la magistratura: por sus vastos salones pasea sus melancolías, Jesús Muruais, Catedrático de idiomas y déjase ver, de tarde en tarde, García Ferreiro. En algunas veladas suele presentarse una mujer hermosa, que cultiva con envidiable éxito la poesía, y la esquisita fragancia de sus versos queda por mucho tiempo impregnada en el corazón de todo el que la escucha. Aludo á Filomena Dato, premiada en cien certámenes. A su

inspiración y á la de García Ferreiro, debo estas dos composiciones, con que han querido honrarme, en día memorable para mí:

A WALDO ALVAREZ INSUA.

La encantadora Galicia,
esta región adorada
que dió la luz á tus ojos
y el claro ingenio á tu alma;
esta madre que te adora,
hoy celebra alborozada
tú regreso y te acaricia
como á gloria de tu pátria.
Tú, que enjugaste su llanto
cuando afligida lloraba;
tú, que jamás la olvidaste
y diste pruebas tan claras
de la idolatría ciega
con que tu pecho la amaba,
habrás de ser mientras vivas
el Benjamín de la pátria.
Ni porque tú valgas mucho,
ni porque yo poco valga,
habrá de callar el labio
lo que rebosa en el alma.
Yo que idolatro á Galicia
por hermosa y desgraciada,
en su nombre te bendigo
y en su nombre te doy gracias.

Filomena Dato.

Orense, Julio 8 de 1888

A WALDO ALVAREZ INSUA

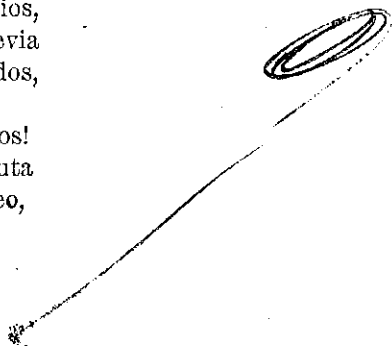
¿Sabedes d' un neno
que, fai xa ben anos,
deixando o curruncho
d'o lar galiciano,
sin medo ós furores
d'os mares atlántecos

fuxiu pr'as Antillas
 n-a popa d'o barco
 que leva n-o ventre
gallegos e gado!

El tiña n-a testa
 proyentos estranos
 e plás estrevides
 e intentos ousados

¡o numen d'o artista
 y-as anseas d'o sabio!
 El tiña n-o peito
 o ardente arrebató
 qu' é fogo n-a sangue
 y-é forza n-o brazo
 ¡o tempre d'o mártir
 y-a fe d'o cruzado!

El viu a unhas xentes
 cuspir n-os farrapos
 d'os probes qu' emigran
 d'os ermos galaicos,
 fuxindo d'o fisco
 d'a peste e d'os rayos;
 sentiú de vergonza
 seu rostro queimado,
 y-a pruma collendo,
 de rabia tremando,
 ás rodas d'as prensas
 decote amarrado,
 de noite e de día,
 sin folgos ceibando
 n-as follas d'os libros
 seu nobre antuseasmo
 conxura d'a patrea
 ós heroes y-ós sabios,
 y-a mostra d'a Soevia
 n-os feitos preceados,
 un pobo xigante
 á un pobo d' enanos!
 ¡Y-ond' antes picouta
 y-afrenta y-escarneo,
 ten hoxe Galicia



un trono doruado!
 ¡Ben haxa ese neno
 que, fai xa ben anos,
 deixando o carruncho
 d'o lar galiciano,
 fuxiu pr'as Antillas
 n-a popa d'o barco
 que leva n-o ventre
gallego... e gado!

Os necios, rubidos
 d'o orgullo n-os zancos,
 dirán qu' ese neno
 non fixo milagros,
 que non é un cacique
 nin deu un estanco....
 Mais nos, qu' ás virtudes
 y-ós xenios honramos,
 non hemos negarlle
 coroas á Ubaldo,
 que le va n-o peito
 o ardente arrebatado
 qu' é fogo n-a sangue
 y-é forza n-o brazo...
 ¡o tempore d'o mártir
 y-o ardor d'o cruzado!

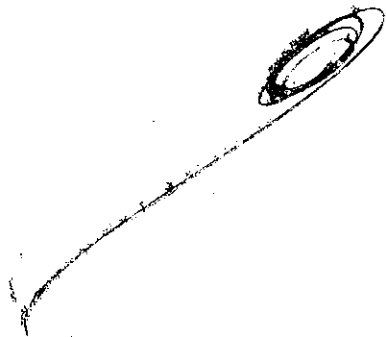
A. G. Ferreiro.

La mujer en Orense vive bastante retraída: verdadero ángel del hogar doméstico consagra todos los instantes de su vida á las atenciones de la familia y rara vez las calles se vanaglorian de contemplar su busto elegante y correcta: suelen estar los paseos desiertos, aún en las abrasadoras tardes de Agosto y solo atraviesan la ancha calle del Progreso, para llevar sus discusiones á la Alameda, los hombres: flor de sus visísimos perfumes la mujer orensana, para sentir de cerca su influencia y admirar los tesoros de su belleza y de su virtud, es preciso traspasar el umbral de una puerta que no se franquea á todo el mundo. Hasta Orense llegó, en ocasión remota, un célebre capitán de tropas árabes y, más que al filo de las espadas cristianas debió su derrota al iris de paz que derramaban los divinos rostros de sus mujeres. ¿Quién no se sentiría flaquear, siquiera tuviese las fuerzas de Titán y

las iras del tigre enfurecido, ante unos ojos negros, profundos y melancólicos, como, en general tiene la mujer orensana?

La industria tiene ancho campo en esta ciudad famosa, además de sus fábricas de curtidos, de chocolate y de velas, tiene magníficos telares de iencería y paños: de ellos salen los finos manteles y las adamasca-das servilletas que ya consiguieron popularizarse en América y cubren las más linajudas mesas, y las ropas que sirven al campesino para sus días de trabajo y sus horas de fiesta. Como producción, el vino lleva la superioridad, y á poco que se perfeccionase y compusiese sin desvirtuar sus propiedades, tendría un mercado inagotable en el mundo: superior el ribero á casi todos los vinos españoles compite con los más caros que venden los franceses. Solo falta que los grandes propietarios se decidan á elaborarlos y tendrán una riqueza inagotable en sus caldos.

Orense es una ciudad de porvenir lisongero por su favorable situación, sus riquezas propias y la condición honrada é inteligente de sus hijos. La historia le reserva páginas gloriosas.



PONTEVEDRA Y VIGO.

I.

Los que comparan á Pontevedra con la famosa ciudad de Sorrento, no se equivocan: su mar tranquilo y bonancible, impropiaamente llamado ría, sus estensas huertas pobladas de manzanos, de naranjos, de cerezos y de seculares castaños, sus vegas en las que crecen, con desarrollo tropical, la patata de florido ramaje, el verde lino y el maíz dorado y sus valles y arboledas magestuosamente bellos y singularmente atrayentes, dánle un aspecto tan poético y encantador que bien puede decirse que allí está el paraíso.

Cuanto llegan de Madrid ó de París, después de haber recorrido las tierras andaluzas, los vergeles valencianos, las costas de Normandía, ó los quebrados de Suiza, asómbranse de encontrar tanta hermosura reunida y no saben explicarse, cómo á una, de un solo golpe, no van allí todos los *touristes* del mundo para saber apreciar debidamente lo que vale esa pequeña parte de Galicia, hasta ahora desconocida.

Cielo azul y nacarado á trechos, clima templado y suave en los más rigurosos días del invierno, alrededores inimitables y flores por todas partes eso ve el que entra en Pontevedra antes de cruzar el puente en construcción del poético río Lerez. Después, cuando penetra en la Alameda y extiende la vista sobre aquel panorama sublime que ilumina un rayo de rojo sol poniente, divisa las risueñas aldeas de pescadores con sus blancas casitas semejando palomas detenidas en su vuelo, las ensenadas cerca de las que muere, besando su arena, la ola y las lanchas y quechemarines con sus alas de lona estendidas, cortando la inmoble onda y perdiéndose en las lejanías de Marín y Sanxenjo. El

arte de bien vivir, ó sea el *comfort* moderno, ha llevado á las cercanías de Pontevedra y á todo lo largo de su litoral el lujoso y cómodo *Chalet* que alterna á veces con el solariego castallo, con la torre señorial y con la casa aseada y cubierta de viñas y rosas, del labrador. Cerca de la capital de la provincia está Lourizán, la espléndida morada del político y estadista más eminente de Galicia: en ella crecen las mejores plantas y arbustos del país junto con la palma y el sicomoro egipcios, el plátano y el bananero saludan á la vieja encina céltica y al pino rumuroso y las gardenias y las magnolias mezclan sus olores delicados con el jazmín de la India y el tulipán cubano. Una mano inteligente ha reunido todo lo que tiene de más notable la floricultura y cuando uno se pierde por aquellos jardines, parecidos á los mitológicos jardines de Arminda, nácenle deseos de no volver al mundo, en donde ni reina la paz de los espíritus ni los corazones logran las venturas que ambicionan. Explicase así, que el noble castellano de Lourizán, el Sr. Montero Ríos, huya éasi siempre de la corte, en donde brilla como astro de primera magnitud, y, á sus intrigas políticas prefiera la sana atmósfera de sus prados, las cercanías que rodean su palacio y las purezas de un cielo á toda hora encantador.

Un griego fugitivo de su patria después de haber combatido á los troyanos, dícese que fué el fundador de Pontevedra: el que había levantado á Chipre bien pudo desear morir al pié del misterioso Lerez y oyendo la melancólica cadencia de los castaños, movidas sus ramas por brisa ligerísima. No desmerecía en verdad, la antigua Helécés en hermosura, á la tan renombrada Arcádia y los cantos arrobadores de Hesiodo no serían menos inspirados si naciesen ante la contemplación de una naturaleza en que parecen unirse todas las bellezas terrenas y enlazarse todos los suavísimos colores del iris.

No es milagro, por tanto, que un día Moret, el rey de la metáfora, otro Castelar, el Dios de la elocuencia y otro Echegaray, el Shakespeare del teatro moderno español eleven un himno en honor de Pontevedra y se complazcan en hacer justicia á un país, por tantos años desconocido. Lo que realmente vale, á la corta ó á la larga, tiene que imponerse y en donde lo excelso y superior predominan es menester que el homenaje sobrevenga voluntariamente, si las leyes lógicas han de cumplirse.

Pontevedra presenta una fisonomía alegre y encantadora: sus calles anchas, limpias y con amplias aceras véense de continuo llenas de gente que va á sus negocios, que trabaja, que política (por algo es la capital de una importante y rica provincia) y murmura: las mujeres no son tan aficionadas á su casa como las orensanas; gústales lucir su

belleza y sus galas y á pretexto de ir á misa, al mercado ó á tiendas cruzan la Herrería y la Plaza de San Francisco para atraer las miradas de los pollos desocupados, amparados por la nómina del Gobierno civil ó el *haber* de la Diputación Provincial. El tipo de la mujer pontevedresa honra á nuestra raza porque conserva el verdadero tipo griego: es más bien alta que baja, de nariz regular, medianamente afilada, color blanca suavizada por ligeros tintes rojos en las mejillas, signo evidente de una constitución vigorosa, cintura estrecha y talle de líneas ondulantes y flexibles, negra y espléndida cabellera que cae sobre su cuello de Diosa y ojos negros, húmedos y soñolientos en los cuales parecen guardarse mil tesoros de pasión. Al mirar tanta gracia, tanta seducción, tanto *sprit* ¿quién no deseará vivir en aquella ciudad dichosa y aceptar la esclavitud del imperio femenil?

A propósito de las mujeres de Pontevedra decía un amigo mío que me acompañaba de paso para Orense.

—No sé para que han instalado aquí la luz eléctrica, con los ojos de estas mujeres habría para iluminar cien Pontevedras por oscuras y lóbregas que fueran sus noches.”

El hombre, en cambio, ha degenerado: es de complejión débil y no ganaría ningún premio en un concurso de Apolos modernos; pero tiene mucho talento, es gran poeta, excelente músico, inteligente mecánico, cultivador de todas las artes y amante de la agricultura, una de las principales fuentes de la riqueza pública. En Pontevedra hay hombres eminentes que todo se lo deben á su propio esfuerzo, Indalecio Armesto, por ejemplo. Eseritor notable, abogado peritísimo, filósofo conocedor de todas las teorías especulativas nuevas y viejas, consume su vida en las ingratas tareas del periodismo, enamorado de un ideal imposible en estos días de venalidad y corrupción. En ese pueblo han nacido José Benito Amado y Andrés Muruais, dos poetas que hacen honor á Galicia y desaparecidos cuando más se les necesitaba para librar la tremenda batalla de la resurrección provincial. Luis Rodríguez Seoane, eseritor atildado, poeta calderoniano y actualmente Senador del Reino, es también hijo de la ciudad de Teucro y á orillas de su río y oyendo la melancólica canturía de sus pescadores compuso sus primeras estrofas. El y Pondal y el malogrado Aurelio Aguirre, fueron, tiempos atrás, la bella Trinidad que hubo de encarnar el espíritu de libertad en la actual generación.

La prensa tiene allí importante representación en *La Crónica* que rinde párias al reformismo del Sr. Romero Robledo, en *La Justicia* que recibe las inspiraciones de Armesto y suspira en vano por la república, en *El Diario* que hace la política del Sr. Montero Rios y en *O' Gali-*

ciano que emplea su fuerza en propagar el idioma nativo, al que coloca por sobre todos los conocidos.

El Sr. Riestra, Diputado por la Estrada, en donde carece de intereses, aunque no de amigos, es uno de los prohombres de Pontevedra: su padre, otro Sr. Riestra que llegó á Galicia hácia el año veinte, levantó, con su claro ingenio y su actividad extraordinaria, una de las más poderosas fortunas de la región, que disfrutan hoy sus hijos. El actual Sr. Riestra, quiso un día levantar pendón en frente del señor de Lourizán, pero fué vencido y arrollado al primer encuentro: hoy es uno de los satélites del Sr. Montero Ríos y asiste al Parlamento como una de las figuras decorativas más interesantes de la mayoría. Sus electores los estradenses pretenden, desde el año 84, construir unas fuentes sumamente necesarias para la población, que ha adquirido bastante desarrollo desde hace diez años á la fecha, que pagarán con fondos propios y con una pequeña subvención provincial; pero el Sr. Riestra no ha tenido aún suficiente autoridad para vencer la apatía del Ministro de la Gobernación que ha de dar su informe en tal asunto con arreglo á la ley. Por lo demás, es una excelente persona que reparte bastantes credenciales entre sus amigos y un legítimo amante de Pontevedra en la que ha implantado el alumbrado eléctrico, única ciudad gallega que lo posee.

La figura que más brilla hoy en Pontevedra, ya que los Matos, Limeses, Mon y Besada pertenecen á la historia antigua, es el señor Vincenti, hijo político del Sr. Montero Ríos. Joven, audaz, con grandes alicios para todo, orador temible é infatigable, despreocupado como un parisién y con una inteligencia perspicaz y acometedora irá muy lejos si no le sobreviene alguna desgracia. Sus convecinos los pontevedreses, conocedores de sus conveniencias urbanas diéronle sus suffragios y no tienen, á la verdad, de que arrepentirse, porque pocos diputados han hecho tanto por su distrito y casi, casi por Galicia como el Sr. Vincenti. Ha conseguido rebajas en el presupuesto, circulares contra la emigración, minería en los consumos, baratura en los telegramas y destinos para sus devotos. ¿Puede pedirse más, en conciencia, en un pueblo en donde nada se hace? Ciertamente que, hoy por hoy, es el Sr. Vincenti el mejor representante que tiene el país gallego.

El Sr. D. Isidoro Martínez, muy conocido en la Habana, en donde de posición humilde supo pasar á millonario, es hoy el *Maire* de la ciudad; y que ha vivido en una gran capital échase bien de ver por la limpieza de las calles, lo hermoso de los jardines públicos y la cultura del vecindario. Pontevedra bajo el mando municipal del Sr. Martínez

es digna de figurar como una de las más importantes ciudades de Galicia.

Sus edificios son muchos y notables. El teatro de estilo nuevo, elegante y de magníficas condiciones acústicas, puede albergar dos mil espectadores, las dos terceras partes más de la gente que gusta de los espectáculos caros. En las fiestas de la Peregrina, patrona de la ciudad, suele haber allí alguna compañía dramática ó de zarzuela que dá funciones que no superan nunca á las de los aficionados que dirige el Sr. Lois. El resto del año si no se escuchan, de tarde en tarde, los versos de *El Zapatero* y *El Rey* ó del *Arcediano de San Gil*, permanece cerrado á cal y canto.

El palacio de la Diputación, que es á la vez morada del Gobierno Civil y fué un tiempo convento de Franciscanos, es de muy severo gusto: hállase situado en una gran plaza cuadrada sirviéndole de base una hermosa rotonda á la que se sube por dos escalinatas: apoyados en una barandilla de hierro ó sentados sobre el duro granito de los escalones esperan los campesinos, ligados, apesar de las leyes favorables, á la gleba de la servidumbre, á que pase algún moffetudo Diputado ó cacique poderoso que, mediante la promesa de alguna dádiva en metálico ó en especie, recomiende favorablemente sus pretensiones, encaminadas casi siempre á obtener rebaja en la contribución ó libertar al hijo que maneja el arado del servicio del Rey. Rara vez lo alcanzan los infelices, más no por eso dejan de pagar lo ofrecido. Así están gordos y relucientes los señores del territorio provincial!

El templo de Santa María es también una de las joyas de Pontevedra: su fachada es del siglo XVI y tiene el sello del renacimiento; su interior presenta esbeltas columnas, magníficos altares y arcos atrevidos y soberbios. No son muy rezadores los hijos del Lerez y páganse más de sus progresos materiales que de cuestiones religiosas. Así han podido desarrollarse dos instituciones notables, la escuela de artes y oficios y la granja agrícola: de aquélla salen muy inteligentes mecánicos é industriales y de ésta agrónomos llamados á resolver el problema agrícola de nuestras provincias. Y hacen bien los pontevedreses en obrar así: la mejor religión de estos tiempos es la independencia del hogar del labrador: cuantos mayores beneficios se recaban para él, menos tentaciones tendrá que combatir y más se perfilarán sus sentimientos. Cuando el labrador de los campos y el obrero de la ciudad tengan seguro el diario pan y el de sus hijos, el Código dejará de tener aplicación y la moral reinará como única soberana del mundo.

El ferrocarril une á Pontevedra con Vigo: las dos antiguas rivales

están ahora ligadas por las recias cintas metálicas y parece que á medida que entre ellas se acortan las distancias desaparecen las antipatías y los recelos. Vánse convenciendo que los intereses de la una no son incompatibles con los de la otra, que ambas tienen finalidad diversa, que no se estorban para progresar y ante estos razonamientos, caen todos aquellos enconos con que se saludaban á diario y sufren sin oposición el dominio de la ley evolutiva que todo lo transforma.

Pronto Villagarcía, la altiva sultana de la Ría Arosa, esa perla del litoral gallego será nuevo y rápido afluente de Pontevedra con su camino ferro-viario y entónces bien podrá envanecerse de sus progresos que la harán digna de su fama y de su historia.

A Pontevedra fué á descansar de sus fatigas y de sus viages el ilustre vencedor del Callao: molestábale el ruido de su gloria, y él que era la personificación de la modestia, huía de la corte en donde le adulaban y pretendían seducirle. Allí, en medio de aquellos jardines de aromosas flores, contemplando aquel mar de plata que había visto tan enfurecido en otras latitudes, recordando los hechos gloriosos de los Sarmientos y Nodales, como él intrépidos navegantes, sorprendióle la ola revolucionaria que derribó una monarquía secular, cambiando en una hora el gobierno de un pueblo. Como debió mirar aquel brusco cambio no se sabe: lo que sí es cierto, es que rechazó los ofrecimientos que le hizo la revolución y que se sonrió tristemente cuando un periódico de gran autoridad dijo á los españoles que no sabían donde encontrar un nuevo señor.

—“¿Quereis un Rey que gobierne esta nación hasta ayer aherrajada? ¿Rechais de menos la monarquía que acabais de vencer en Alcolcoa? ¿no podeis pasar sin la dirección de un gran genio y el amor de un noble corazón? Pues ahí teneis á Mendez Nuñez, el restaurador del honor nacional en Lima. El puede, dignamente, ser el Monarca de éste gran pueblo.”

¡Ojalá que las honrosas heridas en el combate recibidas no volviesen á abrirse y á enconarse y que el ilustre marino pudiera intervenir en la política española! Otra fuera hoy la situación de la tierra gallega, aún sin empuñar su hijo predilecto, el cetro de Carlos III.

Los pontevedreses no pasan nunca cerca de la casa del benemérito marino, sin recordar su memoria con unción y respeto. Yo he tratado, en vano, de interrogar á aquellas mudas piedras, acerca de las últimas amarguísimas horas de su vida; nada han respondido: dijérase que conservan la honda tristeza que en todos los corazones gallegos produjo aquella gran catástrofe, acaecida una bella tarde del mes de Agosto de 1869. ¿Cuando inaugura su estatua, Pontevedra?

II

Vigo es la ciudad de mañana,—dicen cuantos la visitan,—después de admirar sus riquezas naturales, tesoros prodigiosos con que ha querido dotarla el gran artífice del mundo, pródigo, por todo extremo, con el país gallego. Fué un tiempo Sidon, lugar de donde partieron á explorar el Atlántico los primeros atrevidos navegantes y mercaderes y más tarde los incansables fenicios meditaron en Cartago todas las pacíficas conquistas que habían de realizar á lo largo del litoral mediterráneo. Al iniciarse el renacimiento, cuando todo lo antiguo vino ruidosamente al suelo y las infranqueables puertas del Estrecho se abrieron á las naves colombinas para dar á Europa un mundo tan rico como hermoso, Cadiz y Sevilla monopolizaron el comercio de Ultramar y amparándose de irritantes privilegios obscurecieron todos los demás puertos españoles, llevando hondos trastornos á Génova y Marsella, entónces únicas estaciones avanzadas para sostener relaciones con los pueblos orientales. Desde que aquella santa mujer que en el mundo llevó el nombre de Isabel, vendió sus joyas para comprar las humildes caravelas con las cuales iba á operarse un revolución geográfica y política, reyes y gobiernos complaciéronse en otorgar su favor á las afortunadas ciudades andaluzas, menospreciando puertos como Vigo y la Coruña que superan en mucho á todos los puertos españoles. Ese proceder poco hábil y menos patriótico no podía subsistir.

A mediados del pasado siglo y no bien Fernando VI ocupó el trono de sus mayores empezó la reacción en favor de Galicia: concediéronsele algunas gracias y privilegios, la administración general para proveer de sales á los pueblos de Asturias y Galicia, por ejemplo, y Vigo fué artillado como plaza fuerte. Había, en tiempo de Felipe II, defendídose heroicamente de las naves del Almirante Drake y éste hecho y la situación privilegiada de la población movieron á la corte á hacer algo en su beneficio. Pero, más que á ese favor menguado, á sus propias excelencias debe Vigo su presente situación, realmente digna de encomio y que dice mucho en favor de sus hijos que son activos, emprendedores y amantes del adelantamiento en todas sus variadas formas.

Hánse levantado allí edificios suntuosos y sólidos con todos los detalles y riqueza del gusto y de las necesidades de la época; adornando paseos y plazas de elegante construcción y los jardines de la Alameda llaman la atención por su hermosura, por el arte con que se han distribuido las flores y el aspecto encantador que presentan en la primavera. Eminentemente comercial, Vigo ocupa todos los días de la se-

mana en el trabajo y los desocupados que transitan por las calles desiertas, anchas y bellas en la ciudad moderna, pendientes y estrechas en la antigua, asómbrense de la soledad que reina en su alrededor. Comprenden los vigueses que el porvenir es de los que no malgastan el tiempo en diversiones fútiles y pasajeras y conságranlo á dar incremento y desarrollo á sus industrias, á mejorar su agricultura, á abrir nuevos horizontes á su comercio y á recibir y hospedar cómodamente á los que llegan de Buenos Aires, Montevideo, México y la Habana. Los hoteles de Vigo son, sin disputa, de los mejores y más confortables de España. *El Continental*, situado en la calle de la Lage puede competir con el de *Paris* de Madrid y los que ocupan sus habitaciones espléndidas, adornadas con valiosas colgaduras, cuadros de mérito, espejos, vasos y objetos de arte, no echan de menos el *confort* de las grandes capitales. Los cafés son también lujosos y atractivos, distinguiéndose entre todos el de *Méndez Nuñez* y el *Suizo*: en las primeras horas del día hállanse desiertos, pero á las dos de la tarde llébanse de jugadores de dominó, de políticos de todas clases, de literatos y poetas y de empleados, discutiéndose los más áridos problemas sociológicos y realizándose las más atrevidas jugadas, al calor de las humeantes tazas del negro y agradable néctar.

El teatro es otro de los edificios que honran á Vigo, la casa de baños es un modelo en su clase y la mejor de Galicia, la de Juzgados es de mucho gusto, y como antigua y no exenta de mérito, puede citarse la de Caridad, en otros días convento de Franciscanos.

El muelle está siempre lleno de trabajadores que hacen la carga y descarga de los vapores que entran y salen para las Américas: el comercio de bueyes con Inglaterra, aunque decae á veces, es un gran elemento de riqueza para Vigo, hoy superior á Cadix y á Sevilla y en disposición de competir con Bilbao y Barcelona: los productos de las industrias, que en la ciudad y sus cercanías se han desarrollado, engendran una constante relación con los demás puertos españoles, los de Portugal y los del nuevo-mundo; y se nota, que sus conservas, sus frutas, sus legumbres, sus máquinas, su papel y sus curtidos son buscados con gran interés. El aumento de la población, que en veinte años ha doblado su contingente, prueba de modo elocuente lo que Vigo significa en la actualidad y lo que será en el porvenir, cuando la libertad comercial sea un hecho y las trabas aduaneras no vengán á dificultar el desembarque en su gran muelle.

La bahía está considerada como la mejor del mundo: en ella pueden anclar todas las escuadras conocidas, y su protector abrigo búscalo casi todos los iuvieros la de la Gran Bretaña: extiéndese como un

inmenso lago, con olas tranquilas y ligeramente rizadas en el invierno y abrigaña acantilados titánicos y parages tan pintorescos y poéticos como Bouzas y Cangas: acaba allí donde las Islas Cies se recrean mirándose en el espejo de las aguas transparentes del mar; internándose por una estrecha garganta hasta convertirse en un pequeño golfo, en cuyo centro se levanta el lazareto de San Simón.

Los alrededores de Vigo solo pueden compararse, por su belleza, á los de Pontevedra. El campo parece el sueño de un pintor de paisajes: quintas, *chalets*, alquerías, castillos de antiquísima construcción, bosques de pinos, jardines, parques, cuanto en fin, sirve para recreo y esparcimiento del ánimo encuéntrase en aquellos lugares, á los que prestan verdor y lozanía las brisas marítimas y los benéficos rocíos en las caliginosas noches de Agosto. El que por vez primera visita á Galicia y contempla tanta prodigiosa maravilla natural, olvida la legendaria Suiza, la misteriosa Alemania con sus orillas del Rhin y piensa que ha sido, sino un gran crimen una solemne majadería, que los españoles empiecen á comprender tan tarde el tesoro que poseen. Ultimamente, un militar que ha alarmado mucho á la nación con sus reformas, el ilustre general Cassola, ha edificado una casa de campo en las cercanías del famoso balneario de Mondariz, con el propósito de pasar allí los veranos y descansar de las luchas políticas. Otro gran político y orador eminente, el Sr. Martos, vivió el pasado mes de Agosto en una espléndida posesión situada en las cercanías de Vigo, prefiriendo aquel tranquilo y delicioso lugar á los renombrados Baden-Baden, Ginebra, Biarritz y Aguas Buenas. Allí; contemplando la dulce naturaleza que le rodeaba, recreándose en la singular placidez de un cielo incomparable y absorbiendo los suaves perfumes de las flores que embellecían sus jardines, escribió el profundo y notable discurso leído recientemente en el Ateneo madrileño, y en el cual, con palabra de oro y pensamientos de brillantes, explicó el concepto de la patria.

No temo equivocarme al decir que en los primeros días del siglo XX, que alborea en los espacios imponderables del tiempo, será Galicia el lugar predilecto de los españoles todos y, ni San Sebastian con sus hermosuras artificiales, ni Bilbao con su antiguo renombre, ni las fronterizas villas de la nación francesa, atraerán á su seno los viajeros que llenarán las villas, aldeas y ciudades de nuestro país. Para entónces habrásese resuelto el fatídico problema económico, equiparando las cargas con la producción, ensanchando la libertad comercial que facilite el trato con otros pueblos y redimiendo al agricultor de los onerosos tributos que le convierten en esclavo de la tierra y del Estado. Ese día dichoso cesará la emigración enorme que ahora des-

puebla las poéticas provincias gallegas y el hogar de nuestros campesinos no será lugar de penurias y desolación.

Abundan en Vigo y sus pueblos limítrofes las fábricas: las hay de curtidos, de jabón, de frutas del país, de aserrar maderas, de chocolate y de papel continuo. Las conservas que se preparan con riquísimos aceites que vienen de Sevilla, van á Madrid y á las ciudades de Castilla y en la Habana y Buenos Aires son buscadas con interés para las mesas de la gente rica: las sardinas gallegas en latas son superiores, por su gusto y lo delicado de la carne, á las de Nantes: la merluza, congrio y rodaballo carecen de competidores.

El ferrocarril comunica á Vigo con Portugal por el ramal de Tuy, con el centro de Galicia por el de Redondela y con Madrid por la línea central de Orense. En los meses de Junio y Julio llegan atestados los trenes de viajeros: los unos van á tomar las aguas de Mondariz, los otros á pasar los calores en las pintorescas posesiones que se hallan diseminadas en las cercanías de la ciudad y los otros á presenciar las fiestas en que *arde* Vigo durante esa época del año y á refrigerar sus cuerpos en las frescas y salobres ondas. Allí estuvo Pidal, el pequeño mónstruo de la Unión Católica el último verano, presidiendo un certámen conservador; y como todos los políticos españoles hizo justicia á los tesoros que encierra en sus mares, en sus valles y en sus montañas nuestra pátria. Defendió al paso las tendencias regionalistas de las que descartó toda idea antinacional y sentó una tésis que servirá de mucho á los escritores de ambos paises; es á saber, "que sin Galicia y Asturias no hubiera podido acometerse ni terminarse felizmente la obra gigantesca de la reconquista."

El Sr. Bárcena es uno de los hombres más influyentes de Vigo: naviero, industrial, comerciante y banquero de crédito reconocido, emplea su fortuna y su influencia en embellecer la ciudad, construyendo casas magníficas, arreglando parques y jardines, procurando la desaparición de las calles feas y contrahechas y empujando el progreso de la población por todos los medios imaginables. Sus gestiones como Alcalde han sido siempre muy aplaudidas, mereciendo por ellas deferentes muestras de aprecio y simpatía.

El Sr. Marqués del Pazo de la Merced, que tiene su castillo de Mont-Real, cerca de Bayona, comparte con el Marqués de la Vega de Armijo, que tiene el suyo de Sotomayor á pocos minutos de Redondela, el dominio político de Vigo y sus pueblos limítrofes. Si manda Sagasta es sabido que los amigos del castellano de Mós, están en alza, y si Cánovas recoge las riendas del gobierno, son los señores, los devotos de Elduayén. Suelen pagar los vidrios que unos y otros

rompen, los pequeños, los humildes, los que trabajan y solo ven de la política el rastro de cieno que deja por donde pasa.

La historia del Sr. Elduayen, si la conociesen todos los gallegos serviría de gran lección, y desde luego de prueba irrefutable que las riquezas de la India y de América, con perseverancia, también pueden levantarse en nuestro país. Fué á Galicia hácia mediados del siglo como simple ingeniero y ávido de nombre, representación y fortuna. Si encontró ó no lo que deseaba, dígalo su presente modo de ser que le hace el primer contribuyente español, el *Creso Gallego*, según la frase del Rey D. Alfonso. Con sus millones ha contribuido principalmente á la restauración de la monarquía, sosteniendo en tiempos difíciles el decoro y la independencia del partido en que milita. Aun á su modo á Galicia: visítala todos los años, trae huéspedes á su castillo de Madrid, de París y de Alemania y regala algún premio para las lides poéticas que anualmente han dado en celebrarse en Vigo: protege abiertamente á sus correligionarios y electores y no es gran obstáculo, cuando manda, á cualquier proyecto beneficioso para las provincias que le han visto llegar con el maletín de viaje vacío, un cuello y un par de puños por todo equipaje. No ha sido nunca Ministro de Hacienda; así es que, en buena lógica, no tienen derecho á quejarse los gallegos de que no haya podido alcanzar para ellos rebaja en el presupuesto.

El Marqués de la Vega de Armijo es andaluz, pero descende de aquel temible guerrero que en la historia gallega se conoce con el nombre de *Pedro Madruga*. El castillo de Sotomayor háse levantado sobre los cimientos de una antigua fortaleza que sirvió á *Madruga* para resistir las huestes de las hermandades y de la nobleza gallega y fatigar las tropas de los reyes católicos. Conquistador un día de la ciudad de Tuy, llevóse prisionero á su Obispo D. Diego de Muros, el temible Pedro.

—¿Qué os mueve—cuentan que preguntó D. Diego á *Pedro Madruga*—á seguir esta guerra sin cuartel y á perseguir solares tan nobles y honrados como los de Valladares, Aldao, Romay, Berdusido, Maldonado y Tenorio?”

—“Con mi casa de Sotomayor hay bastante en Galicia”—respondió el Conde de Camiña, Pedro Alvarez de Sotomayor, que éstos eran el verdadero título y nombre de *Pedro Madruga*.

Quizás hubiera sido una fortuna su triunfo; es posible que Galicia tuviese mayor vida bajo su dominio que protegida por los alguaciles de los reyes de Castilla. Desgraciadamente el noble ascendiente del Sr. Ministro de Estado, vióse tan acosado por sus enemigos que tuvo que traspasar el Miño y morir en Portugal.

Muchos tenían por hijo de Vigo al insigne republicano D. Eduardo Chao y en tal sentido escribiéronse de éste hombre eminente multitud de artículos biográficos. Recientemente, y en un notable bosquejo de su vida, hecho en el primer aniversario de su nunca bien llorada muerte, se ha probado que nació en Rivadavia, provincia de Orense. Por su amor á la hermosa ciudad, perla del Atlántico, según los poetas, por los muchos favores que la dispensó como particular y hombre público y por haberse criado y educado en su seno, puede considerársele como hijo de ella. Los vigueses, es seguro que se honrarán en dar tal título al hombre más consecuente, caballero y pundonoroso de la política española.

De él dice el biógrafo á que antes he aludido:

—“Los intereses generales de la política no han absorbido exclusivamente la laboriosidad de Chao. En los descansos á que le han condenado los periodos reaccionarios, volviendo la vista á su país natal, que ha amado siempre con entusiasmo, y más desde que, en sus excursiones á Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Suiza é Italia, pudo establecer comparaciones y recoger pensamientos provechosos, ha escrito sobre las cuestiones que más afectan al porvenir de Galicia: los *foros*, la *excesiva división de la propiedad rural*, el *aprovechamiento de las lluvias*, el *pequeño caserío*, la *ostricultura*, los *caminos vecinales*, etc.

“Además, ha hecho donación de un *Observatorio meteorológico* al Ayuntamiento de Vigo; pueblo del que generalmente se le creía hijo y que, como tal, amaba, por haberse criado en él desde que tenía un año de edad. Y últimamente, hizo á sus expensas el estudio del *puerto comercial* de aquella afamada ría, cuya importancia mercantil y política dió á conocer con la perseverancia de su carácter.”

“Son bastantes los hombres públicos que, con muchos menos trabajos y servicios que Chao, han hecho mucho más ruido en nuestra época; anomalía fácil de explicar para cuantos le hayan tratado algo. Por carácter, ó por educación, ó por las exigencias de una vida laboriosa, ó por la índole de sus estudios, no manifestó nunca afán de exhibirse. No frecuentaba las sociedades, ni en ellas aspiraba á colocarse en las posiciones más visibles. Rara vez, si no por deber, se le veía en las solemnidades públicas. No hacía sonar el bombo del periodismo, como tantos otros, con el anuncio, ora de un viaje para *descansar* ó *reponer su salud*, ora del regreso, á fin de que saliesen los amigos á recibirle. Huía de hablar en público, y, cuando tenía que hacerlo, no lo avisaba á nadie antes, y después nadie tampoco daba cuenta del *elocuentísimo* discurso, que es lo menos que hoy se estila decir. Tal vez rehuía esto por no ser orador, según el lo comprendía, pues sentía instintiva repugnancia á la vulgaridad; y sin embargo, cuando se ha visto precisado á hablar, ha razonado con una lógica, una severidad de formas y una frase que Salmerón ha calificado

de *escultural*. Por no juzgarse poeta como él lo comprendía, tampoco ha publicado nunca sus versos.

“Los escritores de biografías saben que les basta pedir á los personajes los datos de su vida, para que ellos mismos les ahorren, con harta frecuencia, el trabajo de redactarlas. Y con harta frecuencia también, el personaje no se escatima elogios que han de aparecer trazados por la *imparcialidad* del autor: ¡qué tal es el estado de la crítica en nuestra época! Chao se excusó siempre de tales compromisos con sus ocupaciones, y cuando más, contestaba indicando dónde podrían encontrar noticias. Así es que los artículos biográficos hasta hoy publicados contienen siempre omisiones, y sólo reuniéndolos, hemos podido diseñar este bosquejo, que es, al menos, el más completo en datos, ya que sea el más deficiente en juicios.

“Igual resistencia ha opuesto á los dibujantes de retratos cuando la fotografía no había venido aún á formar esta costumbre y crear esta industria, que el amor de familia y la vanidad sostienen.”

Tal vez al silencio que ordinariamente rodeaba el nombre de Chao contribuyese algo su índole moral. Tolerante en extremo, cortés con todas las opiniones y respetuoso con sus adversarios, no disimulaba el desprecio ó la repugnancia que le inspiraban esos cambios de partido ó de ideas que hoy se decoran con el nombre de *evolución*, *accidentalidad de las formas*, etc., etc. Se apartaba instintivamente de los tráfugas, y no atenuaba la crudeza de sus juicios. Admitía, cómo no! los progresos de la razón, las modificaciones en el pensar, las transformaciones internas del ser intelectual; pero creía que, en tales casos, la propia dignidad exige el apartamiento de la vida activa, estimando que es mayor el mal que con la inmoralidad se causa á la sociedad, que cuanto bien puede hacerse con el nuevo culto. “Si la verdad se contiene en este, decía, no le faltarán voces limpias y puras que la proclamen, sin que la empañe la sospecha del error abjurado”.

Si la muerte no viniése á cortar prematuramente el hilo de su laboriosa existencia, Chao que amaba con amor idólatra á Galicia y á Vigo, hubiera hecho prodigios en favor de una y otra: era su ideal convertir al pueblo que había representado por vez primera en el Parlamento, en el primer puerto comercial de España y á Galicia en la región más industrial y artística. Tan excelentes pensamientos malograronse de golpe, una triste noche de Diciembre de 1887.

Vigo tiene su página heroica. En la guerra de la independencia luchó bizarramente contra las audacias napoleónicas, contribuyendo con sus hombres á la rota del Mariscal Ney en Puente Samartín. Un descuido hizo caer en poder del enemigo y Chalot su comandante, con 1,500 hombres, defendíala con incansable tesón; pero el amor á la independencia en los nuestros era superior á la idea de los peligros que había que arrostrar y, mandados por Morillo y Caehamuiña pusieron sitio. El castillo del Castro, el de San Sebastián y los demás

fuertes de la ciudad contuvieron con su metralla muchos días á los sitiadores, pero al fin brilló uno sobre la muralla, la invicta bandera nacional. Vigo, puede decirse que fué la última hazaña de nuestra patria en aquella guerra cruel que promovieron la ambición insensata de Napoleon y la conducta inesplicable de Fernando VII.

En Vigo nació Mendez Nuñez y en su bahía llevó á cabo su primera y más alta proeza: libró de una muerte segura, teniendo él poco más de diez años, á dos niños menores que habían ido á bañarse y que las olas arrastraban al abismo.

Patria es también, del célebre pintor Arandaño que en Italia, cuna del arte, ha podido conquistar un nombre y una fortuna y en su seno vió la luz y despertó á la dulce poesía que tan admirablemente supo cultivar D. Juan Manuel Pintos, émulo por lo sentimental y tierno de Rosalia Castro.

Que Vigo es, no solo una población mercantil que aspira á enriquecerse por todos los medios lícitos sino cultísima y amante del saber, justíficalo su prensa.

La Concordia, *El Faro* y *El Independiente* escritos con inteligencia, discreción y gusto son la mejor recomendación de los viganes: pueblos que saben tener periódicos tan notables merecen admiración y respeto de todos los hombres. Por mi parte tribútoselos con verdadero placer; descando que en ese incierto mañana que todos los gallegos aguardámos con ansia, tenga Vigo la existencia grandiosa que por derecho le corresponde.

Y entre tanto digámos con el poeta:

—“Ninfa gentil de los gallegos mares
dormida en brazos de la hermosa ría
que defienden las Cies seculares;
¡Oh émula del día,
copia del Cielo, espejo de la gloria,
último rasgo del pincel divino.....

.....
La frente inclino al verme en tu presencia
de admiración y de entusiasmo absorto,
desfalleciendo por la suave esencia
de oculto como natural aborto
que en frescas oleadas
se exhala de tus bosques silenciosos
de tus campiñas por el Sol doradas,
y tus huertos frondosos.

HACIA LA CORTE.

(BETANZOS.—LUGO.—MONFORTE.—EL BARCO.)

I.

El sentimiento que produce á todo viajero abandonar la Coruña, linda ciudad en cuyo seno las horas pasan dulcemente, témlase en gran manera en cuanto el tren dá los primeros pasos y la vista se recrea en sus poéticos alrededores. Queda el mar, alborotado y rugidor, á la izquierda, allá en lontananza véñse cruzar innumerables velas latinas que llevan rumbo á Sada, á Santa María, á Coreubión y Ferrol: entre las brumas del horizonte destácase la gigantesca mole del faro herculino y á la derecha extiéndense las floridas vegas del Burgo, sus casas de recreo y las arenosas playas de Montrobe y Liaas. A cada paso embarga la atención un fuerte, con sus acantilados imponentes, sus altos muros y sus cañones amenazadores, una fábrica de cuyas altas chimeneas brota el negro humo de carbon ó un túnel que sume en profunda obscuridad al que viaja. No se tiene tiempo de dar pasto á la tristeza en ese cruzar rapidísimo del volador monstruo de hierro, siquiera los recuerdos de los queridos amigos que atrás se dejen no se echen en el olvido, por que, á las sorpresas suceden las admiraciones y á toda hora se conserva el propio grado de maravilla y asombro. Y si cuando ese cruce se verifica, siente unò la dolorosa idea de que quizás lo hace por última vez, afánase doblemente en no perder ningún rasgo fisonómico de tan hermosos paisajes y busca con avidez la escondida belleza para que quede eternamente fotografiada en la memoria.

Fué una mañana plácida y alegre de Setiembre cuando yo abandoné la Coruña: iba apesadumbrado camino de la corte: parecíame lugar más en armonía con mis ideales, con mis gustos y hasta con mis conveniencias personales la bella capital de Galicia: en su vida alegre, bulliciosa y expansiva habíase embriagado honestamente mi alma por algún tiempo y los pasados quebrantos mirábalos como sucesos legendarios de los que solo se conserva un adornecido recuerdo. La Coruña en donde dejaba una juventud inteligente, estudiosa y amante sincera de la regeneración patria, una sociedad distinguida, circunspecta y seria, un comercio adelantado, rico y honrado y tantos y tan excelentes amigos era para mí el ídolo ciegamente amado, de cuyo culto no podían hacerle caer las prometidas diversiones de la corte, sus monstruosos paseos, sus museos singulares, ni su más decantada que legítima belleza. Afortunadamente, no tiene Galicia las llanuras fatigosas de Castilla ni las monotonías de Andalucía, amigas y provocadoras del fastidio y del aburrimiento, sino un terreno accidentado, variado y alegre que atrae y entretiene, aún al más despreocupado y poco afecto á la naturaleza.

Pude así distraer mis preocupaciones y observar con todo mi entusiasmo de adorador ciego los encantos de los lugares por que atravesaba. Pasé el Cambre con sus bonitas casas de nueva construcción, cortado por la carretera que va á Betanzos, con su antiguo monasterio de la órden de los Benitos, su preciosa iglesia del siglo XII y su puente de hierro, por debajo del cual desliza sus mansas aguas el río Mero: numerosas quintas de recreo salpicaban la vega, bosques de robles y castaños veíanse á trechos; pequeñas eminencias y montículos sobresalían después de una superficie plana de un cuarto de kilómetro y en las eras de los labradores mostraban sus doradas pirámides las *medas* que aún no se habían majado. Pronto el silbido estridente de la locomotora nos anunció que estábamos en la estación de Betanzos. En efecto, allá en el fondo, á media hora de camino en diligencia, destacábase la histórica ciudad de los brigantinos con sus edificios elegantes y esbeltos, sus numerosas y bien dispuestas casas que brillaban fuertemente al reflejo del sol y sus colinas que la prestan abrigo cuando los cierzos de Diciembre y Enero soplan con crudeza. Aquel espectáculo era por demás encantador, ¿por qué no admirarlo? El valle largo, dilatado, formando un mosaico variadísimo prolongábase lejos, muy lejos de la ciudad; los ríos Mende y Mandeo retoreándose como serpientes de plateadas escamas, ora se escondían en las sinuosidades y cañadas del terreno, ora se mostraban brilladores y alegres en los diminutos llanos de verde yerba; á un lado dejaban huer-

tas caajadas de cerezos, manzanos y perales y al otro erbales en cuyas orillas erguían sus melancólicas ramas los sauces y los abedules: ambos con su enorme contingente de agua, iban á morir en la ría, la eterna enamorada del valle. Era un panorama espléndido, digno del pince! de Poussin. Cualquiera que tuviese la rara habilidad, el arte asombroso de trasladar al lienzo tau sublime paisáje, alcanzaría perdurable gloria y sería el que más íntimamente comprendiese los misterios de la naturaleza. Pero, es cosa difícil copiar la obra perfecta de Dios: los colores verdaderos, los toques mórbidos y suaves, los pliegues ocultos, la fisonomía que es menester adivinar, el aire y la luz, que á fuerza de ser reales conviértense en imposibles, eso, no hay pince! que los comprenda, ni arte que los sienta. Eso, admírase y nada más; y si acaso, guárdase el recuerdo del éxtasis que produce.

Betanzos fué capital de la provincia de su nombre, antes de la moderna división y comprendía once villas y doscientas treinta y nueve parroquias. Actualmente tiene más de ocho mil habitantes y considérasele como una de las más importantes poblaciones de Galicia. Fundóse en época remotísima y mucho antes que la Coruña, cuya torre de Hércules dependía de ella: los brigantinos, que fueron sus pobladores, pertenecieron quizás á aquella raza primitiva y desconocida que se situó en las desembocaduras de los ríos y á orillas del mar, dando así vida á las llamadas ciudades *lacustres* y notable desarrollo al comercio que por entónces sostenían con los fenicios; son, sin duda, anteriores al celta con el cual se ligaron de tal manera, cuando éste apareció en nuestras costas, que concluyeron por desaparecer como raza y borrarse absolutamente como tipo. De todas suertes Betanzos puede vanagloriarse de ser una de las más antiguas ciudades gallegas y hermana de aquellas Lambrica, Noela y Duos-Pontes, de cuya existencia queda tan solo una vaga y oscura memoria. Consérvase allí, más puro que en ninguna otra parte de Galicia, el tipo celta: los *marriños* son altos, bien formados, de recia musculatura, anchas espaldas y cabeza erguida y hermosa: llevan largo el cabello, que les cae en bucles sobre los hombros y muchos agujerean, todavía, la oreja izquierda: no han querido desprenderse de su viejo modo de vestir: llevan con gran donaire el estrecho y corto calzón, ciñen su talla con la vistosa chaquetilla ó marsellés, usan la camisa de alto cuello con finos bordados de hilo y no se han decidido á abandonar el rojo chaleco que tanto luce en cuerpos bien formado:; la montera puntiaguda con tres borlas de seda verde en la parte superior, es el adorno de la cabeza de aquellos hombres para los cuales, si han pasado los siglos cambian-

do el idioma y la faz exterior de las cosas y de los pueblos, no han perecido aquellos usos patriarcales que consisten en la veneración y respeto hacia todo lo antiguo y lo amado.

En Betanzos asoman á cada paso restos de antiguos monumentos: la Casa-Cárcel fué en otra época palacio de aquel buen caballero llamado Fernan Pérez de Andrade, amigo predilecto del Rey Enrique de Trastámara y sostenedor victorioso del cerco que á la Coruña puso el Duque de Lancaster: su sepulcro está situado en la iglesia del derruido convento de San Francisco y lleva esta honrosa inscripción:

Juz Fernan Perez de Andrade: Cabaleiro.

¡Singular contraste! Los que en Inglaterra grababan sobre la losa tumularia de don Fernando de Castro, partidario eterno del infortunado Rey don Pedro, *aquí yace la lealtad española*, ignoraban que Betanzos, leal amiga del vencedor fratricida, daba tierra sagrada al mismo tiempo á su grande y fervoroso vasallo el de Andrade, escribiendo á su vez, *aquí dorme ó boo cabaleiro*, en su regio sepulcro. Esclaros de las luchas que por entónces devoraban al pueblo gallego, curábanse sus nobles de hostilizarse cradamente y si hacían la causa de los Reyes castellanos era debido muchas veces al odio mutuo que se profesaban. La casa de Andrade al lado de los Guzmanes traía aparejada la devoción de la de Castro á don Pedro, evidándose poco de qué parte estaban la razón y la justicia y no encontrando bueno si no lo que cada uno defendía.

Fernan Pérez de Andrade hizo cuanto pudo en favor de la ciudad que gobernaba como dueño y señor y que le había sido concedida en propiedad por su amigo don Enrique *de las Mercedes*: fundó siete monasterios, siete iglesias, siete puentes y siete hospitales, poniendo en todos ellos, á guisa de escudo, un jabalí y un oso de piedra, que fué la divisa que adoptó desde su primer hecho de armas. Cuéntase que su Rey y amigo le autorizó para acuñar moneda de cuero y oro, privilegio de que hizo uso, colocando en las que fabricó, de un lado las armas de Andrade y del otro las de Castilla. Su palacio está en pie todavía y vése á dos leguas de Betanzos, cerca de Puente deume, cuya villa y la de Ferról, le fueron dadas en *juro de señorío* por el monarca ajudido.

El aspecto de la ciudad es encantador: abundan las edificaciones modernas, los jardines y las fuentes: tiene muy lindos paseos y la alameda atrae mucha concurrencia los domingos y días de fiesta. Entrando en Betanzos por el Campo de la Feria, en cuyo centro está colocada la fuente de Diana Cazadora vése la Cárcel, la casa-archivo, la estación de telégrafos y la sociedad de recreo: las calles están

limpias y aseadas y existen muchas tiendas de quincalla, bisutería, paños, telas y de zapatería. Fabricause allí, como en casi todas las poblaciones gallegas, chocolates, jabón, tejas y ladrillos. Entre las fábricas de curtidos descuelga la de los *Hijos de Echevarría*, considerada como la mejor de la comarca. Posee éste poderoso establecimiento una máquina de vapor que desarrolla una fuerza de treinta caballos y ejecuta diferentes y variadas operaciones: ocupa por término medio sesenta operarios y abastece de suela á España, Puerto Rico y Filipinas. Siguen á esta fábrica, en importancia, la de los Sres. Lizarrague y Montonto, que también dan trabajo á muchos operarios y prestan grandes beneficios al país.

Las casas son altas con balcones en el primer piso y galería en el segundo: la mayor parte de las calles están regularmente empedradas y en muchas pasa, su única acera, por el centro.

La gente es hospitalaria y generosa; las mujeres esbeltas y hermosas y los hombres muy aficionados á la lectura y á las bellas letras. Allí han visto la luz varios periódicos, dirigidos por mi antiguo amigo y condiscípulo, el ilustrado abogado Hipólito Codesido que llevó á feliz término varios certámenes poéticos. Betanzos, en suma, es una ciudad culta y rica, que trabaja y progresa diariamente, sin olvidar á cuánto la obliga, su antiguo abolengo.

Después del valle *das Mariñas*, célebre en Galicia y tan lleno de bellezas como los de Miñór, Oro y Ulla, sigue la línea férrea por tierras de Oza: en una dilatada extensión encuéntranse grandes bosques de pinos que mueven perezosamente sus altas copas, produciendo ese vago y tristísimo rumor que tan delicados y tiernos versos inspiró á Rosalía Castro y á Eduardo Pondal: los tojales amarillean en el horizonte, exhibiendo sus hermosas flores, y entre los montes y peñas altísimas que empiezan á contrastar con la placidez del valle atrás dejado, asoma una eminencia árida, escarpada y amenazadora con un torreón en la cima: es un santuario que la fé viva de los siglos medios levantó y hasta el cual llegaban los caballeros y los villanos ansiosos de consolación para sus cuitas y de piedad para sus almas enfermas del pecado: los *benitos* que tanto bien hicieron á la humanidad con su santa regla, llevaron á tan áspero lugar su obra de bendición y creése que á su paso brotaron encarnadas rosas y lirios de blancura deslumbrante. Los curiosos que se aventuran por aquellos parajes siniestros, en una peña enorme cortada por algún fenómeno geológico, leen esta borrosa inscripción: "Tendillos construyó la obra, siendo monje de ella Cendulfo en 881." ¡Mil años transcurridos!... El aspecto del terreno desde Oza es ya de otro orden: bravo, aterrador y salvaje

crecen y aumentan las montañas, los montes pelados, las hondonadas misteriosas y los valles perdidos en el abismo: á veces ábrense las entrañas de la tierra y el tren bucea por aquel fondo medroso durante algunos minutos para quedar luego bajo la acción de enormes piedras que parecen como caídas al azar de las manos de un gigante colosal, la menor de las cuales, si se deslizase, aplastaría un ejército. Cesures y Curtis muéstranse indistintamente, y al dejar éste último lugar re- cuérdase á un ilustre obispo compostelano, que allí vió la primera luz. Pedro de Mozoncio que gobernaba la Sede de Santiago en los días de Almanzor y que tuvo la desdicha de ver arrancar las campanas de su basilica, para ser conducidas en hombros cristianos, á la capital del Califato, la entónces poderosa y espléndida Córdoba. A éste obispo, que antes había sido abad de un convento, sobre cuyos cimientos ha sido levantada la iglesia de Curtis, supónesele autor del himno religioso *Salve-Regina*, cuyas notas graves, dulces y conmovedoras, escúchase todavía en nuestros templos.

Los montes de la Tieira sobrevienen luego y como la impresión de lo agradable dura, no puede abatirse el ánimo á la vista de tanta aridez, de una naturaleza que parece muerta y en la cual se esteriliza toda vegetación: el contraste es una necesidad del espíritu que agrada cultivar; y esperiméntase rudo y fuerte al divisar las peladas tierras de la Tieira, los picachos y sinuosidades de Teijeiro y Gustiriz y los interminables escarpados de Parga. Hay, sin embargo, una belleza especial en estas montañas abruptas, la belleza formidable de un terreno rebelde y pedregoso que se resiste al arado y repudia el grano fecundante del labrador, esa hermosura insolente que aterra como el abismo pero que gusta ver su fondo repleto de leyendas y misterios. La dulce poesía de la costa cambia por completo en la montaña: el brezo, la carquesia, el aislado *San Juan* y la retama estiéndense por todas partes como una inundación, trepando por los altos riscos, cayendo en las negras simas y cubriendo de espesa capa los muros y los ribazos.

Reina allí la soledad amedrentadora que deja en temida dominación al lobo hambriento, y si algún desmedrado y lácio pastor, como las tierras que pisa escaso de sangre y de vida, se aventura por tan siniestros parages, antes de que el sol se oculte vuelve á la mísera aldea ansioso de guardar su rebaño amenazado por las fieras, que no pocas veces enseñan sus dientes al tren que pasa en raudó vuelo.

Cuéntase, que cuando las tropas de Almanzor cruzaron esta comarca para ir á Santiago, cuya fama les atraía, sintieron tan hondo terror y pánico que pidieron á voces al gran caudillo que se volviese

atrás y renunciase á la conquista. Era demasiado duro de corazón el favorito de Sobeya, para dolerse de infundados abatimientos y habiendo castigado á los cobardes, exclamó dirigiéndose á sus tropas:

—“Sabed que más allá de estos aborrecidos despeñaderos, hállase un país fértil y agradable, en donde las mujeres son blancas y hermosas y los hombres débiles y pálidos, en donde las flores crecen en mayor abundancia que en nuestros pensiles de Córdoba y el sol no molesta nunca al que busca sus rayos: sabed que allí están las riquezas y las dulzuras del oasis.”

Debieron producir el deseado efecto estas promesas, porque las huestes agarenas siguieron su marcha, atravesaron las dulces vegas del Ulla y cayeron un día, como un alud formidable, sobre la desmantelada Compostela.

La aparición de Lugo anúnciase por los sembrados que se ven á uno y otro lado de la via, por las huertas llenas de árboles frutales, por las casas escondidas en la base de las colinas y por los *horreos* pintados de almazarrón y ocre apagado. Menudean los bosques de pinos y castaños por entre los cuales pasa bullicioso el arroyo de la Ferbedeira, brilla al sol la cumbre del Cadebo que se pierde en el espacio entre nubes de azul y grana, y vuelve á admirarse una campiña encantadora, llena de suaves matices y saturada de alegrías y esperanzas que borran las desagradables impresiones acabadas de recibir.

No es posible fijar la época en que fué construida Lugo, ni si fueron celtas ó romanos los que levantaron las primeras viviendas: lo que si se tiene como punto averiguado es que, cuando se comenzaron las excavaciones de Monte-furado para desviar el curso de las aguas del Sil y aprovechar las arenas de oro que en su fondo se encontraban, las gentes venidas del Lacio, hallaron una población inteligente y valerosa que había comerciado ya con fenicios y cartagineses y trocado sus ricos metales por las telas de Tiro y las armas de Cartágo. Es innegable que Lugo no figura en la historia sino como colonia romana, y que, del gran emperador Augusto, que fué su protector decidido, tomó su segundo nombre. Quizás los legionarios tuvieron el arte ó la malicia de borrar el sello céltico que en la actual ciudad hallaron para apropiarse la gloria de la fundación; y á eso se debe la obscuridad que reina en asunto tan delicado. Téngase por céltica ó romana, que por ello no he de sostener pleito ni debate, fué la ciudad luceuse muy codiciada y tan pronto la conquistaron suevos, como la sitiaron árabes y saquearon normandos. Situada entre Castilla y Galicia, sirviendo como de línea divisoria del reino su estenso territorio y sus altas montañas, regada por innumerables riachuelos que aumentan diariamente



el caudal del Miño, del Sil y del Cabe y considerada como centro de una comarca rica y fértil, era forzoso que tuviese muchos enamorados que prendados de su hermosura desearan poseerla.

Durante la monarquía sueva eligieron sus reyes por capital á Lugo: crueles guerras sostuvieron éstos con los godos, sus antiguos compañeros de conquista, que acabaron cuando Andeca, usurpador de la corona, cayó vencido por las tropas del godo Leovigildo y reducido á la esclavitud de la iglesia. Más tarde los musulmanes causáronle grandes destrozos, hasta que la reconquistó Alfonso I y en el siglo X volvió á sufrir la ruda caricia de los normandos.

En la contienda entre don Pedro y don Enrique, tomó partido por aquél, originando muchos quebrantos y pérdidas á los secuaces del bastardo: feudo por muchos años de los Obispos pasó al finalizar la Edad-media á poder de los Condes de Lemos, quienes restauraron sus templos y sus monumentos y ofrecieron hospitalidad al vencedor de Lepanto don Juan de Austria y al Rey de Inglaterra Jacobo III que la visitaron indistintamente en 1668 y 1719.

Cerrada por una fuerte y soberbia muralla, por la cual pasean sus melancolías las niñas lucenses, está la ciudad como temerosa de nuevas asonadas y prevenida para la defensa. Es inútil esa precaución. Lugo puede derribar sus muros por que bastan para su guarda las industrias que alimenta, las artes y ciencias que cultiva y la proverbial cultura de sus hijos. Como testimonio de lo que podían y trabajaban las generaciones muertas puede aceptarse esa muralla que la estrecha y oprime, impidiéndole ensanchar su reducido perímetro. Después que ha entonado sus versos inmortales Pastor Díaz, hijo ilustre de la provincia de Lugo, mensajeros de la era de progreso por que atravesamos, son innecesarias las fortalezas que no hacen sino detener el curso de la civilización.

El Licenciado Molina que escribió en malos versos mucho bueno de Galicia, dijo á propósito de estas murallas:

—“La cerca de Lugo, que fué una ciudad
De las antiguas y fuertes de España,
Hacer otra cerca, ni aún media famaña
No hay reyes que tengan posibilidad.”

La Catedral, modelo del arte romántico fué construida á mediados del siglo XI, gobernando la Diócesis el Obispo don Pedro Peregrino. Un ilustrado escritor—el señor Villa-amil,—hace de dicho templo ésta preciosa descripción:

—“La obra se ejecutó con singular magnificencia, y como ya dejamos indicado, con arreglo á las innovaciones que por entonces se in-

trudugeron en la disposición de los templos. La planta del de Lugo se distribuyó por tanto en cuerpo de iglesia, galerías, crucero, ábside de ambulatorio y ábsides menores, formando la corona del santuario, ocupando todo una área de unos 1,400 metros cuadrados distribuidos de esta manera: el cuerpo de la iglesia es un rectángulo de 44 metros de largo por 20 de ancho dividido en tres naves por diez machones acodillados guarnecidos de columnas, sobre las que arranean los arcos torales y formeros que sostienen entre sí las severas bóvedas de la iglesia, elevadas las de la nave mayor á doble altura que las menores, y corridas sobre éstas las galerías formando unas segundas naves que se comunican con la central por medio de graciosos ajimezes, cuyos arcos soportan afrosas columnitas gemelas: el crucero, de igual anchura que la nave mayor, alcanza 34 metros de extensión y por tanto sobrepasa siete metros por cada lado la anchura de la iglesia; el ábside abierto y rodeado de una arquería ogival soportada por machoncitos acodillados con columnas, ocupa un semicírculo de diámetro igual á la anchura de la nave central, alrededor del cual trazan otro semicírculo las naves laterales en su prolongación que forma el de ambulatorio, y por último, guarnecen á éste cinco pequeños ábsides dispuestos sinétricamente á modo de aureola del principal."

El estilo que predomina en éste templo es el románico en su mejor época. La ornamentación es magnífica revelándose principalmente en los capiteles, cubiertos de hermosos follages y elegantes figuras, y en la portada septentrional del crucero, cuyas puertas tienen todavía un curioso herraje, que muchos consideran contemporáneo del edificio. Estas bellezas arquitectónicas quedan sumamente oscurecidas con las obras ejecutadas en 1750, cuyos sillares están blanqueados, como pasa en la Catedral de Orense, y con la lobreguez que engendra la falta de cristales de colores en las cerradas ventanas de las naves laterales. La sillería es admirable y fué obra del escultor Meurre. En su altar mayor vénrase perpétuamente el Santísimo Sacramento, privilegio de que, en el orbe católico, disfruta solamente la Catedral de Lugo. Remóntase éste, según el Dr. Pallares, á la época en que dominaron los suevos y otorgósele en un concilio celebrado en dicha ciudad para sentar conclusiones contra las heregias que se enseñaban en Galicia y determinar como doctrina católica la existencia de Cristo en el Sacramento.

La custodia es de gran valor artístico é imita la antigua regalada por el Obispo Saez de Burnaga y robada en 1855.

Todo en la basílica citada es hermoso y rico convidando al curioso á detenidas y frecuentes visitas, de las que saca provechosa enseñanza.

Inmediatamente después de la Catedral merecen atención los conventos de Santo Domingo, San Francisco y Santa María de la Nova, todos de antigua arquitectura y severo porte.

En la Plaza Mayor levántase el Palacio municipal que se dá mucho aire con el Consistorio de Santiago, construidos tal vez los dos bajo la dirección y planos de un mismo arquitecto. Debajo de sus amplios soportales colocan sus tiendas ambulantes los plateros en días de mercado; días que suelen ser muy animados por la numerosa gente que baja de los pueblos vecinos, vestida con sus mejores galas y como en son de fiesta. En el centro de ésta plaza, de forma rectangular, existe una fuente que representa á España guardada por cuatro leones y de cuyas bocas sale el agua. Al frente está el convento de Sta. María que sirve de asilo á las Oficinas de Hacienda y á las del Gobierno Civil. En el ángulo que forma con la calle de la Reina están el Café y Hotel de Mendez Nuñez, que son los mejores y más concurridos de la ciudad. El Instituto y la Diputación Provincial ocupan un hermoso edificio de moderna construcción y que al principio se dedicó á hospicio. Existe en él una biblioteca con 8000 volúmenes-

Las calles, tortuosas ó irregulares, son muy limpias: por que su pavimento compónese de grandes losas y no permite el fango que tanto aumenta en el adoquinado moderno: las casas altas y negruzcas tienen hermosos miradores y algunas galerías pintadas de blanco y verde.

En las tardes de Agosto paséase por encima de la muralla y presentan entónces las cercanías de Lugo, una vista deliciosa: al Norte el arrabal del Pájaro, la carretera de la Coruña y la línea larga y oscura que forma el acueducto que viene del manantial de Castiñeira, al Sur las márgenes floridas del Miño y los pequeños valles por donde cruza el ferrocarril, y al Este y Oeste, casas, palacios de hidalgos de linaje solar, haciendas bastante bien cultivadas, bosques de pinos y castaños y fábricas que denotan vida y animación en la ciudad y sus alrededores. En la ribera izquierda del Miño están los célebres baños, conocidos ya desde la época de los romanos: sus aguas son sulfuroso-sódicas-yoduradas, á una temperatura de 32° á 44° centígrados y están recomendadas eficazmente para la diátesis herpética, afecciones catarrales, respiratorias y reuma muscular. Segun las estadísticas que se conservan en la Dirección del establecimiento concurren á él anualmente, para buscar alivio á sus enfermedades, unos 2,500 enfermos, saliendo en su mayor parte curados.

Publicanse actualmente en Lugo tres periódicos diarios: *El Regional* que dirige el ilustradísimo literato y excelente poeta Sr. D. Au-

reliano J. Pereira, y que es uno de los más notables de Galicia por los interesantes trabajos que publica y las tendencias que sostiene; *El Lucense*, órgano del Obispado y obra maestra de tipografía y comedimiento y *El Eco de Galicia* que recibe inspiraciones conservadoras y hace la política del Sr. Conde de Pallares, personaje de primera calidad en la provincia.

Las industrias en Lugo son importantes y variadas: la primera y más productiva es la fabricación de curtidos que entretiene y alimenta á muchos operarios; siguen á esta la explotación de los metales, especialmente del oro, la plata y el estaño, la lencería que ha tomado un gran desarrollo desde principios del siglo y la sedería que también ha merecido la atención de los hombres inteligentes y trabajadores. Lugo debiera ser una de las provincias más ricas y venturosas de Galicia, por los tesoros que posee y sin embargo es la más pobre y abatida y la que más gente envía á la emigración. ¿En qué consiste?: en la exageración de las cargas tributarias que impone el Estado.

Un escritor muy ilustrado—el Sr. J. P. C.—conocido por la persistente campaña que viene haciendo desde las columnas de *El Regional*, contra el desastroso plan económico que nos rige, ocúpase de la situación de los propietarios gallegos, agobiados por las monstruosas cargas, en estos términos:

“Para que se vea hasta donde se apura la copa de la amargura de nuestros propietarios y como cada día más se les estrecha con el torquete tributario, chupándoles toda la sangre que puede brotar de sus heridas y el lucro de sus afanes y de sus propiedades, presentaremos á la consideración pública una cuenta demostrativa de sus ingresos anuales y gastos legítimos é indispensables por tal concepto, y el líquido ó sobrante que arroje, aún sin deducir los imprescindibles para la vida y los consiguientes á pleitos tan comunes entre nosotros y desgraciadamente hoy tan costosos, probará que son mayores los beneficios materiales que obtiene cualquiera modesto empleado público, ó portero de Ayuntamiento de la capital ó Diputación, y hasta un sargento, que uno de los propietarios que en Galicia se reputan más acomodados ya que no más ricos reduciéndolos á un estado de penuria, abatimiento y ruina, que es causa eficiente ó determinante de esa emigración á América, tan combatida por muchos escritores y que es la salvación de tantos infelices á quienes el fisco priva del pan, sin el cual no se puede trabajar ni vivir.

“Nos serviremos, pues, para nuestro ejemplo, de un hacendado que cobre en el día por sus rentas, mil fanegas de centeno por la medida de Castro de Rey ó Meira y diremos:

INGRESOS.	Reales.
Por 1.000 fanegas de centeno vendidas al precio corriente hoy en las férias de Meira y Castro de Rey, que es de 28 reales..	28.000

GASTOS A DEDUCIR.

Por contribución territorial sobre ellas á razon de 14 y 16 reales cada una, con que por regla general se grava á forasteros en distritos municipales, como los de Otero de Rey y Pol, que equivale al 50 <i>por</i> 100 en lugar del 25 por todos conceptos legal.....	14.000
Por el 10 por 100 de mayordomos ó administración.....	2.800
Por los gastos de acarreo á la panera del dueño desde las casas de los pagadores en que se hace la cobranza, á razon de real y medio cada una.....	1.500
Por los derechos también de acarreo desde la panera á las férias ó mercados para venta á 2 reales una.....	2.000
Por reparos al año en las fincas urbanas de lugares acasaraos que tenga el perceptor de tales rentas.....	3.000
	23.300

RESUMEN.

Importa el cargo.....	28.000
Idem la data.....	23.300
Queda líquido ó sobrante.....	4.700

“Es decir que, para asombro y vergüenza de la ciencia económica de esos libre-cambistas que por desdicha nuestra, no teniendo un palmo de terreno propio, nos explotan y administran, el Estado nos arrebató de un golpe la *mitad íntegra* del producto bruto de la producción agrícola, y al que consideran rico por percibir en grano mil fanegas de renta, no le queda de remanente por resultado de su administración y venta, más que la mezquina cantidad con que cualquiera de aquellos políticos hacendistas ni aún podría cubrir el gasto de fumar su lacayo.

“Pues si siguiésemos deduciendo lo imprescindible por el odioso impuesto de consumos, por repartimiento vecinal á la *antigua*, el precio de las cédulas personales para toda la familia á la *moderna*, y las

reclamaciones sencillas en juicio verbal sin incluir los pleitos de mayor y menor cuantía, de seguro que al propietario de nuestro ejemplo práctico no le queda para vestir humildemente á su familia y pagar soldadas á sus criados.

“Que este sombrío cuadro está dentro de la realidad, lo comprueba además el hecho de que, teniendo el que suscribe un lugar acasariado á dos leguas de distancia de esta capital, por el cual el colono no le paga en renta más que ochenta y cinco duros según consta de documento y es público y notorio, se le hace contribuir al año por tales bienes y sus productos, con treinta y seis duros que equivale al *cua-renta y tres por ciento*, y si deducimos de aquel ingreso figurado, los gastos que anualmente son indispensables para reparos de las fincas urbanas y nunca bajan de veinte y cinco duros, no ascenderá el rendimiento á favor del dueño más que á sesenta, y entónces la contribución equivaldrá también *al sesenta por ciento*, y el verdadero líquido no pasará de *veinte y cuatro duros sobre el capital para venta de 50,000 reales* que representa el referido lugar acasariado, viniendo á sacar en consecuencia por este dato que la propiedad rústica y urbana en nuestras aldeas *ni aún produce á los dueños el uno por ciento*, y sirva ésto de advertencia á los que con sujeción á tablas cabalísticas y utópicas, quieren forunar cartillas evaluatorias para rectificar los amillaramientos.

“No se pide más que justicia dentro del buen sentido práctico, y que nuestros diputados, á imitación del Sr. Gamazo alcen su voz en defensa de nuestros hollados y escarnecidos derechos, pues de permanecer mudos, consintiendo que se nos trate peor que á los antiguos negros y esclavos de Cuba, tendremos que buscar fuera de Galicia el remedio al mal que nos aniquila, arruina y empobrece, poniéndonos ya en el caso de impetrar una limosna de los militares y empleados públicos, entre quienes se distribuye el fruto del sudor de los labriegos é industriales.”

Las expresiones del Sr. Coiña, son, como se vé, de un realismo abrumador y las causas que él indica, las originarias del decaimiento de nuestras provincias. Si los representantes gallegos no ~~tomán~~ en cuenta las consideraciones que se les hacen cotidianamente y no emprenden una campaña vigorosa contra los presupuestos que agobian al país, seguirá éste despoblándose y llegará día en que se halle más abatido, silencioso y desierto que lo estuvo á mediados del siglo pasado, cuando las cuatro provincias estaban repartidas entre la nobleza y el clero.

No se por qué me figuro que de Lugo, país de nobles sentimien-

tos y altivos procederes, ha de partir la primera luminosa chispa de la regeneración que salve á Galicia y á sus esclavos rurales.

Tienen los hijos de esa hermosa tierra, la dureza de sus ásperas montañas, y ¡ay de los que abusan, el día que ellos se causen de sufrir!.....

III.

Inmediatamente que el tren abandona á Lugo, vésele atravesar como un meteoro, el gran viaducto de la Chanca: es muy superior éste al de Redondela; su construcción ha durado dos años y costado ciento veinte y cinco mil duros: mide 298 metros de longitud y 29 de altura máxima y consta de 20 arcos de 10 metros de luz, divididos por dos estribos y dos pilas-estribos. Su aspecto es admirable y soberbio, bastante para dar nombre imperecedero al ingeniero que lo ha dirigido, D. Angel G. del Hoyo: el viagero que cruza ésta maravilla del arte moderno y asoma la cabeza por la ventanilla del wagón, queda estático ante belleza tan suprema y sombría como es la que se alcanza desde el centro del viaducto hasta su fondo de negro abismo. Encuéntanse después los dilatados bosques de robles de Recimil y Buratas, los campos de patatas de Malle y Bóveda, la pequeña villa de La Puebla de San Julian, que el ferrocarril atraviesa; á uno y otro lado quedan grandes cercas de pizarra, enormes masas de granito y á cada paso aparece un riachuelo mojado con sus aguas un terreno primitivo, lleno de contrastes y hermosuras. En la cumbre de una meseta, cubierta de frondoso arbolado divisáse á Sarria, *Flavia Lambris* de los Bedios, según Ptolomeo, con sus esbeltos edificios y los torreones de su viejo castillo mirando todavía con ojeriza hácia el derruido convento y éntrase luego en el túnel inclinado del Oural de cuya pavorosa obscuridad se sale para atravesar otro importante viaducto, el de Liñares, obra tan notable como la de la Chanca. Y después de una excursión agradable por estos lugares históricos, admirables por sus condiciones geológicas, éntrase en Monforte, preciosa villa situada en el fértil y abundoso valle de Lemos, que parece recibir de las aguas del Cabe, que la riega, la fresca y lozanía que conserva.

Monforte es una de las villas más lindas de Galicia, á la cual ha favorecido en gran manera el ferro-carril, que pasa á un kilómetro de distancia. Sus mujeres son estremadamente bellas y visten el antiguo traje de *murudanas* en mayoría. No faltan, sin embargo, bellas y espirituales señoritas que están al corriente de la última moda de la

corte y que saben llevar con tanta gracia como las que pasean en el Retiro, el sombrero y el corto vestido de enorme polisón. Las casas de Monforte son casi todas de cantería con balcones de madera y en muchas hay miradores y galerías de cristal: tienen huertas con emparrado y jardín con muchas y muy variadas flores.

El abolengo de Monforte es noble y antiguo: los celtas, primitivos dominadores del país, fundaron en la que es hoy villa humilde, una ciudad que denominaron *Dactonio*, y que tuvo mucha importancia en la comarca y especialmente en el valle, que conocían con el nombre de *lemanos*, de donde por corrupción, vino el de Lemos. La ciudad gálica *Lemorica* parece que sirvió de modelo para levantar la de *Dactonio* y que sus fundadores tuvieron muy en cuenta la semejanza que existía entre el país gallego y el de la antigua Bretaña para establecerse en él. Destruída la ciudad céltica, la piedad cristiana, levantó á mediados del siglo XI el convento de San Vicente del Pino, que muy pronto agrupó á su rededor una población menuda é inferior que vivía directamente de los servicios que prestaba á los habitantes del cenobio. Los condes D. Froilan Diaz y su esposa doña Estefanía Sanchez, que poseían á Monforte con toda la tierra de Lemos y Sárria, por concesiones de los reyes D. Alonso y doña Urraca, otorgaron en 10 de Abril de 1,104, una carta de población concediendo franquicias, mercado y ferias á los que quisieren venir á habitar el lugar de San Vicente; en 1,139 el emperador D. Alonso otorgó un privilegio á favor del Convento concediéndole la tercera parte de la población que llamaban Pino y otro tanto del portazgo de los mercados mensuales y de las ferias. Alfonso IX en carta de donación á los frailes de San Vicente, llama *Monte-forti* á la población y Enrique IV concede el título de Condes de Monforte á D. Pedro Alvarez Osorio y su esposa doña Beatriz de Castro.

Desde este tiempo—dice el Señor Villaamil creció notablemente la villa de Monforte, contribuyendo no poco á su engrandecimiento las fábricas que en ella establecieron los Condes.

Monforte tiene, como casi todas las poblaciones de Galicia, edificios antiguos y de mucho valor artístico: la iglesia de San Vicente es elegante y rica y pertenece á la época del renacimiento; merecen atención especial el hospicio, que fué convento de benedictinos, la muralla construída por éstos y la torre cuadrada, con columnas, obra del Conde de Lemos. Pero lo que más atrae en Monforte es *La Compañía*, antiguo convento de jesuitas, hoy consagrado á Colegio de segunda enseñanza, dirigido por los P. P. Escolapios. Es un edificio de sillería con una alta cúpula, torrecillas y una galería de redondos arcos: tiene

su fachada tres cuerpos, leyéndose en el inferior una inscripción de su fundador el Arzobispo de Sevilla D. Rodrigo de Castro, y en el superior están grabados el escudo de España y las armas del Cardenal. Este templo tiene la planta al revés y como todos los de los jesuitas, la puerta al Oriente y el ara al Poniente. El famoso escultor Moure construyó el altar, que es una maravilla y en el que—según un escritor—derrochó todo el ingenio de su desbordada imaginación.

Ya dejamos á Monforte, aumentando cada día en riqueza y valor; pasamos con velocidad suma por la Puebla de Brollón, en donde se ven restos de antiguas edificaciones romanas, penetramos por el túnel de la Fricira, salvando los viaductos de Villufre, Rubin y Val y nos sale al paso una región áspera y montuosa, accidentada y capaz de aterrar al menos tímido, la que comprende las parroquias de Quiroga y los pueblos de Ermidón, Figueiredo y Sequeiros y sirve de asiento á la sierra de la Moa y á Montefurado. Allí está la enorme montaña perforada por los romanos y en cuyas entrañas buscaban el oro codiciado para sus orgías y sus guerras. El Sil entra enfurecido por aquella abertura, describe no se cuantas raras curvas y vuelve á presentarse manso y apacible confundiendo sus aguas con las del Bibey que van luego á engrosar las del caudaloso Miño. ¡Qué belleza tan pronunciada y salvaje presentan aquellos parajes! Las montañas crecen en espesor y altura; los grandes bloques de granito amenazan constantemente á la vía; los abismos sucedense con pasmosa profusión y el terror apaga los sentimientos de admiración que pugnan por brotar ante un panorama sin igual en el mundo. ¡Qué serie de fenómenos geológicos han debido verificarse para armonizar una naturaleza tan desordenada y rebelde que parece resistirse al contacto del hombre y repudiar la civilización! Por entre aquellas vertientes y galerías tenebrosas pasa silvando la máquina del tren y el eco apágase de pronto en la base de los titánicos muros de granito como si algún espíritu morador de tan sombríos lugares, sintiese lastimado el oído con esa expresión estridente y prolongada del progreso de los tiempos. El viajero aguarda que en un instante desaparezca el tren por una de las muchas negras simas que abren su boca dentada con tremendos y puntiagudos picachos ó que, uno de los cantos que bordean las alturas de las montañas á cuyo pié se pasa, caiga para aplastarlo. Afortunadamente la amenaza queda en pié, el humo negro y espeso de la máquina perfuma aquellas aras enormes en donde los genios debieron celebrar un día sus consagraciones y sacrificios y la potente rueda sigue impávida su marcha velocísima, mordiendo el rail y amansando la tierra plana sustraída á la montaña.

Explícase perfectamente que los árabes, después de haber merodeado por las llanuras de Palencia y las huertas del Vierzo, temblasen á la vista de las cumbres que sirven de ante-mural gigantesco á Galicia y retrocediesen á sus tiendas de Valladolid, Toledo, Córdoba y Sevilla, en donde la tierra toma de continuo sonrosados matices, complaciéndose en enseñar cuantas gracias atesora. El pavor debió ser grande para los hijos y adoradores de Mahoma, acostumbrados á las llanuras sin término del África y á los oasis de la Arabia. No sabían ellos que un poco más adelante, no bien traspasada la ciclópea cadena de montañas, estaba el apetecido tesoro, *la bella tierra gallega*, la dulce y plácida Suevia que detuvo á todos los conquistadores y amansó á todos los feroces guerreros, y en donde todas las almas enfermas encuentran la salud apetecida. Almanzor lo adivinó y por eso, irascible y feroz en su empeño, escaló las cumbres y llegó hasta el llano.

El Barco asoma: he aquí el valle de los ensueños, el ideal del poeta, la fiesta de las hadas: es una sonrisa de la naturaleza, una caricia del sol á su amada la tierra, una pequeña síntesis del paraíso terrenal. El limonero y la vid crecen juntos en amoroso consorcio; el trigo y el centeno recuerdan que Castilla se avecina; el roble, que Galicia, la región clásica de los bosques abre sus puertas al que entra y los hombres y las mujeres, tipos excepcionalmente hermosos, altivos y enérgicos, que la raza céltica empieza su imperio.

No pude dejar sin amargura valles tan pintorescos y risueños, los últimos de mi país: su frescura, sus misteriosas lejanías, su verde pronunciado de esmeralda, la sombra de sus colinas y de sus montes coronados de brezos y peñascos, todo envolvía mi espíritu en un doloroso y vago abatimiento, en aquella hora melancólica de la tarde en que el crepúsculo iba extendiéndose á modo de velo fúnebre y la tierra bien amada se perdía y ocultaba, quizás para siempre.

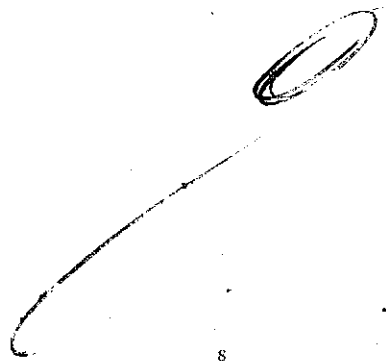
La patria acababa allí: más adelante estaban las muchedumbres despreocupadas y ambiciosas, las ciudades en donde todo se pierde y pasa desapercibido, los egoísmos insensatos y crueles, las indiferencias que matan, y el vacío que aterra.

¡Oh! No será: Galicia vive en mi alma como una pasión serena y noble que la llena, alegre y vivifica, y, ni las asperezas de sus montañas del Oural y del Medulio dejarán de serme gratas y tiernamente recordadas ni sus desdichas de ligarme más y más á su causa. Hermosa, como aquella tierra que soñaba el poeta para nido de sus amores, Galicia tendrá siempre mi adoración y mi culto sacratísimo; y nada me será grato, si mi cuerpo no duerme el sueño, de que no se despierta jamás, en su seno amantísimo.

¡Ojalá me sea dado volver á contemplarla un día! Y que pueda decir á mis hijos, que la aman sin conocerla:

—“Esa es la tierra prometida que me ví forzado á querer de lejos; la pátria de vuestro padre: amadla más, mucho más que á mi propia memoria y descansaré tranquilo y alegre en el sepulero.”

CUADROS RURALES.



LA ROMERIA DE SAN CAMPIO.

RECUERDOS DE RUBIN.

I.

A la bondad de mi distinguido amigo el Sr. D. Jacobo San Gil, debo una de las más puras satisfacciones con que se ha recreado mi espíritu, en esta nueva etapa de mi vida en la patria gallega: la impresión dulcísima—que dura á la hora en que escribo estas líneas—que ha dejado en mi fatigado ánimo, la vista de una romería de aldea.

Las imágenes anteriormente poco apreciadas, iban, con la ausencia dilatada, desapareciendo del cerebro, y, uno á modo de velo de sombras, sustituía aquella hermosa claridad de la adolescencia en que todo aparecía con sus tonos más subidos y sus claro-oscuros más delicados: era preciso bañarse otra vez con los tibios rayos de éste sol benigno y contemplar los hondos valles, las empinadas cuestras y los riachuelos bordados de sáuces y juncos; oír la melancólica canción campesina que trae á la mente reminiscencias de otras razas, de un pasado lejanísimo y el repique alegre de las campanas en víspera de romería, para sentir de nuevo las emociones honestas de aquellos días que aún surgen en el alma como si quisiesen ligar, en abrazo estrecho, el ayer y el hoy, tan opuestos é irreconciliables.

Por eso, á la primera insinuación acepté con placer el franco convite del Sr. San Gil, y una tarde de éste plácido mes de Mayo, en un cochecito ligero y elegante, salí de la Estrada con dirección á Rubin.

El viaje hácese, sin grave esfuerzo ni fatiga por la gente cuadrúpeda, en una hora, hora que parece un minuto por la belleza del paisaje, lo espléndido de la campiña y los arrobamientos que produce un cielo de azul subido con nubes de tan ligera transparencia que parecen velos de gasas que cubren rostros de jóvenes desposadas: arboledas espesas y agradablemente sombrías, sirviendo, con las ramas de sus robustos robles, de techo de esmeraldas á un campo mullido y alfombrado que convida al descanso y seduce á la pereza; diminutos prados que resaltan con su verdor pronunciado, como gigantescos pañuelos entre los retales recientemente arreglados para la siembra del maíz; colinas de suave pendiente en cuyas faldas álzanse santuarios, célebres por los milagros de que han sido testigos; á trechos bosques de pinos, alineados como cuerpos de ejército en día de revista, esbeltos y altivos, murmurando eternamente no se qué monótona y triste canción y, á derecha é izquierda, flores silvestres, la primula de la leyenda, la madre selva de aroma delicado y grato, la simbólica margarita y la amarillosa flor de tojo que se confunde con los *sanjuanés* que empiezan á brotar y con sus otras compañeras, que viven entre las punzantes espigas de la zarza.

El camino es encantador: el río Linares pasa mohino y silencioso con dirección al Ulla, al cual rinde diario y no interrumpido tributo; sus aguas parecen, á los reflejos del sol de la tarde, tintas en sangre; que no en vano la enérgica mano de la justicia arrancó ha poco tiempo de su seno un cadáver, mutilado por la infamia de viles asesinos. Callobre con su iglesia negruzca y de estilo indefinido queda á la izquierda de la carretera: á la derecha vése una hondonada de la cual brota difícilmente una torre, la de la iglesia del famoso Coto del Viso, escondida á las miradas y vecina del abismo; y en lontananza la montaña de la Rocha en donde, hacinadas en montones, reciben todavía la caricia del sol y el áspero beso de las lluvias de Diciembre, las piedras que formaron el castillo que dió albergue á aquel gran asesino y áltivo caballero que llevó el nombre de Fernán Perez Churruchao.

Nada más hermoso que esta comarca que respira poesía, leyenda, tradición é historia. Su aspecto embarga de tal manera el corazón y los sentidos, que olvida uno la pobreza horrible que devora á sus habitantes, esclavos del fisco, en provecho del cual trabajan sin descanso ni esperanza de mejoría.

Dijérase que, la Providencia generosa en toda ocasión y tiempo, ha querido dar al suelo lo que los hombres han perdido y no se atreven á reconquistar; energía, belleza—que pudiera ser para ellos la de la independencia del espíritu—y atracción.

II.

Al llegar á la Rectoral de Rubin, caían las sombras crepusculares de la tarde. El Sr. Abad, Arcipreste del Distrito, esperábanos fino y cariñoso al pié de su magnífica casa, vestido con nítida alba y dispuesto á cantar las visperas de la fiesta, que en honor del milagroso San Campio se celebraba el día siguiente: cuando mis compañeros de viaje y yo saludamos á éste virtuoso sacerdote, la banda de música tocó la marcha-real y doce bombas de dinamita parecidas á cañonazos, ensordicieron el espacio tranquilo y silencioso hasta entónces: un criado sonriente y servicial, que desempeña al mismo tiempo las funciones de sacristán, diónos posesión de las habitaciones que se nos habían destinado y el Sr. San Gil, representando á su señor tío, el respetable párroco, comenzó á hacer los honores de la casa con toda la amabilidad, cortesía y buen gusto que le distinguen y le hacen uno de nuestros primeros caballeros.

Mi mujer que veía por vez primera una aldea de Galicia en visperas de romería, estaba encantada: no podía disimular el entusiasmo que brotaba de sus lábios por medio de exclamaciones ruidosas y de sus manos por continuados y estrepitosos aplausos; y yo, que después de tantos años de ausencia en otro continente, tornaba á recrear los ojos con tan sorprendente espectáculo, tampoco podía disimular la emoción que envolvía en agradable éxtasis mi espíritu. Cuando la parte religiosa hubo terminado y San Campio, en procesión animadísima, salió á esperar en mitad de la Bemposta á San Antonio, que tiene su altar en el anejo, comenzaron las fiestas profanas: la música, al pié de nuestras ventanas tocaba *riveiranas*, jotas, danzas y walses que las campesinas bailaban con singular maestría en el pequeño campo que forma el atrio. Una cosa echamos de menos; la gaita, verdadero único instrumento para la música gallega: cierto es que ya no se baila en miñeira, que nuestras aldeanas prefieren la *habanera* atrevida á aquel honestísimo baile que Fierros immortalizó en un cuadro poco conocido y las rápidas vueltas del wals de Straus, á las suaves cadencias y castos movimientos de nuestro histórico baile. Y es desconsolador contemplar á esta juventud de los campos, que conserva en toda su pureza el tipo celta, arrastrada por una moda ridícula, contraria á las leyes de la estética local y perturbadora de los sentimientos de modestia, hasta hace algún tiempo religiosamente guardados. Una aldeana con su

mantelo de fino castor que cae sobre sus piés toscamente calzados, duro y pesado como un tapiz sobre el pavimento de una Catedral, es una figura ridícula, dolorosamente antipática bailando un vals que exige vestidos vaporosos de fina seda y ricos encajes para recoger las ondas del aire y herirlas en el vertiginoso volteo con dulce suavidad.

Si yo pudiese legislar sobre las costumbres, haría una ley que no permitiese en nuestros campos otro baile que la casta y típica muñeira: es ésta tan original, tan graciosa, dá á la mujer tan plácida expresión de virtud y de candor y al hombre de ardimiento y valentía, que no se concibe como se la postpone á una danza lasciva, enervadora y exenta de todo concepto artístico.

¡Así vá el mundo!

Serían las nueve de la noche cuando el globo se elevó al espacio hendiendo rápidamente la atmósfera, seguido de un séquito de cohetes de todos tamaños y diversas luces y de bombas atronadoras y formidables. No hubo el "Guardia Civil y el Ladrón" de rúbrica en estas fiestas, lo que sentimos en grado sumo San Gil y yo por las gentes campesinas que tanto se divierten con ese espectáculo pirotécnico, pero en cambio el cohetero dió muestras de su habilidad quemando unos soles espléndidos, unas medias lunas superiores á las de Mahoma y unos anillos de Saturno que despedían chispas á granel.

Resumiendo; que las vísperas fueron brillantes y precursoras de una gran función.

San Campio estaba de enhorabuena.

III

A las cinco de la mañana ya el buen Pepe estaba repicando las campanas: hacíalo dulcemente, con *amore*, de tal manera que el sonido generalmente estridente, resultaba una nota alegre, encantadora, que entreabría las puertas del cielo; San Gil que le había prometido una paliza si "tocaba antes que nosotros despertásemos," no pudo menos de indultarlo de la pena impuesta, impresionado por aquel repique sublime que podía competir con las armonías que Sarasáte y Albertini saben arrancar á sus *Stradivarius* de fama universal.

Bien por Pepe: el que de tal suerte agita el badajo de una campana rural y tan deliciosamente sabe herir el sonador metal, no es un sacristán vulgar; es digno de tener otro mundo y respirar otro ambiente: merece ser el primero entre todos.

¡Salve, Emperador de los campaneros!

El panorama no podía ser más seductor á las diez de la mañana:

de las vecinas aldeas bajaban centenares de campesinas, vistosamente engalanadas; llevaban mantelo y refajo de paño negro bordados de terciopelo y agramanes, corpiño de seda, cuajado de cuentas y avalorios, mantón de lana al cuello y cubriendo la cabeza el histórico pañuelo de seda azul ó amarillo, lustroso y brillante, sobre el cual refractaban los rayos del sol como sobre un espejo de bruñida luna; tal era, en general, el atavío de aquellas mujeres de todas las edades que, seguidas de algunos mozos endebles y enfermizos y de turbas de zagaletones de diez á catorce años, se desparramaban por el campo de la romería, obstruían la entrada de la iglesia, edificio pequeño pero ricamente decorado gracias al entusiasmo por cuanto le rodea del ilustrado Arcipreste señor Vazquez, y miraban de reojo hácia los puestos de rosquillas y bebidas, sobre los cuales se prometían, más tarde, caer á saco.

La función fué solemne: cantóse una misa notable, no igual ciertamente á las que oyó el pueblo de Roma en los bellos días de Pallestrina ó Pergoleso, pero sí llena de unción, de respeto y de homenaje al venerable Santo: el Cura de Vinseiro lució su voz de barítono, el de Callobre hizo un bajo profundo admirable y la música supo acompañar, no sin graves dificultades, aquél conjunto de glorias, letanías, motetes y aleluyas, que la piedad cristiana tributaba al benéfico San Campio: algunas veces solía irse por los cerros del Pico Sacro, el fiscornio y por los de Curantes el trombón; pero el clarinete los llamaba al orden con notas destempladas y el ruido se acompasaba siquiera la armonía estuviese de incógnito.

No puede pedirse gollerías á la música de Soutelo, ni rica de instrumentación ni muy al corriente de los progresos musicales; bastante hace su Director con llevar sobre los hombros aquél formidable capote ruso que lució bajo un sol semi-tropical y que, más que las variaciones de su serpentón, fué el asombro de los muchachos de Rubin y sus contornos.

Bien comimos aquél día: ¡qué fuentes tan enormes! ¡qué trozos de carne tan descomunales! ¡qué ricas empanadas! ¡qué vinos de Uña y del Rivero tan sabrosos y aromáticos! El cura de Callobre al décimo quinto plato observó que estaba desganado, el de Agár no pudo consentir que una olorosa empanada de lomo, que se presentaba un segundo antes del postre, volviese á la cocina sin sufrir la caricia del cuchillo; yo mismo creí tener en mi cuerpo algo del insaciable espíritu de Heliogábalo.

La verdad, que se hizo bien y que es preciso declarar *urbi et orbe* que el Arcipreste de Tabeirós sabe tratar á cuerpo de Rey á sus hués-

pedes; por lo que á mí toca, quedé tan subyugado, que sería su prisionero toda la vida.

A las seis de la tarde fuimos al campo de la *ruada*: los músicos tocaban sentados en las escaleras del crucero, y á su alrededor bailaban mozas y mozos, viejas y viejos, y niños y niñas, bailaba todo el mundo; habia en aquellos séres, esclavos de la diaria labor de los campos, como un furor tersipeóreo que se manifestaba en contorsiones, vueltas, pataditas sobre el pavimento de césped y gritos de ardoroso entusiasmo.

Un ciego tocaba la zampoña al pié de un carro cargado de odres de vino y dirigia improvisadas *coplas* á la taberna, de ojos picarescos y graciosa sonrisa y *epigramas* que no carecian de sentido, á un *calavera* de la cercana villa, que trasegaba tazas del tinto como si tuviera una esponja en el estómago y galanteaba á las muchachas con pirópos de chalán y cumplidos de cochero; formando todos un apretado corro para oír al émulo del cantor de la guerra de Troya que no se daba punto de reposo en exhibir su largo repertorio. Las rosquillas de Silleda y las copas de *resóleo* andaban de mano en mano calentando los ánimos y exaltando los cerebros, y un *habanero*, recién llegado, lucia una chistera cuya antigüedad indiscutible exigia la corte que, por donde quiera que caminaba, le seguia afectuosa y aduladora. Algunas señoritas de llenos y colorados mofletes discurrían por el campo dando celos con sus risas y miradas que caían sobre los mozos, á los pollos rurales que las obsequiaban, mientras San Gil y yo, tendidos á la usanza mora sobre la verde yerba, contemplábamos aquél cuadro arrobador y lleno de vida

Hubo palos al obscurecer; ¿y cómo no? fiesta gallega sin palos sería un contrasentido.

IV

Ya todo acabó: de aquellos hermosos días queda solo un recuerdo que hará imperecedero el carácter bondadoso, la amable solicitud, la atención piadosa del señor don Antonio Vazquez, Arcipreste de Rubín y tío de mi amigo el Sr. San Gil.

Espíritu generoso é inteligente, alma llena de virtudes y excelsas cualidades, corazón nacido para el amor de sus semejantes, vive, desde hace treinta años, en aquella Tebaida consagrado al bien y á la felicidad de sus feligreses.

No tiene ambiciones; desea solamente la tranquilidad de su retiro y la atmósfera fría de su templo: vive, como aquél Obispo de *Los Miserables*, con las puertas de su casa abiertas de par en par, y cuando

una obscura noche del penúltimo invierno se presentaron tres sicarios, más infames que el primer Jean Valjean, para robarle y asesinarle, salvóse de sus iras diciéndoles tranquilamente:

“Mi vida es de Dios y mis bienes de quien los necesita: puesto que Dios lo quiere, tomad lo que de él es y lo que os pertenece.”

*
* *

LA FERIA.

Desde las primeras horas de la mañana comienza á llegar de las aldeas vecinas y de los pueblos inmediatos, abigarrado y numeroso gentío: la villa, animada por un movimiento inusitado que contrasta con el silencio de los demás días de la semana, presenta un aspecto encantador y alegre, dando á su fisonomía, de ordinario triste y melancólica, una expresión simpática y atractiva, propia de los temperamentos vigorosos y fuertes: las calles anchas y espaciosas véuse invadidas por hombres y mujeres, entre los cuales alternan los animales de todas las especies; el cerdo gruñidor y rehacio, la vaca lacia y de abatido paso, el gallo cantador y atrevido y la mula altiva y corpulenta, reveladora del solar hidalgo ó de la rectoral enriquecida al amparo de la desamortización de 1869. Tiendas de campaña habilitadas rápidamente para comercios de ambulancia, entre los que descuellan la ferretería con todo su almacén de clavos, puntas, hierros, cacerolas, navajas y azadas; la sedería con sus jabones ordinarios y de pésimas condiciones aromáticas, sus frascos de *pachouli*, ambición y delicia de las robustas aldeanas de los contornos, sus peines de asta con dientes gruesos y duros y su infinita variedad de pañuelos de algodón y seda de vivos y escandalosos colores, el amarillo imperial, el encarnado de fuego, el azul prúsico y el verde de esmeralda acabada de pulir y la pescadería con sus congrios largos, inmensos como culebras gigantes, enseñando sus vidriosas pupilas, los pulpos con sus mil ojos apacados, á modo de Argos siniestros y sus brazos innumerables, delgados y puntiagudos como las estremidades monstruosas del endriago fantástico, y las pescadas enrolladas, mostrando sus escamas plateadas sobre las cuales rompe el sol sus rayos, hiriendo al paso los rostros estúpidos de los que ofrecen al público tan ricos bocados.

A un lado están las vendedoras de legumbres que anuncian con grandes voces sus patatas, frescas aún de la tierra que las ha guardado, sus lechugas de un verde pálido seductor, sus cerezas y sus fresas

igualmente rojas y de fragancia esquisita, sus repollos apetitosos y húmedos todavía del suave rocío de la mañana, sus guisantes, sus tira-beques y sus cebollinos, buscados con ansiedad por los gastrónomos refinados y por los cultivadores apasionados de la hortaliza; al otro el zapatero remendón, ese tipo singular que vive para fortuna del arte, afila la corva cuchilla sobre el hierro puntiagudo, corta los bordes de la media suela con que revoca y arregla un zapato inservible, unta de negruzco pez el largo hilo de su costura disforme, muerde la colilla de un infame cigarrillo del estanco, mira de reojo á los transeuntes y con franco donaire á las muchachas, mientras su aprendiz moja endurecidos cueros en una cazuela embetunada y los machaca, con gran peligro de los dedos, sobre redonda piedra que descansa en las delgadas rodillas. Más allá, no lejos de la iglesia, en cuyo seno, junto con la piedad católica vive la superstición gentilica, la fé que hace caer en la idolatría y la ignorancia que engendra los vagos terrores que asaltan el cerebro y amedrentan el corazón, dos ciegos entonan con voces gangosas y estridentes una historia espantosa, dando noticia á los asustados campesinos de un crimen horrible, de esos que llevan frío al alma y alteran el sistema nervioso; en coplas de dudoso mérito literario, hermanas legítimas de aquellas immortalizadas con el nombre de Calainos, cantan la interminable relación, que más tarde compran los aldeanos al ínfimo precio de *un perro chico*, para leerla en las inacabables noches del invierno al amoroso calor de la lumbre y sentir la ruda sensación de los miedos que vienen á posesionarse en los espíritus timoratos criados entre la absoluta creencia y la indiferencia suprema, en tanto una mujer enjuta de carnes, de color cetrino, nariz aplastada y ojillos de lagarto, levanta, sobre largo y graeso palo, un cuadro de brocha gorda que representa variadas y trágicas escenas; aquella en que los asesinos sorprenden á la víctima, levantan en alto sus puñales y corre de su pecho la sangre roja y humeante; en otra están los cofres abiertos, las prendas de ropa dispersas por el suelo, los bandidos amontonando objetos, haciendo líos precipitadamente y mirando con temor hácia las escaleras, en el fondo de las cuales distingue el ojo perspicaz el galoneado tricordio del honrado guardia civil, y en la última, resúmen del sangriento drama, álzase un patíbulo, sobre el cual los asesinos espían su horrenda falta.

La muchedumbre abandona sus negocios por algunos minutos, hace círculo alrededor de estos estafalarios interpretadores de la *Gaceta de los Tribunales*, compadécese del muerto, rebélase contra los sicarios, á los cuales quisiera abofetear y forma curiosos y originales comentarios sobre suceso tan deplorable como continuamente repe-

tido: después se dispersa, toma calle abajo, deteniéndose ante los escaparates de las confiterías, en donde los dorados mazapanes, los artísticos canastillos, las bañadas ojaldras y las cañas amarillosas llaman á voces á los hambrientos señoritos y á las espirituales niñas de los contornos.

De vez en cuando, en medio de la balumba de animales y de personas, óyese gran ruido; interjecciones que ruborizan los más curtidos rostros alternan con chillidos que lastiman el oído, la muchedumbre arremolinase, pregúntase asombrada la causa del escándalo y cuando los agentes de la autoridad, tiesos y graves con sus levitines de color de botella verde-oscuro, ajustados al estilo de la época de Espartero, llegan para restablecer la alterada calma, vése á una mozueta desgarrada y sucia, que comparte, con su oficio de revendedora de pañuelos y retales de algodón su ocupación de *hetaira*, *loitando* á brazo partido con un atlético y fornido jayan, mozo de cuadra notable, al que suele vencer humillándolo á sus piés de corpulenta amazona: constituye esto un espectáculo delicioso para la concurrencia y es uno de los alicientes de la feria, que nada hay que seduzca tanto á estos caracteres sin desbatar, que conservan la primitiva forma berroqueña, como una escena de pugilato en que los puñetazos reciamente propinados se prodigan al compás de las palabrotas más groseras y rudas.

Y en verdad que sorprende al viajero analista y observador que, en un pueblo esencialmente religioso, que va á misa todos los días, que confiesa y comulga los de vigilia, que tiene por gran pecado el comer carne los días de vigilia, se blasfeme de tal suerte de Dios y de la Virgen y no haya respeto ni consideración para ninguna santidad ni persona. Cuál será el nivel moral de estos pequeños lugares que aspiran al dictado de progresivos, puede decirlo la obscuridad de las conciencias de sus individuos: entienden que es lícito envolver en una red de sutilezas de leguleyo al ignorante aldeano y arrancarle, después que le han precipitado á un pleito immoral y ruinoso, el último cenavo que le queda: ¿qué importa lanzar un hombre más á la mendricidad y á la emigración si se han aumentado los mezquinos caudales de la rapiña con unos cuantos reales? ¿qué significan las amargas lágrimas de un mísero ante la coalición de intereses de un sacerdote simoníaco y de un cacique de lugar? ¿qué vale ésta horrible tristeza que vive en todos los espíritus, que dá al cielo color sombrío y que se revela en la muerte de las transacciones honradas, ante el negocio de unos cuantos? Lo que interesa, lo que se busca, lo que se persigue con mordiente ansiedad y hace reflexionar á unos cerebros atrofiados, aún más que por el alcohol, por la estolidez más pronunciada, es el medio de

encontrar un ente explotable, un *pipiolo*, según el lenguaje repugnante del lugar, que subvenga á todos los vicios de los otros y deje á la postre entre sus garras el último remiendo. Guerra de miserias, combate de pequeñas ambiciones, perros famélicos que se disputan huesos descarnados y sin jugo, que se muerden con rabiosa desesperación ante la posibilidad de que se presente una piltrafa y se unen alegremente cuando el banquete de los desperdicios ha terminado.

Es deplorable tal rebajamiento; pero está vivo y latente en todos los reducidos villorrios de provincias como reflejo, sin duda, de ese enfriamiento horrible de la moral y de la idea de justicia que se observa en la capital de la nación: si los grandes prevarican y mienten y hacen del honor un principio convencional y de la vergüenza una máscara encubridora de los horrores del alma ¿cómo no han de seguir sus pasos los pequeños hombres del interior y remedar en forma soez y ordinaria sus procederés bizantinos?

¿Qué tristeza para el corazón recto y leal! La llaga está al descubierto, su boca es disforme, por ella mana abundante el pus gangrenoso y aniquilador: sus gruesos labios, amoratados y sucios, simulan muros enormes que defienden la conservación de aquel foco de muerte y de infección; y sin embargo no se halla una mano piadosa que aplique el cauterio, que tenga lástima de los infelices contaminados y que les salve de un mal más terrible, y más digno de ser combatido que aquella peste negra que fué el espanto de la Edad Media.

Una de las cosas que más llamó mi atención en la féria, fué la venta de la vaca.

En una arboleda bastante grande, sombreada por numerosos robles y castaños, con pequeñas colinas y alfombrados campos de césped veíanse vacas y terneros, cerdos grandes y chicos, mulas y caballos; los chalanes con sus varas largas, sus chalecos de escarlata deslustrada y sus polainas de cuero discurrían por las pequeñas callejuelas que forman los campesinos que llevan del diestro los animales, miraban con aire de desconfianza á unos y otros, levantaban sus varas dejándolas caer sobre los lomos de las mansas reses y proferían expresiones de desdén contra un ganado consumido por la falta de pastos y el exceso de trabajo: los dueños poníanse rojos de ira, contestaban con frases no menos desdeñosas á los gratuitos insultadores, ponderando con lenguaje pintoresco y haciendo uso de hipérbolos dignas de premio, las cualidades de sus queridas vacas; valían ellas más con sus cuernos de afiladas puntas, sus ojos dulces y bellos, sus ubres abitas de leche y sus cuellos encallecidos del pesado yugo, que muchos charlatanes que iban á la féria á darse tono y á exhibir una riqueza de que carecían.

Los mujidos y relinchos alternaban con los gruñidos de los marranillos y el olor acre de la tierra mezclado con el amoniacal de las redondas boñigas, saturaba la atmósfera, haciéndola pesada é irrespirable: una panadera pesaba sendas libras de pan de trigo y á dos pasos, una vendedora de pulpo cocido, preparaba, en platos de madera, grandes raciones de éste pólipo sabroso que espolvoreaba con pimienta que parecía bermellón molido y adobaba con aceite y vinagre del país: un vendedor de agua de limón fría recorría la robleda exponiéndose á as duras caricias de las bestias y á los insultos de los hombres, ofreciendo, á cambio de un céntimo ó de un regular mendrugo, el dulce líquido que guardaba en su botija de hojalata, resguardada con áspera y ruda camisa de corteza de encina, del cual hacían gran consumo las aldeanas, alegres y satisfechas en medio de aquella gritería que ensordecía el espacio y hacía imperceptibles las voces.

En un ángulo de la feria, no lejos del camino que llevaba á las inmediatas aldeas y al amparo de un castaño de anchísimo tronco y frondosa rama, contemporáneo de los *hermandinos* gallegos, una mujer pálida y anémica que vestía obscuro mantelo de tarazona, chaquetilla de bayeta ordinaria y cubría su cabeza de virgen afligida y llorosa con pañuelo de algodón á cuadros color de chocolate y pasa, sujetaba una vaca joven, que no debía pasar de los cuatro años, de piel lustrosa y bermeja, cabeza elegante y bien formada, cornamenta graciosa y punti-larga, caderas gruesas y ubres repletas y blancas como nieve acabada de caer. A su lado estaba un hombre como de cuarenta años, pobremente vestido, que horía el aire con su vara de afilado aguijón y llamaba con voz melosa y acento piadoso y compungido á los chalanés: contaba una historia conmovedora y tierna; aquella vaquilla, al parecer tan débil y empobrecida, había hecho toda la siembra; con su fuerza y la leve ayuda de un buey derrengado y viejo, se había abierto el surco de la endurecida tierra, se habían alineado los terrones levantados después de arrojar en ellos el grano germinador y se había enretado todo el estiércol que pedía el suelo y del vecino monte traía la leña que reclamaba el hogar: ¡qué vaca tan buena y tan mansa! se la dejaba al lado del prado cerca de la yerba fresca y húmeda, al pie de la tentación y prefería los brezos del tojal, los espinosos cardos de la orilla, los duros brotes de las plantas ásperas y de laboriosa digestión. Era una alhaja, valía todo el oro que pesaba.

Ante estos continuos y repetidos reclamos acercóse un nuevo personaje, un labriego con escasa barba y carrillos abultados: cubría su cabeza un sombrero de castor abollado, llevaba sobre los hombros el histórico marsellés, en cuyo bolsillo superior asomaba un pañuelo

colorado y ocultando su chaleco de fino paño negro brillaba una faja azul recién llegada de Cádiz; seguía un viejo marrullero y sabio en achaques de ganado, medio albéitar y medio chalán que guiñaba constantemente el ojo izquierdo y escupía con olímpico desprecio sobre cosas y hombres: miraron ambos hacia la vaquilla con cierta impertinente curiosidad, murmuraron no se qué despreciativas palabras y siguieron inalterables su camino.

El hombre encomiador de los méritos del animal no pudo resistir aquel nuevo insulto y la emprendió con tales canallas y atrevidos: ¿acaso la vaca no valía seiscientos reales? ¿no era la mejor de la feria? ¿verían, los muy marranos, otra mejor? Estos directos ataques hicieron retroceder á los compradores hasta el lugar de la escena; sin hacer caso de las gruesas palabras tornaron á mirar la vaca, á manosearla, á palpar sus carnes, á batir sus costillas, á hacer congeturas sobre la posible preñez y á fijarle un valor insignificante y exiguo. ¿Qué protestas por parte de los vendedores! ¿Qué imprecaciones tan expresivas y solcunes! ¿Ah tunantes! ellos querían robar á los dueños, que vendían á disgusto, estrechados por la contribución, por el consumo y por el curial de la villa que reclamaba sus honorarios: ya se vé, aprovechaban la ocasión. Ofrecer veinte y cinco pesos ¿qué escándalo! La enferma campesina juraba, por la memoria de sus padres muertos, que en la feria anterior le habían ofrecido veinte y nueve duros por la *Bermella*, y el marido invocaba á todos los santos del calendario para que castigasen á aquellos impíos que desdeñaban lo que valía más que toda su casta.

No es posible describir la serie de escaramuzas de esta cruelísima batalla de compra y venta: un real que arrancaba el dueño de la vaca al joven comprador, hacía blasfemar al ladino acompañante; si por acaso estos descubrían un defecto, ¡qué júbilo! ¡qué escandalosa alegría! Entónces recrucediáse el aluvión de provocaciones y de insultos y poníanse frenéticos los abatidos vendedores. Hubo un momento verdaderamente angustioso para *tirios y troyanos*: la rabia, mala consejera, hizo exclamar al dueño de la vaca: "*acabouse*" "*¡cámonos vá!*"; y su mujer tirando de la cuerda de esparto marchóse de la feria con su vaca. Treinta pasos andarían cuando el viejo gritó haciendo una última oferta, maldiciendo su suerte si aumentaba un ochavo más: volviéronse los fugitivos y comenzó una nueva disputa en la que se mezclaban los elogios más calurosos y las más verdes crudezas del lenguaje.

Al fin la vaca fué ajustada y pagada en veinte y ocho pesos, que brotaron de entre la faja en cobre y plata, envueltos en innumerables

pedazos de papel. ¡Cuántas veces fueron contados por el vendedor! ¡cuántas arrojó los duros sobre las piedras para adquirir la certeza de su legitimidad!

Escondiase el sol cuando aquellos contendientes apuraban fraternalmente la última taza de vino, en señal de paz y completo olvido de la refriega. El campo iba quedando vacío y el crepúsculo con sus sombras traía nuevamente el silencio sobre la villa, momentos antes, presa del más bello desorden.

*
*
*

LA HISTORIA DEL ABUELO.

La velada estaba aquella noche, triste y lúgubre: la obscuridad siniestra que allá fuera lo envolvía todo, montañas, cerros y valles, comunicábase á nuestros espíritus, y cual más cual menos, sentíamos oprinidos y como sujetos á un poder invisible y sobrenatural.

El fuego del hogar, con sus verdosas llamaradas que brotaban á ratos, cuando la leña húmeda iba á alimentar su voracidad inextinguible, enviaba algún calor á los ateridos cuerpos, escaso, sin embargo, para aventurarse lejos de la cocina, asilo del invierno, y hacer revivir aquella plácida y alborotadora alegría del estío. Se trabajaba lentamente con la rueca y con la aguja y el humo pestilente de la chimenea confundíase con el aromático del tabaco que fumaban con avidez los hombres, asíduos concurrentes á la tertulia. En el ángulo izquierdo de la habitación, al pié del *lar* y echada de bruces sobre la abierta artesa, volvía y revolvía la criada la pegajosa masa, hasta dejarla maleable y fuerte y en disposición de convertirla en aplanada torta ó barrigudo pan: gruesas gotas de sudor inundaban su frente, pero sus brazos de Vénus de Milo, arremangados hasta el hombro, no cesaban de moverse ni de mortificar aquella pasta de maíz que aguardaba con inalterable calma la hora de ser cocida al lento fuego del horno; colgada de las negras cas y hollinosas llares, veíase la voluminosa caldera, en la cual sufrían tormento, nadando en caliente mar de caldo y grasa, chorizos, lacónes, huesos gelatinosos, trozos de ternera, harinosas patatas y verduras y legumbres de la más fina especie.

La vieja abuela abandonaba de vez en cuando su rueca, y, alborotada la blanca y enmarañada cabellera, revolvía con aire de enojo y con el negro cucharón de hierro, aquel vientre de bazofia, capaz de alimentar á un regimiento de cosacos; gruñía de paso á los azorados

servientes, como los demás contertulios, tocados del infundado terror y con monosílabos é interjecciones disponía los preparativos de la cena. Su esposo, el anciano cazador, dominado por el reuma y por los años, rechinaba los dientes atado al carro de su impotencia y complaciase con sus muñecas de oso domesticado y sus fúnebres alusiones, en prolongar aquellos instantes de incertidumbre y pavor, bajo cuyo dominio estaban la casa y sus habitantes. Balbuceaba á ratos frases cortas, profería amenazas que parecía dirigirse contra invisibles objetos ó seres fantásticos y soltaba bocanadas de humo que arrancaba á una formidable pipa que había heredado de su padre, un hidalgo montañés que había contribuido á la rota del mariscal Ney en Puente Sampayo. Estaba aquella noche inaguantable con sus *genitadas*; sus ochenta años levantábanse irritados contra todo lo moderno y de actualidad, y á título de patriarca y conquistador contemplaba desde lo alto de su honrada longevidad á aquella falange de hijos, nietos y parientes que le miraban con respetuosa é inextinguible consideración.

—No; no hay hombres: la raza de los fuertes ha sucumbido— exclamó de pronto.

Todos nos quedamos más silenciosos que estábamos; apenas si nos atrevíamos á respirar y la situación hacíase con éste motivo, doblemente penosa. Al horror que envolvía una noche invernal, en que los chillidos de agoreras aves causaban estremecimientos de frío, uníase el miedo que imponían las duras acometidas del valetudinario Nemrod: no olvidaba nunca su vida de fuerza; la perenne lucha con la fiera de las selvas habíale hecho creer, que el individuo en sociedad, no era más que una fiera, más ó menos domesticada, menos noble por su facultad pensante, que el oso temible de las sierras de Candán. El cazador dominaba al hombre, y por eso, cuando dirigía una mirada retrospectiva á su existencia, solo hallaba dulce y hermoso lo que significa un combate, una resistencia á la tiranía, un verdadero y legítimo peligro.

¡Ah! si la parálisis no le tuviese empotrado al viejo sillón de vaqueta, si las piernas no se negasen á responder á la voluntad, aún verían estas generaciones de alfeñique de lo que era capaz un cazador de hombres y de osos; sabrían, que los que habían combatido á Gómez, el más bravo general carlista, los que habían apaleado á los esbirros de Eguía, los que se habían sublevado en Sigüeiro y derramado su sangre en Cacheiras, eran capaces, al presente, de grandes acciones y de dar á la patria gallega, consumida por el histerismo nuevo, el alma enérgica que le falta.

—¿Qué?—gritó como si alguien le hubiera rebatido—digo y repito que los corazones enteros han perecido, que estos tiempos, son tiempos de transición, que es sinónimo de cobardía, que no hay rasgos generosos ni altiveces sublimes. Y si no, ¿que hacen vuestros sabios de similar? Pavonearse en los ateneos y academias leyendo conferencias que arrancan á los antiguos libros, elevando al cubo el sofisma, resucitando el artificio griego y proclamando que la consecuencia, la dignidad y el honor son simples fórmulas convencionales, agentes subjetivos de la necesidad circunstancial; y vuestros guerreros, esos *príncipes de la milicia*, ¿qué son, sino soldados de salon, conocedores de los reduetos del presupuesto y con valor solamente para arrostrar las consecuencias de una cuartelada? ¿Defenderéis quizás á vuestros poetas? Sí, admirable, son muy buenos estos necios imitadores de Juvenal que viven como criados en el palacio de Aristarco y no son más que insultadores mal pagados. Con ellos, con sus versos hinchados y escasos de sentido literario, ganará mucho el país, porque ganará la palma del martirio. Bien va la cosa en estos días de parlamentarismo, en que todos los charlatanes tienen rico acomodo y la deslealtad es premiada como una virtud. Muy bien. ¡Ah! si yo mandase, si mi reja muleta—y agitaba entónces su enorme bastón de encina con frenesi—pudiese caer sobre las costillas de estas generaciones anémicas y sin vergüenza, qué pronto quedaría todo arreglado; irían el ladrón á presidio, el asesino á la horca, el holgazán á roturar caminos vecinales, y habría paz y el labrador menguado no estaria esclavizado por el Estado, por el cacique, por el cura y por el alguacil. ¿Tenéis algo que argumentar?

Un signo de cabeza negativo, fué toda nuestra contestación.

Envalentonado, prosiguió:

—¿Creéis que á mí no me sería fácil levantar á Galicia de su postulación? Dadme la vara del mago para tocar mis endiabladas piernas, dejadme llevar mi palabra al hogar sin lumbre del campesino, antes de un año habré colgado á todos los picaros, que, como el vampiro de la leyenda, viven de la sangre de éste pueblo. Su madre le habla, si no oye ninguna vez amiga que le recuerde la libertad perdida el heroismo de las razas muertas, ¿cómo queréis que no temble ante las amenazas del ejecutor de apremios y las duras imposiciones de la ciudad? Sí; hay que hacer la guerra de los campos, hay que despertar el adormecido espíritu celta y del castro funereal hacer barricadas contra la tiranía urbana. En verdad os digo, que la pátria solo será libre, cuando el campesino venza á su señor.

Tosió ligeramente el abuelo, chupó con rabia del mango de

la pipa, absorbió el humo salido, que fué á perderse en su garganta como en una caverna y abarcándonos á todos con una mirada dijo:

—Ya un día lo intentamos; aquellos que supimos conservar la noble sangre heredada y para los que, la libertad era más bella que el oro y la familia, fuimos al campo de batalla; peleamos denodadamente con todo el ardimiento que dan la idea de la buena causa y la seguridad de la derrota: ¡éramos tan pocos! y había tantos traidores que, del campo de la heroicidad y del patriotismo pasamos al tenebroso calabozo de la muerte. La valentía de Santa Susana, la resistencia audaz de San Martín, la sangre de Cacheiras quedaron vencidas por la villanía de los falsarios—por dicha nuestros extranjeros—y Carral fué el Calvario sin Domingo de Pascua, de nuestra libertad regional.

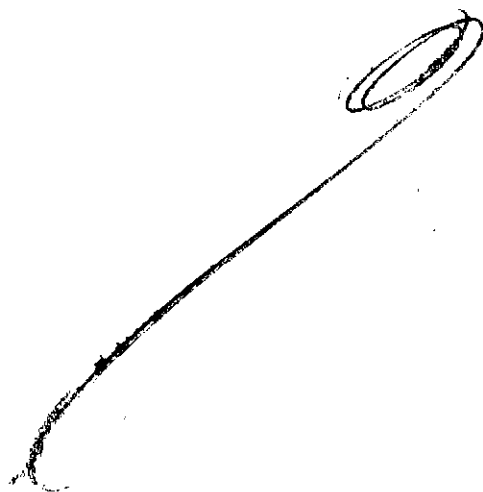
Y al decir esto, con voz nerviosa y apagada el rudo cazador de javalíes, veíase titilar en sus largas pestañas, como dos brillantes, dos amargas lágrimas.

—Sí,—concluyó—desde que Solís y Velasco, la encarnación del valor y de la caballería, cayeron, la verde tierra gallega, marcha atada al carro del duro triunfador y la noche más negra y siniestra está sobre nosotros. ¿Quién podrá salvarnos?

Nadie contestó ni hizo comentarios; levautámonos todos sobrecojidos con las últimas palabras, dispuestos á dejar la cocina, á tiempo que en el corral cantaba alegremente un gallo.

Extraña coincidencia—pensé yo—éste era el grito de guerra de los hermandinos, de aquellos bravos del siglo XV que estuvieron á punto de conquistar su independencia. ¿Quién sabe si el espíritu del anciano abuelo, por una ley de atavismo bienhechor, no reviviera en el cuerpo de alguno de sus nietos?

CUADROS HISTORICOS.



LOS GALLEGOS DE 1808.

I

Si la gran nación española, no tuviese en su historia asombrosa, ningún magno acontecimiento, bastaría para su gloria eterna, la epopeya de la independencia, la honrosa terminación de la guerra de 1808.

Un pueblo que tan heroicamente sabe defender sus libertades, sus prerogativas, su religión y sus hogares no puede ser en ningún tiempo esclavo.

Una nación que con tanta valentía y ardimiento desafía el poder inmenso de un hombre engreído por sus triunfos y orgulloso por sus fuerzas y le obliga á vacilar, á temer y á retirarse más tarde, es una nación sin igual, acreedora á todos los respetos y digna de ser imitada, que no en vano se realizan pasos honrosos y acciones que traspasan los límites humanos.

España que ya había enseñado á vencer y á morir á las legiones romanas capitaneadas por Scipion, Bruto y César; que á los árabes, no sabemos si en buena ó mal hora traídos por la alevosa traición de un noble infame, había arrojado de su seno después de ocho siglos de incasantes combates, de lucha sangrienta y de tenacidad admirable; que en Lepanto abatiera el orgullo de tan indómita raza y en Pavía y Cerinola venciera condes y aprisionara reyes, tenía que ser consecuente

con sus altivas tradiciones y que convertir cada pecho en un baluarte y cada casa en una plaza imposible de tomar.

Díganlo sinó, Gerona la inmortal, Zaragoza la invicta, nuevas Sanguito y Numancia, que antes sintieron placer en morir entre llamas horribles, que darse como prisioneras de guerra al sombrío vencedor de Jena y Austerlitz, al fuerte y temible Napoleón.

Díganlo aquellos oscuros soldados de Bailén y de los Arapiles, que supieron, con su sangre, entorpecer el camino de triunfos del héroe de las Pirámides y con su brío detener el vuelo de sus águilas altaneras.

Daoíz y Velarde iniciando con su muerte subline la colosal tragedia que iba á tener por teatro la nación, un tiempo dominadora de dos mundos, iniciaron también aquella interminable série de inmortales victorias, que minaron el poder de Bonaparte, preparando la hecatombe de Waterlóo, y que permitieron, que en nuestra pátria no existiese más dominación que la que voluntariamente se tenía impuesta.

¡Cuánta sangre vertida entónces! ¡Cuántas lágrimas derramadas por las madres abatidas y por las esposas desoladas! ¡Ciertamente que solo un principio tan santo y puro, como es el de la pátria independencia podría justificar la pasmosa heroicidad de nuestros abuelos!

Bien mal fueron pagados sus sacrificios: la ingratitude, siempre miserable y villana, fué la recompensa de aquellas jornadas del 2 de Mayo y del 14 de Julio, en que tantos valientes vió caer la pátria infortunada.

No es esta la hora, empero, de hacer cargos que ya la historia imparcial y severa tiene hechos, y que servirán de lección á las generaciones venideras; limitámonos modestamente á recordar las hazañas de los gallegos de aquellos días, los primeros españoles en secundar el movimiento de la capital del reino.

En la Coruña, un hijo del pueblo, un humilde sillero, cuyo nombre se ha immortalizado, por este solo hecho, fué el primero en dar el grito de guerra. Sinforiano López, conocedor de los acontecimientos de la corte, animó á los tibios y exaltó á los patriotas, y de allí partieron los primeros ataques, contra las tropas francesas, que ya en gran número ocupaban las cuatro provincias gallegas.

Sin orden, sin instrucción y sin método formáronse al instante batallones y regimientos, dispuestos á perecer ántes que tolerar la dominación extranjera: las guerrillas menudearon: uniéronse los ladrones de encrucijadas y los contrabandistas para hacer fuego al enemigo común: la Universidad cerró sus puertas para que sus alumnos fuesen á

morir por la patria y los sacerdotes, en más de una ocasión, abandonaron el púlpito para ir á rechazar al impío invasor, que más irreverente que los enemigos jurados de la religión, convertía los templos en cuarteles y los altares en pesebres.

Galicia, abandonada y pobre, supo reconcentrar fuerzas suficientes para responder dignamente á aquél levantamiento que no tiene igual en ningún pueblo del mundo.

Por eso un gran escritor ha dicho con justicia, que *fué Galicia cuna de la independencia española*. El batallón de literarios que eligió por coronel al Marqués de Santa Cruz y una división de escolares voluntarios que tomaron por jefe al Conde de Maceda, salieron en breve de Santiago. En Riosseco, acción desastrosa, perecieron casi todos, entre ellos el mismo Maceda, no sin causar grandes estragos á los franceses.

Para apreciar el valor de los gallegos de entónces basta recordar el glorioso ataque del 23 de Mayo de 1809, dado cerca de Compostela á 10.000 franceses por las pequeñas fuerzas de La Carrera y Morillo, y la batalla de Puente Sampayo, en la cual perdió Ney más de 3.000 soldados, todos sus bagajes y pertrechos, y Napoleón y sus Mariscales la fama que habian conquistado en Italia, Austria y Alemania, de invencibles.

He aquí como el periódico *La Estafeta* de 1813, reseña aquellas gloriosas acciones:

—“Puesto se habia el bravo general La Carrera en situación en que no podia acometer sin ser enteramente derrotado, ni retirarse sin ver deshechas y disipadas unas tropas colecticias que tanto trabajo le habia costado reunir. En tal conflicto, impelido de una fuerza que no podia resistir, escoge lo más glorioso. Dispone que la poca tropa reglada entre en columna por el camino real, y que los paisanos dirigidos por pelotones ligeros vayan por las alturas. Los franceses se habian presentado como por burla á recibir aquellos *brigants*: notan la bizarria de la columna cuya fuerza ignoraban: ven todas las alturas coronadas de paisanos que se habian multiplicado: ni una sola bala de todos los puntos en que habian colocado su artillería acierta al pequeño ejército: óntales un terror desconocido y tocan la retirada escarmentados en las primeras escaramuzas: siguen los nuestros al alcance y entran triunfantes en la ciudad el *día de la aparición de Santiago en Clavijo*.

“Rehácense los enemigos en la Coruña y vuelven en breves días sobre las pocas fuerzas españolas que, retirándose en buen orden los esperan en Puente Sampayo. Intenta Ney forzar aquél paso, recon-

quistar á Vigo y acabar con ese pequeño ejército, última esperanza militar de Galicia, pero su vana confianza y rabioso furor al ver la heroica resistencia, quedan de tal modo humillados en Puente Sampayo que abandona á Galicia para siempre.”

Efectivamente, el Mariscal Ney, después de aquél formidable desastre, fatigado de una guerra sin ejemplar en el mundo, retiróse de nuestro territorio.

Signiéronle las guarniciones que ocupaban á Ferrol, Coruña, Santiago, Orense y Tuy y cuando en Lugo se reunieron los restos de aquél numeroso ejército compuesto de 75.000 hombres, solo quedaban veinte y un mil.

Los gallegos habian matado en leal combate 54.000 franceses.

Triste y pavorosa estadística, necesaria empero, cuando se atenta á la independencia de los pueblos. España fué ultrajada y devolvió la ofensa.

Galicia fué invadida y sacrificó al invasor como había sacrificado en otro tiempo á los romanos, á los árabes y á los normandos. Galicia no consiente yugos, porque Galicia es un pueblo en donde palpita eternamente vivo el espíritu de libertad.

Por eso ha sido y será *cuna de la independencia española*.

LOS GALLEGOS DE 1866.

II.

DELIGRARA la honra española allende el Pacífico, no tanto por la calidad y condición de la ofensa y de los ofensores, como por el espectáculo vergonzoso que se daba al mundo, dejando una y otros impunes.

¿Qué concepto formaría Europa de la bizarra nación ibérica, dispuesta en todo tiempo á recoger el guante, precursor del duelo, si venía de un caballero, rehuyendo un combate, al cual se le provocaba con insolente audacia y sin meditar un segundo sobre sus consecuencias? ¿Qué dirían aquellos que presenciaran el insulto inferido, si el silencio ó el desprecio del que considera la pequeñez de su adversario, era la única respuesta que se daba?

Tal vez pensasen que la raza vigorosa de los conquistadores de las Américas había degenerado y que era imposible obligar á los insultadores de afición á tener respeto y consideración á un pueblo, cuya historia está llena de páginas gloriosas.

Era, por tanto, necesario imponer un correctivo á los chilenos y peruanos, que, esclavos de un injusto ódio á la nación que les había dado nombre, idioma, religión, cultura y libertad, se permitieran faltar á todas las atenciones que por cortesía se deben unos estados á otros. Bien que doliese á nuestro gobierno, y aún más á los españoles, que no habían olvidado que de entre ellos salieran Francisco Pizarro y Diego de Almagro, progenitores de la raza que domina en esa

parte del Nuevo Continente, hacíase imprescindible reprimir su altivez y su osadía.

Marchó al Pacífico nuestra escuadra. Siguiéronla, las de Inglaterra y los Estados- Unidos: aquella con simpatía, ésta con marcada animadversión.

A la vista de nuestros barcos, lejos de aplacar su encono y templar su rabia peruanos y chinelos, envalentónanse más y más: cobran nuevos alientos considerando cuan fácil les sería con sus excelentes fuertes y baterías espléndidamente artilladas, destruir las naves españolas: acuérdanse de que éstas, estaban á 4,000 leguas de distancia de su pátria, con enemigos declarados en la tierra y contrarios mal encubiertos en el mar, y fórjanse la ilusión de una victoria colosal que destruyese la estenuada marina española, satisfaciendo á la vez sus infundados resentimientos.

Mal discurrieron los descendientes de Pizarro: olvidaron la valentía y firmeza que caracteriza á los españoles: no meditaron seguramente, que son los nuestros, á manera de aquellos Titanes mitológicos, que cuando en sus combates ciclópeos con los dioses se sentían morir, bastábales revolcarse en la tierra, para adquirir nueva vida y nuevas fuerzas: nó, no imaginaron que la idea de la pátria, principio santísimo que venera en su corazón todo español, era para los marineros del Pacífico, lo que para los Titanes era la madre tierra.

El Almirante español Pareja, ante un pequeño fracaso había vacilado, y creyéndolo todo perdido, por no sobrevivir al luto de España, buscó remedio á su vergüenza en el suicidio.

Huérfana quedaba la escuadra sucesora de aquella que tan gloriosamente triunfara en Lepanto, y huérfana, cuando el enemigo se crecía más y las bravatas y los insultos eran insoportables.

¿Quién podía salvar el honor nacional tan tristemente comprometido?

Un gallego, un marino inmortal, superior á Nelson, arquetipo de todos los marineros del mundo.

Méndez Núñez fué quien, hecho cargo de mandar la escuadra, realizó aquella epopeya, que es asombro de los pueblos y eterno padrón de gloria de la invencible España.

Acércase á Valparaíso el ilustre hijo de Vigo, enfrenta sus barcos á la población: requiérelle el Comodoro americano sobre su conducta, advirtiéndole oficialmente los peligros á que se expone, y entonces es cuando, con la entereza de un héroe de la antigüedad, pronuncia estas palabras:

España prefiere honor sin barcos y no barcos sin honra.

¡Qué poema encierra esta respuesta! ¡qué bella y oportuna concisión! ¡qué grandeza de espíritu se vé detrás de esas palabras!

Quien así hablaba tenía que vencer.

Y Méndez Núñez venció,

Valparaíso y Callao destruidos, son la consagración de su gloria y la justicia hecha por un país ofendido.

No pretendemos aventar las cenizas del apagado fuego: en amistosas relaciones con Chile y con Perú encuéntrase al presente España y muerto el odio que dió márgen á tan grandioso triunfo: dejemos por tanto, aquel linaje de reflexiones que pudieran lastimar á los perdidosos, siempre nuestros hermanos por la sangre y la tradición, á pesar de sus yerros y faltas.

¿Cómo se portaron los gallegos en aquella jornada?

Como siempre; como héroes.

Por algo dijo Lord Wellington: *que son los gallegos, los mejores soldados del mundo.*

Para conocer á los gallegos del Callao, á los valientes de 1866, basta leer el siguiente fragmento del parte de la batalla, dado al Almirante por su Mayor General:

“A pesar de su bisoña dotación—dice—la *Almansa* (1) al propio tiempo de hostilizar el Callao, respondía á todos con fuego sumamente nutrido y también certero. Cualquiera al observarla la creeria dotada con gente avezada de antiguo á combatir, así que, ésta pericia sorprendente de una dotación bisoña, *de una dotación de muchachos*, estaba en relación con la proverbial de su capitán don Victoriano Sanchez y con la imperturbable serenidad de ese mismo capitán.”

Más adelante dice el parte oficial á que aludimos:

“No puedo pasar adelante: es para mí grato deber consignar á V. S. un rasgo heroico del capitán de la *Almansa*.

“El fuego se había declarado en el antepañol de pólvora de proa. Hasta tres veces recibió aviso de que era indispensable anegar el pañol; otras tantas contestó imperturbable don Victoriano Sanchez, *que antes que mojar su pólvora prefería volar la fragata.*

“Este rasgo de imponderable serenidad fué coronado del éxito que merecía. La pólvora de la *Almansa* que con menos serenidad de su capitán hubiera quedado inútil, se empleaba media hora después, como llevo expresado, en hacer estragos al enemigo.”

“El fuego fué producido por una granada, que reventando en la

(1) La dotación de la *Almansa* estaba toda compuesta de gallegos que empezaban su carrera.

batería incendió las cargas que se conducían de las escotillas á las piezas causándoto también en algunas que subían por una de esas escotillas.

“En aquel momento tuvo lugar un hecho que demuestra lo que vale la que de ninguna manera puede llamarse biseña tripulación de la *Almansa*.

“Quemados, estropeados esos conductores de cartuchos, ni uno se retiró de su puesto, diciendo solamente: *Venga nuestro relevo*.

“*Sirva de satisfacción semejante prueba de inimitable valor á la provincia de Galicia, á la cual pertenece, con ligeras escepciones la dotación de la Almansa.*”

¿Qué podríamos añadir nosotros á lo escrito, que tanto honra y eleva á los gallegos de 1806.

Que ellos, descendientes de los vencedores de los fenicios, de los cartagineses, de los romanos, de los godos, de los árabes y de los normandos, son y serán eternamente, el más seguro y firme baluarte de la nacionalidad.

Téngase así presente para eucaminar los futuros destinos de la antigua *Hispania*; que si los hombres que en ésta gobiernan, se consagran á cultivar el agradecimiento de los gallegos, volverá á ser la gran pátria, dentro de los progresos de la época, la poderosa nación de Carlos I y de Felipe II.

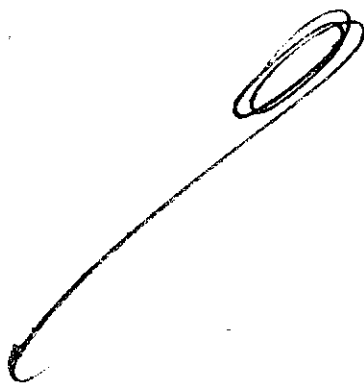
A Méndez Núñez, en recuerdo de sus victorias, hále consagrado una estatua el pueblo santiagués de la que en otro lugar hemos hablado, y Vigo, su cuna, tiene otra en proyecto.

Ferrol que ha dado también á la pátria hombres ilustres, y del que es hijo el insigne Sanchez Barcaiztegui, víctima de la última guerra civil, tiénele ya erijida su estatua hace tiempo, pagando así un tributo de respeto al valiente marino que en el Callao, ántes prefería volar, que mojar la pólvora.

Y vosotros oscuros héroes gallegos, que dormís en tierras lejanas el último sueño, despues de haber levantado á la cumbre el pátrio honor, recibid todo el homenaje y respeto que hoy os consagran vuestros hermanos de Cuba.

¡Cides gallegos descansad en paz!

SILUETAS DEL ULLA.



OCA Y SANTA CRUZ.

I

NUNCA olvidaré aquél día de dulces y gratisimas emociones. El sol alumbraba con toda su fuerza, como en las abrasadoras tardes de Cuba, y las plantas y los árboles parecían ávidos de su imperial y ardiente caricia: dijérase que las continuadas lluvias y los insufribles cierzos de un verano que se habia presentado cubierto de pieles y pisando alfombras de escarcha, aniquilaban su existencia, dando á la naturaleza aspecto de enferma; y que, al sentir el aliento caldeado del sol, tornaban á la vida de las ruidosas alegrías árboles y plantas, flores y frutas, cuanto forma ese mundo delicioso y rico de que es reina en esta ignea estación la exuberante y pródiga Cérés. Las frutas, en consoladora profusión, adornaban los perales y los manzanos; las uvas empezaban á dorarse en sus apiñados racimos, cubiertos de verdes pámpanos y las flores tapizaban los altos muros de las quintas; que íbamos dejando á derecha é izquierda.

¡Qué aspecto tan encantador presentaba aquella mañana en Olla! el espíritu poético de Rodriguez del Padrón, el infortunado amante de de una reina castellana, parecia andar envuelto con el éter purísimo de un cielo sin nube alguna, blanco como la cinta de plata del cercano rio, y el valle formaba como ondas de tranquilo y reposado mar. ¡Hermoso paisaje aquél! No tiene la humana paleta colores para trasladarlo al lienzo, ni el cerebro soñador de los Poussin, Theuiers y Villamil concebirían tonos tan suaves y delicados como necesitarían para reali-

zar tan maravillosa concepción artística. Los erbales tenían los marcados cambiantes de la esmeralda, los pinares con su melancólico rumor, que se elevaba al espacio como una plegaria eterna, simulaban ejércitos detenidos de improviso, alineados y dispuestos á una marcha que no empezaba nunca; los caseríos, blancos y rojos, salpicados á todo lo largo del valle, parecían castillos encantados que atraían los rayos del rubio Febo para consuelo y delicia de las ateridas princesas que los habitan y los campanarios, en cuya puntiaguda cima se mueve á merced del viento reinante el viejo gallo céltico, estaban allí como los fieles guardianes de la creencia que se extingue, contemplando silenciosamente tanta hermosura y tantos afanes como anublan la vida de los habitantes de la hondonada. El río deslizábase suavemente, haciendo pequeños remansos en las orillas berdadas de sauces, abedules y cañas bravas, y á lo lejos del puente, después de formar un pequeño golfo, caía en una enorme catarata, quebrándose en mil gotas blancas y espumosas, parecidas á brillantes, cuajados de pronto: en una de sus innumerables isletas, en lo profundo de las mansas y transparentes aguas y atado fuertemente á un manzano, por raro fenómeno, todavía en flor, veíase un hombre ahogado; estaba allí de bruces, hociendo contra la arena, agarrado con enérgica actitud á las yerbas viscosas que crecían en el lecho del río y demostrando en su caída espantosa la lucha que debió sostener para salvarse. Un numeroso grupo de aldeanos, vestidos abigarradamente, formábanle guardia que comandaba el Pedáneo de Oca, murmurando al paso de la justicia de la Estrada que debía venir á levantar al muerto. Aquella escena de crudo realismo formaba singular contraste con la plácida que representaba el delicioso valle, más espléndido y bello cuanto más se penetraba en su corazón. Arnois, Remesar, Orazo, Puente Ulla, Vedra y Sarandon, con sus emparrados frondosos, sus castaños seculares, sus floridos almendros y sus alegres viviendas saludábannos al paso y el *Pico-sacro*, con su cresta de granito, cortada por el pico de algún Titán, miraba con majestuosa indiferencia cuanto á su alrededor se agitaba, sin importarle nada, ni de la muerte que yacía á sus piés, ni de la vida, que se manifestaba exuberante y rica en el cereano valle. ¡Tantas razas y tantas edades, han pasado ante él, que no es asombro que todo lo vea inconvertible!

II

Serían las doce de la mañana, cuando los amables señores de San Gil y yo con mi familia, penetramos en la espaciosa plaza de Oca. De las

casas inmediatas, blancas y aseadas, signo evidente de la observación diaria de un hombre culto, asomaban algunas caras, que se mostraban entre curiosas y sorprendidas, al ver sobre aquella alfombra de fina yerba, que rara vez pisa la gente de las ciudades, un *Riper* elegante y nuevo, en el cual brillaban los cristales azules y movíanse á impulsos de la fresca brisa las cortinillas encarnadas, y en lo alto de las torrecillas del palacio flameaban las banderas de los nobles Marqueses de San Miguel das Penas, actuales dueños de la hermosa posesión. Con su vénia, fácilmente concedida, traspusimos todos los escursionistas el umbral de la gran puerta, y dirigidos por un atento y respetuoso sirviente, fuimos examinando las riquezas artísticas y bellezas naturales que atesora tan linajuda casa.

Cuanto de ella diga resultará pálido: que no es posible en una hora, que fué el tiempo de que pude disponer para ver tantas maravillas, formar juicio exacto. Sólo podré asegurar una cosa: que todo lo que allí ví me encantó; que encontré aquél palacio y aquellos jardines, y aquellas sombrías carreras de bojes, que forman bóvedas espesas por las que no penetra ni un rayo de sol, apropósito para que los habitase el amor y la juventud, la elegancia y el buen gusto, la nobleza de abolengo y la aristocracia del arte. ¡Cómo se ensancharía el corazón allí, en donde todo habla al espíritu y las flores y las estatuas viven en constante comunión! ¡Qué dulces días de primavera para dos almas sensibles y delicadas que buscasen en su propia identificación y en el enlace con la naturaleza, la verdadera y única dicha que existe en la tierra, el minuto fugitivo del plácido goce! Al estrechar la aristocrática mano del respetable castellano de Oca, que supo hacer como un caballero de los buenos tiempos, los honores de su casa, no pude menos de exclamar:

“¡Oh, señor, que hermoso es esto! ¡qué dulce paraíso! Dios sabe que quisiera tener la vara mágica del encantador Merlin, para darle á usted, y á su distinguida esposa, la elegante Marquesa, la florida juventud y el fuego sacro que tenían en sus corazones—antes de la “catástrofe—Julietta y Roméo.”

Desgraciadamente esto es imposible; y así lo significó el nuestro Marqués que, á pesar de sus años y de su blanca barba, atrae la atención de cuantos le miran; dándome gracias, con una sonrisa, por mi quimérico desco.

El palacio de Oca perteneció hace muchos años á la casa de Camarása, una de las más ilustres de Galicia y de ella lo ha heredado la Marquesa de San Miguel das Penas. El escudo que ostenta actualmente tiene su origen de la noble familia de Amante; y así lo demuestran

los dos cuarteles divididos de que se compone, en los cuales se ven los simbólicos peces y los dos lobos en campo rojo. Por una amplísima escalera súbese á las habitaciones altas y lo primero que se admira es una antesala ricamente amueblada, con vistas al interior ó parque, con sillería antigua, cuadros de *sport*, veladores cargados de objetos preciosos y retratos de ilustres y hermosas mujeres. Un busto, en blanco mármol de Carrara, del último Marqués de Camarasa llama la atención en esta antesala. Está delicadamente hecho: el escultor ha dado á una fisonomía insensible todas las movilidades y energías de la vida y á un rostro helado todos los matices del fuego que enciende las pasiones y colora las mejillas. Parece un caballero del siglo XVI, un aguerrido capitán de tercios, testigo de los heróicos hechos de Paria y de las memorables campañas de Flandes: atrajo poderosamente mi espíritu, y á su personalidad de inerte estatua, añadí, en un segundo, no sé cuantas galantes historias de la corte en que dominaron como astros, Cristina de Borbón, y la cáustica condesa de Campo Alange y el difunto Marqués debió representar grande y brillador papel.

Penetramos luego en un departamento caprichoso y original, un salón cuadrado dividido en cuatro retretes, ostentando en cada uno de los frontispicios de sus puertas de entrada, estos rótulos: *Asia, Africa, Europa, América*. Entróme deseos de conocer lo que había dentro de aquellas diminutas partes del mundo y, con permiso de mi *cicerone*, pude observar que el inteligente Marqués de San Miguel tenía en Africa los baños, en Asia los abanicos, los columpios y hamacas en América y los braseros y chimeneas, indispensables en Diciembre, en la valedudinaria y gastada Europa. ¡Dichoso él, que en una humilde aldea del antiguo partido judicial de Tabeirós, puede permitirse el lujo de tener á su alcance las principales regiones del mundo!

Visitamos luego el espléndido salón de recepciones, tapizado de terciopelo rojo, con varios muebles estilo Luis XIV, y severamente adornado con retratos de familia; seis ó siete generaciones de Marqueses que se contemplan felices y sonrientes, al ver cómo su raza se perpetúa y las tradiciones heróicas de su hogar sin mancha se conservan. Bien podrían en tan amplísimo departamento recibir Corte los señores de Oca y no dejarían de lucir en aquellos vastos corredores, en aquellas galerías inmensas, por las que entra la luz á torrentes, y en aquellas habitaciones, dignas de príncipes, los dorados collares, las cruces guardadas de brillantes, los uniformes de los altos dignatarios, de los victoriosos generales y de los respetables burócratas. Estarían allí, como en el palacio de Oriente, las ricas hembras castellanas y su hermosa, sus escotes y sus valiosos trajes, alcanzarían los ruidosos éxitos del

triumfo. El destino no lo quiere así; reina en tan venturoso lugar la diosa misteriosa de las soledades, y cuando se ve á sus dueños caminar agobiados, más que por los años, quizás por el peso de los recuerdos y de las ingratitudes, por las enarenadas calles de sus jardines, piensa uno que atraviesa un palacio encantado, uno de esos palacios que con tanta sencillez como sublimidad han descrito en sus cuentos los hermanos Grim.

¿Será efectivamente todo aquél lujo de flores, de árboles, de plantas, de estátuas, de jarrones y vasos griegos y romanos, de cenadores y galerías de bojés, una obra mágica? ¿Tras tanta belleza natural y artística que embarga los sentidos y deleita el espíritu, ocultaráse el malicioso conjuro de algún inicuo encantador, que por permisión diabólica haya quedado para asombro de éste siglo de luz eléctrica y progresos telefónicos?

Tales preguntas hice á mi buen amigo el Sr. don Jacobo San Gil que me acompañaba en la visita de que voy dando cuenta y con gravedad cómica me respondió:

—Es muy posible que así sea: cerca de aquí está el *Pico-Sacro*, el monte célebre en cuya cima los celtas, pobladores primitivos de éste país, encendian sus fuegos lustrales y practicaban sus sacrificios á los dioses; aquél monte en que los Reyes Suevos se coronaban y juraban, teniendo por testigos el dilatado y sereno horizonte, defender su patria contra las invasiones de los extranjeros y sobre el cual entienden algunos, que se levantó el castillo de una mujer, famosa por sus aventuras tanto como por su belleza, la legendaria *Lupa*. Pues bien, si se descende al valle, si se pregunta á los campesinos que nos rodean y que todos los días miran con rencor hácia la montaña, que hay en ella, dirán: *Alí estan os mouros*. ¿Y sabe usted lo que explican con esta respuesta? Pues explican su creencia, una viejísima y arraigada superstición; que en el seno del *Pico* habitan moros encantadores que en las abrasadoras tardes de Agosto bajan á las eras por debajo de tierra y hurtan el trigo y el centeno majado para dar de comer pan de flor á las infelices doncellas que ha luengos años tienen allí en cautiverio. ¡Ay del olvidadizo labrador que sobre el montón de rubio grano no clave un ramo de laurel bendito! desaparecerá inmediatamente, y cuando al siguiente día de la maja vaya á llenar sus sacos; que si quiere; ó no encontrará gota ó estará horriblemente merariado. Esto créese á piés juntillas, como se cree, que de cincuenta en cincuenta años, roban esos fementidos sectarios de Mahoma, la más linda aldeana del Ulla para que vaya, en los espléndidos subterráneos del monte, cuajados de oro y piedras preciosas, á ejercer de Sultana.—¿No es posi-

ble, amigo mío—añadió sonriendo el señor San Gil— que los efectos de los magos vecinos hayan llegado hasta aquí?”

Lo que no es sortilegio ni mistificación, sino realidad tangible, es que los Marqueses de San Miguel tienen una casa confortable y régia; salones para juego de billar, tresillo, damas y ajedrez, cuartos para fumar, departamentos para baños, holgados é innumerables gabinetes para los huéspedes, y, en una palabra, cuanto puede apetecer el más sibarita.

Yo no se si ésto constituirá á sus ojos una profanación; pero de mí puedo asegurar que entré allí con religioso respeto, en la cámara de la espiritual Marquesa. El lecho era colosal, lo menos media tres varas de ancho; y qué bien debe dormirse en él! Estaba cubierto con una magnífica colcha de raso azul y adornado con figurillas de bronce dorado, amorcillos con las alas desplegadas, jovencitas sonrientes, con los corazones atravesados por agudas flechas y cupidos burlescos con el carcaj repleto. Iguales debían ser las camas en que descansaban de sus dulces placeres las damas de la Fronda, aquellas ante quienes se postraban los Reyes y los humildes abates y por las cuales caían los caballeros, unas veces en los oscuros calabozos de la Bastilla, otras en los abismos siniestros de la Trapa. Inmediato estaba el tocador: el lavabo era de mármol y la palangana y jarro de reluciente oro. Lubin, Pinaud, Bureaux y Atkison tenían representación en aquel templo de la gracia con sus perfumes, sus jabones, sus pomadas y sus polvos: guantes y flores, fotografías diminutas y preciosos *bibelots* y objetos de arte esparcidos por todos los rincones, era lo que se veía en aquella alcoba: en la bruñida luna de la puerta de un escaparate de palisandro, retratábase una Vénus sorprendida en el baño, castamente velada por plegada y tupida gasa, y en un rincón atraía las miradas un confidente de mullido asiento, testigo silencioso de mil escenas íntimas: sentíase allí el atrayente y singular perfume de la mujer del gran mundo, esa esencia que por lo suave y fina embriaga, y la atmósfera estaba impregnada de enervantes emanaciones.

¡Qué rudo contraste experimenté cuando de pronto y casi sin andar más que treinta pasos, me encontré en la sala de los arreos! Atrás la poesía, la elegancia, lo que seduce á los espíritus superiores y agrada á las naturalezas delicadas; delante, lo prosáico, la rudeza, lo que constituye el imperio del hombre sobre el caballo. Colgados del techo, en las paredes, en los ángulos de la habitación, sobre grandes y largas mesas, veíanse frenos de plata y de duro y cincelado hierro, de formas raras y caprichosas, espuelas de todos tamaños, sillas mejicanas, árabes y españolas, látigos de mango dorado, fustas que debían ceñir-

se á la piel con anhelo rabioso, y estribos de todas las épocas. El Marqués de San Miguel tiene un almacén de efectos y guarniciones, propios para montar, en su palacio de Oca; verdad que sus ocho coches y seis caballos requieren todo aquel lujo de talabartería.

Ya en los jardines, pude admirar la profusión de flores que en él crecen: claveles, gardenias, pasionarias, magnolias, perpétuas, margaritas, jacintos y pensamientos brotaban por todas partes, enviando á la atmósfera, en la que vibraban átomos de fuego que engendraba un sol abrasador, olores que hacían experimentar cosquilleos en la nariz y amodorramiento en el cerebro: un amarillo girasol, de enormes dimensiones, enfrentábase con el encendido hijo de Latona, sin temer á sus rayos ni á sus iras, y una violeta, humilde y obscura, temblaba en un rincón temerosa de que alguna mano salvaje la arrancase de su tallo. Mi piedad por las flores, las sinceras amigas del hombre, veló por su existencia y allí queda, en su apartado retiro, hasta que los cierzos de Octubre vayan á herirla.

Al pié del estanque, cuyas aguas tranquilas y verdosas tienen la intensa frialdad de los lagos de Siberia, estaba puesta la mesa para almorzar. El Sr. San Gil, que sabe hacerlo todo admirablemente, aprovechando la amorosa sombra de unos esbeltos castaños de la India, bajo cuyas ramas podía cobijarse un regimiento, hizo tender el blanco mantel sobre una mesa de piedra, coetánea del primer conde de Amarante; y al rítmico caer de las aguas en el estanque, escuchando las melódicas notas de los pardillos y de los jilgueros y el pitar incesante de los estorninos, empezamos la gratísima tarca que tanto embelesaba á Lúculo y seducía á Heliogábalo. Y en verdad que aquel almuerzo podía compararse á los festines romanos: ¡tan abundante y rico era! Faltábanos las bailarinas esclavas y los parásitos decidores de gracias y chascarrillos, pero teníamos enfrente un panorama sin igual, una naturaleza exuberante, una temperatura tropical, y en los corazones una alegría honesta y purísima, que parecía transmitirse de la tierra risueña y feliz á nuestros satisfechos espíritus. Esto como pensaba aquello.

Las sabrosas tortillas de merluza y el vino de la bodega de la señora viuda de Terrazo, superior al burdeos, conmovieron hondamente, desde su aparición en escena, á mi buen amigo el Sr. D. Daniel Rey—uno de los expedicionarios—causáronme á mí no menos impresión y entre los dos establecióse un pugilato ó torneo contra aquellos comestibles en el que, lo confieso con rubor, fuí vencido por mi compañero y querido adversario.

Nada echamos de menos en aquel banquete improvisado: la soli-

ciudad piadosa del Sr. San Gil lo había previsto todo y, cuando llegamos á los postres, vimos aparecer, con júbilo de aficionados, la niquelada cafetera. Cómo pudo confeccionarse la excitante y agradable bebida en aquel lugar combatido por la brisa y abierto á todos los puntos cardinales? No lo sé: lo cierto es que nuestro anfitrión presentó en tazas de fina porcelana un aromático café, y en vasitos de cristal de Bohemia un ron mayor de edad. Dios se lo pague. De esos días placenteros entran pocos en la cuenta, y cuando se rinde, en el Océano de la vida, la postrera singladura, siempre se recuerdan con satisfacción.

Levantábanos de la mesa cuando un paje de S. E. se presentó en su nombre á ofrecernos café y habanos. Agradecemos la cortés invitación y sólo aceptamos los últimos.

Emprendimos entonces nuevamente la ruta por la régia posesión y atravesamos los hermosos paseos de la parte oriental, escasos de arbolado por el gusanillo que lo ha destruido completamente hace dos años: bajamos resbaladizas pendientes, sin que el rayo del sol nos hiriese, gracias á los emparrados, y penetramos en las calles de bojes, interminables, sombrías, silenciosas y por entre las cuales tantas veces han discurrido el amor y la pasión de sus muertos dueños.

Bajo estas sombras áticas, verdaderamente griegas, ha paseado sus melancolías y sus recuerdos uno de nuestros primeros nobles de la presente edad, el que más ha influido, sin duda alguna, en los destinos de España, durante el reinado del nunca bien llorado Alfonso XII, el ilustre Duque de Sexto. Cabe estos estanques de aguas muertas y en medio de estos jardines, llenos de heliotropos, pensamientos y magestuosas hortensias, presenciando los tiernos arrullos de las palomas y de las semi-civilizadas tórtolas, ha venido á buscar, el gran amigo del buen Rey, sosiego á su agitada vida, paz y calma á su dislacerado corazón. ¡Ah! creen algunos que los grandes personajes no sufren contrariedades; que todo lo allana su posición y su riqueza; que la felicidad y la ventura son sus esclavas irredimibles. ¡Qué lastimoso error! Ellos también son víctimas de la infame celada de la envidia; en su camino siémbrense flores, pero en medio deslízase la víbora que los muerde y su corazón no siempre alcanza lo que apetece. ¡Cuántos cambiarían su suerte, más de una vez, por el obscuro y humilde menestral que los mira con asombro!

En éste paraíso estuvo también la señora Pardo Bazán, el primero de nuestros novelistas españoles, y sobre la mesa de lectura de la Marquesa de San Miguel tuvo ocasión de ver, flamante aún, pero con

las hojas cortadas, los dos tomos de *La Madre Naturaleza*. Supe que se leían todas sus obras en aquel recinto y que en él se conservaban gratísimos recuerdos de la eximia escritora.

Nuestra última visita fué para la capilla, un pequeño templo cargado de riquezas y lleno de luz. El San Antonio que se venera en su altar mayor, es una obra de arte: sus labios parece que van á proferir la frase que pende de ellos y sus ojos miran con amor sobrenatural al sonriente niño que lleva en sus brazos. Dícese que un inglés, aficionado á cosas de mérito, ofreció por este santo diez mil duros; por cierto en época en que sus actuales dueños, que jamás habían visto su palacio de Oca, se disponían á venderlo por ocho mil. En la pared del Sur, cerca de la escalera que comunica el patio con la tribuna hay un gran cuadro al óleo de San Rafael: el dibujo no es muy correcto, pero el color es inmejorable; firmalo *Inés*, y según pude averiguar, esta Inés pintora es una aristocrática señorita, sobrina de los Marqueses de San Miguel. Como yo no lo he visto, no puedo afirmarlo; pero los entendidos aseguran que la capilla de Oca, es una copia diminuta del Escorial.

III.

Cerca de las tres serían cuando dejamos á Oca, perturbada un momento en su calma habitual, por las sonoras carcajadas de las lindas hijas del Sr. San Gil, que no se cansaban de expresar su admiración por cuanto veían.

Volvimos á cruzar el camino real que despedía chispas de fuego al rudo contacto con las ruedas del *Riper* y las herraduras de los caballos, y otra vez se nos presentó el Ulla, majestuoso y tranquilo, deslizándose entre floridas riberas y olvidado de las trágicas escenas que, como las de la mañana, le ponen á menudo en evidencia. El Juzgado de la inmediata villa había cumplido ya su cometido, y el ahogado descansaba en el seno de la madre tierra, calentado por el sol de Agosto.

La impresión recibida al llegar á Santa Cruz fué un tanto desagradable. Una mala puerta de madera sin desbatar, toscamente compuesta, nos facilitó la entrada; pero un perrazo enorme nos enseñó sus blancos y formidables dientes. Creí que no podríamos penetrar en aquel vasto cementerio, en aquella soledad amedrentadora. Por suerte presentóse una mujer desmañada y pobremente vestida, que debía pertenecer á la servidumbre de la casa, y aquietó al mastín. Dijonos que el Sr. Marqués estaba en Vigo (esperando sin duda á Pidal) y que si prometíamos no causar destrozos en la finca, se nos dejaría verla. Nos tomaba, apesar de nuestras ropas urbanas, por una turba de

beduinos: juramos respetarlo todo, no probar ni la fresca agua que reclamaban nuestras reseca­das gargantas, y á tal precio nos fué permitido penetrar en los jardines y recorrer toda la finca.

¡Cuánta verdad es que no debe juzgarse por las apariencias, y que, muchas veces, bajo una mala capa se esconde un buen bebedor!

¡Qué jardines, qué bosques, qué sombrías alamedas, qué profusión de robles, encinas, castaños, eucaliptus, bojés y frutales! ¡Qué saltos de agua tan deslumbradores! ¡Qué cataratas, qué hondos abismos, qué barrancos amenazadores y profundos! ¡Qué alfombras de hoja y musgo! Aquello es sublime, no hay nada igual ni comparable. Allí está sola la naturaleza, obrando por su cuenta, sin que la mano del hombre modifique nada, desarrollándose la flora en una libertad anárquica y no hollando aquellos terrenos, húmedos en Julio por la falta de sol, otra planta que la del animal.

Causóme terror aquella hondonada misteriosa, por entre cuyos cortes y abismos pasaban turbulentamente las aguas que venían de los estanques, y sentí frío en la espalda al contemplar las ramas enormes de las grandes encinas cubiertas de bello verde, como brazos de gigantes, y caídas siniestramente al tremendo empuje de la descarga eléctrica.

Mirando todo aquello por vez primera, dije á mi memoria. ¿En dónde he visto yo éste bosque, estos jardines y esta naturaleza tropical con todos sus claro-oscuros, sus matices, sus horrores y sus plácidos escondrijos? Estas estátuas de viejos caballeros sin brazos, estas cabezas de esfinges interrogadoras, estos puentecillos de madera sin barandas, que hacen temblar de espanto al que los cruza, estas cascadas con hilos de verdosa agua, esta muerte y esta vida prodigiosa ¿en dónde los he contemplado? ¡Ah! sí, en una obra de Zola, en *La Caida del Abate Mouret*: éste es el *Paradou* tan admirablemente descrito por el rey de la novela contemporánea, aquel lugar de delicias en que el casto sacerdote enloquecido por el acre perfume de la tierra y la poderosa atracción de la carne, vivió durante algunos meses la existencia íntima de la naturaleza. Sí, eso es el viejo y encanecido palacio de Santa Cruz.

Cerca de la fuente de Jovellanos, una fuente que trae el agua helada, y sobre la mesa que sirvió para escribir sus últimas obras al sabio autor de *Pan y Toros*, comimos aquella tarde. Al acabar—y con permiso del jardinero—María, Elena y Lolita San Gil entraron á saco en los jardines de Santa Cruz, formando con las flores recogidas dos lindos *bouquets*, uno de los cuales perfuma aún mi habitación, á pesar de que palidece y se marchita por instantes.

La Coruña Agosto 7, 1888.

EL ULLA.

I.

EL Ulla es, tal vez, el valle más hermoso de Galicia. Ocupa un radio de nueve á diez leguas, en el cual la mano de la Providencia ha depositado todas las bellezas y todos los encantos que la ardiente imaginación del artista puede concebir.

Cuando Galicia, esa bella tierra zaherida y maltratada, sea conocida de todos los españoles; cuando sus rios sean surcados al caer la tarde por los amantes de las impresiones y de los misterios; cuando sus aromáticos jardines brinden emanaciones purísimas á los admiradores de la naturaleza, entónces los poetas más eminentes de España, vendrán á inspirarse á nuestros valles, y los novelistas encontrarán digna de competir con Suiza á la gentil Suevia.

El Ulla es el país de las cántigas, de las baladas y de las mujeres espirituales y purísimas. En el Ulla ha nacido aquel desventurado Doncel de Enrique III el *Doliente*, á quien un amor funesto y mal comprendido le dió traidora muerte. Macías *El Enamorado*, el trovador más gentil, más hermoso y más valiente de la corte de Castilla, aquel que cantaba tristemente á su Elvira, como canta el cisne en la hora suprema de la muerte, había sido besado en su cuna por el sol de oro que baña las ondas del Ulla.

Hermoso país. ¡Cuántas veces en mi amarga y tristísima soledad suspiro por tornar á tu seno! ¡Ay! Aquellos ala..... la las llenos de ternura y sentimiento que hacían venir copiosas lágrimas á mis ojos y me traían á la memoria reminiscencias de pasadas felicidades,

ya no volveré á oírlos. Ya jamás la música lejana que moría entre los pinares al precluidar su postrera nota halagará mi herido corazón.

¡Ulla! ¡Ulla! Dichosos los que no te han perdido nunca de vista. Dichosos los que no oyeron otras campanas, que las campanas de tus aldeas.

En el mes de Abril, el Ulla, más parece un edén que un jardín. Los almendros, los manzanos, los sauces, los limoneros, los cerezos, cubren sus ramas de flores que contrastando con el verde esmeralda de los prados, dá á toda la comarca el aspecto más encantador que puede soñarse.

Arboledas dilatadas, bajo cuya sombra pastan tranquilamente mansos bueyes y juegan los tímidos y asustadizos conejos; prados de luciente yerba en la que el campesino mira futuras ganancias; arroyuelos que serpenteando inmensos terrenos van á perderse con sus cintas de plata en el gran río; pequeñas colinas en las que se destacan viejos alcornoques y robustos castaños; fuentes rústicas de supersticiosas leyendas á las cuales van con sus cántaros de barro á buscar agua las lindas campesinas; todo formando un conjunto que corona un cielo blanco y diáfano, convida á la meditación y al amor; ya que la belleza de la naturaleza, es una causa que predispone el ánimo á la expansión de los afectos sublimes y psicológicos que abraza el alma humana.

La comarca del Ulla, comprende muchísimos pueblecillos ó aldeas. Los que más descuellan por su belleza y particular encanto son Riveira, Berres, Cora, Sarandón, Oca y Vedra. En estos lugares, bañados por las serenas ondas del río que lleva el mismo nombre del valle, es en donde, si se me permite lo atrevido de la frase, se halla estereotipada toda la hermosura del Ulla. No es ésto negar sus cualidades á las demás comarcas vecinas, que las atesoran y no en pequeño número, es sí hacer justicia en medio de lo excelente á lo ópimo y extra-superior.

El Ulla es el país de las tradiciones, de las leyendas y de los cuentos fantásticos. En él se halla enclavada la torre *da Barreira*, célebre en los anales de nuestra historia, por ser la última posesión conservada por los Churruchaos, excomulgados por la iglesia católica á consecuencia del asesinato cometido por el caballero Fernan Pérez Churruchao, en la persona del señor Arzobispo de Santiago de Compostela D. Suero de Toledo. También en el Ulla, se levanta magestuoso y altivo como gigante que domina cuanto alcanza su mirada de águila, el *Pico Sacro*, montaña que está 1930 piés sobre nivel del mar y sobre cuya cúspide se divisa, no sólo todo el valle que se estiende á sus piés, sino también una parte del Atlántico.

La leyenda del *Pico Sacro* es una de las más fantásticas é inverosímiles que tiene Galicia. El *Pico Sacro*, según la opinión del historiador romano Justino, encerraba en su seno grandes cantidades de oro. Ese oro empero, no podía recojerse porque la montaña estaba consagrada á los Dioses; y á los mortales no les era permitido pisarla. Sólo en ocasiones solemnes podían hacerlo. Cuando el rayo descendido del cielo hería la cima del monte. Esto era una prueba de que la divinidad quería proteger á los hombres, regalándoles el codiciado metal. Mas pasado el día en que la descarga eléctrica había marcado su paso por el *Pico Sacro*, tornaban los sacerdotes á impedir la explotación.

No es esto sólo lo que del *Pico Sacro* se cuenta. Después de la batalla del Guadalete en que España vino á la dominación arábiga, un gobernador moro á nombre de los Califas de Córdoba mandaba en Galicia. En el *Pico Sacro* tenía su palacio, mansión digna de un discípulo de Mahoma, en la cual se habían agotado todos los refinamientos de la comodidad hermanada con el arte. Entre sus esclavas, que pasaban de ciento, había una que era la más divina, la más graciosa, la más angelical, y la que él llamaba su Sultana. Pero Lupa, que tal era su nombre, no amaba á su señor y ardiente como todas las hijas del desierto, concentró su pasión en un pajecillo cristiano, de rubios cabellos, que Aben-Hamar, había hecho prisionero en una de sus correrías. Cuéntase que el page correspondió al amor de la favorita, lo cual sabido por Aben-Hamar, encerrólos en un subterráneo del palacio, sujetos con fuertes cadenas el uno enfrente del otro, á los que con ira feroz dejó morir de hambre.

Si el lector cruzáse alguna vez, á eso de las diez de la noche, por el camino de Puente-Ulla á Lalin y oyese unos doloridos lamentos que vienen, con la brisa, del lado del *Pico Sacro*, sepa que son las almas en pena de Lupa y su amante, que eternamente piden venganza contra su matador.

Enumerar las historias, unas veces lúgubres otras locas, muchas sangrientas que perturban la mente de los campesinos del Ulla, sería tarea interminable, sería tan imposible como precisar el número de estrellas que pueblan el firmamento.

En el Ulla he pasado los primeros años de mi vida. Allí sentí abrirse mi alma á las impresiones deliciosas de la naturaleza y aprendí á amar á Dios sintetizado en la patria. Allí brotaron en mi alma, estos sentimientos, tal vez exagerados, que me convierten én idólatra ciego de la tierra gallega; con los cuales me he identificado de tal suerte, que no concibo la vida sin sostenellos y cultivarlos.

Si es un crimen, fijar todo el amor que puede quedar en un corazón lestrimado por los desengaños y las ingraticudes, en un punto determinado de una nación, con perjuicio de todos los demás países del mundo, á los que debe amarse igualmente, yo confieso que soy un grande, un terrible criminal. Galicia y el Ulla absorven hoy todos mis pensamientos, no ya por su hermosura y esplendidez, sino porque condensan todas mis esperanzas futuras. El Ulla es para mí hoy, como un viejo ídolo al que se ama con superstición y fanatismo.

¡Salve, amado Ulla! ¡Yo te saludo!.....

II.

Las *villas* ó quintas de recreo abundan en el Ulla. La aristocracia de la sangre y la del dinero, los altos empleados y los distinguidos políticos, que durante el invierno han estado comprimidos y sujetos en la corte ó en las viejas capitales de provincia, representando más ó menos graciosamente cómicos papeles, tan pronto como aparece Junio con sus primeros calores estivales, abandonan sus confortables viviendas de la estación helada y corren alegres y satisfechos, sin preocupaciones ni etiquetas, á gozar de los dulcísimos encantos con que el campo de Galicia, brinda á cuantos le visitan.

Muy rara será la aldea del Ulla en donde no se encuentren dos ó tres de estas quintas, las cuales suelen estar habitadas por lindas y alegres señoritas, por mamás un tanto aficionadas á la libertad de las soledades campestres; y por viejos señores que, ó escriben libros que harán su reputación en los primeros meses del nuevo año, ó hacen comedias y dramas cuya representación es dudosa ó se dedican buena-mente al estudio experimental de la agricultura, de la botánica y de la pesca.

Generalmente todos estos nobles que visitan el Ulla en verano y que en invierno dejan con sus mayordomos la atmósfera impregnada de sus espíritus, son honrados y bonachones y tratan ménos desabridamente al humilde labriego que les paga renta, que los *hijos-dalgos* que sin salir jamás de sus arruinados castillos, pasan todos los meses del año descifrando la heráldica de sus escudos, contemplando los apollillados pergaminos de sus abuelos; y cazando en vedado con sus lebreces, para que á su mesa no falte la carne, primer alimento de la aristocracia feudal.

En el Ulla hay muchos santuarios, á los cuales se atribuyen grandes milagros y maravillosas curaciones. El clero gallego que combate la libertad del pensamiento lanza *vade-retros* y excomuniones

mayores contra los que no se confiesan, alimenta las creencias populares y, ni niega la existencia de los duendes y de los tragos, ni se opone á las nocturnas correrías *da compañã*, terrible ejército de brujas (*meigas*) que al sonar la última campanada de las doce se lanza á los espacios primero, y visita luego en caballerescas y ridículas aposturas, los cementerios y las encrucijadas.

Los santuarios del Ulla, entre los que descuellan *Nuestra Señora de la Saleta*, *Nuestra Señora de Gundian*; la *Virgen de las Ermitas*; *Santa Paderna*; la *Esclavitud* y *Abades*, celebran sus festividades durante la temporada veraniega, razón por la cual una inmensa concurrencia de romeros y devotos va á llevar sus ofrendas á las santas invocadas en las grandes tribulaciones y á gozar de las delicias de la romería, verdaderas delicias de Cápua.

Así es lo más común, en las tardes de Julio y Agosto, ver discurrir por las empinadas y estrechas *corredoiras* del Ulla, multitud de señoritas con sus lindos trajes de percal adornados de lazos y de flores, mezcladas con las campesinas, que sin prescindir de sus pintorescos vestidos lucen su gallardía y sus frescas y sonrosadas mejillas tan airoosamente como lucen sus dengues de grana y sus mantelos de paño negro y terciopelo: también, en amigable unión, marchan el señorito de la villa, jugando con su ligero bastoncillo y el jóven labriego de anchas espaldas y robustos carrillos que empuña la imprescindible *moca* que en la romería ha de servirle de garantía. Todos van á la fiesta del santuario, en donde han de bailar locamente, decirse amores y jurarse fidelidades que no habrán de ser eternas.

Esta poesía campestre, puramente del Ulla, tan íntimamente querida por sus habitantes es la que encanta y arroba la imaginación y el alma de cuantos, abitos de sufrimientos, buscan emociones sencillas y naturales.

Ninguna ocasión mejor que ésta para describir, aunque sea ligeramente, una de esas romerías. Si es gallego quien su vista pase por estas líneas, sentirá espaciarse su alma al recuerdo de una de las costumbres más originales de Galicia y si no lo es, no dejará de agradaarle, puesto que no ganan en belleza artística á las romerías del Ulla, las que en Irlanda y Escocia ha hecho inmortales Walthar Scott, y en Suiza y Nápoles han idealizado Lamartine y Alejandro Dumas.

Empecemos. El sol, ese faro inmenso que ilumina y dá calórico á los mundos, desciende magestuosamente al ocaso y sus rayos rojos como la sangre, van á reflejar fantásticamente en los cristales de las viejas ermitas y de las negruzcas iglesias, después de proyectar una sombra misteriosa en la movible veleta de la elevada torre. El cielo color

de oro á trechos, de nácar y de amaranco, sombreado de tintas extrañas y caprichosas, iluminado fuertemente por los últimos resplandores del astro que se hunde, representa el más espléndido panorama y el más bello de los cuadros de la madre naturaleza.

En un átrio cuyas yerbas crecen del jugo que los muertos de otras edades les han prestado y al rededor de la ermita, bailan, en un lugar las aldeanas y aldeanos al compás de la gaita y del tamboril la muñeira, música clásica del país, que, con sus extravagantes figuras y difíciles puntos llama la atención aún de los ménos curiosos. En otro, las señoritas y señoritos, para demostrar su pretendida superioridad y marcar así más profundamente la diferencia de clases, bailan mazurkas, schotis, walses de Straus, rigodones y lanceros. Al lado de los unos y de los otros revuélvese y agítase una abigarrada muchedumbre, en la que alternan la montera y el sombrero de copa, la levita inglesa y el marsellés importado á Galicia por los gallegos que tan felizmente llamó *cadiceños*, Rosalía Castro de Murguía.

En los ángulos del átrio hay puestos de frutas en los que hacen grandes brechas los pilluelos y los mendigos; y entremezclados y sin proporciones geométricas, tiendecillas portátiles en las que se encuentran dulces, rosquillas, quesos, pan, fiambres, vinos, licores inofensivos y espirituosos que aniquilan los bolsillos de los viejos y de los jóvenes y excitan las voluntades á la pelea y á la contienda, término general de todas estas chispeantes y alegres fiestas. Allí se canta, se jura, se promete, se invocan los manes de muertos queridos; se llora el recuerdo de ausentes idolatrados, se conciertan bodas que no llegan á efectuarse y se piensa en las cosechas del año cuya buena ó mala calidad está en razón directa con el humor y la satisfacción de las gentes rurales.

De vez en cuando suelen dispararse bombas y voladores que ponen en precipitada fuga á los muchachos ávidos de recojer sus cañas y se elevan globos pintarrajeados de encarnado y azul, en los que no siempre el arte de Apeles y Zeuxis queda tan en alto, como el humo de pajas que hincha el globo y le hace subir. A una hora dada suspéndese el baile de todas clases, tiéndense blancos manteles de lino sobre la yerba del átrio y todo el mundo hace honor á sus *cestillos* atestados de jamones, tórtillas, pollos, chorizos, perdices y otras viandas suculentas, que con el sabroso vino del país, forman los más opíparos banquetes. Es de ver á la señorita de enguantadas manos cómo tritura un huesecillo de pollo que mancha sus dedos de grasa y cómo un sesudo magistrado ó un grave diplomático, lo mismo que el más infeliz labriego, se tizna los bigotes de nan ó de natillas y se embadurna la

blanca pechera de su camisa de finísimo hilo, con el vino que le sobra y le entorpece.

Reina entónces la más agradable confianza y la más expansiva unión y el *noble de gotera* y su arrendatario, que durante todo el año se habían mirado con prevención y desconfianza, rompen la valla que los separa, estrechan la distancia que entre ámbos existe y fraternizan en nombre de la pátria y de sus mayores muertos en un mismo lugar, aunque en diferentes y escepcionales posiciones. Estas fiestas que, sin su parte inmoral, tienen algo de las *Lupercales* con que los romanos obsequiaban á Baco, llegado un instante, mezclan á las gerarquías sociales, borran por completo los timbres y la humildad de los unos y de los otros; y confundidos en un solo pensamiento, en el de la diversión, nobles y plebeyos, mendigos y millonarios, marqueses y labriegos se entrelazan y aunan, formando una inmensa rueda en cuyo centro el *gaitero* preludia entusiasmado su invariable muñeira. Entónces no hay más que gallegos que rinden culto á las costumbres pátrias y que se entregan de lleno á las sagradas fiestas de sus mayores.

Desgraciadamente en nuestros días, la moda cursi y ridícula de las ciudades empieza á llevar innovaciones á esos lugares primitivos de los celtas y de los suevos; y sus usos van perdiendo el sabor local que tanto los recomendaba y ese colorido regional que los diferenciaba notablemente del resto de las provincias ibéricas. ¡Ojalá que el espíritu de unión que hoy parece reinar en Galicia, sepa contrarrestar los perniciosos efectos de esa nueva irrupción que tiende á matar nuestra poesia provincial!

El día en que los romages de Galicia, no lleven los habitantes de diez leguas á la redonda á sus lugares y la indiferencia cunda por todos los pueblos y se acude en todas las almas, los que amamos á Galicia por sus costumbres patriarcales, tendremos que llorar como lloraba Boabdil, viendo perdida á su querida Granada.

¡Galicia! ¡Galicia! Dios mire por tí! . . .

Los ausentes somos como muertos. Vivimos en espírita en tus frondas, en tus montañas y en tus valles.

Parecémonos á las almas errantes y vagabundas que giran con el viento, porque eternamente nos posamos en memorias sobre la tersa superficie de tus rios, entramos en las alegres viviendas de tus moradores y examinamos desde lo alto de los campanarios como cruzan y se pierden en tus laberínticas montañas y alamedas nuestros padres, nuestros hermanos y nuestros amigos.

Por eso, sin duda, te amamos con mayor pasión que te aman los que son arrullados por tu fresca y perfumada brisa.

¡Galicia! ¡Galicia! ¡Qué Dios te conserve! . . .

¡Ulla! ¡Ulla! No quiera el cielo que mis cenizas tengan otros panteones ni otros mausoleos, que las humildes y modestas sepulturas que la mano del hombre abre en tus tristes y solitarios cementerios.

Allí, á la sombra de aquellos cipreses que parecen guardar de miradas indiscretas la sagrada mansión de los que fueron; allí hasta donde no llegan los rumores de la tierra y en donde mueren apagados todos los ecos; allí, sin más epitafio, coronas ni inscripciones que una siempreviva que crezca sobre mi frente, quiero descansar de los quebrantos de una vida azarosa y cruel, en la que sólo se tocan decepciones y punzantes desengaños.

(1877)

TARDE DE OTOÑO.

I.

Fué una triste y nebulosa tarde del Otoño cuando ella, la virgen de cabellos negros y *frios labios*, que semejaban por lo carmineos dos cerezas sazonadas y por lo helados el cristal que en Enero cubre la superficie de los rios del Norte, dobló su gallarda cabeza con suprema gracia y cayó para no levantarse más.

Un dolor oculto y misterioso que la ciencia médica no había podido combatir, ni siquiera conocer, minó su existencia florida y cuando todo conspiraba á la dicha de su alma, perdióse para los que la idolatraban con mayor rapidez que se pierde en el espacio el eco de un fugitivo suspiro.

Casto era su lecho, blancas como su espíritu las colgaduras, y ella que en vida tenía un rostro ligeramente trigüeño, que la hacía superior á las más puras creaciones de Rafael y de Tiziano, estaba más blanca que esos ángeles alegres que vemos á cada rato, como queriendo lanzarse con sus débiles alas á lo infinito, en los retablos de las iglesias.

Bien me acuerdo de aquella tarde de lágrimas: llovía menudamente, el cielo estaba tapizado de oscuras y plumizas nubes que corrían con rapidez vertiginosa por el espacio, dejando detrás surcos de amarillosa luz; los árboles, perdido el verde esmeralda que ostentaran durante la estación veraniega, exhibían sus desnudos esqueletos, agitando á impulsos del viento sus secas ramas como brazos de titanes muertos.

tos, á quienes el destino por cruel sarcasmo otorgase un minuto de galvánico movimiento; las hojas crugían al caer y deshacíanse con ruido que pretendía parecer doloroso al ser destrozadas por la planta del hombre ó del animal; empezaban á crecer los arroyos, y su ligero murmurio de las plácidas tardes de Agosto trocábase en mugido sordo y persistente, siniestra amenaza para el venidero invierno; las flores habían doblado sus débiles tallos abatidas por los primeros traidores eierzos y solamente la dálica erguía su cabeza coronada de azulosas hojas como desafiando al Dios de las tormentas, de los hielos y de las tempestades.

¡Qué melancólica y triste estaba aquella tarde!

Todo lloraba en su derredor; el cielo y la tierra juntábanse en un abrazo de lágrimas y suspiros; solo ella parecía dichosa en su blanquísimio lecho, con los ojos cerrados, cual si durmiese en sueño de delicias y venturas y en los labios una sonrisa de suprema satisfacción.

Jugueteaban, sin duda, los ángeles á su lado.

Ella, que sintiera en vida tan cortas alegrías, que sufriera de la suerte todas las tiranías y rigores, que solo conociera vagamente y de oídas la felicidad, estaba allí como transfigurada por la muerte; parecía la conjunción de la inmensidad de lo infinito, en cuyas etéreas regiones volaba ya su espíritu, con todo lo que tiene de grande, bueno y noble éste bajo mundo. Al caer en la quietud, al dejar de sentir dentro del pecho los latidos de un corazón que sólo había recibido heridas, al perder aquella sensibilidad esquisita que le obligaba á vivir desterrada en la tierra, pareció que había recobrado su única y verdadera forma, la de los querubes, la única cierta y legítima belleza, la de los serafines celestiales.

Sus manos, de escultural perfección: manos que no han podido modelar Fidias ni Práxiteles, ni pintar Van-Dik ni Rubens, cruzábanse aprisionando dulcemente un crucifijo de marfil, que aún conservaba en la frente del hermoso Cristo las huellas del último y santo beso.

¡Cómo estaba de conturbado y enfermo mi espíritu, al contemplarla en aquel lecho ebúrneo, parecido á un trono por el depósito valioso que sustentaba! Contenía á duras penas los sollozos que se me escapaban del pecho, y las lágrimas caían por mis demacradas mejillas quemándolas como si fuesen de plomo derretido.

No tenía ideas, bien me acuerdo: mirábalo todo con la indiferencia del idiota y aún tocando la vil envoltura de mi alma, que revelaba una vida insípida y odiosa, figurábame que era yo, y no ella, quien estaba muerto.

Más tarde debía comprender toda la fuerza de mi desgracia, el

dolor asesino que había de comprarme como esclavo. Entónces, en aquella tarde, de duelo para mí, de reposo para ella, nada entendía ni miraba; sentíame como suspendido en el vacío, sin aliento para subir ni bastante peso para caer, como en espera de una horrible y siniestra catástrofe.

A veces—como una idea informe y fugitiva—pasaba por mi cerebro un recuerdo. Mis sacrificios por tornar á su lado, mis heroicos esfuerzos por conquistar nombre y fama con que deslumbrar á los tiranos que la naturaleza le había dado como padres, mis cruelísimas noches de insomnio y de trabajo, por atesorar oro, mucho oro, con que hacéme respetar de los que habían presentado mi pobreza y la humildad de mi cuna como estigma vergonzoso que me impedía llegar hasta ella, venían ahora como otros tantos torcedores á perturbar la calma insólita en que, por efecto de tamaña y colosal desgracia, había caído todo mi ser.

¡Todo, todo estaba perdido! Las coronas verdes aún y denunciadoras de los triunfos de la víspera, no adornarían su frente, ¡oh destino! cuando solo para ella y por ella las había conquistado; las riquezas atesoradas, en medio de afanes prolijos y esfuerzos de imaginación sobre humanos, no servirían ya para dar realce á su belleza de diosa y proporcionarle las dulces victorias que á mi lado había imaginado alcanzar un día.

¡Maldición! Sí, por qué negarlo, hubo un instante de reacción en tarde de tan absoluto anonadamiento, y, con ojos de loco, miré amenazando al cielo.

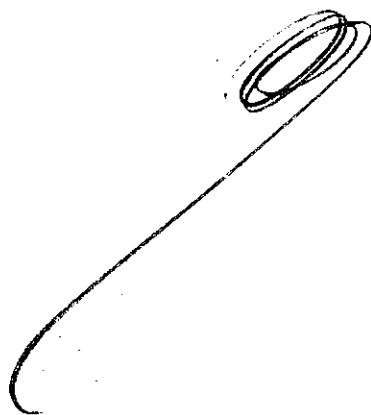
Más ¡ay! su rostro me atrajo por la calma y suavidad que revelaba, y mis furoros irreverentes cambiáronse en oraciones; á veces, quizás por la debilidad de la retina fatigada de llorar, parecíame ver que sus facciones se animaban y que sus labios balbuceaban estas palabras: *la felicidad no es de éste mundo*

II.

¡Qué queda de aquella nublada tarde del Otoño?

¡Oh, mísera condición humana! dos cadáveres: cubren al uno mármoles y flores, y al otro, bien á su pesar, las pompas y vanidades de los vivos.

LOS PROBLEMAS DE ACTUALIDAD EN GALICIA.



REGIONALISMO.

Las aspiraciones y tendencias de los pueblos están de tal suerte sujetas á leyes históricas y antropológicas, que ningún sistema ni cálculo humano pueden variarlas. En el propio organismo, en la conformación mecánica del tipo, en los antecedentes etnológicos de raza, en los sentimientos que engendra la mayor ó menor sensibilidad psíquica, en el fin social que sirve de meta á todos sus propósitos, tiene el hombre fijado su ulterior destino, y cualesquiera que sean los acontecimientos externos que entorpezcan su marcha ó las causas que le impidan realizar sus ideales, más ó menos tarde, cúmplense aquellas leyes que, como nacidas de la naturaleza, llevan el sello fatal de todo lo que es finito y hacedero en el tiempo.

De manera asombrosa y rápida multiplicáronse las especies desde los primeros días de la creación: las razas, obedeciendo á los inmutables principios de la selección, han mejorado notablemente y progresado lo bastante para establecer entre unas y otras el límite que las divide y separa; y los pueblos, embrutecidos primeramente y hechos de nociones y principios civilizadores, han comprendido á la postre sus necesidades sociales y marcado su línea de conducta para llenarlas y satisfacerlas cumplidamente.

Los que pretenden confundir y amalgamar esas aspiraciones y tendencias en pueblos que reconocen orígenes y genealogías diversas, que tienen usos y costumbres diferentes, que se rigen por leyes, si no contrarias entre sí por lo menos en nada parecidas, que hablan idiomas y dialectos especiales y poseen una literatura particular y propia, come-

ten un gravísimo é inexcusable error, que, si llega á triunfar, trae á la larga desventuras y lágrimas.

El progreso de las ciencias y el encunbramiento de la filosofía y de la razón, han determinado en nuestro siglo, eminentemente revolucionario y amante de lo justo y equitativo, la muerte de un derecho criminal y bárbaro, que la antigüedad había admitido por carencia de ideas verdaderas acerca de la extensión y límites de la propiedad, el derecho de conquista: convenido solemnemente por las grandes nacionalidades cuáles eran las fronteras naturales de los pueblos, de qué suerte podía determinarse el área que á cada uno correspondía y qué causas protegían la mutua independencia, quedaron de hecho abolidas las prerogativas de la fuerza y garantidos, por siempre, los fueros y privilegios de los débiles.

Si la Europa acepta en principios generales esta honrada transacción que ahorra sangre, tristezas y falseamientos de la justicia; si no se opone á las divisiones naturales que trae consigo la diferencia de religión, de idioma y de aspiraciones y firma un pacto legal que á todos favorece ¿cómo dentro de esas mismas nacionalidades ha de pretenderse establecer una absorbente centralización que niegue todo lo que sirve de base á su propia independencia?

Es menester no olvidar la lógica: los apasionamientos no conducen á nada práctico ni beneficioso; y nada es más hermoso en los fuertes que reconocer y respetar los legítimos derechos de los débiles, si no se oponen al principio de integridad y conservación.

Nadie negará que las distintas regiones que componen la Península ibérica, apesar del apretado haz que forman y de la común idea de engrandecimiento que tienen, en relación con la unidad territorial, muestran entre sí discordancias sustanciales y profundas, que justifican la tendencia de cada una á mejorar en el sentido que las leyes íntimas y biológicas de los pueblos determinan

Los fueros y leyes de Cataluña, mirados bajo el punto de vista de la uniformidad en la legislación nacional, en nada se asemejan á los que rigen todavía, apesar de los rios de sangre que han costado, en las provincias vascongadas; y aún hoy, que hemos progresado notablemente en materia de derecho civil, se da el caso fenomenal de que, un aragonés sea considerado apto para contratar á los veinte años, con arreglo á los fueros de Aragón de 1564 y 1585, mientras un andaluz ó un asturiano no alcanza ese privilegio hasta los veinte y cinco años.

En cuanto al modo de ser de la familia gallega y á las leyes especiales que respecto á ella y su propiedad han regido, guardan alguna

analogía con las de las demás provincias? No por cierto: tienen otra procedencia, crean diversos deberes y obligaciones y otorgan ventajas que otras regiones desconocen.

Si nos apartamos de las leyes, que dan la medida de la innegable diferencia que existe entre los pueblos de la Península ibérica y nos fijamos en sus costumbres y en sus dialectos ¿encontraremos alguna similitud?

Cataluña ha hecho de su antiguo provenzal ó lemosin, un dialecto rico y variado que impone como idioma al resto de la nación y en el cual se escriben libros de la mayor importancia, poemas grandilocuentes y periódicos y revistas que compiten con los de París y Madrid. Galicia, después de largos años de apartamiento de la cosa pública, recuerda su *dulce habla*, aquella armoniosa y suavísima lengua, que según la feliz expresión del Marqués de Santillana, era la única que servía para la poesía y el amor; y en tan tierno dialecto, presenta poemas de tanto mérito literario como los de Rosalía Castro, Pondal, Curros, Losada, García Ferreiro y Lamas Carvajal. Asturias enamorada también de su gracioso bable, complácese en propagarlo en las bellas poesías de Cuesta; y los vascongados siguen cultivando su fuerte idioma, como sus montañas altísimas, inexpugnable á las innovaciones modernas y á los giros de los idiomas europeos. La misma Andalucía, sin poseer un verdadero dialecto hace acopio de los modismos populares, sancionados ya por el tiempo y lanza á la palestra literaria cuentos, poesías, revistas y leyendas en ese peculiar decir lleno de encantos y deslumbrantes perspectivas por su sabor local y su colorido esencialmente regional. Y en esta exhumación sagrada de todo lo provincial, figuran también los folk-loristas ingleses, franceses y peninsulares que aunando sus esfuerzos, caminan todos á un propio fin, al de perpetuar las tradiciones, conservar las leyendas y creencias, inquirir la historia de cada pueblo y el origen de cada raza y dar amplia y esplendorosa vida á las literaturas provinciales.

Diríase que, en estos días de tranquilidad relativa y de adelantamiento efectivo, en que el vapor y la electricidad borran las fronteras y confunden los negocios, en que, desde las orillas del Manzanarés se llega en breves horas á los montes Ourales, haciendo afectuosos compañeros, si no hermanos, á finlandeses y castellanos, para hermanar los frutos de la civilización con los ideales purísimos del espíritu, recógese más y más el concepto regional y conviértese ese amor sublime al lugar en que se ha nacido, en culto ferviente que sustituye las perdidas creencias.

Es grato, más que grato es consolador, recordar en las apartadas

lejanías del voluntario ostracismo el esbelto campanario de la iglesia donde uno ha recibido las primeras impresiones de la religión: la pequeña y melancólica campana voltea alegremente en víspera de la fiesta, los cohetes y las bombas estallan estrepitosamente en el espacio: allá abajo, hacia el valle véese acercar una abigarrada muchedumbre, compuesta de sonrosadas mujeres exhibiendo sus negros mantelos y sus dengués de fina grana y de hombres, gentiles y apuestos, con su ropa dominguera pródiga en botones dorados y bordados de encarnada seda: la música envía más allá del pinar vecino sus notas arrebatadoras y la danza atrae y enloquece con sus giros y vueltas á los más serios y circunspectos, mientras en el seno de la pequeña ermita se entona con gravedad solemne por los devotos la última piadosa novena á la milagrosa virgen del Santuario.

¡Bellos y tranquilos días de la infancia, que ya no volverán para los que estamos á punto de traspasar ese lindero horrible de la vida que hizo estremecer al romántico Espronceda! ¡Con qué dulce emoción os recuerda la memoria!

Aquello es la patria, la verdadera y única patria, el pedazo de tierra que se liga al hombre y en cuyo santo seno desean descansar todos sus hijos.

Cuando la despreocupación consiga borrar todas esas viejas impresiones que viven en el corazón del que las ha recibido con vida inacabable, cuando las agradables remembranzas de aquellos días juveniles llenos de sol se extingan y olviden, y á los arranques espontáneos, suceda en el alma, el cálculo entumecedor, solo entónces, podrá admitirse ese convencionalismo absurdo que obliga á amar lo que no se conoce ni se comprende.

Diversas han sido las razas que la historia y la antropología reconocen como progenitoras de la actual familia ibérica. Antes de los fenicios y cartagineses, primeros en fundar colonias en España, es indudable que apareció en nuestras costas, y pasó luego al interior, confundiéndose con los aborígenes, una inmigración procedente de la familia bereber que se extendía á todo lo largo del Norte de Africa desde los confines del Egipto. El Estrecho de Gibraltar, al que más tarde, habia de dar la leyenda fama maravillosa, era el camino para nuestras tierras meridionales por el mar Mediterráneo, y aprovecharon seguramente los bereberes para extenderse en ellas. De natural bondadoso estos primeros inmigrantes, simpatizaron sin duda con los naturales del país y uniéronse en estrechos lazos de familia, dando así margen, cuando las primeras expediciones fenicias, á la

creencia de que, antes de éstas, no había penetrado en la Península ninguna otra raza.

Arriban indistintamente á las costas ibéricas, después de los bereberes, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, bárbaros y mahometanos, empujándose los unos á los otros, luchando por la conquista de un territorio que no les pertenece, y dejando á su paso muestras de las civilizaciones indo-fenicia, helénica y romana en el levantamiento de ciudades como Cádiz, Coruña, Málaga, Mérida, Córdoba y Sevilla. Estas inmigraciones que la necesidad encamina desparrámanse por el territorio, crean leyes, establecen gobiernos, dominan y vencen en todas partes, pero no consiguen destruir el principio originario, principalmente en las tierras del Norte y Noroeste, en donde se conserva el tipo del país en toda su pureza y especialidad de raza.

En las montañas eúscaras no ha penetrado de tropel ninguna de aquellas inmigraciones; si alguna familia aislada llegó á sus valles y cañadas fué para pedir hospitalidad en la cabaña del rudo montañés, del abuelo del héroe de Roncesvalles y calentarse al fuego de su hogar; y lo mismo ha pasado en Galicia, Asturias y Portugal en donde la raza bereber ó celta ha sobrevivido á despecho de todas las irrupciones y sus terrenos y selvas han quedado vírgenes de toda profanación extranjera.

Sólomente las llanuras castellanas, las estériles landas de la Mancha y las floridas tierras andaluzas y valencianas sucumbieron á la influencia de las diversas razas que las poblaron y adquirieron su tipo antropológico, los rasgos físico-similares y las costumbres importadas. Sin duda por esto, y porque tuvieron la habilidad de unirse á los conquistadores, conservaron estos pueblos de la Península su supremacía sobre los demás, y retuvieron en todas las épocas de la historia los centros gubernamentales. Y es cosa averiguada, que allí en donde más se resiste la innovación y el carácter enérgico é independiente domina, menos se adelanta y más laboriosos y difíciles son los pasos de la civilización.

Galicia rechazando en Medulio á los romanos, en Coruña á los normandos y en las cúspides del Cebrero á los mahometanos, ha perpetuado su raza céltica, enriquecida con la nueva sávia que al promediar el siglo V, le trajo la sueva, una y otra hijas de la semítica.

Desde entónces, siquiera haya experimentado crisis dolorosas y crueles, tiene nuestra tierra vida propia, como tiene literatura, leyes, costumbres y dialecto de su exclusiva pertenencia; pero Galicia que desea guardar como tesoro valioso esa herencia del pasado, para legarla á las generaciones venideras, dando expansión á sus sentimientos

regionales, nobles y puros en toda ocasión y tiempo, ni maldice ni reniega del conjunto nacional, que forma la gran patria; antes bien, ámalala con amor inmaculado y conspira en la medida de sus fuerzas á su engrandecimiento y mayor prestigio.

Pero aquello que es nuestra tierra, que es nuestra ilusión más bella, que es nuestro más dulce recuerdo, ¿por qué no hemos de idolatrarlo? ¿por qué no ha de permitírsenos que trabajemos para perpetuarlo en los tiernos corazones de nuestros hijos?

El regionalismo no es un crimen; es una religión veneranda que hace reverdecer la fé, que engendra los supremos ideales y da vida á los héroes.

Sin el amor al lugar nativo no contaría la historia esa épica jornada de las Termópilas, ni Alejandro hubiera dispuesto en el centro de la Persia las exequias de Dario.

¡Ah! si no amásemos la tierra primera que ven nuestros ojos, con frenética pasión, ¿qué seríamos los españoles todos, sino humildes siervos de la familia corsa, que al alborear el siglo, dió reyes para los tronos de toda Europa?

No es posible privar á los pueblos de sus aspiraciones equitativas y justas, de esas aspiraciones que naceu de la historia, de la raza, de la tradición, de las costumbres y del medio ambiente, de eso que bien puede llamarse la religión del hogar. Cuando se pretende combatir todo esto y á viva fuerza se protege el triunfo de una idea convencional, fórmase el vacío en todos los corazones y caen los más fuertes caracteres en la debilidad y en el servilismo.

Encendamos la divina llama del regionalismo en todos los pechos, viva cada pueblo su vida íntima y peculiar, tenga cada hombre el derecho de calentarse al fuego de su hogar y habremos eternizado el principio de unidad nacional, especie de Dios superior y grandioso que á todas partes lleva su poder moderador.

II

El regionalismo va adquiriendo cada día más importancia y extensión: el poder centralizador absorbiendo toda la vida provincial y desconociendo por completo las aspiraciones de cada pueblo, lleva naturalmente á esta evolución social, que se está desarrollando mansamente, como un fuego inofensivo, y que acabará por dominar los más timoratos espíritus y por imponerse como una necesidad salvadora.

Ya no son las antiguas ciudades carlistas, aquellas que levantaron pendones de guerra al tremendo grito de *Rey y Fueros*, las que recla-

man el conculcado derecho de gobernarse con arreglo á sus prudentes leyes y honestas costumbres; es Cataluña, la patria inmortal de Roger de Flor, madre amorosa de la industria y protectora firme del trabajo, quien se acerca á la ilustre viuda del malogrado Alfonso de Borbón y á presencia de sus Ministros expone su memorial de agravios y pide el reconocimiento de sus imprescriptibles fueros.

Podrá pasar desapercibido éste importantísimo suceso para la generalidad de los hombres; pero los que piensan, los que estudian, los que meditan, los que contemplan y observan las corrientes de la época, dan un valor de primer orden á esa manifestación, la más atrevida, sin duda, en éste siglo, del incansable elemento catalanista.

¿Qué quieren los amantes de la patria de Wilfredo?

En primer lugar, que se reconozca que los derechos de Cataluña como nacionalidad no han proscrito: que ésta vuelva á tener Cortes independientes, formadas por representantes que pertenezcan á todas las clases sociales, que voten los presupuestos sin intervención extraña de ningún linaje: que la lengua catalana sea la oficial y la única que se emplee para la enseñanza: que los Tribunales de Justicia se compongan tan solo de catalanes: que el Jefe del Estado jure en Barcelona la Constitución fundamental de Cataluña; y, en una palabra, que Cataluña vuelva á ser: en el momento en que espira el siglo XIX, aquél principado independiente de las centurias XIII y XIV que tenia sus Condes, sus ejércitos y sus escuadras y solo se ligaba á la nación por la solemnidad del pacto.

El gobierno no hará caso de éste desahogo de la "Liga de Cataluña," patrocinadora del mensaje que, según el señor Navarro Rodrigo, Ministro de Fomento, "es simplemente una manifestación pacífica de la extravagancia, que se perderá en el vacío del desprecio universal;" pero ello es que se discute, que se comenta, que se combate por unos y defiende por otros y que atrae más atención de la que supone el distinguido miembro del gabinete.

Quizás las ideas que entraña la exposición no tengan éxito; que al fin no ha mucho que sonaron en Italia los gritos de júbilo de los que, mandados por Víctor Manuel y Garibaldi, consiguieron alejar al extranjero de su suelo y constituir una nacionalidad poderosa y unida y en Alemania los hurras de los que aspiraban á formar, de una porción de diminutos estados, un imperio que tuviese en el mundo de la política, la colosal influencia que tiene la vencedora de Sedán; mas será preciso tener en cuenta las ideas que germinan y comienzan á fructificar al lado de los Ourales, que convierten en naciones independientes principados hasta ahora dominados por los gigantes de Rusia, Turquía y Aus-

tria y las que, dentro de nosotros mismos adquieren forma y realidad, y, ante el desastre económico y la insufrible vejación tributaria, se imponen como una esperanza de mejoría.

El Sr. Gamazo lo ha dicho recientemente en el Parlamento: los presupuestos no pueden satisfacerse, el país está agobiado, carece de recursos con que responder á tanta reclamación como se le hace, necesita más desahogo en su vida industrial y agrícola y más protección en el desarrollo de su anémica riqueza. Hay que atender las quejas razonadísimas de "La Liga Agraria," que cortar algún tanto los vuelos del libre-cambio, progreso económico al que aún no nos es dado llegar sin grave riesgo de nuestros intereses, y establecer economías en todos los ramos de la administración y de la vida provincial y municipal. Si esto no se hace, si las glorias y aplausos de Barcelona, menos sinceros de lo que parecen, no se olvidan para escuchar los gritos de sufrimiento del proletario, si la burocracia insaciable no cede un poco ante la necesidad monstruosa y cruel, quizás la extravagancia de que habló el Sr. Navarro Rodrigo no lo sea en definitiva.

Véase, sinó, á nuestra Galicia bien amada, enferma desde ha tan largos años y sin esperanzas de curación. ¿En dónde podrá encontrarse ésta? La emigración crece como una epidemia horrible y devoradora; y toma una forma nueva, que no había tenido precedente en el modo de ser de estos tremendos fenómenos sociales, que asusta y espanta á los que no podemos vivir sin la pasión del suelo que constituye una sensación dulcísima para el cuerpo y un pensamiento de luz para el espíritu, y que dejará desierta una tierra, por sus bellezas incomparables, sólo igual al bíblico Paraíso terrenal.

Ya no se van los hombres solos: llévanse sus mujeres y sus hijos; desaparecen familias y lugares enteros. Una mañana ármase el viejo carro, amontónanse los diminutos baulillos, deja de humear el ennegrecido tejado, mírase por vez postrera el establo desierto y la choza humilde que fué centro de alegrías y dolores y empréndese por viejos y niños, mujeres y hombres, la ruta del puerto: van los rostros afligidos, los ojos hinchados por el llanto, el corazón presa del más inaguantable de los dolores; pero no se vuelve atrás la cabeza, siguese con resolución de rabia y de impotencia para luchar con lo que queda, hasta llegar á la orilla en donde se columpia el monstruo de hierro que en sus entrañas ha de llevar á los tristes, á los modernos israelitas, á la tierra de promisión.

¿Qué será de nuestra patria, de la hermosa tierra de las *cántigas* melancólicas y de la poesía del corazón si éste destierro de sus pueblos sigue? ¿A dónde iremos á parar, y qué será de estos floridos campos

si las familias, impulsadas por la pobreza, recogen sus penates y dejan para siempre y por otro el país que les dió sol, lengua, religión y sensibilidad? En tanto trasponía los mares el hombre solo, ambicioso honrado de una fortuna que no podía darle su patria, podía mirarse sin gran miedo la emigración; que al fin el hombre volvía, dominado por el recuerdo y el amor de los suyos, y á veces por el placer de exhibir su redención; pero ahora que se van con sus mujeres y con sus hijos, que dejan á campo yermo la huerta y el prado estériles ya para la producción, ¿cuándo volverán?.....

Y esto pasa—¿por qué ocultarlo?—A Buenos Aires, á Montevideo y al Brasil van atestados los vapores de las Mensajerías inglesas y francesas, de familias que se llevan todos sus miembros, que no dejan nada detrás si no es el amargo pesar de abandonar las escondidas sepulturas en que duermen sueño interminable sus ascendientes y los encantadores lugares en que se deslizaron los hermosos días de la infancia.

Y no valdrán circulares ni leyes contra la emigración, porque cuantos más obstáculos se le opongan, más se vencerán: lo que hace falta es crear la protección para el agricultor, dar valor á su trabajo de esclavo, amparar la industria y las artes manuales y reconocer que no es posible respirar dentro del agua, si no se tiene organismo de tiburón.

Yo siento tocar estos puntos, verdaderamente oscuros y tristes, reveladores de una situación angustiosa por todo extremo; pero, ¿no es llegada la hora de las verdades solemnes, siguiera enfermen el ánimo y produzcan el desfallecimiento de las ilusiones? ¿Qué ganará Galicia con el sostenimiento de una comedia de bienestar, que en definitiva no enseñará, por vía de desenlace, más que un pueblo muerto? Es posible que aún se encuentren fuerzas para combatir los estragos del mal; si las voluntades se unifican en éste país de los caracteres honrados y se recuerdan las viejas tradiciones que tanto abrillantan nuestra historia, quizás recobremos los alientos que se extinguen poco á poco y volvamos á disfrutar el derecho de tener patria y hogar.

De ahí, de ese mundo generoso, (1) en donde el amor al propio suelo crece en relación con la distancia que de él separa al individuo, pueden venir muchas y generosas ideas que fortifiquen éstos espíritus vacilantes y regeneren ésta sangre que se empobrece con rapidez abrumadora. Bien harán en multiplicar sus esfuerzos y sacrificios, los patriotas desinteresados, en beneficio de la noble vinda; y, ¿quién sabe?

(1) Cuba.

á la vista de tan sublimes abnegaciones de los desterrados, es presumible que se revuelva airado el viejo espíritu celta y la aspiración se manifieste sin recelos ni cobardes miedos.

III.

BRINDIS PRONUNCIADO POR EL AUTOR EN JULIO DE 1888, EN EL BANQUETE
DADO POR LA PRENSA DE SANTIAGO
AL DIPUTADO Á CÓRTEES, SEÑOR DON EDUARDO VINCENTI.

Señores y amigos míos: Oigo varias voces que me piden que hable, y una mano amiga—la del Sr. La Riva—me empuja para que me levante. ¿Cómo negarme á las excitaciones de los compañeros queridísimos, á los cuales me unen tantos lazos de afecto y gratitud? Vaya, pues, mi brindis, imperfecto y tosco como todo lo mío, y en el que, os lo digo sin modestia, no hallareis las dulces imágenes del elocuente Alfredo Brañas, ni los viriles arranques y sublimes espontaneidades del fogoso Alfredo Vilas, aquí presentes, para gloria de Galicia y honor nuestro. Pero tened por seguro que seré breve, que fatigaré corto tiempo vuestros oídos; pues, á parte de que no me olvido nunca de que no soy orador, entiendo que éste género de discursos que se hacen al final de una comida, aunque sea frugal como ésta, para que merezcan perdón deben ser lacónicos.

Decía el otro día el Sr. Vincenti, que preside con justicia éste banquete dado en su honor por sus compañeros de la prensa, presidiendo también una solemnidad literaria, de la mayor significación—el certámen llevado á cabo por el interesante periódico *El Ciclón*—que el regionalismo era un pecado, sino un crimen. Y apoyábase el Sr. Vincenti, para defender su tesis acusadora, en el principio que informa el regionalismo, un principio perturbador y antipatriótico que desligaba á la provincia de la nación y tendía al fraccionamiento de los pueblos, cuando en éste siglo todo converge á la unidad, y con el vapor y la electricidad parecen haberse unido el hombre de Europa y el hombre de América, á pesar de su vida de todo en todo opuesta. Y condenaba con tal motivo, el Sr. Vincenti, en períodos arrebatadores y apasionados, ese *insensato* regionalismo, pequeño de por sí, declarándose gran cosmopolita, y afirmando que la patria del hombre debe ser el universo.

¡Ah señores, bien se conoce que el Sr. Vincenti no ha vivido lejos de Galicia, de éste hermoso Paraíso terrenal; bien se echa de ver, que

quien tales razones exponía á un público numeroso y benévolo que, como el Sr. Vincenti no ha cruzado el terrible Océano y llamado á las puertas de las ciudades de América, no conoce las amarguras de la separación! Si así fuese, si el distinguido Diputado por Pontevedra hubiese como yo, visto de cerca cuánto se sufre en la ausencia, quizás reformase su pensamiento y tuviera á orgullo ser regionalista. El calvario que allí se pasa, los hondos pesares que se devoran, los fracasos que se cuentan, los heroísmos de que no se apercibe ningún ojo, para alcanzar una posición, tienen siempre un faro luminoso, que es como una estrella de esperanza que alumbra en un cielo sombrío, la pequeña patria, esta Galicia inmortal, digna de todos los sacrificios y merecedora de todos los apasionamientos.

Pero esto sólo no justifica mis aficiones regionalistas, por que, señores, yo me honro y me envanezco de ser regionalista, á pesar de todas las excomuniones y anatemas que sobre mi cabeza lance mi querido amigo el Sr. Vincenti; justifico algo más importante, algo más sério, algo que se siente palpitar en estos días, que se vé en el espacio oscurecido, que se nota en la atmósfera cargada y que, en no lejana hora, creedlo, ha de condensarse para formar la nube que despidá la primera chispa de luz.

Galicia ha despertado de su largo sueño: los tristes días de la conquista han desaparecido y los manes de nuestros viejos Reyes nuevos, andan, por sus valles y sus ciudades, hablando al oído de sus poetas, de sus historiadores, de sus novelistas, y de sus pintores, estas palabras: *“sabedlo de una vez; teneis un idioma, teneis una historia propia, teneis, desafiando todavía todas las tempestades, los altares en que sacrificabais á vuestros primitivos Dioses, teneis una fisonomía característica que nadie os puede arrebatar; en una palabra, teneis patria, la inolvidable patria suena.”*

Esto lo oyen los espíritus delicados—que no á todo el mundo es permitido oír el habla de los muertos;—y así no es milagro que en la poesía se realicen maravillas como las de Rosalia Castro, Curros Enríquez, Pondal y García Ferreiro; en la historia, prodigios como los de Murguía; en la novelaria, deslumbramientos como los de Emilia Pardo Bazan y en las artes, acontecimientos venturosos como los de Manuel Angel, Román Navarro y los hermanos Brocos.

¿Creéis que éste movimiento es simplemente una manifestación del progreso de la nación? ¿Creéis que los impulsos que movieron al viejo sabio de Vilancosta, al ilustre Marcial Valladares, á publicar su Diccionario gallego, los recibió de la Corte, en la que, no ha mucho tiempo, se levantó un gran poeta castellano á denigrar con ruda frase

el regionalismo? ¿Creéis que los saltos gigantescos que ha dado nuestra poesía, que el perfeccionamiento de nuestro dulcísimo idioma, se debe á los vuelos que alcanzaron la poesía y el idioma de la nación española con Zorrilla, Arolas, Ayala, Nuñez de Arce y Ferrari? No, por cierto; éste gran oleaje del que fué tranquilo mar provincial, es el producto de la nueva idea que vá infiltrándose en todos los corazones, tomando posesión de todas almas y haciendo de los más exagerados cosmopolitas, regionalistas inconscientes.

Bien mirado, mis queridos amigos ¿qué otra cosa es éste modestísimo almuerzo, que el pretexto para realizar un acto regionalista? Habéis premiado antes de ayer la música gallega, la melancólica gaita celta, los humildes campesinos que, con sus trajes vistosos y alegres, nos han recordado nuestro tipo original y primitivo: todo eso habéis premiado; y para presenciar instante tan plácido háse reuni lo un enjambre de bellas mujeres y una cohorte de ilustrados caballeros, gallegos casi todos, y nuestro anfitrión, el respetable Sr. Vincenti, que predica el amor universal, como si éste sentimiento no fuese más grande cuanto más reducido es el lugar en que se desarrolla, fué el encargado de pronunciar un discurso elocuente que todos hemos oído con agrado, ménos, por mi parte, en aquello en que me sentí fustigado por mi condición de regionalista; porque, francamente, á nadie le gusta que le tiron de las orejas, aunque sea con gracia, como la tiene, indudablemente, el Sr. Vincenti.

Soy regionalista—y de ello no me arrepentiré jamás—y aprendí á serlo más allá de ese tormentoso mar que empieza en la tranquila ría de Arosa y en un lugar hasta el cual llegan casi apagados los ecos y los rumores de la inolvidable pátria gallega. Y como creo que el regionalismo no es el separatismo, ni siquiera en el órden político, el autonomismo, sino una aspiración legítima, honrada é inofensiva, que consiste en buscar para determinadas provincias la mayor suma de bienes, sin que por ello se lastime el principio de unidad nacional, por eso yo me declaro regionalista é invito á todos los corazones generosos, á estos poetas y literatos que me escuchan y al mismo Sr. Vincenti, á que entren en mi iglesia y comulguen en mi altar, si quieren recibir la verdadera partícula sagrada.

¿Sabéis lo que queremos y buscamos los pocos y mal mirados regionalistas? Queremos la independencia moral de nuestra pátria, buscamos el acabamiento de la tutela: queremos abrillantar más y más nuestro idioma, restaurar nuestros monumentos, extender á más ámplios horizontes nuestra poesía y abrir nuevas vías á nuestra literatura: buscamos ese medio ambiente que hace dichosos á los pueblos, que

empuja las industrias como en Cataluña y levanta las artes y las ciencias históricas como en Portugal: eso queremos, y aún queremos algo más: echamos de menos nuestra historia, que un gallego eminente, gran regionalista por cierto, prosigue ahora dichosamente y un Centro que sirva para dictar reglas y preceptos á esa numerosa pléyade de jóvenes poetas que ha brotado entre nosotros y que sigue amorosamente la ruta marcada por los precursores, por los que ya están en la tumba y esperan desde allí la próxima redención de la mártir.

¿Es un crimen pensar así? Yo aguardo la absolución del Sr. Vincenti y la aguardo tanto más confiado, cuanto que presiento que, allá para su pecho, es tan regionalista como yo.

Sería menester que el Sr. Vincenti renegase de la generación á que pertenece para que no profesase sus ideas, que son las mías, las regionalistas, las que anhelan fisonomía peculiar para Galicia que, dentro de la nacionalidad española, tiene el deber de conservar lo que le es anejo y propio, costumbres, idioma y tipo, que por más que digan, no podrá confundirse nunca con Castilla, ni con Andalucía ni siquiera con Extremadura.

Déjensenos amar nuestro pedazo de tierra, ésta tierra que parece una sonrisa de la Divinidad, con sus mares atrayentes y azulosos, su cielo de nácar y ópalo y sus valles de esmeralda fina, que no por ello olvidaremos lo que á España debemos; y tenga por seguro el Sr. Vincenti, que si el caso llega—que ojalá no llegue—volveremos á ser los gallegos lo que fueron nuestros mayores á principios de éste siglo en la Coruña, en Ponte San Payo y en Vigo, baluartes humanos de la independencia española. Si los rudos montañeses de Cotovad, los que humillaron á Ney, fuesen cosmopolitas y lo fuesen también los héroes de Gerona y Zaragoza, los estudiantes de Rioseco y los valientes de Bailén, ¿tendría España el honor de haber vencido al gigante de Austerlitz?

Voy á concluir éste brindis—que al fin resulta largo y enfadoso.—Un señor, que me ha precedido en la palabra, ha hecho, hace pocos instantes, un ruego al buen Dios: ha pedido para el Sr. Vincenti la cartera de la Gobernación: aunque yo crea que esto á quien debe pedirse es al Sr. Sagasta—único dispensador, hoy por hoy, de tales gracias—y que el Sr. Vincenti es muy capaz de desempeñarla, porque le sobra talento para ello, permítaseme que difiera de dicho señor y que desee para el ilustrado compañero que festejamos en éste momento, una gloria más esplendorosa y perdurable que la que trae la posesión de una cartera ministerial.

¿Sabeis, señores, lo que desco al Sr. Vincenti? Que en el parla-

mento, en donde tanto se habla y jura en vano, sea el intérprete fiel de los dolores reales de Galicia, el defensor de su campesino maltrecho y esclavo eterno del fisco, la voz solemne que proteste contra esos presupuestos que nos abrumen y no nos dejan más que una vida ficticia y desesperada y el paladin de cuanto le convenga y la lleve al bienestar y á la riqueza; en una palabra, que sea á modo de O'Connell, sin desesperar jamás del triunfo de su tierra.

Esta será su mejor y más pura gloria; y, si lo hace, tendrá un lugar en todos los corazones gallegos y una estatua en cada una de nuestras ciudades.--Hé dicho.

LA EMIGRACION.

I

El problema más árduo y difícil que se presenta hoy á la consideración y al estudio de los sociólogos y de los economistas, es el de la emigración. Al llegar á las fronteras de éste reino desconocido y misterioso que rige los destinos de la humanidad desde los primeros días de su existencia, vacilan todos los pensadores y cuantos cálculos y teorías se habían forjado, caen, como el castillo de la leyenda, derribados por el suave cefirillo. Dijérase que sobre su puerta infranqueable brilla la flamígera espada del ángel de las desventuras, que amenaza siempre al que intenta abordar la explicación del enigma. Todo cuanto se refiere á esa enfermedad social, de más funestas consecuencias para la vida europea que cuantas conoce y persigue como enemigos implacables la terapéutica, es nebuloso y obscuro y aunque á veces se cree haber dado con el remedio para combatirla, casi siempre éste triunfo resulta una ilusión; porque si la necesidad no obra como agente impulsor, la evolución se impone como un mal necesario para progresar.

Hoy, como en las edades primitivas, á pesar del *confort* que la civilización ha llevado á las grandes ciudades y de la vanidad que da al hombre el dominio de ciertas partes de la ciencia, siguen las razas víctimas de la fatídica sentencia, pronunciada por viejo y severísimo Juez, y no bien plantan su tienda en valle delicioso, cerca de río de floreadas márgenes y bajo cielo teñido de carmin y azul, cuando las

dulzuras de la vida empiezan á manifestarse, viene la divinidad apocalíptica á entenebreerlo todo, á barrer con su aliento de muerte el germen de prosperidad y á obligar á los que se consideraban dichosos, á proseguir la interrumpida peregrinación en busca de nuevos mundos y de más amplios y luminosos horizontes. Bien que las formas sean distintas, que por algo hemos avanzado en la ruta del progreso, la finalidad es idéntica en las emigraciones, desde su nacimiento hasta nuestros días. Fueron primero un instinto inexplicable, un vago deseo de cambiar de localidad, una necesidad premiosa que empujaba á las masas hácia lo desconocido; tomaron después proporciones de conquista valiéndose como medio de la guerra para lograr sus fines y son hoy anhelo de riquezas ó fiebre de aventuras; pero en todas sus fases tienen siempre la propia naturaleza y envuelven un principio similar, el cumplimiento de la ley que rige los destinos de las razas y de los pueblos. Lo ignoto, lo que se adivina y no se comprende, lo que atrae las miradas por sus lejanías ó por las brumas de que se rodea, lo que se ambiciona, quizás porque se teme, es, sin duda, la aguja imantada que marca el rumbo del emigrante y le lleva, con las primeras dispersiones célticas del centro del Asia al corazón de Europa, con las irrupciones bárbaras de las orillas del Danubio y de los bosques de la Germania hasta los últimos límites de Cápua y con las heroicas aventuras de Colón y sus imitadores de España, Inglaterra y Francia al Nuevo Mundo.

¿Quién sino aquél dichoso sér que tuvo por mansión el Paraíso y por su primer amigo al buen Dios; fué el que rompió los lazos que le ligaban al suelo que le había saludado con regocijo de vasallo leal y amante sincero de su señor? ¿No fué Adán, el progenitor de la humanidad, el que sintiendo hastío de la felicidad quiso buscar en otras tierras las dulzuras y las emociones que le negaba una dicha monótona, jamás interrumpida? Hay, pues, algo que mueve al humano espíritu a errar continuo: tal vez superior á las estrecheces del suelo, á los desajustes de los que dirigen la marcha política de los pueblos y á las persecuciones que se encubren con el manto de la religión ó de la pública tranquilidad, es el inexplicable deseo de fijar la pupila en panoramas nuevos, en mundos revestidos por la fantasía de formas celestiales, la obligación inconsciente de satisfacer una ley, dictada por quien, subiendo en su omnipotencia sobre todos los planetas, está atento á sus revoluciones y gobierna sus destinos. No de otra suerte tendría explicación ese fenómeno singular que se inicia en Fenicia, que empuja enormes masas de seres humanos, como tremendos aludes desprendidos de gigantesca montaña de hielo, para desparramarse luego por los continentes y levantar colonias en el Mar Rojo y en el Mediterrá-

neo, atravesar el Estrecho de Bering y poblar la América; que adquiere proporciones colosales en el siglo V con las aguerridas turbas de Genserico y Atila y que no se detiene ahora que la sociabilidad es un hecho, que el respeto á lo ageno es una verdad legal y que el derecho internacional ha puesto límites á todas las ambiciones.

No está muy lejos de nosotros aquél luctuoso día del siglo XVII en el que, estrechados por una persecución tenaz, abandonaron las verdes colinas de Escocia y las brumosas montañas de Inglaterra, los *neo-cristianos*, que creyendo practicar en toda su legitimidad la doctrina del Cristo, se llamaban á si propios *puritanos*. Fortalecidos por la fé de sus principios y conducidos por la estrella luminosa de su esperanza, atravesaron los mares, arribaron á playas inhospitalarias, vencieron la crueldad de los salvajes que las poblaban y luchando con las inclemencias de temperatura supieron dar vida á la que es hoy una de las más poderosas nacionalidades del universo. Si las persecuciones de los Estuardos no surgiesen para movilizar aquellas almas contemplativas y pensadoras y abriesen la ola amarga del Océano rugiente, otra causa hubiera aparecido en la Gran Bretaña, ya de orden político ó bien económico, para dejar satisfecha la ley evolutiva que se impone contra todo arreglo ó acomodo convencionales.

Alguien ha dicho antes de ahora, que la tierra venía estrecha, para su morada, al hombre. En efecto, necesita éste campo despejado y de límites que se pierdan en el horizonte para ensayar sus fuerzas y dar pasto á su actividad: lo que ayer le pareció maravilloso y deslumbrante resulta hoy fácil y mezquino; lo que estima como un sueño en el presente encuéntralo francamente analizado en lo porvenir. Gústale la emoción de lo imprevisto, átráele la grandeza de lo lejano y, eterno admirador de la divina obra, aspira como el héroe de Goethe á encontrar *luz más luz*, en la tinebla de su ignorancia, que le envuelve á toda hora. En la ciencia especulativa brilla Sócrates, en las artes plásticas triunfa Praxiteles y en la poesía heroica es dios Homero. Pero, ¿estos genios superiores detienen las guerras de Troya, las Guerras de Asia, las guerras del Peloponeso, que no son, en el fondo, otra cosa que emigraciones violentas hijas de la necesidad de llevar las cantidades de genio, de saber ó de valor que sobran en un punto á otros en que faltan?

Una noche durmió Alejandro, el hijo del borracho Filipo, en la tienda de púrpura de Darío. Un macedonio obscuro y despreciable, un sér inferior al representante sagrado de los Histaspes, destruía en una semana el imperio persa, levantado en una larga serie de años y de luchas y dábale, como fiesta de la victoria á sus soldados, los funera-

les del rey despojado. También un hidalgo extremeño de mezquino solar y pobre hacienda, hacíase, ayudado de unos cuantos centenares de aventureros, dueño de un continente en cortísimo tiempo, y un emperador, un semi-dios, caía á sus plantas aterrado por tan prodigiosa valentía y suerte tan monstruosa. Méjico y Persia en poder de los conquistadores son la afirmación temible de la existencia de la emigración en todas las épocas, que se amolda á las circunstancias y, como el dragón mitológico, sabe tomar las formas que necesita para triunfar. ¡Ah! bien claro lo indican esos grandes movimientos de la Edad-Media que llevan por nombre las *Cruzadas*: á pretexto de combatir al infiel, con el nobilísimo deseo de rescatar de su poder el Santo Sepulcro, emprendiéronse aquellas peregrinaciones á Oriente, mandadas unas veces por guerreros como Godofredo, otras por reyes como San Luis y siempre por el fantasma de la miseria que enseñaba su faz descarnada á los europeos y mostraba las pródidas vegas de Palestina coronadas de sabrosos frutos y ópimos cereales. Era indispensable emigrar, siquiera la emigración fuese precaria, buscar el alimento que faltaba en Francia, en Italia, en Portugal y en Inglaterra, allí donde el pan sobraba y la comodidad afeminaba á los hombres; y es por eso, que brotaron los soldados de Cristo, se llenaron los caminos de guerreros-mendigos é invocando el bello nombre de Jesús, se realizaron crímenes y despojos, menos censurables cuanto más de lejos y friamente se contemplan.

Hay en la religión cristiana una leyenda por todo extremo trágica, cuyo fondo siniestro tiene todas las amarguras del Océano entremezcladas con la hiel: aquella en que Asuero, el zapatero de Jerusalem, burlador del Divino-Maestro, es condenado á andar eternamente y á no encontrar paz para su espíritu ni tranquilidad para su corazón. Y tal parece que los pueblos reflejan éste cuento bíblico al contemplar su afán por seguir senderos desconocidos y no hallar acomodo posible en parte alguna. No basta un cielo azul y despejado, un clima suave y agradable, un vivir mediano, pero exento de las crueles luchas que demanda la vida en donde la competencia es poderosa, para retener al hombre en su patria; aún amándola con pasión inagotable y profunda suspira por las aventuras que engendra el conocer tierras nuevas y no hay para él, hora más alegre, que aquella en que se pierde entre la bruma de la costa el último girón de la nativa montaña. Volverá después el ansia de lo perdido, la *nostalgia* tomará posesión del alma que vagará errante sin dulzuras ni esperanzas en medio de una atmósfera asfixiadora; pero, ¿qué júbilo igualará á aquél monstruoso júbilo de la despedida?

Ante todas estas antinómicas sociales, debemos formular una pregunta:

¿Qué es la emigración? En nuestra humilde opinión, es una necesidad, inherente á la naturaleza humana, que la obliga para su propio perfeccionamiento y mejoría, al cambio periódico de localidad ó medio ambiente.

Y cuando en términos absolutos sostenemos que la naturaleza humana progresa y se transforma á merced de las corrientes emigradoras, ni negamos la vida de unos pueblos en beneficio de otros ni aceptamos la especie absurda de que el emigrante no sea un elemento de civilización y cultura para el país que le recibe. El hecho de que las colonias americanas desarrollen fuerzas y actividades, hasta hace corto tiempo desconocidas, débese precisamente al concurso de los emigrantes europeos, que aún prescindiendo de los primitivos conquistadores, llevaron, con sus personalidades, la industria, las artes, el genio creador y las ideas agrícolas y económicas. Si apelando á una influencia incontrastable pudiéramos, en el actual momento histórico, levantar los europeos una muralla inaccesible en el Océano y detener así las corrientes emigradoras, pronto se estancaría en América el florecimiento de que disfruta y, pasados algunos años, caería en aquella barbarie que tenía con los aztecas y los incas.

Es, por tanto, la emigración, la sangre que enriquece las nacionalidades nuevas y que segregan los pueblos de antiguo constituidos para evitar la congestión; una ley biológica que se cumple fatalmente á despecho de todas las teorías y de todas las persecuciones y, que durará triste es decirlo tanto cuanto duren el mundo y las razas que lo pueblan.

II

Varias son las causas, aparte de la principalísima que hemos expuesto en el capítulo anterior, que originan la emigración en Galicia. Que ésta existe, y en grado superlativo, es imposible negarlo. En estos días precisamente viene ocupándose la prensa de aquellas provincias del triste porvenir que las espera, si la despoblación sigue con tanto incremento. Ya no es el individuo particular el que se va, deseoso de riquezas y dominado por la idea del medro personal; son las familias con todos sus miembros, en algunas partes todos los habitantes de un lugar, los que toman el camino de la emigración voluntaria, con los ojos vueltos á la bella tierra abandonada, bien así como el pueblo de Dios iba un día camino del desierto. Y esta deserción que se hace precipitadamente, burlando las restricciones gubernativas casi siempre absurdas para que no prosperen, auméntase con los reclamos

y ofrecimientos de los gobiernos del Brasil y del Uruguay, que tienen agentes en nuestros pueblos del litoral y sub-agentes en el corazón de nuestros valles interiores, que ofrecen pasaje gratis, tierras y aperos de labranza y una exención, por más de treinta años, del pago de toda contribución y renta, á cuantos se decidan á embarcarse. Ante estos falsos halagos, verdaderos cantos de sirena, que seducen y atraen á los incautos y á los abatidos, fracasan los buenos deseos de los patriotas, desprécianse las juiciosas exhortaciones de la prensa, abandónanse la agricultura y la incipiente industria, y los grandes vapores de las Mensajerías extranjeras salen atestados de viejos valetudinarios, jóvenes de vigoroso esfuerzo, mujeres débiles y niños de dulce esperanza para la pátria.

¿Y puede, honradamente, exigirse á esos infelices esclavos de la tierra estéril, de la atrofia rentística y de la persecución caciquesca, que cierren la puerta á toda esperanza, como los condenados del Dante, y que sigan ligados á la gleba, sumidos en el absentismo de toda idea de progreso y reducidos á la impotencia que nace de las penosas situaciones? ¿Con qué derecho el burócrata que vive la paradisiaca vida del Estado, el propietario que está garantido con sus rentas contra los reveses de la fortuna, y el político sin pudor que todo lo fia á su influencia gubernamental, habrán de censurar la conducta del triste, del hombre de nuestros campos, que está en las postrimerías del siglo XIX, cuando todo lo esclavizado tiende á redimirse y la libertad ilumina los mundos como un sol de bendición, más agobiado, más enfermo de corazón y de espíritu, más pobre que en los nublados días de la Edad Media?

Es menester no condenar al que huye, no tacharle de ingrato para con la pátria que deja. ¿Qué de lágrimas van en sus ojos, qué de torturas en su alma, qué de siniestros pensamientos en su cerebro, sábelo bien el que estudia desapasionadamente éste hondo y cada vez más difícil problema, y sábelo aquellos que, como nosotros, sueñan á toda hora con el blanco cielo gallego y consideran como el supremo bien de la Divinidad, dormir el sueño postrero en el seno de aquella tierra doblemente amada por sus desgracias y por la ausencia!

Quando la desmembración sigue y nada basta para contenerla, hay que pensar que alguna causa grave influye en la voluntad de los que se escapan. ¿La estudian nuestros gobiernos? No por cierto. Algunas veces óyese la voz elocuente de un Diputado acostumbrado á las lides parlamentarias, que habla en nombre de las clases menesterosas y de los agricultores: conmuévase un poco la opinión, inténtase la formación de una liga de explotados para resistir los procedimientos bu-

rocráticos; pero una conferencia oportuna con el jefe del gabinete, el deseo de no infringir la disciplina y el fantástico temor de proveocar al socialismo, detienen la honrada campaña y el labrador sigue gimiendo bajo el peso de las cargas tributarias, y el industrial dejando enmohecer sus máquinas y artefactos por falta de trabajo.

¿Cómo no han de irse, en tal situación, á lejanas tierras, los pequeños propietarios y los obreros si no tienen campo en que dar pasto á sus actividades ni medios de conjurar la miseria que los envuelve? Y la causa sigue en pié, y contribuyen á engrandecerla los ricos propietarios y los acaudalados fabricantes que ya no quieren vivir en comunicación con los suyos y llevan el producto de sus rentas y de sus industrias á la capital, sima horrible, que á modo de tonel de las Danaides, traga siempre y no se llena nunca. Así que, no es extraño ver las ciudades de provincias atestadas de mendigos que abandonan los campos y los pueblos de tercer orden para implorar la caridad y dar testimonio, con tal proceder, de la imposibilidad de seguir una vida atropellada y aborrecible.

¿Quiénes viven hoy en nuestros pueblos del interior? Los caciques que mangonean la política de acuerdo con las altas autoridades de la provincia, los que ejercen algún cargo gubernativo ó judicial, los prestamistas á tipo alzado, los agentes electorales y los que disfrutan un viejo y pingüe patrimonio heredado. Los demás perecen materialmente, son víctimas de todo género de necesidades, no ven lucir hora de sosiego ni de esperanza y piensan en la emigración como el recluso en la libertad.

Lean los desapasionados, los que se interesan sinceramente por el porvenir de Galicia y asocian éste interés sagrado al que tienen derecho á obtener sus habitantes, lo que escribe un periódico de la provincia de Orense al dar cuenta que, de la pequeña aldea de Barbantes habian salido 16 labradores, casados la mayor parte de ellos y en todo el lleno de la vida, pues ninguno subía de 38 años, para embarcarse con destino á San Pablo en el imperio del Brasil:

“Los emigrantes—dice el periódico—hacían ruidosas manifestaciones de alegría; cantaban y reían á carcajadas, mientras que sus desvalidas mujeres, en el andén de la estación, se mesaban los cabellos y poblaban los aires con sus lamentaciones. Aquel cuadro, más desgarrador por el contraste, representaba fielmente la alegría de la desesperación: por las mejillas de muchos de aquéllos que abandonaban sus hogares, al parecer riendo y cantando, corrían las lágrimas á hilo. Reían, cantaban y lloraban á la vez. La pena presenciar estas esce-

nas por las amargas realidades que ofrecen y por las tristísimas consideraciones que despiertan en el espíritu.”

Cantan y lloran al abandonar su patria, su hogar, todo lo que se ama en el mundo; cantan porque con la obsesión que produce el bienestar que se supone en las apartadas regiones de la América, engáñase al corazón cansado de sufrir y lloran porque ven que su tierra les niega lo indispensable para vivir al lado de los suyos, porque les arroja de su seno como carga pesada é inútil, porque no encuentran recurso ni expediente que les permita seguir llevando su existencia de esclavos. ¡Infelices! Si al menos se cumpliesen sus sueños de ventura, si en las caliginosas montañas y en los valles abrasados del imperio brasileño encontrasen el bienestar relativo á que aspiran, aún podría darse por bien empleada la expatriación, pero ¿cuántos sobrevivirán en esa lucha por la existencia, á través de ese desierto, en cuyas olas de arena y polvo quedan sepultadas caravanas enteras? Bien pocos. Contadísimas excepciones llegan al día del triunfo, y aún llegando, son tantas las desesperaciones pasadas, las heridas del corazón están de tal modo enconadas, que casi siempre el triunfo es sinónimo de muerte.....

¡Y qué poco se cuidan los poderes públicos de estos fenómenos sociales! Causa admiración á los que viven ajenos á la lucha política y á la torpe ambición personal, observar la indiferencia con que todos los gobiernos contemplan el pavoroso problema de la emigración, y que no tengan un instante para estudiarlo y resolverlo! Es un gran error que trae aparejadas, para lo venidero, miserias y catástrofes sin cuento. Será tarde cuando la reflexión sobrevenga porque, ¿qué otra cosa sino un cadáver, encontrarán en la patria? Todos esos brazos que pierden la agricultura y la industria ¿con cuáles podremos sustituirlos? ¿No perecerán estas dos fuentes del bienestar de las naciones, si los elementos productores desaparecen?

Es preciso que el Estado descienda á la tierra, que abandone las esferas especulativas, que no esgrima, como arma que no se mella nunca, el sofisma aborrecible y que se acuerde de las clases que esperan, si no la redención de su labor de siervos irredimibles, algún alivio siquiera. Si así no lo hace, si el parlamentarismo con todas sus exajeraciones sigue dificultando la resolución de éste grave conflicto de la emigración, antes de veinte años Galicia será un cementerio y España un pueblo muerto. ¡Qué responsabilidad, entonces, para los que han creado tan horrible situación!

Un periódico de alta significación política, *El Imparcial* de Ma-

drid, ocupándose de la emigración, que estos días llama la atención en toda la Península, hace estas juiciosas observaciones:

“¿Qué van á hacer á lejanas tierras esas masas de población que se desmiembran de la pátria? Van á trabajar. Van á llevar su actividad á regiones que saben nutrirse con las energías inaplicadas en España.”

—“No se olvide lo que vamos á presagiar: Esos hombres que nos quitau en toda la plenitud de sus fuerzas son los precursores de otras pérdidas que no podremos evitar. Dentro de pocos años, la producción vinícola de las repúblicas americanas irá á competir en Francia con la nuestra, y tras de ella seguirán el mismo rumbo la azucarera y muchos frutos que hoy sostienen algún tanto nuestra exportación. Y esas producciones competidoras serán impulsadas por el elemento español, que pudiera utilizarse para estar preparados cuando llegue el día de las competencias mercantiles.”

—“¿Pero de donde han de salir recursos para que los españoles puedan hacer en su pátria, aunque sea en remotas tierras, lo que van á hacer al Paraguay, al Brasil, á la República Argentina?”

“¡Pobre país que no puede acometer lo que emprenden las naciones que son hijas suyas! ¿De donde sacan éstas los recursos?”

“Del patriotismo que los vota.”

Y ese patriotismo es el que se ha perdido entre nosotros, que llevamos todas nuestras energías, todos nuestros alientos, todos nuestros anhelos solamente al objetivo personal, que satisface la pasión y el egoísmo momentáneos y que no deja, para las causas levantadas y nobles, ni un adarme de generosidad y sacrificio. Por eso creemos firmemente que los funestos vaticinios de *El Imparcial* han de cumplirse en plazo no lejano y que todos aquellos españoles, cualquiera que sea su procedencia, que sientan en su corazón arranques de independencia irán á los países jóvenes á buscar el campo de operaciones que en su pátria se les cierra

¿Y cómo no hemos de reirnos de los bandos contra la emigración que hacen publicar los gobernadores de algunas provincias, si los encargados de hacerlos cumplir son los agentes de esa misma emigración? Si los secretarios de los Ayuntamientos rurales reciben una gratificación por cada individuo que mandan al Brasil ¿cómo han de surtir efecto las escitaciones y los consejos de la autoridad provincial?

Si se procediese rectamente, si no se apelase á exhortaciones que no pueden prevalecer en donde el espectro del hambre asoma, si las cargas del Estado fuesen más llevaderas, y el cacique no hiciese sentir su mano de hierro, y el señor del enfiteusis no promoviese á cada ho-

ra un prorrato para justificar el cobro de sus falsos foros y á la producci3n se abriesen buenos y ricos mercados, cortariase de pronto la enfermedad emigradora; que no hay quien abandone el lugar en que ha nacido si allí satisface sus necesidades materiales 6 intelectuales y puede, honestamente, labrarse una felicidad. ¿Con qué derecho puede el ahito, el que arroja á los perros las sobras del festin, decir á los que le contemplan, desnudos y hambrientos, que se conformen con el inicuo papel que les cupo representar en el drama social?

Eran esclavos de Roma los habitantes del mundo y cuando Jesu-cristo dijo y sostuvo ante los fariseos, que todos los hombres debían ser libres y hermanos, dieron vida á aquella revoluci3n cristiana que trajo los más dulces bienes para la humanidad. ¿Cómo no han de buscar alegres el camino de Buenos Aires y de Montevideo gallegos, asturianos y andaluces si en su país reina perpétua noche y perpétuo ayuno, y allí, en aquellos pueblos vírgenes ven sol, riqueza, tranquilidad y satisfacci3n?

No caiga sobre los infelices que van cantando y llorando á embarcarse, el peso de la indignaci3n artificial de los felices; caiga sobre aquellos seres sin alma que pudiendo retenerlos á poca costa en sus nativas aldeas, especulan con esa misma desgracia. De ellos será la responsabilidad y á ellos será á quienes maldiga la historia; que no en vano se aniquila á una gran nacionalidad espantando de su seno á sus hijos más útiles y trabajadores.

Por lo demás, hoy por hoy, no puede contenerse la emigraci3n, y los que la hemos combatido sin tregua ni descanso, años y años, vamos adquiriendo el doloroso convencimiento de que nuestros esfuerzos son estériles 6 infructuosos, y una duda verdaderamente horrible invade nuestra conciencia.

¿Nos será lícito proseguir la honrada tarea, impuesta voluntariamente, cuando vemos que la vida dentro de la patria es imposible?

III

Decíamos al finalizar el párrafo anterior: ¿Nos será lícito, á los que hemos combatido como un mal cruel la emigraci3n gallega, persistir en tan noble campaña, á la vista de la horrible situaci3n por que atraviesan los que la realizan? Y contestamos sin vacilaciones de ningún linaje, siquiera los que no miran de las cosas humanas sino la capa superior, nos tachen de poco consecuentes: Creemos que no.

No cabe pedir la vida en donde todos los elementos se coligan para destruirla: de la propia suerte que el pez necesita el vasto océano y

el ave el espacio sin límites para desarrollar su existencia normal, es indispensable que el hombre posea tierras, montes, ríos, ciudades, industrias, artes y ciencias que lleven á su ánimo la idea del mejoramiento paulatino para acomodarse al medio ambiente en que surge. Sin estos factores de la vida social, que son, á la vez que la patria con todas sus instituciones y todos sus amores purísimos y desinteresados, los agentes de la civilización y del trabajo, es nulo todo esfuerzo y resulta baldío todo afán encaminado á prolongar lo que, pareciendo una existencia, es simplemente una agonía perpétua. Y no es decir que el hombre de los campos gallegos, en la esfera política y civil carezca de esos factores y sea á modo de paria indio que inspira horror y al cual es lícito matar impunemente: es verdad que tiene á su alrededor tierras, y muy hermosas por cierto, ríos de márgenes floridas, valles de singular belleza y ciudades de valor histórico y positivo de primer orden; pero ¿son suyas todas esas riquezas? ¿Puede recorrer el valle ufano de ser libre y sin el riesgo de concitar las iras del propietario? ¿La fruta que pende de los árboles, próxima á la avería por el exceso de la madurez, satisfará su necesidad sin que la acción judicial no intervenga para castigar el hurto? ¿Acaso la ciudad y la villa le abren sus puertas graciosamente para que venda una gallina ó un mísero lechón, que representan una larga serie de penurias y cuyo producto se destina á la contribución, al foro ó al alguacil? Nada es suyo y toda puerta le está cerrada.

Resulta, pues, una burla, pero una burla infame porque envuelve el retinamiento de la crueldad junto con el sarcasmo más irritante, hablarle á unos hombres que están, como Tántalo con el agua al cuello muriéndose de sed, de comodidad, bienandanza, alegría y plácidas venturas cuando solo tristezas, abatimientos y dolores forman el círculo de hierro en que se ven obligados á girar. Al que puede traspasar ese círculo y extender su vuelo lejos del cuadro espantoso de sus miserias, ¿por qué recordarle la aflicción de la patria, la posibilidad de la confiscación, la seguridad de su muerte? ¿Acaso es suya la culpa de que un día, el lugar amado quede completamente abandonado y la sepultura que guarda los restos de seres queridos esté expuesta á la profanación de los advenedizos? A él se le arroja, se le expulsa, cegando toda fuente de prosperidad y matando todo gérmen de progreso. Un día preséntase el cabezalero á cobrar las rentas del poderoso señor, otro el alguacil del Juzgado Municipal á reclamar los réditos de la obligación suscrita en un instante de entera ruina, otro el pedáneo á invitar para el pago inmediato, en la capital, de la contribución territorial y de consumos; y á toda hora el bajo cacique amenazando con sus iras

si no satisface todas sus mezquinas aspiraciones y no se entrega en absoluto á su voluntad. ¿Qué importa, ante estas exigencias diarias, el sacrificio impuesto con una heroicidad sublime, si todo cae en la siniestra hondura y nada basta para contentar á los modernos depredadores?

Sobreviene el desaliento, tiéndese la vista al horizonte y está negro, fíjase en la tierra y parece un campo aniquilado, ¿qué esperar? ¿Qué consuelo puede llegar para los que han hecho del rudo trabajo de los campos la perpétua labor? Ninguno. Entónces es cuando se piensa en la emigración como en un mal menor y aquellos hombres que aman á su pátria más que ningunos otros, que se mueren lejos de ella, consumidos por la nostalgia, toman, *cantando y llorando* el camino del extranjero. Y esto durará mucho tiempo, porque el problema no tiene solución. La tierra produce escasamente el tres por ciento: cansada de recibir la ruda caricia del arado, y á pesar del abono con que trata de regenerarse su sangre empobrecida, resistese á la fecundación tan deseada por el hombre; así que, los granos adquieren corto desarrollo y los campos de trigo, de centeno y de trébol, véseles brotar débiles, enclenques y amarillosos, denunciando una penosa y difícil gestación. Tres mil años de igual labor, sin variarla uno solo, usando las mismas fórmulas y los propios procedimientos, sin adoptar usos nuevos ni ensayar otras costumbres, tienen forzosamente, que crear la esterilidad y provocar esa muerte tremenda que apaga toda luz y destruye toda partícula de vida; la extenuación.

No se han creado granjas agrícolas, no se han facilitado á los labradores las máquinas modernas, tan útiles para la agricultura, no se han verificado ensayos de otros cultivos por cuenta del Estado, ni se han visto los ejemplos de arriba, y ¿por qué no han de seguirse los procedimientos tradicionales, que con su deficiencia hacen del hombre libre el siervo de las cargas? Ningún país ha sido tan desdeñado como Galicia: aparte la crítica insolente que le acompañaba siempre, convirtiéndole en un pueblo humillado á diario, en la esfera económica, en la industrial, en la agrícola y en la científica nada se hizo en su obsequio. El tipo contributivo es allí el más aizado de todas las regiones peninsulares, el ejército nútrese con nuestra más vigorosa y florida juventud, las fábricas levantadas por el carácter emprendedor de unos pocos, están agobiadas por la fiscalización gubernamental y por la competencia que origina el libre-cambio; hasta hace algunos años carecíamos de caminos de hierro dificultando así el comercio y las transacciones de todo género; en una palabra, que los poderes públicos no se han cuidado de Galicia sino para pedirle, jamás para concederle.

Para que se vea que no exageramos las cosas y que las tintas del cuadro no llegan á la negrura que debieran tener, copiaremos uno de los párrafos más suaves de un informe de *La Liga Agraria*, publicado en toda la prensa española, en Junio último:

“La fecunda y amorosa tierra gallega—dice—sufre del mismo mal que la asturiana, y hoy por hoy, resultan ser más felices los hijos que viven fuera de ella, por mal que vivan, que los que, apegados al viejo solar, contemplan con pena cómo sitian y desocupan los hórreos los señores y sub-señores más ó menos directos con sus pensiones y laudemios, los abogados con sus prorrates, los recaudadores con sus recargos, los usureros con sus uñas y con su correspondiente picotazo todo el que manda ó demanda ya sea alcalde, secretario, alguacil ó in-vocador de las benditas ánimas.”

Y lo triste, lo doloroso es que, la verdad está reflejada en las anteriores líneas: el que las ha escrito conoce íntimamente las penurias de las provincias gallegas y ha sabido herir la cuerda sensible. Es axiomático allí, que los que están en Montevideo, Brasil, Méjico ó la Habana, están mejor y son más dichosos que los que se quedan en su tierra. Estos trabajan sin descanso, con trabajo rudo y fatigoso y apenas pueden allegar lo suficiente para comer carne y pan de trigo en la fiesta del patrón. Aquellos trabajarán, pero algunos, á los pocos meses, mandan á sus parientes miles de reales, cantidades que parecen fabulosas en la aldea. ¿Cómo no ha de envidiarse á los que arrostraron el peligro de cruzar el Océano, si de su odisea no se ve más que la parte hermosa y no se tiene en cuenta aquella obscura y horrible en que están las caídas, los desaires, los esfuerzos inútiles para abrirse camino, en donde hay tanto competidor, y las muertes?

Y si por otro lado, aprovechando esos furtivos entusiasmos de las personas sencillas, aparece el agente de la emigración, aumentando las fantásticas relaciones de los países del Nuevo Mundo, ponderando con lenguaje hiperbólico sus riquezas y como finalidad sublime ofreciendo pasaje gratis á los que quieran pasar á esos países deliciosos, ¿quién será capaz de contener á los necesitados y con qué palabras podrán augurárseles los futuros desastres? A nadie creerán sino al agente, al que les habla de mejorar; y en época menos civilizada, sin leyes restrictivas, y siendo menos difícil el sistema de transporte saldrían en grandes masas, como las antiguas emigraciones judías, en busca de la tierra de promisión.

No debemos hacernos ilusiones los que amamos con sincero y leal amor á Galicia: la enfermedad es muy vieja y tiene raíces profundas; consunirála á más ó menos larga fecha y si algún fenómeno social ó

político no viene á favorecernos, condenados estamos á ver tan mermada nuestra exuberante población que parezcan sus ciudades y sus pueblos, pueblos y ciudades de un país conquistado. ¿Clamaremos aquí contra los causantes de éste mal? ¿Será nos permitido invocar á los dioses contra nuestros torturadores y adoptar la imprecación que tan disculpable es en labios que sufren desdenes é injusticias? Nada alcanzaríamos, y en definitiva resultarían estériles todas nuestras lamentaciones: no se puede en un día variar el cauce de una gran corriente ni los vicios de organización se vencen sino á largo tiempo y luchando sin vanidades peligrosas y solo al objetivo de antemano calculado.

Hoy por hoy es imposible contener la emigración en Galicia; es más, casi es un bien que se realice ordenada y prudente, porque alguna utilidad reportará el país, en tanto esa emigración no se lleve las familias enteras—hecho que por desgracia empieza á iniciarse.

Pero, en la necesidad de efectuar la emigración, ¿á dónde debe encaminarse?

Lo diremos en nuestro próximo capítulo que será, por ahora, el último de éste asunto.

IV

Para que la emigración sea útil bajo el punto de vista social y económico y no fracase el intento concebido al abandonar el lugar nativo, es indispensable que se dirija á aquellos países en donde exista más garantizado el derecho de todos los hombres y la riqueza y el bienestar públicos no estén acaparados por determinadas clases. Ciertamente que en los tiempos que atravesamos, á excepción de algunas nacionalidades oscuras y estacionarias, que han hecho un paréntesis vergonzoso en la senda del progreso, todas dejan en libertad completa al ciudadano inteligente y al humilde obrero para que por los medios lícitos que estén á su alcance, conquisten una posición; pero no dejan de producirse casos que la ciencia explica perfectamente, muchas veces la historia, que en pueblos eminentemente libres, en donde se goza todo género de inmunidades legales, esté la propiedad en manos de unos pocos y la industria dominada por unos cuantos millonarios. Inglaterra sírvenos de ejemplo; y explícase por éste hecho, que uno de los países más ricos del mundo, que ha conseguido dominar en todo el globo, alimente en Irlanda y en Escocia una emigración que no acaba nunca y dé lugar á los diarios conflictos que allí surgen entre el colono y el propietario.

Por eso, el que busca en la expatriación la satisfacción de una necesidad, debe dirigir sus pasos allí donde las leyes sean prenda segura de la paz interior y recio freno contra todos los abusos, cualquiera que sea su origen; que tan malos y nocivos son muchas veces los excesos de la anarquía como las imposiciones oligárquicas de los poderosos; es menester elegir aquellos Estados, vírgenes en cierto modo, que tienen tesoros inexplorados en su agricultura, en su industria, en su ganadería, y aún en sus artes y en sus ciencias, para que empleando discrecionalmente el vigor y la fuerza que en la tierra abandonada tendían á esterilizarse, resulte beneficiosa la emigración. No puede ésta, en la presente época, verificarse violentamente como se hacía en los tiempos oscuros de las primeras edades del hombre y se siguió haciendo hasta principios del presente siglo en la India y en la Occanía; hay que acomodarse á las exigencias de la civilización y cubrir las ficciones gubernamentales. Además, abolido el derecho de conquista, sometidos todos los pueblos cultos, tácitamente, al derecho internacional, aún disponiendo de grandes fuerzas no sería permitida la infracción de los preceptos escritos á hombres ni pueblos ni podría prevalacer lo que se fundase, estableciese ó tomase por un caso de fortuna bajo la falsa base de la fuerza ó del abuso.

Esto sabido, ¿cuál será hoy el mejor país, para los que se ven obligados á perder de vista todo lo que les es querido y la penuria, creada por los gobiernos con sus exigencias y sus abandonos, les empuja fuera de la nativa aldea?

Aquél que reúna las condiciones arriba apuntadas y que tenga todos los elementos necesarios para sostener al nuevo contingente que llama á sus puertas. Las naciones de Europa están consumidas, siquiera su exterior sea brillantísimo, las unas por el militarismo y las otras por el parlamentarismo, dos instituciones igualmente grandes y dignas de respeto, pero tocadas del vicio horrible de la corrupción; son ambas, á modo de plaga que asola sin descanso todo venero de riqueza, que apaga toda luz de adelanto, que tiene suspensos y aterrados todos los ánimos: mónstruos deformes, de colosal magnitud, que consumen cuanto se produce. No hay que pensar en Europa que sigue su destino histórico y que está condenada á perder su civilización en día más ó menos lejano, como perdieron las suyas la China, Egipto, Grecia y Roma; hay que buscar el aire puro, el ambiente perfumado de la comodidad y del libre albedrío, hoy secuestrado en las sociedades viejas de Europa, la esperanza de una riqueza honesta y legítima en las tierras libres y hermosas de América. En una palabra, el hombre de Europa, sea alemán, italiano, francés ó español, no puede quedarse allá, aún cambiando de

pátria; tiene que venir al Nuevo Mundo, en donde alborca con vivísimos colores la aurora de la vida, y el hambre, dígame lo que se quiera, es huésped que no se ha sentado aún en el quicio de su puerta.

No es ciertamente, la Janja fabulosa, éste dulce suelo americano; tiene en su seno muchos tesoros, pero en su atmósfera anda volando á toda hora el hálito de la muerte; sus gobiernos son hijos de la democracia moderna, más suelen usar de los rigores de la tiranía; la mina, por otro lado, no se encuentra como en los pasados días de Colón, y el trabajo únicamente, arranca á la tierra parte de las riquezas que guarda.

Decir hoy que América es la Cólquide de la leyenda, cuando hace poco menos de dos años aseguramos, refiriéndonos á Cuba, "que la muerte está en esta atmósfera impregnada de emanaciones pútridas y venenosas, que crea la incuria municipal no cuidando de dar cumplimiento á las leyes higiénicas, y en la propia tierra, que despidе vapores de axfisante fetidez, al influjo del sol de fuego que sobre ella cae," sería sostener una falsedad.

Es punto averiguado que las fantásticas riquezas del Nuevo Mundo, pertenecen á un pasado lejanísimo, y esto mismo lo sostuvimos en otro tiempo, aconsejando á los gallegos que no emigrasen de su país. En la posibilidad de sostener á los nuestros en sus provincias, no ya con supérfluas comodidades sino con aquello que es de imprescindible necesidad para conseguir una mediana vida local, no les enseñaríamos jamás el camino de lo desconocido ni alimentaríamos ambiciones funestas; pero ante la horrible situación por que atraviesan, á la vista de esas importantes masas de hombres, mujeres y niños que la miseria agujunea haciéndoles invadir las ciudades, ¿cómo no hemos de indicarles leal y rectamente cual es la mejor ruta que pueden seguir? Bastante tristeza nos causa aceptar la dolorosa convicción que han adquirido los miembros de la "Liga Agraria" y que tienen desde hace algunos años los pensadores y sociólogos de nuestro país, "que á los gallegos, hoy por hoy, les va mejor emigrando de su tierra que quedándose en su seno;" y si nos fuera dado rechazarla con la lucha corporal, lucharíamos sin vacilar.

Por desdicha los males aumentan, la carga pesa más que nunca y la estrella luminosa de la esperanza está del todo obscurecida. Ni el Estado ni los diputados que representan á Galicia, ni las autoridades locales ponen enmienda al diario yerro; todo va por la pendiente del abismo, y en la brega perpétua y sin descanso de los políticos y de los caciques no se atiende al que cae, por consecuencia de la batalla, sino á la seguridad del éxito. Puede decirse que una enfermedad endémica ataca á nuestro pueblo y que es de rigor evacuarlo interin la

U

atmósfera no se purifique. Aceptando así los hechos y miradas en su constitución interna las naciones nuevas de ésta parte de acá del Oceano, cúmplenos decir á los nuestros:

¿Tenéis que emigrar? Sí. Pues venid á Cuba; pero venid á Cuba dispuestos á recobrar el imperio de la tierra, á seguir vuestros amores purísimos con esa madre fecunda y bondadosa, á entablar la vieja amistad con el arado y con la esteva, á recibir la caricia mordiente pero no exenta de vida de éste sol regenerador. Si os decidís por la tierra y á ella consagrais las fuerzas y las energías que os deje el abatimiento de la separación, no sólo podréis obtener aquel bienestar soñado en las tardes del Abril florido, sino que garantizareis vuestras vidas; que es en Cuba el campo, fuente de salud y cementerio la ciudad. Cuba es un pedazo de la pátria española, su gobierno, bueno ó malo, es un gobierno español: en Cuba todo el que trabaja tiene medios de subsistir con decoro y no aspirando á la fácil riqueza, sino á desear con arreglo á la capacidad que se tiene ó á la actividad que se despliega, se llega al objetivo. Aquí, por fortuna, hay paz y tranquilidad, que nada significa en la vida de los pueblos una trasgresión privada de la ley. Puede trabajarse sin temor de que lo sembrado caiga en manos de una turba de merodeadores; el ciudadano no es perturbado en el goce de sus derechos civiles, si causa legítima no sobreviene, y si no se nada en la opulencia tampoco se vive en la miseria, malamente encubierta, como en Europa.

Es verdad que las Repúblicas de Sur-América están ahora dando muestras de cordura y de arrepentimiento de los pasados extravíos; pero, cómo asegurar que las tiranías de Rosas y de López no vuelvan á repetirse, si así conviene á los intereses de unos cuantos? Por otro lado, el español no está allí en su pátria y expuesto queda á los vejámenes de gobiernos poco aprensivos, á la antipatía imborrable de los naturales y á las irrupciones indias si penetra demasiado en el corazón de las pampas. En Cuba nada de esto pasa: el que delinque sufre el merecido castigo, el despojado de lo que le pertenecía torna á ser reintegrado, protegido por la ley; y al abrigo de una constitución liberal puede disfrutar de todo género de libertades lícitas. Bajo el punto de vista de la aclimatación, no creemos decir un disparate científico si sostenemos, que con buenos principios higiénicos, tanto en el campo como en las ciudades, pueden vivir el noventa por ciento de los que arriben á estas playas.

No hay aquí colonias agrícolas fuudadas por el gobierno ni se han atendido las necesidades de la época; pero estamos seguros de que, los que quieran venir para trabajar encontrarán fácil colocación con

nuestros hacendados: lo que hace falta, lo que es indispensable hacer comprender á los nuestros es que solo la labor de los campos ha de re-dimirlos y enriquecerlos. Si piensan en la tienda de ropas, en el almacén, en la bodega ó en el destino público ó privado, esterilizarán su obra y no conseguirán sino empobrecer éste pueblo y arrastrar la penosa vida que llevaban antes de la partida. Hay aquí centenares de leguas de tierra sin cultivar: el azúcar, el café, el tabaco, el algodón, el añil y mil otros productos valiosos están esperando el brazo vigoroso de los nuestros para brotar espléndidos y exuberantes, y hacer de esta preciosa Antilla el país más rico del universo. Que traigan la idea del trabajo independiente del noble labrador, el oficio más humano y digno de respeto, los que se vean obligados á dejar á Galicia, y ¿quién sabe? desde aquí, con la ganancia legítima que han de obtener, pueden juntar lo suficiente para satisfacer al dragón hambriento de una vez, y libertar á la pátria.

Cerca nos queda, desde Cuba, la hermosa Galicia; y más cerca nos quedará dentro de algunos años cuando la navegación dé otro paso, pues podremos estar allí en ocho días. No se lancen, por tanto, los gallegos á las inhospitalarias tierras del Brasil, en donde la fiebre amarilla ó *vómito negro*, hace muchos y más tremendos estragos que en la Isla de Cuba y á donde, bajo onerosas y criminales contratas van á ocupar el lugar infecto que hace poco tiempo dejaron vacío los antiguos esclavos de aquel imperio, hoy libres por la liberalidad de su Monarca.—Vengan á Cuba, país en que ondea la bandera invencible de Pavia y de Bailen y sus hermanos tienen en sus sociedades regionales, mucho del espíritu de la pátria.

Si la prensa gallega medita sobre lo que indicamos y nos ayuda en esta nueva campaña de honra y de conveniencia para nuestro país, es posible que la emigración forzosa que hoy se hace, lejos de ser un mal para Galicia, sea el principio de su redención.



LA CRISIS.

Los clamores de la prensa, en estos días, suben hasta el cielo. Tan grande es el ruido que hacen los que sufren, los que ya no pueden seguir llevando á cuestas el pesado fardo de sus miserias, que los dichosos y alegres muéstranse alarmados y vuelven atrás la cabeza para contemplar á la turba desharrapada y hambrienta, que desde la siniestra covacha en donde fermentan sus ódios, aguarda ansiosa la hora de las represalias. Ya no pueden más los que invocan la intervención divina como remedio para los males de la tierra: están cansados, abatidos y sin alientos; todo les falta, todo se les arrebató y nada se les concede, ni aún siquiera la promesa de una remota mejoría. Nubes en el firmamento, lóbrega tiniebla acá-bajo; por todos lados la amenaza de la pobreza que degenera en espantable necesidad. El obrero no encuentra ocupación en el taller ni en la fábrica; el industrial vé con espanto que á la huelga del trabajador ha sucedido la abstención del que compra; su producción muere en los almacenes, su genio y su actividad caen, criminalmente heridos, á los certeros tiros del libre cambio; el labrador resistese ya á seguir fecundando con sus lágrimas y con su inagotable sudor la tierra, madre nutricia que se cansa también de producir para el que nada quiere ni amor alguno siente en su corazón. Y todos juntos, aquellos que no disfrutau la dulce prebenda del Estado y no cuentan á fin de mes con una nómina salvadora, únense en un exacto desear y exclaman desesperados:

¿Hasta cuando durará el calvario? ¿No tendrá término ésta farsa

política que hace cincuenta años viene representándose en perjuicio de nuestros intereses? ¿Los directores de la cosa pública no llegarán á sentir las torturas del remordimiento por el tiempo que malgastan en estériles disputas cuando las industrias están pereciendo, la agricultura yace aniquilada y el comercio se consume perseguido por las cargas fiscales y la competencia extranjera?

A sus preguntas responderá un periódico madrileño, testigo de la mayor excepción, ocupándose de uno de los últimos inútiles debates parlamentarios:

—“Bien ¿y qué? Llevamos seis días de debates parlamentarios sin que en realidad pueda decirse qué punto importante, que problema de interés, ni qué proyecto se haya discutido.

El Sr. A. reproduce en el Congreso unos proyectos de ley.

El gobierno declara que no pueden reproducirse tal como están, y para demostrarlo los reproduce al día siguiente, y para qué dentro de otros tres se retiren y se reproduzcan de nuevo.

¿Qué procedía después de esto? ¿Discutir los proyectos?

No, señor. Entonces se empieza á discutir sobre si se debieron reproducir; sobre si el señor X. . . . dijo una cosa é hizo otra; sobre si la comisión debió hacer esto ó lo de más allá; sobre si un ministro tiene éste pensamiento, y el otro ministro opina en contra; sobre lo que pensó cada consejero de la Corona durante cada uno de los días del interregno veraniego.

No se trata de probar una tesis ni de demostrar una verdad, sino de probar las fuerzas de los polemistas.

Entramos en la tribuna; allí están discutiendo lo mismo que hace cuatro días. No se habla de las reformas militares, sino de si Sagasta prometió realizarlas. “Vd. dijo que constituían programa del partido liberal.—Diré á Vd., “en eso hay que tener presente que no me referí á las reformas del general Cassola.”—“¿No consignó Vd. que eran un proyecto nacional?”—“Sí, pero no me refería al proyecto de Vd.”—“¿Por qué no se plantearon las reformas por decretos?”—“No podían plantearse. . . .” Y así sucesivamente.

Para ilustrar el debate, un orador refiere el cuento de los dos perros, otro habla de una culebra y por momentos creemos que la sesión es un apólogo representado ó unos ejercicios de oposición á la plaza de profesor en el arte de la zancadilla—aquel arte creado en Atenas por Thalites.

Bajamos al salón de conferencias y allí oímos interesantes y reveladores diálogos.—“¿Quién ha quedado encima?”—“Fulano está llevan-

do una paliza tremenda.”—“A Menganes le han metido debajo de un banco.”—“¡Qué gracia tiene lo de los perros!”

En efecto: no se discuten principios, ni ideas, ni procedimientos, ni proyectos, sino personas, actitudes, rencores de ayer, piques y despiques de amor propio. A veces la discusión tiene una pequeñez microscópica, de tal suerte, que hay que leer los nombres ilastres que campean en las lápidas conmemorativas de la historia parlamentaria, que adornan y honran los muros, para recordar que estamos en un Parlamento. En otras ocasiones, la memoria, cien veces evocada, de Bizancio, viene á la mente, con la diferencia depresiva de que no es la luz increada del Thabor lo que se discute, sino el reparto de dos collares caninos.

Buscando aire respirable salimos del Congreso, y el frío de la atmósfera nos recuerda la tristeza y la miseria que reina en muchas comarcas españolas. De entre las sombras de la noche surgen medrosos fantasmas, legiones que cruzan ante nuestra imaginación lanzando ayes desgarradores. Allá van miles de obreros sin trabajo á inscribirse en el rol de embarque de la *Steam Navigation Company* para irse á América en busca de pan. Aquí pidea eternamente un ferrocarril que ha de sacarles de la incomunicación en que viven muchos pueblos. Los fabricantes de alcoholes proclaman su ruina. Los industriales reclaman alivio á sus desdichas....

Y mientras los señores diputados discuten sobre personalísimas puerilidades de vanidad, los emigrantes dicen: “¡Adios, señores; nos vamos á otra tierra donde podremos esperar trabajando el fin de vuestros debates!” Los alcoholeros gritan: “¡Que cerramos nuestras tiendas!” El obrero agrícola exclama: “¡Me muero de hambre entre montones de productos que no puedo poner en circulación!”

El defensor de la libertad de la tribuna se ve falto de argumentos para combatir á los que piden remedio contra las demasias oratorias.

Y no falta algún espíritu irónico que sobre este cuadro de desdichas haga brillar un siniestro relámpago de ingenio proponiendo á la Cámara la reforma del reglamento en esta forma:

“Artículo 1º Todos los diputados podrán hablar de todo, cuando y como quierau.”

“Art. 2º El presidente cuidará de conservar á todos los diputados constantemente en el uso de la palabra.”

“Art. 3º Quedan suprimidos los demás artículos del reglamento.”

Podrá ser muy interesante para los señores Diputados esa discu-

sión de familia á familia, de casa á casa, de persona á persona; es posible que tenga un gran fondo de importancia, para ellos, ese rebuscar perpétuo de la intención de tal ó cual personaje, de éste ó el otro yerno; sin duda irán ganando en crear obstáculos, preparar caídas y poner dificultades al gobierno; pero, entre tanto, quince millones de españoles hacen esfuerzos inauditos para conjurar la tormenta que se acerca, acabando por lanzarse á los horrores de la emigración—temible siempre en principio, siquiera á la postre resulte un bien—y dejando abandonadas las industrias nacionales, yermos los campos, deshabitados los hogares y llevándose, con sus Penates, la desconsoladora idea de que no pueden volver. ¿Qué encontrarían si lo intentasen? Un pueblo consumido por sus vicios, degradado por sus faltas, sin virilidad para sobreponerse á las nefandas seducciones y digno solamente de ocupar un puesto secundario al lado de aquél imperio oriental que Mahomet deshizo con el aliento de sus pálidos guerreros.

Un lujo desenfrenado invade á todas las clases: para sostenerlo apúrnanse todas las venalidades, comérciase con el honor y con la dignidad, y ante el placer que proporciona un minuto de triunfo y de brillo sacrificanse los nobles instintos, los arranques virtuosos, lo poco grande y puro que queda en el alma. Como una ola enorme de cieno que brotase de un mar inmundo, marcha la ola de la vanidad arrasándolo todo, sentimientos, altiveces y dignidades y dejando cuanto era amado y cuanto inspiraba fé bajo las negras aguas de la corrupción. Este mónstruo está vivo en todas partes: sus garras afiladas son enormes, sus bocas innumerables, sus dientes no se causan jamás de morder y su voracidad no se sacia nunca. Es hija legítima la corrupción del olvido de las ideas patrióticas y religiosas, del superficialismo que se ha impuesto como novedad y de ese deseo immoderado de aparentar lo que no se tiene. Y como el ejemplo de arriba influye poderosamente en los de abajo, las costumbres van degenerando cada vez más y una confusión lamentable de las ideas legítimas y honradas y de los deberes ciertos perturba todos los cerebros.

Así se explican esas interminables contiendas personales que tienen por teatro el que debiera ser santuario de las pátrias instituciones. Buena parte de los hombres que van allí no son los verdaderos representantes de la opinión, los que viven para el pueblo y si es menester, hacen el sacrificio de su vida, por su libertad; no son como aquél inmortal Juan de Padilla que, antes prefería enrojecer con su noble sangre el infame tablado del patíbulo que entregar á la tiranía extranjera su amada ciudad, ni tienen los arranques valentísimos de Guzman en Tarifa. Hacen su política, discuten sus aficiones y sus gustos, colí-

gañase para derribar á un contrario que sube, para crear un obstáculo que interrumpe una ley benéfica, para defender un compadre ó un pariente empleado en Ultramar y no van, sino á hora tardía, á la solución de un problema que interesa y del cual depende muchas veces la vida de una provincia ó la ruina de toda una región. Grandes discursos, pensamientos magestuosos, giros retóricos de primer orden, oraciones ciceronianas, espléndidas controversias, pero nada práctico, nada útil, nada que contenga la emigración ni aplaque el hambre de los nuevos esclavos de la moderna gleba.

Son indispensables las economías, todo el mundo siente la necesidad de que se lleven á cabo pronta y decididamente, á nadie se oculta la conveniencia de que se rebajen los presupuestos y al tributario se le conceda un poco de respiro, más ¿por dónde se empezará? ¿Quiénes serán los primeros en caer? He aquí el temor de los que van de buena fé, de los que llevan á los gobiernos sanas intenciones, de los que aún creen posible la resurrección de la patria. Sobre aquél que se ponga la mano, como pila eléctrica, descargará quejas, recomendaciones, protestas y ruegos que nadie podrá resistir; y entretanto seguirá la funesta teoría del *vamos pasando* hasta que se presente la horrible realidad con su cortejo siniestro de desdichas á avisarnos que ya no sirven los remedios ni los paliativos porque el enfermo está bien muerto.

¿Son los únicos responsables los gobiernos de esta perturbación social? No nos atreveríamos á afirmarlo. El pueblo que elige á sus hombres públicos, que les confía la gobernación de sus destinos, que les entrega la dirección de sus negocios y que los convierte en árbitros de su bienestar debe estar muy malcado en su carácter íntimo cuando se somete incondicionalmente á los que son sus servidores y no tiene el valor de la protesta pacífica y legal. Es posible, por tanto, que en la constitución privativa de ese pueblo, en sus vicios y en sus fealdades morales esté el origen de la actual situación, que nos coloca á todos á un nivel sumamente bajo, privándonos de la general consideración y del propio sagrado respeto que debieran tenernos aquellos que convertimos, *motu proprio*, en nuestros amos.

Así como crece en la Corte, vigorosa y lozana, la planta parlamentaria sin que dé ya aquellos ópimos frutos que se llaman "Constitución de Cádiz", "ley del Matrimonio Civil" y "Constitución de 1869", desarróllase en provincias, especialmente en Galicia, el novísimo árbol del manzanillo, que mata cuanto existe á su alrededor y al cual bautiza la botánica política con el nombre de *caciquismo*.

¿Qué es el caciquismo? Una bestialidad rural, un engendro mons-

truoso concebido en las entrañas de la corrupción urbana y abortado, para su desgracia, en todas las villas, pueblos y aldeas de la Nación. El caciquismo ignorante, supersticioso, falso, extraño á los deberes humanos, enemigo de la legalidad, avaricioso y concupiscente vive á espensas del pobre campesino; arrebatáale lo poco que le deja libre el fisco, trátale con mayor desprecio que los señores feudales de la Edad Media trataban á sus siervos, y para él no hay miramientos, ni consideraciones, ni respetos, ni leyes porque todo lo subordina á su capricho y lo convierte á su culto, sopena de sentir los mayores rigores y las más inicuas persecuciones el que se rebele.

El cacique es, por regla general, un hidalgo toscó, mal criado, sin urbanidad ni formas sociales, ignorante y atrevido: fiado en la amistad que le dispensa el gran cacique, aquel señor eminente que ha llegado á Ministro, realiza todo género de atropellos, amenaza á cuantos no le rinden adoración, coge todo lo que se le antoja y corta, raja y divide como en país conquistado. Es sutil el cacique, maestro en el arte del engaño, de la celada y de la zancadilla: cautiva con palabras melosas al que quiere explotar y su mayor orgullo consiste en poder llevar á cabo las más infamas empresas dentro de la legalidad, ó la apariencia de la razón.

Véase un caso práctico, ocurrido hace poco tiempo en un pueblo de Galicia:

Al cacique, un excelente señor que tenía aterrada la comarca en que dominaba, conveníale poseer un pedazo de tierra, de que era dueño un menguado y triste labrador, para unirlo á una finca suya de gran extensión. Insinuó su deseo de tomarlo á título de regalo al labrador, pero éste mostróse rehacio á la dádiva empleando en la negativa un lenguaje festivo y que le hacía figurar como blanco de una broma del cacique. Creía el mísero desarmarle, aceptando que su petición era simplemente un juego con que quería amedrentársele y procuraba hacerse el tonto para salir mejor librado.

Comprendiólo así el tiranuelo, y en su propósito firme de poseer el terreno, ideó otra estratagema. Dispuso que uno de sus criados cortáse la rama de varios árboles que en su finca había y dejóla varios días abandonada sobre el campo: uno de ellos hizose el encontradizo con el labriego y con frase cariñosa, protestando que su anterior deseo revestía los caracteres de la broma que aquél, cuerdamente había imaginado, ofrecióle aquella leña que estaba allí abandonada y que á él más bien le servía de estorbo que de utilidad. El mísero cayó en la red: no comprendió que se le tendía un lazo. Aceptó el regalo y allá se fué con su carro y sus escuálidas vacas á recoger aquellos

pedazos de leña que iban á calentarle durante el invierno. Cuando terminada la operación se disponía á partir con dirección á su casa, surge el cacique con el alcalde pedáneo y tres testigos y ante ellos acusa de ladrón de leñas al labriego. Protestas de éste, ayes lastimeros, juramentos que conmoverían á una estatua, todo fué inútil: aquellos sicarios formaron diligencias sumarias y la autoridad rural encontró que debía mandar, en clase de detenido á la capital del partido, al infeliz ilota de los campos. Alguien hubo de indicarle, que, cediendo el histórico pedazo de tierra al cacique, todo quedaría arreglado: hizolo así, y en efecto, el acusador retiró su denuncia, *concedió* ámplio y generoso perdón y el labrador quedóse en su casa sin tierra, sin alegría, abatido y pensando quizás que, en donde no hay posibilidad de tener garantidas la libertad y la propiedad, vale más no vivir.

Un país que alimenta á estos depredadores, que no tiene la fuerza necesaria para inutilizar su fatal gestión y denunciarlos á la opinión general, que no sabe salir de sus enmarañadas redes, difícilmente puede progresar ni desarrollar sus aptitudes: tiene que vivir esclavizado, sujeto, pobre y no esperando, sino del acaso providencial, la hora del mejoramiento. Hizose una revolución en 1868 para librar á la Nación del despotismo de los doctrinarios, pero esa revolución no aprovechó al pueblo: está más abatido y hambriento que en tiempo de González Bravo; tiene menos dinero, paga más contribución y emigra en mayor número á países extranjeros. Y es que se han malgastado los años en guerras fratricidas, en luchas intestinas, en contiendas de partidos, en rivalidades personales y en necias especulaciones políticas. La clase obrera no vive en España: está peor que aquella que derribó la Bastilla y nombró al zapatero Simón ayo de S. A. el Delfín: el campesino arrastra una existencia fatigosa y cruel que lo equipara al campesino ruso que vive todavía sujeto á la gleba; y lo que es más doloroso, sin esperanza de redención, porque la tierra, por irritable sarcasmo, le pertenece en propiedad y á título de fundo. La clase media es la única que vive cómodamente, porque ha sustituido á la nobleza en los grandes negocios y porque, de su seno salen los gobernadores, los administradores de aduanas, los generales y brigadieres, los hacendistas y especuladores y los industriales de importancia. Esa clase privilegiada, que también dá los Ministros y los académicos, que hace nobles á cada rato, creyendo así deslumbrar á los de antiguo abolengo que ven con desdén supremo convertidos en sus iguales, á los que antaño fueron sus administradores y criados, no se cuida poco ni mucho del labrador ni del obrero, dando en esto

clara muestra de su crasa ignorancia, cubierta siempre por un barniz de superficial ilustración, que no le permite ver, que esas dos unidades obscuras y despreciadas, son las que dan la suma enorme de millones que necesita el Estado para su vida y la clase media para sus dilapidaciones y derroches.

¿Por qué fué tan precipitada y vertiginosa la caída del imperio romano? ¿Por qué los afeminados patricios se vieron tan rápidamente envueltos en la inundación que precedía á los conquistadores bárbaros? Porque habían olvidado al que trabaja, por que esclavizaron al obrero, al artifice, al campesino, á las ciudades, á las provincias y á las naciones; porque no se cuidaban más que de acaparar el oro para sus dispendiosos banquetes, para sus placeres abominables y para sus fiestas sangrientas; por eso cuando el hombre del Norte llamó ruidosamente á las puertas de la ciudad Eterna, los esclavos, los perseguidos, los habitantes de la ergástula fueron los primeros que se presentaron á abrirlas, no á defenderlas, seguros de que en la nueva esclavitud, siempre irían ganando un átomo de libertad.

Desatiéndese entre nosotros al elemento regenerador, que trabaja, que inventa, que alimenta la tierra, que sazona la fruta y seca el grano; no se hace caso alguno de sus quejas, de sus justos lamentos ni de sus dolores y, forzosamente, el fatídico minuto tiene que llegar.

Galicia, que no puede competir en industrias con Cataluña, ni en cultivos con Andalucía, que tiene su más importante producción en la patata y en el maíz, que apenas obtienen solicitadores en el mercado, paga cada cinco años al Estado por contribuciones ó impuestos *doscientos diez y nueve millones y medio de pesetas* ó sean *cuarenta y tres millones y medio de pesos* en oro. ¿De donde salen estas sumas fabulosas y las que cobran la provincia y el municipio, que pueden calcularse en una quinta parte más? Del trabajo perenne, continuo, de todas las horas del labrador y del obrero, de la multitud de hombres que desde América están atentos á las desdichas de su patria y no olvidan los amargos sinsabores de sus deudos y parientes. Estos, principalmente, son los que contribuyen con su generoso donativo á sostener las abrumadoras cargas, consiguiendo que la temida catástrofe vaya diferiéndose. El día que ellos no puedan ó no quieran enviar más dinero, Galicia sucumbirá y en su seno desarrollaránse escenas lamentables. Entónces, el socialismo que no habia podido fructificar entre los nuestros, levantaráse potente é implacable y no respetará fuero ni gerarquía hasta no llevar su misión en la sociedad.

¿Por qué no se fijan los estadistas, los hombres de sano corazón como el Sr. Sagasta, que al fin ama la libertad y tiene simpatías por el pueblo, cuya sangre corre por sus venas, en la actual situación política y económica de la Nación? ¿Por qué no se cortan de una vez los abusos y las inmoralidades de la Administración Central, Provincial y Municipal y no se procura destruir esa planta venenosa, que se arraiga más cada día y es el azote de nuestros labradores, el caciquismo? ¡Ah! Si los que ocupan los primeros puestos por la fuerza del saber, de la experiencia y de la observación constante, tuviesen el valor de prescindir un día de los inútiles, de los aduladores, de los parásitos, de los que tienen el cerebro vacío y no producen sino mezquinas ideas y bajos pensamientos, aún podría salvarse la Nación que tantos elementos de vida tiene en su seno!

Cuanto á Galicia, ¿cuál debiera ser su política? Aquella que más le alejase de ella. Puede parecer paradógica la respuesta pero encierra una verdad indiscutible. Galicia vive mejor y más holgada sin las contiendas perturbadoras de la política, sin los apasionamientos que traen el deseo de mandar y los anhelos gubernamentales. Galicia es una región esencialmente agrícola, medianamente industrial y contraria á la vida ruidosa, agitada, tumultuaria y siempre falsa de la política.

Los pueblos que, como Galicia, tienen su porvenir en la agricultura y en las industrias, no deben ser políticos, en la genuina acepción de la palabra.

Las agitaciones de la cámara, las emociones del club, los arrebatos del café, en medio de la llama azulosa de los alcoholes que se consumen, las tensiones que en el sistema nervioso produce á diario, con sus batallas interminables la prensa y las desgracias y alegrías que origina, con sus oscilaciones, la bolsa, son propias de los pueblos que producen poco ó no producen nada, de esos grandes centros en los que se agrupa toda la vida social de una nación y que son, y serán por mucho tiempo, un mal necesario é irremediable.

A la ciudad de provincias, con su vida pacífica y metódica, si se quiere rítmica, á fuerza de ser regular, no puede convenir esa existencia orgiásca, en la que toma tanta parte el espíritu como la materia, ni aunque se quisiera, se le podría dar carta de naturalización. En donde los sucesos se precipitan, las sensaciones adquieren multiplicidad infinita, la ambición se impone y la inteligencia investigadora y sutil se imperializa, no puede concebirse nada, idea ni principio, que no participe de esa vertiginosidad del vivir, que considera vicjo lo que el día anterior era una novedad.

Y éste existir excepcional, peculiar solamente de las capitales de los Estados de importancia, es insensato pretenderlo para las ciudades y villas del interior, en la misma relación con aquellos, que lo están, los brazos y las piernas con el cerebro, en el hombre. Cada pueblo tiene sus condiciones especiales, su organismo y su idiosincrasia: es menester, para que ese pueblo sea dichoso, no variar su curso ni sus tendencias á pretexto de traer novedades peligrosas ó buscar bienes ficticios, que, como los fuegos fátuos, alumbran un segundo el espacio tenebroso, para dejarlo luego sumido en más honda y profunda obscuridad.

Un pueblo agrícola debe cuidarse de mejorar los aperos de labranza, de progresar en todos aquellos ramos que con la tierra se relacionan: no basta conocer el campo, saber que todos los años produce una cantidad determinada de granos ó de legumbres, que es menester abonarlo para que la semilla fructifique y la planta, hermosa y lozana, llegue á sazonarse; es indispensable algo más á ese pueblo, es necesario que forme costumbres agrícolas, hombres agrícolas, asociaciones agrícolas, en una palabra, que cree sentimientos agrícolas.

Están equivocados los que enticoden que es agricultor el que ara un campo de maíz ó cava un pedazo de tierra, en donde han de sembrarse patatas: ese es simplemente un obrero del agricultor, un instrumento humano que dirige otro instrumento de madera ó de hierro, sin conciencia de lo que hace y ageno por completo á las evoluciones de la tierra. El agricultor es un ser superior é inteligente, tan digno de respeto como el hombre de ciencia que escribe obras que asombran á los sabios y sirven de billete de libre entrada en las Academias, como el artista que pinta cuadros, que la vanidad humana paga á precios fabulosos y como el industrial que levanta fábricas, que son verdaderas maravillas del adelanto moderno. El agricultor estudia sobre el campo que cultiva su conformación geológica, sus clases de tierra; adivina hasta dónde puede extenderse la producción y qué elementos la aumentar; sabe en qué estaciones es más conveniente abrir el surco, cómo se resguardan la mies ó la planta, el árbol ó la cepa, de las crudezas del invierno ó de los abrasadores rayos del sol del Estío, cuál es el cultivo que entraña más seguridades de éxito y más riquezas puede proporcionar; no se enamora del rutinarismo ni adopta el insensato sistema de hacer eternamente una misma labor. Estudia las obras de agricultura, compara las teorías de los hombres amantes de la tierra con los resultados prácticos que toca todos los días y adopta las más convenientes, las que más le favorecen y más se armonizan con el campo que posee.

La agricultura no es un empirismo, la sucesión de una dinastía de obscuras rutinas, un grosero juguete que esté al alcance de todas las manos que quieran tocarlo; es una ciencia importantísima que tiene graves problemas que resolver, que apenas se ha esbozado y que entraña infinitas y excepcionales bellezas.

Si Galicia quisiese consagrarse en cuerpo y alma á la agricultura; si perdiese los malos hábitos adquiridos en mil años de un trabajo siempre igual, siempre misero é improductivo; si se convenciese que está, como el Sísifo mitológico, con la abrumadora piedra acuestas, subiendo y volviendo á bajar la montaña, si tuviese la audacia sublime de romper con su pasado para entrar franca y abiertamente por las sendas del progreso actual, entónces, créanlo los gallegos, habrían hecho la salvación de ese pueblo heróico y lastimado por la desgracia y por su propio carácter.

La riqueza y bienandanza están allí; en aquellos campos que pueden dar el arroz, la remolacha, las ricas legumbres, las mejores hortalizas y los más espléndidos vinos. Que no siembren maiz nuestros labradores, que por mucha estimación que se le dé en el mercado, no podrá compararse nunca con la que tiene el trigo: que siembren el arroz y la remolacha, que multipliquen los criaderos de gusanos de seda, que aumenten las cosechas de lino, que tanta venta, convertido en lienzos, tiene en América, que se aventuren á las pequeñas industrias rurales, como son la fabricación de quesos y de pastas, la crianza de aves y animales de corral y antes de veinte años, la fisonomía de nuestro país habrá cambiado y sus desventuras serán á modo de leyenda, que se recuerde como enseñanza del pasado.

El estudio de la agricultura es lo que conviene á Galicia, no la política que todo lo esteriliza y empequeñece y que no vive sino de las miserias de los pueblos.

Pero el agricultor necesita espacio, luz, ambiente, sol, en una palabra, libertad para desarrollar sus fuerzas, para penetrar todos los misterios de la fecundación y sorprender á la tierra en ese feliz instante en que se reproduce: si se le aherroja con impuestos que no puede pagar, con imposiciones que le hacen caer diariamente, con olvidos que le arrebatan toda ilusión, ¿cómo llegar á aquella meta con que sueñan los fisiócratas y que en la Edad de oro romana ponía el arado en manos de Cincinnato?

Igualar las cargas con la producción; dejando siempre al trabajo la utilidad indispensable para hacer amable la vida; ésta debiera ser la política de todos los gobiernos y la ciencia de nuestros hacendistas.

¿Cómo se alcanzaría la realización de tan hermoso sueño? Fácil-

mente: si los pueblos reclamasen á sus representantes en Córtes la justificación de su conducta en ellas; si el Médico de aldea, el Alcalde, el procurador, el tabernero y el cacique no obligasen á su patrono á solicitar estancos, empleos, subvenciones y bajas tolerancias para ellos, sus paniaguados y parientes.

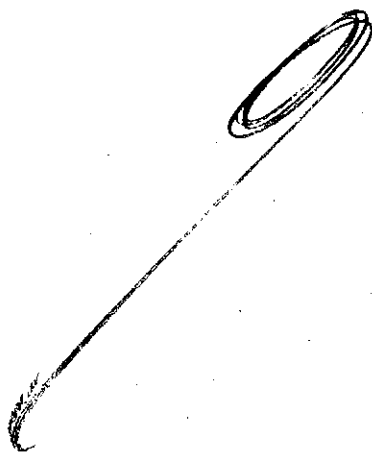
¿Cómo se ha de extinguir el fuego deletéreo si en donde más se alimenta es en el corazón de nuestras propias villas y poblaciones rurales? ¿Si los representantes del país tienen aprendido, que el mejor medio de conservar su influencia y su prestigio, consiste en favorecer á los que mangonean en el distrito su nombramiento, cómo pedirles sinceros procedimientos?

El cuerpo electoral está enfermo y horriblemente mistificado desde hace muchos años. El hombre rural no sabe lo que vota, por qué vota ni á quién vota. Está á merced del cacique que le lleva, casi en manada, al colegio electoral: éste último es el que se entiende con el Diputado, el que garantiza la limpieza del acta, la rotura de la urna, en caso necesario, y el que hace un programa á su capricho á los siervos que le están sometidos incondicional y cobardemente. No se ha educado á los infelices labradores en los verdaderos principios de la libertad, del orden y de la dignidad nacional: murmuróse á sus oídos alguna teoría que no supieron comprender, hablóseles de convenientes resistencias y cuando intentaron la primera gimieron abrumados por el usurero que reclamaba su crédito y su interés compuesto, por el concejal que doblaba la cuota contributiva, por el Médico que amenazaba con dejarles morir sin misericordia y por el Alguacil que acechaba el último girón de tierra. El golpe fué rudo para que fuese ciega, indiscutible, absoluta la esclavitud.

Con un pueblo que no es dueño de sus propios destinos, ¿puede, seriamente, constituirse una región agrícola, siquiera todo lo que en él existe, le llame por ese camino? Imposible.

Dése libertad al campesino, arránquesele del abismo de miserias en que se revuelca y téngasele un poco de compasión sino se quiere provocar el tremendo conflicto que está pugnando por estallar.

LOS JUEGOS FLORALES,
LA LITERATURA, LA POESIA, LA NOVELA, LA ORATORIA
Y EL PERIODISMO EN GALICIA.



LOS JUEGOS FLORALES.

SU INFLUENCIA CIVILIZADORA.

I.

AQUELLOS antiguos ejercicios literarios, torneos nobilísimos de la inteligencia y del buen decir, que tan alto prestigio y fama dieron en la Edad Media á la poesía provenzal, y especialmente á la culta ciudad de Tolosa, vuelven ahora con nueva juventud y mayor vigor á resucitar en Galicia.

La herencia lemosina, que se pudiera considerar perdida con la extinción de la monarquía aragonesa, aquella herencia gloriosa que tuvo origen en el célebre *Consistorio* de Barcelona, reaparece al presente en las provincias gallegas, tomando la forma de certámenes animados y concurridos, en los cuales se presentan los aguerridos contendientes esgrimiendo por armas finísimas y valiosas, las esplendorosas galas de la moderna poesía. Confiada estaba la de nuestro pueblo á las lobreguécas de sus abruptas y apartadas selvas: esencialmente subjetiva, viviendo solamente de vaguedades, idealismos y arrobadores ensueños, era la musa galaica á modo de virgen pudorosa y tímida que no osaba exhibir sus delicados contornos ni presentar á la pública admiración sus innegables bellezas: gustaba de las tiernas endechas de un amor infinito y supremo, de las baladas melancólicas denunciantoras de las grandes tristezas del alma, de los púnicos idilios que retrataban la vida del campo en toda su inocente realidad; y escapaba,

por tanto, á todos los halagos que de algún modo podían llamarla á las ruidosas justas, en donde el aplauso tenía que ser inmediata consecuencia del triunfo.

En los siglos medios habíase manifestado en cantos religiosos de un mérito incalculable: las *cántigas* de aquel Rey Sabio, tan combatido por las defecciones de los suyos, cuyo espíritu atribulado necesitaba expansiones ideales que entónces no eran comprendidas, serán siempre un elocuente testimonio del valor de la poesía gallega. Más tarde, y durante el desastroso reinado de Juan II, tornó á brillar la poesía gallega, que cultivaban casi todos los ingenios de la Corte: el Condestable D. Alvaro de Luna, el Marqués de Santillana, el de Villena, de célebre memoria por sus aficiones ligrománticas y Macías fueron ástros luminosos de aquel cielo, del cual fué sol de primera magnitud el ilustrado Rey D. Juan.

Era, sin embargo, la poesía gallega en aquella época, nó la poesía dantésca y terrible que ya había aparecido con la *Divina Comedia* publicada en Florencia, sino la expresión de los sentimientos caballerescos, de los amores castísimos y de los honrosos pasos, de que eran héroes principalísimos los Suero de Quíñones y Rodríguez del Padrón, luchando, el uno contra trescientos caballeros por libertarse de la cautividad en que le tenía su dama, y el otro contra su corazón que le llevaba al amor correspondido de una Reina.

Cuando la dinastía de Trastámara desapareció de Castilla con el casamiento de su último vástago, la gran Isabel, con el heredero de la corona de Aragón, también desapareció para siempre de los palacios cortesanos la poesía gallega: replegóse á sus verdes y escondidos valles nativos, y en tres siglos, apenas si dió noticia de su existencia: tan silenciosa y apagada debía sentirse la musa gallega que no tuvo fuerzas para protestar cuando un escritor madrileño negó sus antiguos triunfos y sentó como axiomático principio, que la poesía no podía vivir en tierras de Galicia.

Hoy—por fortuna—ha quedado destruida tan absurda opinión con las concepciones sublimes de Rosalía Castro, Pondal, Curros Enríquez, García Ferreiro y Barcia Caballero, que prueban claramente el renacimiento de una poesía de alto valimiento, y á la cual, ya habían dado tonalidad y gusto Frume, Neira de Mosquera, los Caminos, Añón y Pintos.

Preséntase ahora especialmente, en los certámenes llamados *Juegos Florales*, en donde la conquista de un premio emula á todos los poetas á aguzar la inteligencia y á purificar la frase embelleciendo el pensamiento.

Estos, que más arriba hemos llamado nobilísimos torneos, por lo que se diferencian de aquellos otros en que la fuerza de una lanza hacía el primer papel, empiezan á ser combatidos. Antes de averiguar quienes son sus incipientes enemigos, sepamos lo que verdaderamente representan y significan los juegos florales.

Ya lo hemos dicho: son combates sagrados en los que, como armas que se esgrimen, tiénense, la frase cincelada y correcta, el giro elegante y castizo, la dicción pura y sin mezclas y las mil notas armónicas que embellecen el lenguaje y le prestan ese dulce encanto que subyuga el espíritu, cautiva los ánimos y conquista las voluntades. El talento de los que luchan en franca lid, gausos de obtener un lauro preciado y valioso, crece desmesuradamente en estas fiestas por todo extremo cultas y pacíficas, y el estímulo, más que la ruín envidia, sirven de norte á cuantos se presentan afanosos de la bella corona que los severos jueces guardan con singular esmero y cuidado, para el afortunado que haya de vencer en ese *Juicio de Dios* del buen decir y del elegante discurrir.

El adelanto de las naciones, el progreso intelectual de las sociedades, la delicadeza de sentimientos en las clases, aprécianse con exactitud en esas expansiones del saber, de la ilustración y del buen gusto, porque penetrando el fondo oculto que no se deja ver de las muchedumbres sino por la realización de titánicos esfuerzos de los que estudian, meditan y piensan, descubren todo el foco de luz, que en una hora determinada puede disipar las tinieblas de la barbarie, deidades fatídicas engendradoras de todos los males y miserias que afligen á la humanidad.

¿Es disculpable el ataque á tal linaje de manifestaciones del génio?

¿Traen algún beneficio á los pueblos en donde alcanzan completo desarrollo?

¿Influyen en la marcha progresiva de esos pueblos?

II.

Es innegable que los siglos medios fueron para Europa, tiempos duros y crueles: noche larguísima, interminable, llena de espantos y zozobras que engendraba la grande y general ignorancia, fué aquella edad férrea, en la cual todas las instituciones se removieron, todos los derechos se mistificaron y todos los amores tuvieron por ideal la consagración de la fuerza, como un paréntesis siniestro entre la luz y la tiniebla, entre la libertad y la esclavitud, entre lo antiguo espléndido y lo moderno no ménos brillante y magno.

La irrupeión de las razas teutónicas en el mediodía, la caída del imperio romano, último refugio de las civilizaciones heleno-latinas, las predicaciones austéras y heladas de la nueva religión y la desmoralización horrible que se conservaba, como un cáncer corruptor entre las masas populares, tenían que aparejar y traer aquellos oscuros días, que hicieron crecer al hombre más de una vez, que era llegada la muerte de la naturaleza; el fin del mundo.

¡Qué colosal transformación! ¡Qué metamorfosis tan notable!

Al Dios griego, creador y director de los fáciles, dulces y enervantes placeres, de las sorpresas inverosímiles, de las mediaciones injustas y parciales sucede el Dios cristiano, humilde en su grandeza, justo en su rectitud, jamás puesta en duda, sábio único entre los omniscientes Doctores, y dispuesto siempre á verter su sangre preciosísima para redimir á los tristes, á los pequeños, á aquellos que carecían de espíritu para elevarse del nivel en que se arrastraba la servidumbre: la impúdica Vénus, nacida de una caricia hecha al Océano por el corrompido Júpiter desaparece para dejar paso á la mujer que puede ser virgen y llevar en su seno immaculado, el gérmen de la Divinidad; y la literatura erótica de Marcial y Quintiliano escóndese asombrada al anuncio de las apocalípticas visiones de San Juan y de las terribles profecías de los apóstoles y sacerdotes del Cristo.

Ante aquél deslumbramiento que produce en las muchedumbres la ruidosa caída de lo antiguo, ante aquél demoleedor *nihilismo* que pulveriza el circo, el templo, la terma y el foro, renegando de lo que Cicerón había ensalzado y mutilando la obra sublime del cincel griego, ¿cómo no había de llegar naturalmente el minuto de la suma barbarie? No hay estatuas, no hay templos en los que brille la hoz dorada del sacerdote sacrificador, no hay poetas virgilianos que sorprendan y canten los amores de Ceres y Flora, no hay victorias que recuerden á Farsalia ni á Munda, ni generales que aterren la fama de Scipión: ¿para qué obligar el entendimiento y lanzarse á los idealismos socráticos y á los delirios platonianos, si la razón ha sido borrada por el soplo entumecedor de los hombres del Norte?: es preciso que los progresos alcanzados por la dominadora del mundo perezcan: que las razas vuelvan á marcar más hondamente las líneas divisorias: que la esclavitud se convierta en servidumbre: que la sangre riegue los infecundos campos y que el hacha del bárbaro soldado de Genserico corte el naranjo que dá flores de azahar en el Sur de Europa y la cabeza del último representante del patriciado romano.

Sólo así, por medio de esta remoción de cosas y de hombres, de pueblos y ciudades, de esperanzas y fatalismos, puede rebasarse el lac-

go período de la Edad Media y llegar á percibir ese claro y fulgente sol del renacimiento, que es para la humanidad una nueva y completa redención.

Quedan aún para el hombre pensador, hondas tristezas y amarguras no creidas, al meditar sobre lo pasado, sobre lo que pertenece á lo pretérito, esfinge menos comprensible que la esfinge egipcia y que el geroglífico faraónico: ¡cuántas persecuciones para el débil, no representan los días de las cruzadas: cuántas humillaciones y burlas para el de humilde condición; y en cambio: cuanta soberbia y tiranía en los barones y condes que mistifican la esclavitud romana, con el feroz y repugnante feudalismo!

No podrá nunca la inventiva moderna, que á veces se complace en arrancar de su sepulcro el putrefacto cadáver de la Edad Media, para vestirle con imperiales ropages, encontrar argumentaciones que cohonesten y ameriten los crímenes y vicios de esa grau pecadora: es imposible la defensa y todo tribunal recto y severo, tiene que condenar un tiempo que existe solamente para activar la destrucción.

La misma iglesia, asilo santo al cual se acogen los temerosos y en donde se conserva todavía el sagrado fuego, ¿no esclama á cada rato por boca de sus ministros, en aquellos aciagos días: "el mundo espira:" "el reinado de Satanás está llegando:" "el cielo llama á juicio?" ¿No es entónces, cuando nobles y plebeyos se confunden dominados por un mismo terror, y á gritos, sollozando ruidosamente, invaden los templos y ofrecen á los obispos y á los sacerdotes sus riquezas á cambio de una mísera promesa de salvación? ¿No se escucha dominando aquella tempestad de oraciones y blasfemias, la ronca voz de Pedro, predicando la guerra contra el infiel, llamando á los reyes y á los príncipes sobre la Palestina y prometiendo á los que emprendan la ruta, la salvación del alma? ¿No es entónces también, cuando el santo de Asis, entrega sus caudales á los miserables y vistiendo la tosca y áspera estameña, demuestra, que con un beso de la caridad, puede curarse el leproso, desterrado del hogar y de la ciudad por la ley implacable y cruel?

Hay que estremecerse al recuerdo de esos siglos que apenas denuncian la existencia de un filósofo, de un sabio, de un poeta; que no producen más que capitanes de invencible brazo, soldados despiadados y ajenos á los sentimientos de humanidad, obispos endemoniados, frailes tembles y astrólogos y nigrománticos, que, aprovechando la universal ignorancia, escarban la primera capa de la ciencia.

El Renacimiento es para Europa la sonrisa del cielo: reviven las artes del olvidado Parthenon: el pincel de Apelles brilla ahora en la

mano de Rafael, y á la Vénus de Milo, superan en corrección de líneas y en belleza plástica las estatuas de Miguel Angel: la poesía dantésca, tenebrosa y asustadora, deja paso á los anatorios poemas de Petrarca, Bembo, Ariosto y Boscan, más naturales y humanos, y la filosofía y la ciencia comienzan á predecir los triunfos de hoy, con la aparición de Bacon y Galileo.

A la Edad-moderna, no exenta de pecados, corresponde la gloria de haber restaurado y ennoblecido los certámenes de la poesía, que en Provenza fueron llamados Juegos Florales: en una época como la presente, en que todo lo grande alcanza desarrollo y todo lo bueno encuentra protección, no podían desconocerse las virtudes de esa rara creación de la Edad-media espirante, y es por eso, por lo que la ha prolijado, infiltrándole nueva sangre y nueva vida.

Los Juegos Florales celebranse hoy en todas las naciones de América y de Europa para estimular á los poetas y fijar bases y alcances á la poesía.

¿Representan esos torneos de la cultura, un paso en el camino del progreso ó son simplemente una reacción de las costumbres provenzales?

III

Es indiscutible que envuelven un gran elemento de cultura y civilización los Juegos Florales, si se celebran con parsimonia y comedimiento y teniendo presentes á toda hora aquellas máximas y preceptos escritos por el colegio de gaya-ciencia y patrocinados por la hermosa Clemencia Insauro.

Cantan las grandezas de la pátria, los progresos de las artes, los adelantos de la industria, los actos heroicos que envuelven provechosas enseñanzas y explican sencillamente, eternizándolas en el metro seductor, las costumbres típicas que tienden á perderse. Dan á conocer el carácter y la sinceridad de los individuos, los alcances intelectivos de la raza á que éstos pertenecen, sus más íntimos pensamientos y anhelos y hacen, en breves rasgos, el proceso de los pueblos.

Véase sinó Galicia: desde que se ha implantado esta hermosa costumbre; desde que Vigo un día, otro Orense y á cada rato la Coruña, Santiago y Pontevedra han dado en convocar á los poetas regionales á ese meritorio concurso, el conocimiento de las causas engendradoras del malestar del país ha sido completo, las filas de los creyentes y devotos háase estrechado y la muralla que cerraba la entrada al viajero ha caído en pedazos.

Agrada y seduce hoy contemplar esos espectáculos que unen las voluntades dispersas, que templan las ocultas antipatías, que suavizan y endulzan las costumbres, que desatan los lazos que nos sugetaban á la preocupación y á la timidez y, en una palabra, que revelan al mundo un hecho desconocido, que Galicia es un país eminentemente inteligente y subjetivo, que vive en diario comercio con las musas sin desatender sus escuelas científicas, sus talleres, sus fábricas ni su viejo cultivo agrícola. Negar la influencia de los Juegos Florales en el modo de ser actual de nuestro pueblo sería demostrar una ignorancia crasísima ó una perversión completa del sentimiento.

Combatirlos, un gran crimen que no encontraría disculpa en ningún pecho noble y enamorado de la causa por que todos luchamos.

Es preciso, sí, cuidar que esos certámenes no degeneren; que no se conviertan en feria de poetas chirles ó sucursal de escuela política: que la poesía ramplona y descuidada, por el origen que pueda tener, no sea preferida á la que realmente alcanza la supremacía, que los jueces del campo se muestren severos, rectos, íntegros y que den á esos actos todo el valor moral que tienen.

Si al amparo de los Juegos Florales han podido exhibirse gran número de poetas inspirados, tiernos y notables en nuestra patria y atraer sobre sus obras la pública atención, ¿quién se atreverá á levantar obstáculos en el camino de los que llevan un ideal en el alma y un pensamiento regenerador en el cerebro? Sería vitando el proceder, digno de las más rudas excomuniones, bastante para declarar fuera de la comunidad patria al que tal cosa intentase. Está ahora Galicia en el período crítico de la reacción blanca, de esa benéfica reacción que la lleva á la gloria, á la comodidad interior, al bienestar íntimo, al respeto y á la consideración de los extraños y es obligatorio que todos los que la aman realmente suspendan la chacota poco delicada y el epigrama insolente para que esa reacción no se malogre y la aspiración se cumpla. La defección sufrida en el concurso, la carencia de fuerzas para entrar en esas lides bienhechoras ó la natural predisposición á la sátira ridícula deben sofocarse en todos los pechos y no mirar sino lo que á la tierra bien amada interesa.

Coadyuvemos, pues, á la propagación de esas fiestas que hacen la defensa del regionalismo; que convierten á nuestra causa á los grandes poetas dramáticos como Echeagaray, á los oradores ilustres como Castelar y Moret, á los católicos intransigentes como Pidal y que hacen exclamar á los que nos visitan:

—“Galicia es un pueblo culto, ilustrado, poseedor de una sensibilidad exquisita y digno de alternar con los mejores.”

Pero no nos dejemos arrastrar por los optimismos ni por las exigencias de los caciques más ó menos literarios, para que esos torneos no pierdan su naturaleza encantadora é independiente y se conviertan, á la postre, en vergonzoso mercado de premios y diplomas.

Sirva de ejemplo á los futuros jurados la conducta digna, heroica y plausible del que en Santiago, en el mes de Julio último, rechazó todas las composiciones presentadas á concurso para optar al primer premio. No consideró ninguna con suficientes méritos para alcanzar tan valiosa recompensa y sin temor á las iras que pudiera suscitar, dió su veredicto implacable. Así es que como se regeneran los pueblos y se defiende la verdadera poesía.

LA LITERATURA Y LA POESIA.

I.

HUBO un tiempo que se dijo en España, que Galicia era un país estéril para las obras de imaginación. Y se creía tan á piés juntillas esta originalísima especie, que los hombres más discretos y sensatos, sin tomarse el trabajo de averiguar la verdad de la acusación, aceptábanla en absoluto, condenando de esta suerte injustamente á un pueblo, que tenía, como el primero, honrosos títulos que presentar para destruir la calumnia.

Sucedie en el discurso de las cosas humanas, de suyo imperfectas y faltas de principios lógicos, que consentida, siquiera sea por desprecio ó indiferentísimo, una versión, absurda en totalidad, pasa andando el tiempo, á ser verdad inconcusa y real; y aquellos mismos á los cuales daña y ofende llegan á dudar de su valor y legitimidad.

Tal ha pasado á los gallegos: tanto se había dicho que Galicia no producía poetas, ni escritores, ni pintores, ni escultores, ni hombres de ciencia, que casi creyeron que esto era cierto; como si los nombres de Macías y Rodríguez del Padron fuesen castellanos, como si el P. Feijoo, el P. Seguín y el P. Sarmiento fuesen catalanes; y hubiesen nacido en Andalucía Avendaño, Fierros, Angel, Sanmartín, Brocos, Teijeiro, Freire y Casares.

Fué necesario que los hombres de Madrid viésen á Galicia, para que la prensa y la sociedad española hiciesen justicia á sus hijos, fué necesario que Castelar, Moret, Carvajal, Héctor Varela y Cánovas del Castillo,

pisasen los verdes valles gallegos y navegasen por sus tranquilos mares y rios, para que España supiera sin asombro que Pastor Díaz, gran político y gran poeta, Ulloa, Romero Ortiz, Gasset y Artime, Bautista Alonso y Sanchez Bregua eran hijos de Galicia; sí, doloroso es pensarlo y más triste el decirlo, hízose necesaria esa campaña de la política española para acostumbrar á los españoles á mirar en Galicia una región culta, capaz de practicar la civilización y de ajustarse á los modelos del progreso.

Hasta ese día ¿qué significaban las obras notabilísimas de Murguía, uno de los mejores literatos de Europa, las novelas de Vicetto, los versos de Rosalía Castro, de Pondal, de Camino y de Valentín Lamas Carvajal? eran el parto raquíptico de ingenios provinciales, incapaz de obtener desarrollo y de alcanzar una vida amplia y entera: los esfuerzos de los escritores y artistas gallegos resultaban inútiles y ni se apreciaba su mérito, ni se tenía en cuenta su laboriosidad.

Mientras las novelas de á *cuartillo* la entrega eran devoradas por la buena sociedad, permanecían ocultas en el fondo de los estantes de las librerías de vicjo en Madrid *De Villa Hermosa á la China* y en Coruña y Lugo *Los Hidalgos de Monforte* y *El Caballero de las Botas Azules*, capaces ellas solas para hacer una reputación y dar un nombre.

Por fortuna la opinión se ha modificado en gran parte. Galicia ya se sabe que piensa: sus hijos son despiertos, inteligentes, *listos* (¡qué novedad!): se puede contar con ellos y se les vé brillar en casi todas las esferas.

¡Diablos de *galleguitos*! Bien les cuadra, al decir de nuestros vecinos y compatriotas, aquel viejo dicho:

“Y vale por cien gallegos

El que llega á despuntar

¡Insensatos! Y presumen de íntegros en sus juicios los que así piensan de nuestro país!

Galicia hace muchos años que discurre y medita: sus hijos han estudiado las ciencias, las letras y las artes desde los primeros días de la antigüedad: ellos han sido guerreros invencibles, patriotas inimitables, leales hasta la exageración, prudentes, comedidos y trabajadores en grado superlativo.

¿El imperio romano no fué gobernado en su mayor esplendor por un gallego?

¿Teodosio, el señor del mundo, no fué gallego? ¿No lo fueron Paulo Orosio, Idacio, continuador del *Cronicón de Eusebio*, Pedro Mozonzo, autor de la célebre *Salve Regina*, Diego de Muros que escribió la mejor Historia de la Conquista de Granada, Viriato que enseñó lealtad

y valor á los vencedores de Cartago, de las Galias y del Africa y tantos otros cuyos nombres se destacan por su vívido lucimiento en las páginas de la historia pátria?

Y sin embargo, se condenaba caprichosamente á Galicia y haciase gala en escarnecerla; y cuando más se la zahería en sus tradiciones, en el carácter de sus habitantes y en la pureza de sus costumbres, sus soldados aprisionaban Reyes en Pavia, conquistando imperios para España y protegían con mano generosa á génios como Cervantes, entónces también desconocido y humillado.

Cumplido está el castigo: sin duda se encuentran satisfechos los dioses cuando consienten que la verdad luzca, que la justicia se haga y que las aspiraciones de los que tan largo periodo de tiempo redujeron á los estrechos límites de sus cerebros sus ideales, tomen cuerpo y forma.

Una serpiente de hierro, que dijo Curros Enríquez, ha sido parte muy excelente á crear el nuevo estado de cosas: ¿quién pudiera sospechar que un camino iba á tener tan grande influencia en nuestras provincias! ¿creeríanlo nuestros antepasados si levantasen de la tumba sus cabezas? Tal vez nó, por lo anómala y estraña que fué para ellos la situación por que tuvieron que atravesar.

Pero el milagro se ha realizado: como á la invocación del Cristo se levantó de su sepulcro el muerto Lazaro, así al mágico conjuro del adelantamiento moderno desaparecieron las sombras que impedían ver la belleza de Galicia y la sabiduría de sus hijos; y ahora que todo el foco de luz reverbera sobre ella, ¡cuán grande! ¡cuán ilustre! y ¡cuán hermosa se la encuentra!

“¡Al despedirme de tí ¡oh país delicioso!—dijo Balaguer en un discurso inmortal— quisiera hacerlo andando hácia atrás.”

¿Cabe mayor alabanza?

Antes había exclamado Castelar, el Dios de la elocuencia, el más notable orador que ha oído la humanidad. “España sin Galicia sería un arpa sin una nota.”

Este pueblo que tan ilustre es por su pasado ¿á qué altura tiene hoy su literatura? ¿que vuelos han alcanzado las obras de imaginación, que en otros días se creyó era incapaz de producir?

II

El desarrollo que alcanza la literatura en un pueblo, dá la medida exacta de los grados de cultura y moralidad que posee. Es un arte que influye de tal suerte en las costumbres, en los caracteres y en la

vida social, que necesariamente tiene que intervenir como principal agente, en todas las evoluciones que el progreso realiza en la existencia íntima de las sociedades.

La literatura, en la exposición de las ideas, no se ciñe á una consigna rigurosa, á un objetivo determinado: ámplia por su origen, extiéndose á todas las esferas, y en la política, en la religión, en las letras, en la historia y en todas las manifestaciones de la intelectualidad humana, ejerce su avasallador dominio.

Un pueblo sin literatura, sería un pueblo sin dignidad, falto de energía para defenderse de las imposiciones de la tiranía y fácil á todas las sugestiones y asechanzas de los liberticidas.

Nunca es más grande la Grecia, que cuando vence á sus enemigos, animada por los himnos valentísimos de Tirteo. Roma alcanza la cúspide de la gloria, tocando lo inmenso de la dominación, cuando Virgilio escribe *La Eneida* y Lucano dá á luz la *Farsalia*.

Para demostrar la importancia de la literatura como medio de relación con las clases, basta recordar la historia contemporánea de la Francia. ¿Quién hizo la revolución en la pátria de San Luís? ¿Fué la disolución de las costumbres ó la propaganda de la Enciclopedia? Inclinámonos á creer que ésta última con la enunciación de sus novísimos pensamientos y teorías sobre la dignidad humana, su ataque directo y rabioso á las gerarquías y á los altos poderes, su exámen atrevido de todas las creencias y su propósito de elevar al pueblo sobre el nivel de la aristocracia, ha obtenido más inmediatos resultados, que produjeron aquellas obscenidades de Luís XIV y aquellas dilapidaciones y caballadas del Regente y de Luís XV.

Bien puede decirse que la literatura es el alma de las sociedades: la historia de los pueblos, sus proezas, sus rasgos sublimes y sus propios abatimientos están calcados en la literatura: sin sus mágicas bellezas ¿cuán estéril y fatigoso sería el vivir!

¿Por qué se ha dicho que Galicia carecía de literatura? ¿que sus hombres eran incapaces de producir obras recreativas y bellas?

Quizás por la misma razón que dijo un día Alejandro Dumas, pretendiendo denigrar á España: "que el Africa empezaba en los Pirineos."

La literatura existe en Galicia desde los tiempos primitivos: los celtas, en la sombra de sus grandes y poblados bosques crean la leyenda y el cuento: sus sacerdotes inventan la oración y cuando con la segur de oro recojen de la vieja y viscosa planta el muérdago sagrado para curar sus enfermos y sobre el dolmán druídico sacrifican á sus

diosos, entonan canciones melancólicas, saturadas de armonía, vaguedad y sentimiento.

¿Sábese acaso quién es el autor de la *Alborada*, himno alegre y sutil, que al oírlo, parece escucharse el despertar de la naturaleza?

¿Conócese su edad? ¡Oh, no! Ni lo uno ni lo otro: remóntase, sin duda, su aparición á aquella época brumosa de nuestra historia provincial, en que el celta independiente y dueño de sus tierras, ocultaba sus tristezas y expansiones en el fondo obscuro de sus impenetrables selvas.

Galicia tuvo siempre literatura: la poesía ha tenido en su suelo excelentes cultivadores y si la crónica no ha recojido los nombres de los poetas primitivos, no por eso deja de palpar el arte en todas las manifestaciones de su vida íntima y subjetiva: pruébanlo sus tradiciones, sus leyendas y sus cuentos conservados fielmente de generación en generación y que han llegado hasta nosotros reteniendo su antigua originalidad y su inagotable belleza.

Creíase que Galicia no producía obras recreativas, y en gallego exhalaba sus lamentaciones el Rey Alfonso VI despues de la desastrosa batalla de Uclés: negábase importancia á nuestro dialecto y Alfonso el Sabio escojalo para escribir sus obras inmortales y la corte de don Juan II dábale preferencia sobre todos los demás para el cultivo de la poesía y el lenguaje cortesano.

Por aquellos días, brillaban ya por sus concepciones admirables Macías, de quién decía el Marqués de Santillana, al tener conocimiento de su trágico fin. “¡Oh desventura! hemos perdido el príncipe de las gayas letras y del buen decir”, y Rodriguez del Padrón novelador insigne y trovador gentil, como *Rui Blas enamorado de una estrella*, cuyo recuerdo se conserva todavía en el convento de Herbón.

Es verdaderamente asombroso que á un país como Galicia en el cual brota la poesía á torrentes, en donde los soñadores surgen como por encanto, se le haya tenido en tan deplorable concepto. Dijérase que había una consigna general para crear en su derredor el desprecio, que una falange de hombres mal intencionados fomentaba con sus burlas unas veces y su silencio otras, esa situación indeterminada, nebulosa, triste y bochornosa en que tantos años vivió; y quizás por eso, era por lo que sus hijos contenían sus impulsos, reducían sus expansiones y las hermosas concepciones de sus creadores cerebros morían sin traspasar las lindes regionales.

Fué en el pasado siglo una excepción el P. Feijóo, enciclopedista á su modo, hábil escritor y propagandista incansable de la verdad, pero cuando se leían sus obras y los aplausos llegaban hasta su con-

vento de Oviedo ¿quién se atrevía á pensar que aquel sabio había nacido en una aldea de la provincia de Orense? Era esto, sin duda, una aberración de la naturaleza, un contrasentido, una insensatez ¿Gallego Feijoo? ¡Bab! se decía y nada más.

Y de esta suerte era tratado el país gallego y así se apreciaba el mérito de sus hijos.

Hizose necesario que la luz esplendorosa de éste gran siglo alumbrase los mundos, para que la verdad comenzase á brillar: los adelantamientos modernos abriendo de nuevo las cegadas vías romanas, permitieron que la belleza asombrosa de Galicia fuese admirada, que las virtudes de sus hijos se conociesen íntimamente y que las viejas aprensiones de los éxtraños feneciesen ante un país todo hermosura y poesía.

¿A quién debe Galicia su renacimiento moral y su gran triunfo material?

¿A su aristocracia? ¿á sus ricos industriales? ¿á sus famosos comerciantes? ¿á su clero? ¿á sus agricultores?

No. Es á la literatura, á la poderosa influencia de las letras en sus varias formas, á quien corresponde la gloria del presente estado de cosas.

III.

Al hablar de literatura y de poesía en Galicia, tenemos que fijar la vista atrás y contemplar los esfuerzos heróicos, generosos y sublimes de aquella generación bullidora que, á mediados del siglo, dió el primer grito de libertad y escribió las primeras arrobadoras estrofas.

Aurelio Aguirre surge como un gigante de la tiniebla que le envuelve; Pastor Díaz brota como un astro de esplendorosa luz; Añón manifiéstase como una aparición celestial y los Pintos, Mosquera, Valladares, Pondal, Caminos, Rodríguez Seoane, Corzo, Iglesia, Faraldo y Cociña, llenan esa época, brillante y sin parecido, por el entusiasmo que reinaba en todos los corazones, por la fé que llenaba todas las almas y por la seguridad con que se creía en la resurrección de la Polonia del Noroeste.

¿Qué bellos días aquellos en que la palabra de los apóstoles resonaba en todos los ámbitos de la pátria y los hombres se complacían en ir á luchar por ella! ¿Qué tardes inolvidables las que agrupaban el genio de la poesía, el genio del arte y el genio de la ciencia en banquete de fraternidad y amor, al término del cual, en brindis inmortales, profetizábase el presente halagador estado moral de la tierra!

Fueron aquellos héroes de nuestra jornada provincial á modo de Titanes que provocando á los Dioses á singular combate, supieron vencerlos y humillarlos. El Tonante dobló ante ellos la erguida frente y Palas, que había tomado parte en su favor, coronó sus sienes de verde y simbólico laurel.

En esas fuentes purísimas de la poesía y de la literatura bebió su inspiración arrobadora la musa gallega, el poeta más genuino y melancólico de nuestra tierra, Rosalía Castro.

¿Quién es esta mujer?

Rosalía Castro es el héroe de una gran victoria, la síntesis de un ideal amado con todos los amores de la tierra, la bandera triunfante de un ejército que sigue luchando y venciendo, y que luchará y vencerá, aunque para impedirlo se conjuren todas las iras celestiales, no siempre benévolas con el débil por mucho que la razón se encuentre de su parte. Rosalía Castro es el verbo redentor del suelo celta: como, para dar leyes á los hombres, se iluminan con luz soberana las erguidas cumbres del Sinaí y se oye entre el fragor de la tempestad la voz dominadora del Dios de Moisés, así, para predicar la buena nueva y dar esperanzas al pueblo eternamente lanceado, escupido y beñado, óyese la melodiosa, suave y rítmica palabra de la tierna poetisa, en versos inmortales, que tienen la mágica virtud de disolver las sombras oscuras que lo envuelven para dejar amplia entrada á la aurora brilladora con todos sus arreboles y resplandores y con sus alegrías engendradoras de la bienaventuranza y de la satisfacción.

Rosalía Castro vale más que la mujer espartana que detiene á un soldado griego, para preguntarle, no por sus tres hijos que habían perecido en la batalla, sino para saber si había triunfado en ella su patria: es más humana, más sensible, más mujer, nuestra gallega, que la hija de Esparta, si bien las dos enseñan como finalidad de sus deseos la gloria y el encumbriamiento del nativo suelo.

No, no tiene ejemplo la ilustre autora de *El Caballero de las botas azules*: Mad. Staël y Mad. Sand, no son mujeres que tengan su elevado espíritu, su delicada percepción, su organismo poético, la Avellaneda, excelente poetisa, y la Coronado, no menos conspicua versificadora, están muy lejos de poseer las cualidades que adornan á Rosalía Castro: en sus composiciones, todas ellas verdaderos poemas, hay ritmos, armonías, dulzuras, tristezas, lágrimas, quejas, reproches, amarguras é inocencias conmovedoras, y como nota predominante un amor ardentísimo, inextinguible, siempre en aumento á la resurrección del pátrio ideal.

Heine y Becquer han vaciado en sus célebres rimas toda la

desesperación y desencanto en que vivieron sus almas: estos sufridos hermanos de la desgracia y mártires de sus propios sentimientos, personalizando sus concepciones, dándoles un carácter esencialmente *yoista*, tendrán en todo tiempo admiradores y entusiastas; pero nunca en tan alto grado como Rosalía Castro que, al hermanar á sus dolores individuales las amarguras de un pueblo oprimido, realizó la conjunción más admirable y armoniosa que pudiera soñarse.

Cuando uno lee las páginas desgarradoras de *Follas Novas* y penetra en aquellas penosas intimidades, no sabe si hay ó no dualismo de abatimientos: confúndese el pensamiento investigador ante la igualdad de dolores, y tan pronto es la pátria el espíritu enfermo, como lo es el poeta; y es que, en todos los libros de Rosalía Castro está de tal manera ligado el concepto pátrio á la personalidad creadora, que uno y otra se confunden en un horizonte de opacas y plomizas nubes.

Uno de sus más notables biógrafos, aquel que fué padre de sus hijos y amante compañero de su vida, asegura que Rosalía Castro se sintió inspirada á la vista de las estériles llanuras castellanas, recordando el verdor de los prados de Galicia, sus robledales inmensos y su suelo esmaltado de mil variadas flores, y que de esa inspiración brotó su bello poema *Adios rios, adios fontes*: que desde entónces tomó campo, como combatiente, entre las exiguas filas de los que peleaban en favor de Galicia, viviendo una y otra, tierra y poeta, la vida común de la gloria y de la caída.

¿Por qué, pues, no hemos de considerar á nuestra insigne poetisa si en todos sus escritos lo demuestra, como la encarnación de su grande alma con el alma sublime de la pátria gallega?

Rosalía Castro será para Galicia, cuando hayan pasado muchos siglos y su memoria pueda parecer legendaria, una Diosa bien querida que tendrá en cada pecho un altar; y es por que, los que de alguna manera contribuyen á la libertad y regeneración de un pueblo, barriendo con los vívidos resplandores de su genio las penumbras que lo manchan, merecen, con más derecho que los Hércules y Aquiles de la fábula mitológica, un lugar entre los Dioses.

En los *Cantáres Gallegos*, *Follas Novas*, *En las Orillas del Sar* y *Rimas* ha dejado la poetisa insigne la prueba de su genio inmenso y el testimonio de su grande amor á Galicia.

Contemporáneo de Rosalía Castro, tiernísimo y apasionado amador de Galicia, poeta subjetivo, y como aquella muerto también para nosotros, fué Vicetto.

Nadie como él cantó las bellezas singulares de tan hermoso paisaje; nadie como él supo arrancar de los viejos archivos códices,

escrituras y documentos que diesen á conocer el pasado que de tal suerte nos honra y dignifica á los gallegos; nadie, en fin, supo *hacer patria*, empresa harto difícil, aunque lo contrario parezca, como supo hacerla el autor de *Los Hidalgos de Monforte*.

Muchos saben qué pensamientos bullían en su privilegiado cerebro, cuando delineaba aquellos pronunciados caracteres de los hidalgos galicianos, hambrientos de batallas, revoltosos por temperamento y adoradores de su tierra hasta la médula de los huesos: pocos ignoran que el Mártir da Frouseira, víctima nobilísima que arrastra en su caída el suelo, por cuya independencia tan bravamente peleara, es la encarnación de un ideal, quizás utópico, pero grandioso y admirable siempre, y siempre platónicamente amado por el pueblo gallego, ideal que en Vicetto resumía todas sus ambiciones, esperanzas y deseos en la tierra.

¿Cómo es posible que hombre de tal valía y tan íntimamente asimilado al verdadero espíritu galáico, aún cuando transcurran años y siglos, pueda ser olvidado?

Vicetto vive, no solo en sus obras numerosas, sino también entre todos los que hemos nacido en aquella región del Noroeste de España, que tiene montañas, ríos y valles de tan espléndida hermosura como Italia y Suiza y hechos grandiosos que conmemorar como la Grecia de Milciades y de Epaminondas.

El lo supo al morir: fué al sepulcro bien persuadido de que la semilla quedaba sembrada, y más ó menos tarde, había de germinar la planta produciendo flores y frutos; que no era del todo estéril el terreno de la siembra. Que no se equivocó Vicetto, proclámalo á voces el estado presente de la región sueva; otro es hoy su existir: á las nebulosas y tristes tardes de su decadencia han sucedido los anhelados días del mejoramiento; y si en totalidad no se ha visto cumplida aquella meta que iba buscando el autor de *Rojin Rojal*, mucho se tiene alcanzado; y mirando á la propia conveniencia, más interesa conservar y pulir lo ganado, que marchar locamente en busca de nuevas y fatigosas conquistas.

Puede ser que el ilustre escritor, á la vista de los acontecimientos, modificase sus ideas y mitigando sus ansias infinitas propendiese como todos los que leal y sinceramente nos interesamos por el bien de la tierra gallega, al desarrollo definitivo de su riqueza, hasta ahora torpemente apreciada de propios y extraños.

No es posible sostener eternamente un mismo y único criterio: depende éste del desenvolvimiento de los sucesos, y de la propia suerte que en la marcha de los siglos se cumplen leyes y se realizan aconte-

tecimientos en su forma antitéticos, en el fondo sólidamente unidos, así en la existencia de los pueblos se satisfacen necesidades que cambian en absoluto la tendencia que en las horas de tribulación hubo necesariamente que fijar.

Vicetto, espíritu batallador y polemista incansable, nervioso, soñador perpetuo, enamorado de Galicia, más que lo estuvo Orlando de Arminda, con un corazón lleno de nobilísimos sentimientos y un alma candorosa y virginal, consagró todo su existir á la causa de Galicia.

Desde el año 46, de funesta recordación, fijáronse definitivamente sus ideales: dijérase que el trágico suceso de Carral, rasgó ante sus ojos el velo y que vió, de repente, todos los males que entónces afligían á la patria. Por eso fué poeta, periodista, autor dramático, soldado, novelista, historiador, filósofo y orador fogoso é inspirado, todo dentro de las lindes de su bien amada Galicia.—Y cosa admirable—él que pudiera haber brillado en Madrid, por sus raras dotes de inteligencia, por su erudición y por su génio felicísimo—jamás quiso vivir fuera de su país, y mientras Pastor Díaz, Romero Ortiz, Gasset y Artime, Becerra y Ulloa, como él gallegos, aceptaban la vida cortesana y ocupaban los más altos puestos en la política, en la prensa y en la literatura, Vicetto, ofendido del abandono en que se tenía á su tierra bien amada, pretendía levantar con sus obras, una formidable muralla que le separase del resto de las provincias peninsulares.

Tuvo por ello envidiosos y detractores, fué perseguido y maltratado, pero triunfó en toda ocasión, gracias á su indomable carácter que le hacía amigo de los obstáculos y de la lucha.

Su inmortal novela *Los Hidalgos de Monforte*, del sabor y corte de las del escritor inglés Walter Scot, tan en moda un tiempo, es una revelación de la vida de los nobles gallegos del siglo XV: su lectura interesante desde la primera á la última página, deleita é instruye, y si bien las descripciones pecan de fantásticas y el estilo adolece de *localismo*, vicio de que se envaneció Vicetto, las figuras principales de la obra están dibujadas de mano maestra.

Hidalgos de Courel, es la síntesis de las escasas virtudes de aquél siglo de despotismo y de transición: encanta con sus vacilaciones y asombra con su fé y sus sacrificios.

Amaro de Vilamelle, trovador y caballero, especie de Rodriguez del Padrón, como éste enamorado de una princesa, que tal podía considerarse á la esposa del conde de Lemos, es fiel trasunto de la hidalguía gallega, superior en mucho á la castellana, y más que ésta idealista y soñadora.

Con esta obra, ha tenido bastante Vicetto, para que la posteri-

dad no lo olvide. Empero, su poderoso génio ha producido otras de mérito incalculable. *Los Reyes Suevos*, *El Cazador de Fantasmás*, *Rojín Rojal*, *La Baronesa de Frije* y su *Historia de Galicia*, aparte de sus artículos de costumbres, de filosofía y de religión, dan al insigne escritor una reputación de grande hombre, que en vano le niegan sus envidiosos.

Fué también poeta Vicetto: sus poesías no son prosáicas, como dijo alguno; están llenas de viveza y colorido y pueden, sinó llegar á la altura de las de Espronceda y Zorrilla, competir con las de Monroy y Arolas.

Hay en ellas sentimiento y ternura y como nota predominante una devoción jamás extinta á su pátria.

Menos gallegos que él, aunque mejores poetas fueron Aguirre y Pastor Diaz. Cantó el primero su amor á la libertad y á la democracia, fustigando con el látigo de su exaltada fantasía todo poder tiránico, y el segundo las perennes dudas de un espíritu combatido por mil ansias distintas y antagónicas; más no penetraron en aquél lugar obscuro y medroso que por lo estrecho parecía ahogar el pensamiento altivo, pero que, como el vaso sagrado, encerraba los suaves y gratos aromas del hogar y de la pátria. En él vivieron muy á gusto Rosalía Castro y Benito Vicetto y no anhelando extender el horizonte sino reducirlo á sus límites naturales crearon esta era regionalista que da fisonomía, personalidad y carácter á todo lo gallego.

No olvidaremos á Pintos, que supo modelar sus sentimientos de un modo admirable y á la par sencillo, ni á Poridal, por dicha nuestra capaz de producir aún obras tan notables como *Rumor dos Pinos* y *Gandreiras*, ni á Rodriguez Seoane que sigue el dulce comercio de las musas con éxito merecido, ni á Lamas Carvajal, colocado entre la anterior y la presente generación, como un sol que ilumina la tiniebla.

Hoy crece una juventud no tan saturada de creencias como la anterior, quizás más positivista y ruda, pero seguramente tan poética y ligada á la mártir sueva.

Forman á su frente Curros Enriquez, García Ferreiro, Barta Caballero, Losada, Brañas, Lois, Gonzalez, Filomena Dato, Perez Placef y Labarta y sostienen dignamente el pabellón del pequeño ejército. ¿Quién no conoce las irreverencias asombrosas de *Aires da miña terra* y *O' D' vino Sainete*? ¿Quién no se deslumbra ante las maravillas poéticas de *Volvoresas*? ¿Quién podrá dejar de admirar el génio epigramático de Losada?

Galicia, si no está á la altura de Cataluña que cuenta un Milá, un Verdaguer, un *Pitarra* y un Pella y posee una verdadera independen-

cia literaria y poética, mal que pese á los Nuñez de Arce y Sanchez Moguel, es superior á Andalucía y á Castilla, que no cuentan ningún poeta que les pertenezca en la verdadera acepción de la palabra, y puede alternar con la Provenza que tiene á Mistral y la Vasconia en que vive Trueba. (1)

La literatura y la poesia gallegas tienden á imponerse: búscanla con afán los que la entienden, discútenla los sabios en las Academias, sufre el honor del ataque sañudo por parte de los inmortales y une en comun aspiración de ideales los espíritus á través de los mares dilatados y apesar de las invencibles distancias.

La literatura y la poesia gallega borrarán el viejo estigma y contribuirán principalmente al bello renacimiento que todos los corazones gallegos desean.

(1) Al corregir las pruebas de éste pliego llega á Cuba la noticia de la muerte de tan dulcísimo y tierno poeta.

Pérdida irreparable para las letras españolas y especialmente para la causa de las provincias vascogadas; á cuyo dolor por tan triste suceso nos asociamos de todo corazón.

N. del A.

LA NOVELA.

¿EXISTE la verdadera novela gallega? No vacilamos en responder que sí. *Los Hidalgos de Monforte* son un felicísimo ensayo de éste género de literatura. Gallego el teatro en que se desarrollan las escenas de la obra, gallegos los personajes todos, eminentemente gallego el pensamiento que los mueve y gallego el carácter de todos ellos ¿cómo no había de ser gallega la obra del ilustre Vicetto? Hemos hablado de ella anteriormente y apuntado cuáles eran sus tendencias; réstanos decir respecto al escritor aludido, que sus novelas *Rojín Rojal*, *Los Reyes Suevos* y *La Baronesa de Frije* tienen la misma estructura y la propia constitución que *Los Hidalgos* y que, como éstos, revelan la naturaleza y la vida galaica.

Antes que Vicetto, escribió novelas cortas Neira de Mosquera. Cuando Walter Scot, Sué, Dumas y Souvestre privaban en el mundo literario dió á las prensas Neira de Mosquera *El Incendio de las torres de Altamira*, *El Arzobispo Don Suera* y *La Marquesa de Camba y Bó deiro*, obteniendo muchos parabienes y aplausos y formando escuela en su país.

Pastor Diaz ha sido también novelista de alto vuelo y su libro *De Villa Hermosa á la China* fué muy buscado en su época.

San Martín tiene novelas como *Nerón*, de corte sui-generis, pero que le permiten parangonarse con Fernandez y Gonzalez y con Escriche; y Rosalía Castro en su *Caballero de las Botas Azules*, dió una muestra de la ductilidad de su ingenio y de un conocimiento exquisito del corazón humano.

Murguia, que está por sobre todos los escritores gallegos de todos

los siglos, no debe estudiarse como poeta ni como novelista, si bien en estos géneros ha hecho primores; hay que considerarle como historiador, como émulo de Thiers, Cantú y Lafuente y en ese vasto terreno de la ciencia histórica juzgarlo. Sin embargo, los que le conocen intimamente y han leído sus cortas producciones de otro tiempo, *Ana María*, *Mi madre Antonia* y *El Libro de un luco* saben que si no se hubiese entregado á los estudios serios sería el Balzac español. Lástima que aquellos tesoros de filosofía humana, de análisis psicológicos, de arranques líricos háyanse perdido para la novelería moderna. Habríase adelantado entónces, á la que ahora brilla con Galdós, Pardo Bazan y Pereda, lo menos treinta años.

A quien corresponde por derecho el título de primer novelista gallego, y acaso, acaso español, es á Emilia Pardo Bazan.

De ella debemos hablar con preferencia.

Emilia Pardo Bazan es una mujer hermosa y admirable. Hay en aquella frente ancha y espaciosa, que la moda no achica dejando caer el pelo sobre ella, reverberaciones manifiestas del poderoso génio que tiene por palacio tan privilegiado cerebro: adivínase tras la mirada dulce y melancólica de aquellos grandes ojos, toda la ternura de que está impregnada el alma de la gran novelista española, el fondo idealista y subjetivo, y el dejo esencialmente romántico, que á pesar de todo y contra todo brotan de las páginas de sus libros: en la sonrisa, suave como la ondulación de la brisa en una tarde de primavera, dibújase el pensamiento soñador, acostumbrado á vivir una vida superior á la vida vulgar de la humanidad, neciamente envanecida de sus falsas cualidades. Hay en todo el conjunto de su rostro perfecto y estéticamente modelado, tan grande expresión de talento, de bondad y de sublime mansedumbre, que bien se le alcanza al que por primera vez lo mira, que solo el original de tal copia podía dar á la literatura contemporánea obras tan bellas, excepcionales y acabadas como *San Francisco*, *Pascual López* y *El viaje de Novios*.

Peró Emilia Pardo cautiva más que con su hermosura, que es mucha, que con su trato, que es franco y abierto, con sus libros admirables.

La Dama Joven, *El Cisne de Vilamorta*, *Francisca*, *Los Pazos de Ulloa* y *La Madre Naturaleza* son la última expresión de la literatura y de la novela moderna. Con esos libros tiénese derecho á ciertas despreocupaciones que los espíritus timoratos y envidiosos censuran y á viajar, sin necesidad de dueña ni rodrigón, de Mondariz á Roma y de Orense á París. Un espíritu tan elevado, un alma tan pura y una inteligencia tan excepcional debían deslumbrar y ofender á los pequeños; y

en efecto, Emilia Pardo Bazan ha lastimado á todos los que se empeñan en subir y no tienen fuerzas para ello, á todos los que presumen de poseer un ideal y tienen un cerebro vacío.

No hace mucho tiempo que una folletinista cursi acusaba de *insensible* á la escritora coruñesa, asegurando que cierra el corazón de los que leen sus novelas, por lo que se resienten de varoniles y de absoluta carencia de sensibilidad.

Nada más lejos de la verdad: una de las primeras y más salientes cualidades de la autora de *La Dama Joven*, es precisamente su esquisita sensibilidad, su gusto delicado y tierno, sus aficiones á las fantasías y vaguedades propias de los espíritus blandos y tributarios de la noble y decorosa debilidad.

¿En dónde encontrará la acusadora de nuestra amiga, una mujer más enamorada, dulce, sencilla, casta y sensible, que aquella infeliz *Pastora*, que tras la celosía de un convento espira de amor, antes que ser la esposa de un semi-brujo, mezcla de químico y nigromántico, que pretende convertir en diamantes los carbones? ¿Quién puede envanecerse de tener más blando corazón, mayor tesoro de afectos y amores, que aquella virtuosa Lucía, del *Viaje de Novios*, que lucha contra su enloquecedora pasión, con fuerzas verdaderamente sobrenaturales?

Las mujeres de Emilia Pardo son verdaderas mujeres; mírense como esposas, como madres ó como vírgenes enamoradas, están siempre dentro de las lindes de la naturaleza: son tipos legítimos, no seres fantásticos y *archi-sensibles*, como los que ha descrito á cada rato la señora Sinué de Marco, que es la literata que pretende herir á la señora Pardo Bazan.

En una palabra, mujeres de carne y hueso, que comen, pasean, sienten, viven, y combaten y aceptan la influencia de la pasión según la urdimbre de que se compone.

No falta quien diga que Emilia Pardo es poco regionalista, que gusta más de la universalidad de relaciones que del puro, sencillo y dulce afecto del nativo hogar. Que sus novelas carecen de sabor gallego.

No estamos conformes con estas apreciaciones. Emilia Pardo es amante de la región gallega, de su historia, de sus poetas, de sus artistas y mecánicos, y ahora, con su última obra *De mi tierra*, quedará probado éste aserto. Sus novelas casi todas tienen por campo á Galicia: los hombres y mujeres que dibuja son también gallegos y la naturaleza que describe es esencialmente gallega.

Fijémonos en una. En los *Pazos de Ulloa*.

¿Cuán admirablemente está dibujado, en el gran cuadro de pasio-

nes y caracteres, el lugar de la escena! ¡Qué suave olor! ¡Qué perspectivas tan bellas! Y aquel viejo castillo de polvorientas y sucias habitaciones, amenazando como un gigante deforme y maligno á los míseros habitantes del valle ¿no resalta de modo inusitado, de tal manera, que la fantasía parece verlo destacarse en las propias páginas del libro?

En el realismo de la gran escritora coruñesa hay todas las verdades de la naturaleza aparejadas é íntimamente unidas á todas las hermosuras del arte, con lo que, cumple las leyes de la literatura y despierta en el alma las más dulces emociones.

Mucho agradañ las descripciones de Zola en el *Ventre de París*, producen el efecto del espegismo aquellas maravillosas pinturas de los mercados de la moderna Roma, en la que existen tantos Heliogábalos inéditos, y asómbrase el lector ante la idea de que un solo hombre pueda realizar el inventario de tantas novedades; pero no consigue Zola, apesar de su talento, despertar el entusiasmo, encender el fuego sagrado de que se alimenta el espíritu ni dar al cuerpo esa laxitud dulcísima del que está contento y satisfecho de lo que lee y observa. En cambio, Emilia Pardo Bazán, que no sacrifica nada á la verdad naturalista, que tiene toques crudos y pinceladas, que pudiéramos llamar al desnudo, apodérase del ánimo de sus lectores, lígalos á los personajes de sus novelas, y de la vida de éstos, obliga á estar pendientes é interesados á aquéllos. Es así, precisamente, como la obra de arte debe exornarse, y así como el poeta mantuano en su *Encida*, consiguió hacer simpático y amable al héroe troyano, que después de presenciar la destrucción de su querida ciudad, buscaba en los brazos de una reina célebre el consuelo á sus dolores.

Estilo, forma, lenguaje, todo es elegante, natural y verdadero en *Los Pazos de Ulloa*: los nobles, aunque rudos, no dejan de serlo ni aún en los actos más insignificantes y prosáicos de la vida; como que el Marqués, cuando consume la poca apetitosa bazofia, hácese servir con el mismo altivo carácter de un príncipe ruso en su palacio de San Pétersburgo, de la relamida Sabel, criada y señora á la vez de la obscura mansión de Ulloa; y los curas y campesinos conservan siempre sus truhanescas sutilezas, sus brutalidades rurales y sus egoismos que no vence ninguna fuerza ni mengua ninguna honrada consideración.

La rica imaginación de la autora de *El Cisne de Vilamorta*, ha descubierto en los *Pazos*, un campo abundoso en bellezas físicas, en contrastes morales y en pasiones humanas, y con estos materiales pudo construir obra de tan valioso mérito como exquisito gusto.

Una figura resalta en los *Pazos de Ulloa* sobre todas las demás,

que sin obscurecerlas, brilla sin embargo, con más vívidos y fulgurantes destellos: dijérase que la autora de la novela ha mirado con más amor al espiritual capellán que á todos los demás hombres del castillo, y que sobre él ha vertido la fina esencia de todas las virtudes, de todos los heroísmos y de todos los sublimes sacrificios.

Qué diferencia tan notable entre el cura de Boan, desgarbado, de escasa educación, de cultura negativa y continente repulsivo y Julián, especie de Cristo descendido de la Cruz, sensible, delicado, de ilustración moderada, pero firme, y de alma de alado querubín! El uno, es la conjunción del materialismo y de la concupiscencia: el otro, la síntesis de la virtud y de la abnegación.

Aquel antiguo seminarista, criado entre cuidados femeniles, al abrigo de un hogar hidalgo y bien acomodado y en una ciudad esencialmente religiosa, en donde las perversiones del siglo no han tenido acceso total, es en los *Pazos* á modo de héroe legendario y sublime encargado de defender la inocencia y contener á los lobos carnívoros, que de tiempo en tiempo enseñan sus asquerosas fauces á la princesa cristiana que la desgracia ha conducido á aquel campo de judíos. ¡Con qué amorosa solicitud cuida el buen capellán de su señorita, de aquella Nucha que él ha visto crecer y corretear por los largos corredores de su casa de Compostela! ¡Con qué paternal cariño arrulla, para que duerma tranquilo sueño, á la endeble criatura, que por llevar en sus venas sangre de los Moscosos, parece concitar los odios de toda aquella turba de fámulos repugnantes, mayordomos ensoberbecidos y saludadoras de baja estofa! ¡Y cuán lejos vive de la sociedad repugnante que forman personas de la calaña de Primitivo, el cura de Naya y Trampea! Nó, él no puede avenirse con intrigas de tan burdo tejido: la política rural, esa política de mezquindades que allí se hace, y que tiene por desideratum la conquista de unas cuantas carterías, de un Juzgado Municipal y de una alcaldía de lugar, no le cuadra ni le place, porque su política, si llegase á hacerla, sería la de las grandes y nobilísimas ideas, la que redime las clases proletarias de la férula despótica de un trabajo no compensado, la que hermana y estrecha en abrazo amoroso todas las voluntades; y la causa del bien, es en ella, la finalidad, el objetivo, la suprema aspiración: qué le importa á Julián las elecciones, ni qué se le dá del triunfo de D. Pedro ó del candidato ministerial; lo que él desearía fuéра que su señorita no se sintiese tan aislada y triste en la *huronera* que habitaba, que su esposo le guardase más respeto y miramiento, y finalmente, que mantúese sobre sus criados y sirvientes con fuero de castellana, por ningún concepto, de la manera vergonzante y tímida que lo hacía.

El modo de ser psicológico del capellán de los *Pazos*, es tan elevado y grandioso, bajo el punto de vista trágico, como el de Hamlet: ¿acáso no le asaltan, si bien de distinto linaje, dudas y temores horribles? ¿Acáso no luchan allá en lo más recóndito de su alma afectos y deseos que no acierta á explicarse y que, á veces, cuando cree adivinarlos, le hacen experimentar sensaciones indefinibles de horror y de vergüenza? El príncipe dinamarqués, hijo vengador, vacila y tiembla entre el deseo de reparar los manes de su padre que le piden castigo para sus asesinos y la consideración que debe á su propia madre, á la cual ha de envolver aquella catástrofe y á su tío, de quien ha recibido amor, autores ambos del infame atentado; y en éste combate monstruoso del pensamiento, recorre como un fantasma las obscuras alamedas del sombrío parque, maldice de su sino cruel y tiránico, y, nuevo Oréstes, siéntese empujado al parricidio para vengar el parricidio. El joven capellán, fanático en la adoración purísima que siente por mujer que reúne tantas virtudes y encierra tantos perfumes de castidad, comparándola, en sus melancolías y tristezas, con la Madre-Dolorosa, ¿cuánto no padece al observar cómo se la aísla de todo respeto y se le niega todo amor? ¿Ella, que va exhalando amor por doquiera que camina, como exhala aromáticos efluvios el nenúfar sagrado! ¿No es á aquella mártir sublime, á aquella esposa de la Edad-Media en pleno siglo XIX, perdida en una montaña medrosa y en un castillo, digno de ser habitado solamente por asesinos y ladrones, á la que se complacen en aterrar y oprimir cuantos cerca de ella cruzan, el primero entre todos, el Marqués su marido? ¿Ah! sin su apoyo, sin sus religiosos consejos y santas advertencias ¿cómo pudiera vivir sin quebrarse al sufrimiento, aquel cuerpo de complexión tan delicada y tierna, nacido para ser el de la reina de un pueblo de arcángeles? Qué extraño, pues, que en tales reflexiones y abatimientos como le sugiere y crea aquella vida singular de los *Pazos*, adelgace el infeliz capellán y caiga, sin sospecharlo, en el pecado de amar realmente á la que quisiera hacer subir á la gloria *vestida y calzada?*

¿Por qué no decirlo?: el capellán de los *Pazos* vale más, mucho más, moralmente considerados uno y otro, que Segundo García, el héroe del *Cisne*. La adoración evangélica, inmaterial y purísima de aquel hácia su señorita, contrasta con el materialismo de los amores de éste con la maestra de Vilamorta: mientras el capellán pasa las horas muertas en oración piadosa, hiriendo sus débiles rodillas y dejando enflaquecer su carne á fuerza de ayunos y penitencias, con el santo fin de llamar sobre la desventurada Nucha los bienes del cielo, Segundo regodea su estómago con las grasientas tortillas que le

prepara Leocadia, y su cuerpo, hambriento de sensaciones carnales, con las caricias de una belleza que se extingue. A bien, que ambos tipos representan finalidades diversas y no se puede, en buen orden ideológico, confundirlos ni acompañarlos.

En suma: hay en los *Pazos de Ulloa*, con exuberancia, todos los elementos que componen el drama de la vida; campo espléndido, pasiones fogosas y calculadas, arranques brutales y generosos hasta rayar en lo sublime, pequeñeces y grandezas reveladoras de caracteres originales y de hombres que ni viven en las ciudades populosas ni podemos comprenderlos ya muy bien, los que llevamos largos años ausentes de la tierra inolvidable.

El retrato del señorito de Limioso parece pintado por Madrazo, de tal suerte y con tanta valentía está acometida la obra: el viejo y derruido castillo, con sus vastas salas podridas, sus pavimentos rotos, sus paredes derrumbándose y sus millones de telarañas á guisa de negras cortinas, es la imagen enferma del pasado, que la Sra. Pardo Bazán ha evocado para admiración y pasmo de la generación presente.

Pasemos, sin detenernos á contemplar al Marqués, al castellano de Ulloa: no merece tal atención, porque es un hidalgo soberbio é ignorante, que ni conoce las tradiciones de su casa ni sabe practicar aquellas honrosas y levantadas acciones que tanto nombre dieron á sus abuelos en la conquista de Sevilla y en la toma de Granada, á aquellos héroes de ocho siglos que supieron dar fisonomía á la nación española y extender su imperio á ambos hemisferios. Causanos disgusto D. Pedro de Moscoso con sus garrulerías de campesino mal criado, sus groserías de cazador montaráz y sus bajezas de noble hambriento. Cuanto á su esposa, alma purísima y virginal, de sentimientos nobilísimos, de educación suficiente para hacer la felicidad de otro hombre y de instintos tan humanos como religiosos, es la nueva infeliz Desdémona, que muere á manos del bárbaro que tanto amó en la tierra. Espíritu inmortal que tiene por morada el Empíreo, siquiera su cuerpo se pudra en un rincón apartado del cementerio de Ulloa.

Terminemos esta ligera crítica: la preciosa novela de la Sra. Pardo Bazán resume todo el concepto del arte; y si bien se mira, no pertenece á ningún género porque toma de todos lo mejor y más selecto.

Es así como se escriben libros y se encumbra una literatura muerta desde Cervantes y Quevedo, hasta que en el mundo de la inteligencia aparecieron los Valera, Pereda, Galdós, Alarcón y Alas.

La Madre Naturaleza—segunda parte de los *Pazos*—es un cuadro soberbio, magistral y tentador del país gallego. Todos los perso-

nages hablan nuestro dulce idioma, siquiera la autora, para gusto y soláz de los españoles del otro lado del Cantábrico y del Cebrero, lo haya traducido al castellano. Las descripciones son deslumbrantes; y en éste género muy pocos escritores modernos podrán igualarse á la Sra. Pardo Bazán.

El argumento. ¡Dioses inmortales! Está sintetizado en estas palabras que al final de la novela pone su autora en boca del héroe principal, del Comandante de Artillería Gabriel Pardo:

“¡Naturaleza, te llaman madre.... Mas bien debieran llamarte “madrastra.”

Hay que convenir, por tanto, que la novela gallega existe realmente y que si aún no influye directamente en nuestras costumbres, está realizando grandes progresos en éste sentido. Y como la novela es el medio más adecuado y fácil para instruir y convencer á los pueblos y en ella la literatura, la poesía y el arte en todas sus manifestaciones, pueden tener cabida, claro es que á medida que Galicia vaya aumentando en afición y amor á esos libros, crecerá en cultura, ilustración é independencia moral.

El triunfo de la novela en Galicia puede llegar á ser la caída y muerte del caciquismo político, desde el de *Trampeta* hasta el del ministro D. Juan Cualquiera.

Y el honor de ese triunfo pertenecerá principalmente á Emilia Pardo.

LA ORATORIA Y EL PERIODISMO.

I

GALICIA que tiene todos los elementos necesarios para formar una nacionalidad, posee también oradores y periodistas notables que si no llaman la atención en el Parlamento y en la prensa cortesana (algunos hay que la llaman) es debido á su carácter retraído, modesto y un tanto apático y especialmente á la absorción del caciquismo que hiere también á estos ilustres sacerdotes de la inteligencia y del saber. En Galicia, como en todas partes, impera la voluntad gubernamental investida en un alto *mandarin* ó *sátrapa* y la sinceridad electoral efectúase siempre que no disgusta ó no interesa á aquella sublime, virtuosa y novísima entidad.

Los oradores gallegos no son retóricos: no abusan del circunloquio ni de la hipébole: confían á la fuerza de su palabra, al arte de exponer sus ideas la seguridad del éxito en su discurso: no son violentos, rudos ni declamadores: meditan lo que van á decir, aprecian el verdadero sentido y valor de las palabras, dirijen con ojo certero la argumentación sobre el blanco en donde se proponen herir, son á veces, sarcásticos y burlones con sus contrarios y no se separan nunca de la más pura corrección.

El orador gallego no cometerá un error histórico, ni empleará un epíteto por otro, ni confundirá hechos ni personajes, ni subirá á una tribuna sin estar bien persuadido de que sabe lo que va á decir. Reflexivo, melancólico, parsimonioso, con algo del espíritu sajón, en eso de mirar el fin real y práctico de las cosas, no se deja arrastrar por la poesía ni cae en los abismos de un lirismo pronunciado y loco: gús-

tanle las disertaciones apacibles y bien delineadas, los asuntos graves y científicos, las conferencias económicas y filosófico-sociales y no rehuye los combates literarios en los que se muestra á la altura de los primeros.

Tan pronto como empieza á hablar el orador gallego interesa al público: el dejo dulce y persuasivo de localidad, la pronunciación clara y breve, el tono melancólico, y á la par fogoso y ardiente, la propia expresión simpática del rostro, todo entusiasmo, y conmueve al auditorio que sigue al que habla por todos los caminos por donde quiere llevarle, y con él condena á los perversos y falsos, bendice á los que saben vivir en la virtud, aplaude lo bueno y rebélase contra todo lo que signifique una infamia ó una vulneración del derecho ó de la moral.

Uno de los mejores oradores que tenemos en Galicia—quizás el primero en su género—es el Sr. D. Juan Manuel Paz: su voz tiene inflexiones arrobadoras; emite las palabras como el arpa que pulsada por mano inteligente, emite sus notas, esclaviza de pronto á los que le escuchan, y sus ojos relampaguean, y su rostro enciéndese en santa ira cuando tiene que conminar á los que prevarican ó apostrofar á los que se quedan invernando en Cápua sin haber completado la conquista. ¡Qué horizontes descubre á los tristes! ¡Qué bellas auroras!

Tiene la elocuencia dulcísima de Vergniaud y los arranques atrevidos de Saint-Just: sabe conmover é imponerse y ¡desdichado del que merezca el latigazo de su palabra!

Está en Orense, modestamente retraído, aguardando días mejores, recordando aquellos “de propaganda, luchas y esperanzas, en que “cada cual ocupaba su puesto sin curarse nunca del provecho propio, “en que se arriesgaba todo y todo se sacrificaba en aras del bien “público.”

¡Llegará á tiempo la ola que destruya por completo el positivismo nuevo y deje limpia de inmundicias y rastros la playa? Dios lo quiera.

Alfredo Vilas es conocido en Galicia con el nombre de *Castelar Gallego*. Este hecho podía, en cierto modo, excusarnos de decir respecto á él una palabra más, porque sintetiza, de modo admirable, la fama de que disfruta el distinguido demócrata santiagués. Pero merece algo más; que los no le han oído sepan lo que vale y los que le escuchan, que le respeten como se merece.

Alfredo Vilas que posee una instrucción vasta, enciclopédica y sólida acomete con encendible éxito todo género de oratorias. La oración filosófica, económica, científica y social es en él brillante, acaba-

da, sería, verdadero y legítimo modelo: la literaria toma deslumbradores matices, tintas completamente nuevas y colores de un efecto maravilloso. Es además, orador cáustico y burlón. ¡Infeliz del que tome por blanco de sus felices epigramas! Dejarálo sin vida y sin aliento, caído y maltrecho, escitando la risa y la burla; y lo que es más singular, sin derecho á ofenderse con el feliz orador; ¡de tal suerte sabe decir y expresar sus pensamientos!

Es una lástima que Alfredo Vilas no vaya al Congreso: competiría con Martos y con Moret y tendría corte como su maestro D. Emilio. Está en Santiago consagrado á su bufete de abogado, pronunciando algún *sermón forense*—como él dice—en la Audiencia de lo criminal y encantando con sus chistes y sus cuentos inimitables á sus numerosos amigos y admiradores.

El Sr. Portal, lectoral de la Catedral, es el más distinguido de nuestros oradores sagrados. Tiene la dulce, fascinadora y elocuente palabra de Bossuet; y como él atrae, cada vez que predica en la Santa Basilica, —subyugándolo por entero,—un numeroso concurso de fieles. En sus sermones no se sujeta á las reglas interiores de la iglesia, al modelo estrecho y mezquino que ésta ha dado y tienen en cuenta todas las pequeñas inteligencias: vuela como el *Águila de Meux* por los espacios infinitos de la idea, ciérnese atrevido y audaz sobre las más altas cumbres del pensamiento y penetra resueltamente en las nubladas regiones del pasado para crear, con su palabra ciceroniana, luz, mucha luz en derredor de la causa que defiende. El Sr. Portal es un verdadero talento oratorio; y hoy por hoy, no creemos que España tenga uno superior, religiosamente hablando.

El Sr. Vincenti es también muy notable orador. Fogoso, impresionable, resuelto y genial, parece encarnarse en él algo del espíritu de Fonfréde. Cuidase poco de las precauciones oratorias; no teme las consecuencias de lo que va á decir, si entiende que es verdad lo que dice; importante poco las instituciones y las conspícuas personalidades, y nada le arredra para atacar. Dispara su palabra como un fusil Liebel, con la misma rapidez y precisión y cuando no hiere á sus adversarios, desconciértalos y acorrálos.

Brilla en el Congreso en segunda fila; más no está lejano el día en que se coloque entre los primeros.

Sóbransele audacia, inteligencia y espíritu para hacerlo.

Otros oradores tiene Galicia en la actualidad, que merecen un estudio detenido y prolijo, que, por ahora, no nos es posible hacer.

Alfredo Brañas, que habla y discurre admirablemente, Indalecio Armesto, Claudio Fernández, Luis Rodríguez Seoane, Serafin Pazo, Fer-

nandez Latorre y Puga, célebre por su defensa de Curros Enriquez en la causa que se le formó á consecuencia de la publicación de sus poesías tituladas *Aires d'a miña terra*, son todos notabilísimos maestros de la palabra y peritos en el arte del buen decir.

Con ellos podríamos formar un Congreso igual al Congreso español.

No hablamos aquí de los oradores políticos, cuya elocuencia influye poca cosa en nuestras costumbres y necesidades regionales.

Los hay, al presente, de fácil, conceptuosa y enérgica palabra y los ha habido notables por todo extremo.

Don Augusto Ulloa ha figurado en las diferentes legislaturas en que tomó parte con gran brillo y colorido. Romero Ortiz, Pelayo Cuesta, Mosquera y Chao han sido escuchados con atención. En estos días los señores Montero Rios, Becerra, á la sazón Ministro de Ultramar, y Linares Rivas, inclinan la balanza del lado á que ellos se inclinán. Angel Urzaís, Gabino Bugallal, Senen Canido y Eduardo Vincenti llevan hoy, en nombre de Galicia, la batuta en el Parlamento, probando que no es nuestro país aquella tierra enferma y lastimada del cerebro que no vive sino la vida enteca y morbosa del aislamiento y de la ignorancia.

Ojalá que todas las hermosas dotes de nuestros oradores se empleasen en el Congreso español en defensa de los intereses provinciales, tan perseguidos por el fisco, y otra fuera la situación de la patria; que no basta para el bienestar local tener sabios, poetas y literatos, sino industriales poderosos, propietarios ricos, artistas independientes y agricultores libres y con desahogado acomodo.

II

Desde hace algún tiempo ha dado en llamarse á la prensa, por la influencia que ejerce en todas las cuestiones sociales, el cuarto poder del Estado.

Merece efectivamente éste pomposo dictado? Es innegable que sí: como decía un célebre escritor á mediados de éste siglo, la prensa bajo el punto de vista de las ficciones constitucionales no es siquiera un poder; pero considerada desde la altura de la verdadera realidad, es el primero de los poderes.

En efecto, á su iniciativa débense las más grandes revoluciones; sin la *enciclopedia*, que era la prensa legítima de la Francia de Diderot, el régimen despótico hubiera seguido dominando el mundo y la libertad, como un sol de eterna luz, no hubiera iluminado los pueblos ni calentado las ateridas víctimas del despotismo: á la hora presente con-

servaríanse los hábitos oligárquicos y reaccionarios de los dominadores habituales y las clases seguirían separadas por infranqueable barrera, realizándose en Europa esa infame división de castas de que se envanece la India y santifica el Código de Manú.

La palabra no puede llegar á todas partes: el eco de la voz más potente y vibrante espira á pocos pasos del orador: los Savonarolas, San Francisco de Asís y Pedro el Ermitaño para conmover y dominar las muchedumbres necesitaban recorrer las villas y ciudades, las aldeas y lugares, sufriendo penurias y dolores sin cuento y alcanzando á medias sus objetivos tras largos años de predicación y apostolado. La prensa no necesita acometer esa labor titánica: ella penetra en el gabinete del sabio, en el taller del obrero, en el *boudoir* de la dama elegante, en la humilde bohardilla de la menestrala y por todas partes, con su voz muda y solemne, va dejando gérmenes de cultura, principios de civilización, ideas de progreso y preparando los espíritus suavemente para las transformaciones que en un instante cambian el régimen interno de una nacionalidad ó modifican los gustos y las costumbres de veinte generaciones. La prensa ha propagado la literatura, ha reformado la política, ha dado hábitos parlamentarios, ha roturado las montañas extendiendo el flexible rail por el que se desliza la máquina más portentosa de nuestro siglo; llevando la consolación y la esperanza al hogar triste y á todas partes el sello de su fisonomía y preponderancia.

Galicia ha tenido una prensa inteligente, entusiasta y notable en toda época. Un día escribe Cociña "La Europa," otro Faraldo "La Revolución;" y ambos consagran á su patria inteligencia, cultura, vida y porvenir, predicando el amor á la libertad y haciendo concebir á los que sufrían, la brillante aurora de la redención: ellos, con sus palabras, con sus gritos de indignación, con sus apóstrofes á la tiranía, con su guerra al absorbente centralismo, prepararon aquella gloriosa jornada de Cacheiras que tuvo desenlace funesto y trágico en Carral. Si el triunfo no coronó el esfuerzo, no por eso son menos dignos de la veneración y del respeto de cuantos abrigan en sus pechos el amor real de la nativa tierra.

Esa prensa que hoy tiene representantes tan notables como *La Voz de Galicia*, *El Telegrama*, *El Alcance* y *La Mañana*, en la Coruña; *El País Gallego*, *La Gaceta de Galicia* y *El Pensamiento Gallego*, en Santiago; *La Justicia*, *La Crónica* y *El Diario*, en Pontevedra; *La Concordia*, *El Faro* y *El Independiente*, en Vigo; *El Album Literario* y *O Tio Marcos*, en Orense; *El Regional*, *El Eco de Galicia* y *El Lucense*, en Lugo; *El Correo Gallego*, *La Monarquía* y *La De-*

mocracia, en Ferrol; *El Mindoniense*, en Mondoñedo; *Las Riveras del Eo*, en Viveiro y *La Concha de Arosa* en Villagarcía, ha conseguido que los ferrocarriles gallegos se terminasen, que los españoles conociesen á Galicia, que las industrias tomasen cierto incremento, que la burla de que éramos objeto se cambiase en respetuosa consideración y que nuestra literatura, nuestra poesía y nuestras artes fuesen tenidas en la consideración á que se han hecho acreedoras.

Es una cohorte brillante de periodistas la que puede presentar actualmente Galicia; entusiastas, poetas casi todos, literatos de primer orden, leales enamorados de su patria, de cuyo triunfo no desesperan, influyen por modo escepcional en los sucesos que allí se desarrollan y forman un apostolado vigoroso, altivo, digno y honrado, que fustiga con su palabra, siempre vehemente y sincera, á todo poder activo, á toda influencia pernicioso y á toda mistificación del derecho, cualquiera que sea el lugar de donde parta.

La prensa gallega vive estrechamente; no tiene subvenciones ni dádivas; son demasiado nobles y pulcros sus representantes para aceptar el pacto productivo con los explotadores y los negociantes y jamás venden su pluma ni otorgan su elogio, á cambio de una promesa ó un regalo positivo: persiguen un ideal, tienen una tendencia, van derechamente á un fin, al de libertar á su patria, y á él dedican toda sus fuerzas, todas sus vigilias y todas sus aspiraciones: en Galicia no se conoce sino de oídas la palabra *chantage* y sus periodistas prefieren las estrecheces y penurias de la pobreza, al vivir cómodo y reglado de la transacción con lo indigno y lo ilegal.

¿Cuáles son los periodistas que aparecen en primera fila y llevan, por decirlo así, la bandera immaculada de la legión? Son muchos, enumerarlos es empresa difícil; citaremos, sin embargo, algunos nombres que vienen á la memoria como un recuerdo inolvidable.

En la Coruña, Fernandez Latorre, enérgico, calculador y de estilo atrevido y temible; Andrés Martínez, excelente hablista y merodeador perpetuo (en el buen sentido) de archivos y bibliotecas y Acevedo, Caruncho, Brañas, Real, Abad, Lombardero, Faginas, Carnota y Amor Meilán que sostienen una prensa amena, correcta é ilustrada, digna de los mayores elogios y en disposición de acometer las más importantes empresas.

En Santiago, Alfredo Vilas, cáustico y epigramático, Alfredo Brañas, espontáneo y entusiasta, Ribalta, ático y correcto y Parga, Rábago, Barreiro, Bibiano Fernandez, Besada, La Riva y Valle, cuyos escritos en todas las esferas de la ciencia y del arte, llaman poderosamente la pública atención.

En Pontevedra trabajan denodadamente en favor del país, de la justicia y de la libertad Armesto, Lois, Muruais, Ulloa, Besada, Alvarez Jimenez y Simán; en Vigo, Taboada, Mestre, Lema, García Vico y Olloqui; en Orense, Paz, García Ferreiro, Hermida, Sás, Alonso, Cid, Vazquez, Carbajal y Perez Placer; en Lugo, Pereira, Coña, Queizaeta y Ojea; en Ferrol, Saralegui, Lopez Seoane, Arévalo y Novo; y en Betanzos, Codesido.

Tenemos en Madrid, ocupando puestos de primer orden en la prensa cortesana, á Alfredo Vicenti que dirije "El Globo" y alcanza tanto nombre y consideración como Mellado y Ferreras; á Curros Enriquez, que desde las columnas de "El País" siembra el espanto, cada vez que escribe, entre las huestes monárquicas y democráticas de pacotilla; á Cuesta Crespo que hace su *Ley* con coquetería, refinamiento y esquisito gusto: éste periódico es uno de los que más se leen en España, por que ha tenido la singular habilidad de presentar los problemas económicos, que discute á diario, revestidos de forma tan galana y florida que encanta leerlos y estudiarlos.

Rafael Villar, abogado peritísimo impera en la *Crónica* judicial de "El Resumen," y Alvaro López de Mora figura como lugar—teniente de Mellado en *El Imparcial* y como notable cronista de fiestas y romages durante los veranos, que suele pasar en su país natal.

La prensa gallega mal comprendida por las inteligencias del país y olvidada por casi todas las clases, que la dejan arrastrar una vida lánguida y difícil, triunfará á la postre; que hay en sus hombres alientos titánicos, fuerzas gigantes y entusiasmos que no abate ningún cierzo ni troncha ningún huracan. Almas de acero que se doblan un instante, al empuje violento de la tiranía, y vuelven á su primera forma más rectas, más grandes y doblemente audaces.

Ese poder que se desconoce, que se niega tres veces, que se repudia por que se teme, coronará un día la aspiración sublime de los *precursores*, de los Faraldo, Cociña, Chao, Murguía y Vico; aspiración que se condensaba en estas dos palabras: LIBERTAD REGIONAL.

FIN.

INDICE.

	PÁGS.
Dedicatoria	5
Al lector.....	7
Hojada Histórica.....	9
Las Ciudades Gallegas.	
La Coruña.....	21
Santiago.....	49
Orense.....	67
Pontevedra y Vigo.....	81
Hacia la Corte.	
(Betanzos. Lugo. Monforte. El Barco.).....	95
Cuadros rurales.	
La Romería de San Campio.....	115
La Feria.....	121
La Historia del Abuelo.....	127
Cuadros Históricos.	
Los Gallegos de 1808.....	133
Los Gallegos de 1866.....	137
Siluetas del Ulla.	
Oca y Santa Cruz.....	143
El Ulla.....	153
Tarde de Otoño.....	161
Los Problemas de actualidad en Galicia.	
Regionalismo.....	167
La Emigración.....	181
La Crisis.....	199
Los Juegos Florales, la literatura, la poesía, la novela, la oratoria y el periodismo en Galicia.	
Los Juegos Florales.....	213
La Literatura y la Poesía.....	221
La Novela.....	233
La Oratoria y el Periodismo.....	241



obra, hecha por D. Juan M. Paz Novoa ante el inferior, la sentencia condenatoria de éste, la defensa del autor en estrados por D. Luciano Puga Blanco, el fallo absolutorio de la Audiencia territorial de la Coruña y el retrato del autor.

No vamos á decir lo que es este libro del conocido poeta gallego Curros Enriquez, escrito en su lenguaje nativo. Todo el mundo sabe que procesado por denuncia eclesiástica, fué condenado en primera instancia, y que habiendo apelado de la sentencia, la Audiencia lo absolvió después de una brillante y ruidosa defensa. Como sucede siempre, esta persecución ha animado el interés del público, que agotó en poco tiempo la primera edición y pide con afán más ejemplares, no sólo en España, si que también en América. Un precioso tomo en 8º de más de 250 páginas, papel satinado, encuadernado en tela con relieves..... \$1-25

A la rústica..... \$1-00

Sueños y realidades (esbozos poéticos) por José Tresguerra y Melo. Un tomo, edición de lujo..... \$0-75

Hidrología médica de Galicia, ó sea noticia de las aguas minero-medicinales de las cuatro provincias de este antiguo reino, por D. Nicolás Taboada Leal..... \$2-50

Las penas de dos colosos, poema, por Sors Martín, precedido de una carta-prólogo del Excmo. Sr. D. Pedro Antonio de Alarcón..... \$0-37

Cartas geográficas descriptivas de las provincias de la Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra, por el Comandante Capitán de infantería D. Emilio Valverde Alvarez. Cada mapa en colores, perfectamente grabado, con la designación de todos los pueblos, villas, lugares y caseríos; contiene una importante reseña histórica de la provincia. la descripción general, situación, extensión, límites y población; topografía general, montañas, ríos, costas, climas y producciones, líneas de comunicación, detalles militares, etc., con cuanto más pueda interesar para el exacto conocimiento de la provincia y de la región gallega en general. El mapa..... \$0-50

La colección de las cuatro provincias.. \$1-60

Necesidades del porvenir en Vigo, por Eduardo Chao. El autor de este libro manifiesta que la terminación del ferrocarril le ha hecho pensar en las necesidades del porvenir de Vigo, que expone ó imprime, porque moviendo así á reflexionar á los demás, prevalecerá en las diversas cuestiones la mejor idea, y, con la unidad del pensamiento, vendrá también la unidad de plan y de acción. Y agrega: "Héme también decidido á imprimir estas breves páginas, por aquellos que, desde las generosas playas del Nuevo Mundo, vuelven los ojos, tras fatigados días, á la suspirada patria en busca de un retiro saludable, tranquilo, y cuyo porvenir presenta á sus hijos dilatados horizontes." Un folleto..... \$0-25

La mujer de su casa, por Concepción Arenal. La más notable de las escritoras gallegas, que figura dignamente entre las grandes pensadoras de este siglo, ha ampliado en este libro sus ideas acerca de la mujer, expuestas en su

obra *La mujer del porvenir*, agotada hace muchos años y que no ha querido reimprimir su autora. Un tomo..... \$0-50

La Ilustración Gallega y Asturiana, correspondientes á los años 1879, 1880, 1881 y 1882. Quedan de venta muy pocos ejemplares de los ts. I, II, III y IV. Colaboraron en este periódico los principales literatos de los dos reinos. Nacida esta Revista al calor del más acendrado patriotismo, no han faltado en los cuatro años que tuvo de vida á los nobles y levantados propósitos que se propuso realizar con su publicación.

Forma cada año un magnífico tomo de cerca de 500 páginas (excepto el 4º, que solo tiene 300), con cerca de doscientos grabados referentes á Galicia y Asturias, originales y dibujados en su mayor parte para esta publicación; retratos de hombres célebres, paisajes, marinas, monumentos, costumbres y actualidades, copias de estatuas y cuadros debidos á los artistas asturianos y gallegos, tanto antiguos como modernos, dibujados y grabados por nuestros primeros artistas. Lleva al fin un índice, la lista de los patrocinadores y una preciosa portada. Los cuatro tomos, encuadernados á la rústica..... \$21-20

Id. id. empastados, con relieves en planchas doradas..... \$29-75

***BUSTOS DE GALLEGOS ILUSTRES.**

El Padre Sarmiento, copia de una escultura del célebre artista gallego Felipe de Castro, gloria inmarcesible de Galicia, de las más puras y legítimas fué el padre Sarmiento, digno compañero de Feijóo en hábito, ciencia, virtud y gloria, que electo General de la Orden de Benedictinos, brilló su humildad como nunca.

Este magnífico busto es copia del que, vaciado en yeso, existe en la Real Academia de San Fernando y que hizo el ilustre escultor, gloria también de Galicia, Felipe de Castro, á cuya memoria se ocupa ahora Noja, su patria, de erigir un monumento.

— **El Almirante Mendez Nuñez**. Notable escultura del laureado artista D. Rosendo Nobas. La historia del preclaro Almirante español vive en la memoria de la generación presente y en los pechos nobles y generosos de cuantos aman la patria y sus imperecederas glorias. Mendez Nuñez será para los tiempos venideros el tipo legendario de la hidalguía y caballería; es el continuador de las hazañas inmarcesibles de esa epopeya de capitanes que comenzaron en Viriato y entre los que se cuentan el inmortal Pelayo, el temerario Cortés, el arrojado Pizarro, el intrépido Rojer de Flor y tantos otros como llenaron el mundo con sus hazañas y fatigaron la gloria al peso de sus victorias.

Galicia cuenta á Mendez Nuñez en el número de sus hijos predilectos. "España quiere honra sin barcos, y no barcos sin honra," dijo en e-Callao; y esa frase vivirá tanto como el nombre glorioso y sin mancha de quien la pronunció.

Estos notables bustos, así como el de Cervantes, de setenta centímetros de altura por cinco y tres de ancho, están vaciados en yeso fino, con baño de estearina que le asemeja al

mármol, propios para gabinetes de estudio, sociedades de recreo, etc. Los hay también en cemento romano (que los preserva de la intemperie) como para jardines, pórticos, patios, fachadas, etc. Precio de cada busto.... \$25-50

***Historia de Galicia**, por Manuel Murguía. Esta obra representa, para su autor, 30 años de investigaciones y estudios, y para los gallegos, un padrón de gloria inmarcesible.—Exactitud en los hechos, elevado criterio, galano lenguaje; tales son las principales dotes que sobresalen en la obra del notable historiador, cuya publicación interrumpida ha vuelto á reanudarse. Van publicados dos tomos, con láminas, y cuestan, cada tomo..... \$4-25

El tomo III se halla en publicación.

Follas Novas. Versos en gallego, por Rosalía Castro de Murguía, precedidos de un prólogo por Emilio Castelar. En el notable libro que aquí anunciamos, termina y completa su anterior obra patriótica, con tanta fortuna iniciada en sus *Canfares gallegos* y con tan feliz éxito coronada.

Follas novas es también un libro del país. Está escrito en nuestro dulcísimo dialecto, é inspirado en un acendrado cariño al suelo y á las cosas de Galicia. Contiene multitud de poesías, desconocidas en su totalidad del público, agrupadas en cinco libros, titulados: *I. Vaguedás*,—*II. Do íntimo*.—*III. Varia*.—*IV. Cousas do terra*.—*V. As viudas d'os viros e as viudas d'os mortos*.

Forman un precioso tomo de más de 300 páginas en 4º francés, magnífico papel satinado y esmerada impresión, editado por **La Propaganda Literaria**.

En rústica..... \$2-00

Un pasta con planchas doradas..... \$2-75

Teodosio Vesteiro Torres. Retrato y autógrafa de este malogrado escritor gallego, muerto en la flor de su vida..... \$6-25

La olla del diablo. Novela por Francisco Segade. Un tomo..... \$0-37

Galería de gallegos ilustres (artistas) Un tomo..... \$0-50

—Apéndice. Un tomo..... \$0-50

Alboradas. Poesías premiadas, por Nicolás Taboada, con un prólogo del Excmo. Sr. D. Segismundo Soler. Un tomo..... \$2-00

La reconquista de Vigo. Poema que obtuvo el primer premio en el certamen literario celebrado en Vigo el 7 de Junio de 1880. Un cuaderno..... \$0-37

El caballero de las botas azules. Cuento extraño por Rosalía Castro. Un tomo..... \$1-75

Cuatro palabras sobre física, por Amigó y Carruana. Un cuaderno..... \$0-50

Elegía á la muerte de D. Casto Mendez Nuñez, por D. Francisco Campradón... \$0-10

Patria, fé y amor. Colección de poesías por D. Francisco Campradón. Un tomo..... \$2-00

Resumen de la controversia sobre el proyecto de puerto de Vigo, que estudió D. Melitón Martín, hecho para conocimiento de la Junta Consultiva de Caminos, Canales y Puertos. Un cuaderno..... \$0-25

Cuestionario del Folk-Lore gallego, establecido en la Coruña el día 29 de Diciembre de 1880. Un tomo..... \$0-50

Folk-Lore gallego. Miscelánea por Emilia Pardo Bazán, F. Casares, J. Siciro, M. Valladares, J. Perez Ballesteros, B. Fernandez Alonso, R. Somoza, A. Machado y Alvarez, etc. Un tomo..... \$1-00

La última señora de Insua. Novelas y leyendas; recuerdos de Galicia. Un tomo... \$1-25

Cartilla agraria para Galicia. Un cuaderno..... \$0-50

Homenaje rendido á la memoria del Dr. D. Juan Francisco de Castro, hijo ilustre de la ciudad de Lugo..... \$0-50

Mapa de los ferrocarriles y carreteras construídos, en construcción y en proyecto, de Asturias y Galicia..... \$0-25

El ángel de la muerte, novela por Manuel Murguía. Un tomo..... \$1-00

Estudios sobre la propiedad territorial de Galicia. El foro, sus orígenes, su historia, sus condiciones. Memoria premiada en el certamen literario celebrado en Pontevedra el 18 de Agosto de 1882. Un tomo..... \$3-00

Reseña del Certamen literario celebrado en Orense el 8 de Octubre de 1876, en honor del R. P. M. Fray Benito Peijóo. \$0-40

A Don Pedro Calderón de la Barca. Oda de D. Nicolás Taboada, premiada en los certámenes literarios de Cádiz, Coruña, Cuenca, Lugo, Orense, Valencia y Segovia..... \$0-50

A la guerra de la independencia. Obra de D. Nicolás Taboada, premiada con medalla de oro..... \$0-37

Corona poética, dedicada á la inmortal memoria del ilustre marino D. Casto Mendez Nuñez..... \$0-50

Moralejas agri-dulces; colección de fábulas por Eduardo Vasco y Cheán. Un t. . . \$0-37

Puente Sampayo; romance por Ariano Vázquez..... \$0-25

Origen de los foros en Galicia. Memoria premiada..... \$0-75

OBRAS DE EMILIA PARDO BAZAN. **La dama joven**. Un tomo con dibujos de M. Obiols Delgado, en tela y planchas..... \$1-00

Pascual Lopez. Autobiografía de un estudiante de medicina. Tercera edición (1889). Un tomo..... \$1-00

***La tribuna**. Novela original. Un t. . . \$0-90

San Francisco de Asís. (Siglo XIII) Dos tomos..... \$3-25

La misma obra, edición de París, en un volumen, en tela y planchas..... \$3-00

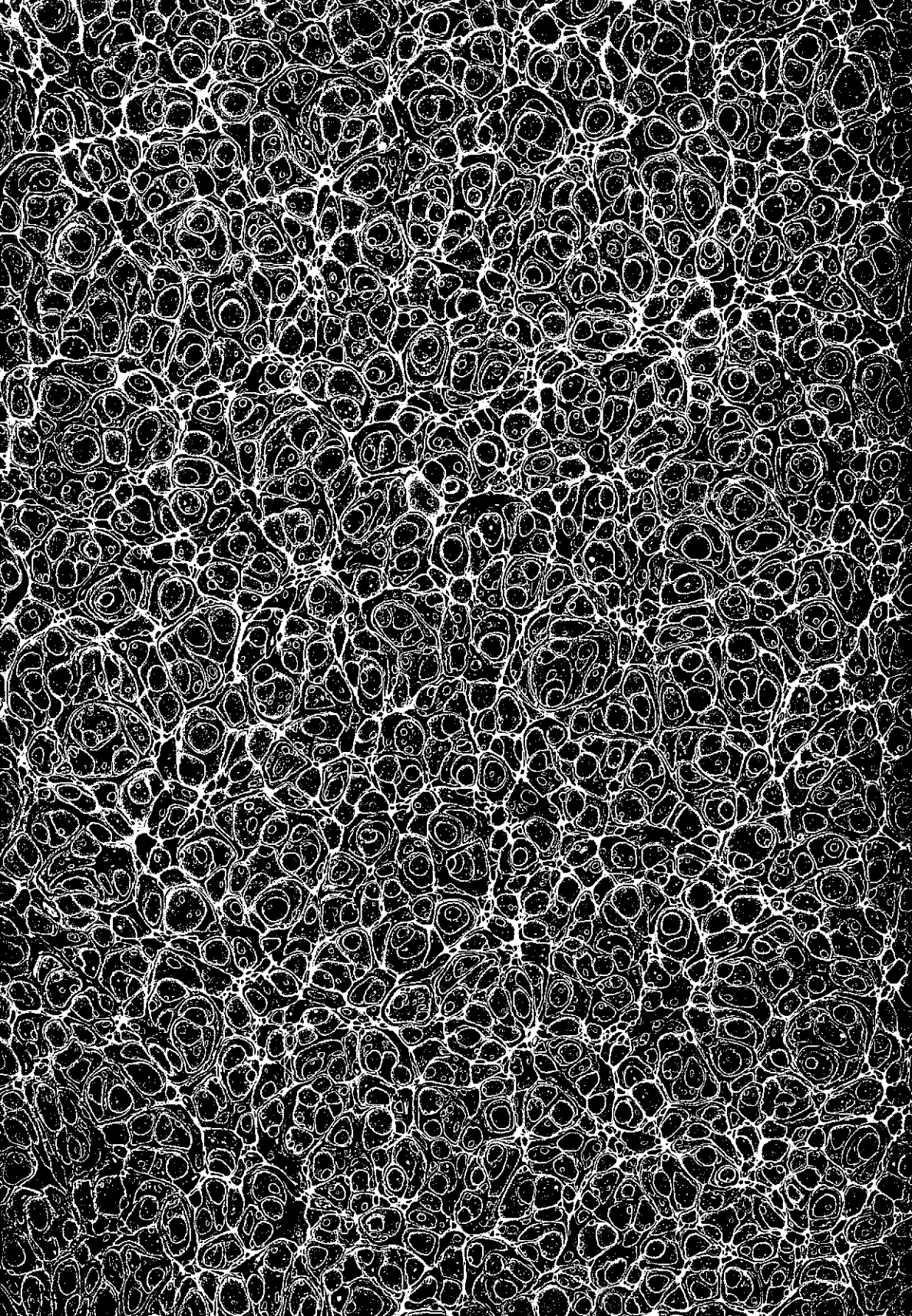
***De mi tierra**. (Última producción). Un tomo..... \$1-50

ADVERTENCIA.

Los precios fijados son en ORO y sobre ellos se hará una rebaja de 25 p. g., menos en los que están marcados con asterisco. (*)

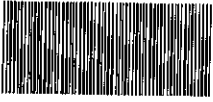
Las obras se entienden encuadernadas á la rústica, cuando no se expresan "empastadas."

Los pedidos deben venir acompañados de su importe en letra sobre la Habana, ó en billetes de Banco, equivalente al precio señalado en oro, bajo cubierta certificada, Zulueta 28, Habana.





BIBLIOTECA NACIONAL



1000538084

